Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
the Estate of the late
Professor Peter Toews.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

LOPE DE VEGA

I

CORBEIL. — IMPRENTA DE B. RENAUDET

LS
V4222

OBRAS
ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

CON PRÓLOGO Y NOTAS

POR

ELÍAS ZEROLO

TOMO PRIMERO

TRAGEDIAS Y DRAMAS

328244
2. 7. 36.

PARÍS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1886

NOTICIA

DE LA VIDA Y ESCRITOS DE LOPE DE VEGA

I

Había Torres Naharro bosquejado las bases del teatro español, el batihoja Lope de Rueda producido y representado sus salados coloquios, pasos y comedias, y Cervantes escrito sus obras dramáticas, oscurecidas por el mérito inmenso del *Ingenioso Hidalgo*, cuando apareció el hombre portentoso que supo, andando el tiempo, fijar la forma definitiva de la dramática nacional y sorprender á propios y extraños con la maravillosa fecundidad de su genio.

Este ilustre varón, llamado *monstruo de la naturaleza* por el *Manco de Lepanto*, fué FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, que nació en Madrid el día 25 de noviembre del año 1562 en casas de Jerónimo Soto, en la puerta de Guadalajara, « pared en medio de donde puso Carlos V la soberbia de Francia entre dos paredes [1]. » Fueron sus padres el hidalgo Félix de Vega y Francisca Fernández, noble de nacimiento. La animación de sus facciones y viveza de sus ojos, mostraron desde la más tierna edad la rica inteligencia con que había venido al mundo, y apenas tenía cinco años cuando leía en romance y latín. Su inclinación á los versos era ya tanta desde entonces,

---

1. Carta de LOPE que poseía don Agustín Durán. Cita de don Cayetano de la Barrera en su *Catálogo Bibliográfico y Biográfico del teatro Antiguo Español*... Madrid, 1860, pag. 419.

que, no sabiendo escribir, repartía su almuerzo con niños de mayor edad que la suya para que le escribiesen los que él dictaba. Antes de los doce años, además de conocer bien la gramática y retórica, en lo que había empleado dos, poseía conocimientos que, no por ser de adorno, dejan menos de completar una buena educación : el baile, la música y la esgrima.

Ya más hombre y deseando ver mundo, emprendió con un su amigo un viaje, yéndose á pie á Segovia, y de allí á Astorga en un rocín. No faltó mucho para que nuestros jóvenes viajeros concluyesen su excursión en una cárcel. Fué el caso que, cuando ya cansados y arrepentidos de su aventura volvieron á Segovia, entraron en una platería á vender una cadena y cambiar unos doblones; pero el platero, temiendo sin duda que aquéllas fuesen cosas mal habidas, dió parte á la justicia, que los prendió. Afortunadamente para ellos, el juez conoció por la relación que le hicieron que todo no pasaba de locuras de mozos, y poniéndoles en libertad, los mandó á Madrid acompañados por un alguacil.

Poco después de llegar á Madrid y no siendo mucha su hacienda, se acomodó Lope con el obispo de Ávila don Jerónimo Manrique, de quien fué muy apreciado. Pasó después cuatro años en la Universidad de Alcalá cursando filosofía con gran lucimiento, y, concluídos estos estudios, volvió á Madrid en donde fué secretario y valido del duque de Alba.

Mucho tiempo permaneció en la casa de este magnate; hasta que, enamorado de doña Isabel de Urbina, « hermosa sin artificio, discreta sin bachillería y virtuosa sin afectación », casó con ella. Por entonces ocurrió á Lope un lance, que su entusiasta panegirista Montalbán [1] cuenta del modo siguiente : « Había en este lugar (Madrid) un hidalgo entre dos luces (que hay también crepúsculos en el origen de la nobleza como en el nacimiento del día), de poca hacienda, pero de mucha maña para comer y vestir al uso, sin más oficio que la asistencia en las conversaciones, donde pedía barato con desahogo á título de decir donaires á los presentes y cortar de vestir á los que no estaban delante. Supo Lope que una noche

1. *Fama Póstuma á la vida y muerte del doctor frey Lope Félix de Vega Carpio, escrita por el doctor Juan Pérez de Montalván, natural de Madrid y notario del Santo Oficio.* La primera edición es de 1636. *Madrid, en la imprenta del Reino.*

había entretenido la ociosidad del auditorio á su costa, y disimuló la descortesía, no por temor, sino por desprecio; que hay hombres que aun no merecen la ira del ofendido; mas viendo que porfiaba en su civil tema, cansóse, y sin tocar en la sangre ni en las costumbres, que lo primero es impiedad y lo segundo despropósito, le pintó en un romance tan graciosamente, que causó en todos risa, pero no escándalo; que en los versos escritos sin odio y con buen gusto cabe el donaire, pero no la injuria. Picóse el tal maldiciente con grande extremo; que hay hombres que apodan á todos, y en diciéndoles algo á ellos pierden el juicio, y remitió su defensa á la espada, enviando á Lope un papel de desafío : lance de que salió tan airoso, que dejó calificado su brío y enmendada la condición de su contrario.... »

Á causa de este hecho se vió Lope en la cárcel, de donde le sacó la astucia ó valor de su amigo Claudio Conde [1], con el cual se fué á Valencia obligado « por desaires de la fortuna, ya negociados de su juventud y ya encarecidos de sus opuestos. »

Permaneció algunos años fuera de Madrid; hasta que, los deseos de volver á la patria y á los brazos de su esposa, le restituyeron á ella. Mas no fué durable su felicidad, pues al año siguiente, en el de 1588, murió aquella señora : el único fruto de este matrimonio fué una niña llamada Teodora, que falleció antes de cumplir un año. Desesperado con esta desgracia se alistó como soldado en la armada invencible, embarcándose con un hermano que tenía alférez, el cual cayó muerto en sus brazos herido de bala en un combate que tuvieron con los holandeses. « El naufragio de la Invencible obligó á Lope á renunciar á sus esperanzas de gloria militar. Regresó á Madrid por el año de 1590 [2]. »

Sirvió luego de secretario al marqués de Malpica y poco después al de Sarriá, más tarde conde de Lemos, en cuyo servicio parece se hallaba tan satisfecho que en él hubiera continuado á no cautivarle la belleza de doña Juana de Guardia, con quien contrajo segundo matrimonio por los años de

---

1. No tardó Lope en prestar igual servicio á Conde sacándole de la torre de Serranos de Valencia, adonde lo habían encerrado por sus travesuras. Así le dice don José Antonio Alvarez y Baena en la obra titulada *Hijos ilustres de Madrid* (Tomo III, Biografía de Lope). Años después dedicó Lope á Conde su comedia *Buscar su propia desdicha.*

2. Barrera, Obra cit., pág. 420.

1600 á 1603 [1]. Algunos antes (en 1596) parece que tuvo que hacer con la justicia por su trato ilícito con doña Antonia Trillo [2].

Fruto de su matrimonio con doña Juana de Guardia fueron su hijo Carlos, que murió sin cumplir dos lustros, y su hija doña Feliciana de la Vega, de cuyo sobreparto falleció la doña Juana al decir del mismo Lope en su *Carta de Belardo á Amarilis*, aunque Montalbán, contemporáneo y amigo del gran poeta, escribe que fué del disgusto por la muerte de su hijo.

Parece que en vida de doña Juana tuvo tratos con cierta señora llamada doña María de Luján [3] y como resultado de esta relación, dos hijos : doña Marcela del Carpio, que nació en 1605 y murió en 1688, habiendo entrado monja á los quince años en el convento de Trinitarias Descalzas con el nombre de sor Marcela de San Félix, y don Lope Félix del Carpio y Luján, que dedicado á la milicia pereció en un naufragio á los quince años de edad [4].

Sin duda, como dice uno de sus biógrafos, los favores que á Lope prodigó doña María de Luján le quitaron libertad para contraer terceras nupcias. Ó quien sabe si, cansado de su vida galante, ó inspirándose en más elevados móviles, se operó en él cierto cambio de costumbres é ideas, no encontrando ya en la satisfacción de materiales placeres, los que necesitaba su alma. Lo cierto es que entró en la Orden Tercera [5] y en la congregación del Caballero de Gracia, y que se ordenó de sacerdote en Toledo antes de 1614. Más tarde formó parte de la congregación establecida por los sacerdotes naturales de Madrid, cuyo fin era enterrar los clérigos que morían pobres, vestir á los desnudos, libertar á los precos y ayudar con dinero á los menesterosos; deberes que cumplió con caridad verdaderamente evangélica.

---

1. Por esta época residió también algún tiempo en Sevilla en compañía de Camila Lucinda.

2. Barrera, Obra cit., pág. 420.

3. Barrera, Obra cit., pag. 421. Álvarez y Baena, Obra cit.

4. En un libro anónimo publicado en Madrid en 1876, con el título de *Últimos amores de Lope de Vega Carpio*, se habla de otra hija suya, Antonia Clara, que hubo en doña Marta de Nevares Santoyo, esposa de Roque Hernández de Ayala.

5. « Dante, Lope de Vega y Calderón de la Barca, usaron el cordón de la Tercera Orden. El *Fénix de nuestros ingenios, el fecundísimo dramaturgo*, consagró su musa á ensalzar al Serafín de Asís... » *San Francisco de Asís. (Siglo XIII), por doña Emilia Pardo Bazán*, 2. edic., París, Garnier, 1885, cap. IX.

El papa Urbano VIII, á quien Lope había dedicado su *Corona trágica*, le hizo caballero de la Orden de San Juan, doctor en teología por la Sapiencia de Roma, promotor fiscal de la Cámara Apostólica y notario inscrito en el Archivo Romano. Fué también familiar del Santo Oficio [1] y capellán mayor de la Congregación de Sacerdotes. En medio de las continuadas honras que recibió de reyes, y magnates, de los hombres « más distinguidos en Ciencias, Artes y Letras y de la nación toda, que aplaudía y admiraba sus obras, Lope vivía muy modestamente en el retiro de su casa, calle de Francos, donde tenía oratorio propio y un pequeño jardín, ocupado en los trabajos literarios, tan fáciles á su numen y erudición, y en ejercicios de piedad cristiana [2]. »

Sí, no fueron sólo los reyes, los grandes y los sabios los que festejaban al gran Lope y aplaudían sus obras. Íbanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle y echábanle bendiciones las mujeres cuando le veían desde las ventanas.

« Fué el Poeta más rico y más pobre de nuestros tiempos, dice Montalbán. Más rico, porque las dádivas de los señores y particulares llegan á diez mil ducados. Lo que le valieron las comedias, contadas á quinientos reales, ochenta mil ducados; los autos, seis mil; la ganancia de las impresiones, mil y seiscientos, y los dotes de entrambos matrimonios, siete mil, que hacen más de cien mil ducados; fuera de doscientos y cincuenta de que le hizo merced su majestad en una pensión de Galicia; ciento y cincuenta de una capellanía que le cupo en Ávila por antigüedad de criado de don Jerónimo Manrique; cuarenta de una casa pequeña que tenía junto á la calle de la

1. De los *Anales de Madrid* de León Pinelo saca Ticknor una curiosa noticia, que nos hace ver que Lope tomaba á pechos este cargo, según parece muy envidiado entonces. La Inquisición condenó á ser quemado vivo por hereje un pobre franciscano, que había perdido el juicio; la espantosa sentencia se cumplió en enero de 1632. « Grande fué la excitación y entusiasmo del público, como sucedía siempre en semejantes ocasiones : un inmenso gentío concurrió á aquel edificante espectáculo, hallándose también presente el Rey y toda la Corte. Suspendiéronse los teatros y regocijos por quince días, y los escritores de aquel tiempo cuentan que Lope de Vega, cuyo lenguaje en *La Dragontea* no desdice á veces del cargo de familiar del Santo Oficio, que desempeñó, fué uno de la que presidieron aquel horrible sacrificio y dirigieron su ceremonial. » *Historia de la literatura española, por M. G. Ticknor, traducida al castellano, con adiciones y notas críticas, por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique Vedia.* Madrid, 1851. Tomo II, pág. 295.

2. Barrera, Obra cit. pág. 422.

Cruz; trescientos de una prestamera que le dió en un lugar suyo el excelentísimo señor duque de Sessa, su amigo, su valedor, su dueño y su heroico Mecenas; y más cuatrocientos ducados para su plato, de muchos años á esta parte, porque le dijo que no quería escribir más comedias; sin otras liberalidades secretas de tanta cantidad, que, hablando una vez el mismo Lope de las finezas del Duque, su señor, aseguró que le había dado en el discurso de su vida veinte y cuatro mil ducados en dinero: grandeza digna solamente de príncipe tan soberano, que con esto se dice todo. Y fué también el más pobre, porque fué tan liberal, que casi se pasaba á pródigo, y tuvo tan encendida caridad, que jamás le pidió pobre limosna en público ó en secreto que se la negase; antes bien se la daba doblada si era vergonzante, y si conocía que llegaba la necesidad á extrema, le vestía desde el zapato hasta el sombrero. Hacía en su oratorio muchas fiestas á los santos, y con más virtuoso exceso la de Cristo nuestro Señor en su nacimiento, buscando para esto, no sólo figuras comunes, sino de costa, de novedad y de riqueza. Convidaba á los amigos, sin tasa en el regalo. Gastaba en pinturas y libros sin reparar en el dinero; y así, le vino á quedar tan poco de cuanto tuvo, que apenas dejó seis mil ducados en casa y muebles. »

II

Confirman lo que dice Montalbán varias anécdotas que demuestran de un modo palmario la bondad de alma del eximio dramaturgo. Don Adolfo de Castro[1] recuerda algunas, tomándolas de un sermón[2] predicado en unas exequias de Lope por el doctor Francisco Quintana, que fué su amigo y compañero.

« Ofrecióse enterrar, dice el citado amigo de Lope, en el Hospital General á un sacerdote pobre, y vimos que Lope de Vega se quitó el manteo, y aunque se lo quisieron estorbar

1. *Relación entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega.* Publicada en el *Semanario pintoresco español*, número 13 del año 1851, Madrid.

2. Impreso en Madrid en 1635 y reimpreso en el tomo XIX de la *Colección de las obras sueltas... de Lope*, Madrid, Sancha, 1776-1779, veinte y un volúmenes en 4°.

algunos por excusar este trabajo á sus años, entró en la sepultura, recibió piadosamente el cadáver, salióse fuera, y comenzó á cubrirle de tierra con el instrumento allí diputado para este ejercicio... »

« En su casa siempre tenía puesta cantidad de dinero sobre la mesa, para que el criado no tuviese necesidad de pedirlo ni tuviese más que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta. »

Otra de las acciones notables de Lope en este punto está referida también por su íntimo amigo, en las palabras siguientes : « Llegó una vez un sacerdote pobre... Llamó á la puerta, no había en casa quien respondiese, salió él mismo, y vió que el que llamaba, sobre pobre, sacerdote y ciego, llevaba la indecencia de un asqueroso sombrero. Miró si tenía qué darle; no se halló con cosa considerable, y llevado de su piedad, quitóse el sombrero que tenía en la cabeza, y púsoselo al pobre. Súpose necesariamente este suceso, porque no pudo salir de casa con los amigos que le asistían, testigos fieles de esta verdad, hasta que uno de ellos hizo diligencia para que le llevasen otro. »

En el mismo artículo del señor Castro se encuentran las siguientes líneas que pintan elocuentemente el carácter blando de Lope, pues no puede tildarse de cobarde á quien ya había probado que manejaba la espada con tanta maestría como la pluma.

« Cuando seglar compuso una comedia intitulada *El asalto de Maestricht*, para celebrar la victoria que recientemente habían adquirido las armas españolas en los Países Bajos, donde corrían entonces tantos arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nación iba á perecer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

« Acertó, ó más bien tuvo el poco acierto de poner Lope de Vega, entre las personas que representaban en su comedia, un alférez de los que más se habían distinguido en la *presa* (como en aquel tiempo se decía sin incurrir en galicismos) de la plaza de Maestricht. El actor encargado de recitar el papel era de ruin persona. Terminada la representación de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo, muy descolorido y enojado, llamó aparte al bueno de Lope, y le dijo « que había sido muy mal término dar el papel del alférez (que era hermano suyo) á un comediante tan villano de talle y de tanta cobardía en las maneras, cuando su pariente tenía buena presencia y gentil

espíritu, según lo mostraban sus proezas ». Lope, al oir querella tan extraña, se excusó lo mejor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo con sus excusas: y así, le previno que si no entregaba el papel á otro representante, desde luego se diese por desafiado. Lope, hombre pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravezas, ofreció cumplir lo que el hermano del alférez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á otro actor de buen rostro y mejor talle, y le encargó que hiciese muchos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez de acuchillar al poeta, le envió unos regalos [1]. »

Esta suavidad del carácter de Lope de Vega, en la edad viril y en un tiempo en que la educación y las costumbres exaltaban los bríos, permaneció igual aún en los días de la vejez, cuando los achaques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de los amigos, y la gran fama pudieran haber agriado su condición y encendido su orgullo.

Un hombre iracundo y mal advertido desafió á Lope, hallándole en estado que ya los hábitos eclesiásticos le excusaban la respuesta. Instó el que desafiaba, y empuñando la espada, enojado más con su silencio, le dijo : — Ea, salgamos fuera. — Vamos, dijo Lope, poniéndose con mucho espacio el manteo ; vamos, yo al altar á decir misa, y vuesamerced á ayudarme á ella.

Esto refiere fray Francisco de Peralta en un sermón predicado en las exequias de Lope (Madrid, 1635), obra bastante rara [2].

III

La manera cómo presenta la mujer en sus comedias, no es lo que menos ha contribuído á hacernos conocer el carácter de Lope. « Así como Calderón, observa un distinguido escritor, pinta las suyas infelices é impecables, pero altivas, Tirso de Molina bellacas cuanto da de sí la malicia, y Montalbán más vehementes de lo que permite la modestia; Lope las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y

1. Lope refiere este suceso en una de sus novelas.

2. Esta reimpreso en la ya citada *Colección de las obras sueltas... de Lope*, tomo XIX.

atractivos. » Y así debía de ser para que reflejase el sentimiento del pueblo español en lo que al honor de la mujer atañe, lo mismo que reflejó en su copiosa obra las otras pasiones y sentimientos de sus contemporáneos, en lo cual está sin duda la razón de su gran popularidad.

Sin embargo, quizá Lope haya exagerado un tanto el tipo de las mujeres de sus comedias [1], pues las presenta como seres ideales de su especie, más bien divinos que humanos; pero esta misma idea reproducida con constancia bajo mil formas diferentes y en cuadros tan numerosos, no podía provenir, como dice el señor Gil y Zárate [2], sino de un sentimiento íntimo invariable, profundamente grabado en su corazón y que dominaba todos sus pensamientos.

Muchos lugares de sus obras pudieran citarse en prueba de lo dicho; pero basten en gracia de la brevedad los siguientes versos que pone en boca del don Juan de *El premio del bien hablar* [3] (Acto primero, esc. II), que ha dado muerte á un hombre por haberle oído hablar mal de una dama que no conocía.

. . . . . .
Vuesamerced hable
Como quien es, que desdice
De las palabras el traje;
Que es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien,
Por el primer hospedaje
Que de nueve meses deben,

---

1. La verdad es que el Fénix de los Ingenios, aunque inspirándose en la vida social de su época, se dejaba arrastrar por su estro poético. Don Manuel Cañete, en un notable estudio sobre *Lope de Rueda y el teatro español á mediados del siglo XVI*, dice: « El singular mérito de Lope de Rueda consiste en haber pintado al hombre con admirable y exquisita agudeza, no como le soñaba, sino como le veía. Si los escritores dramaticos que le sucedieron hubieran seguido por tal camino; si el maravilloso ingenio de Lope de Vega, de Tirso, de Calderón, de Moreto, no se hubiese apartado de esta senda, remontando la fantasía hasta perderse en las nubes sin hacer caso de la tierra, en vez de levantar el vuelo aguzando la vista para tenerla siempre, y muy principalmente, fija en el hombre hasta cuando se engolfaba en las mayores alturas de la exaltación poética, el teatro español del siglo XVII valdría más aún siendo tanto lo que vale. » *Almanaque de la Ilustración para el año de* 1884. Madrid, 1883.

2. *Manual de Literatura*, 8. edic., París, Garnier, 1874, pág. 408.

3. Comedia reimpresa en el tomo II, de esta Colección.

Y es razón que se les pague;
Que, puesto que son las lenguas
Espadas, para templarse
Quiso Dios que las pusiesen
En los pechos de sus madres.
. . . . . .

El autor de otra apreciable obra didáctica[1] dice al tratar el mismo asunto : « Uno de los más preciosos é importantes sentimientos es el del honor, sobre todo con relación á la mujer, cuyas faltas se vengaban por el marido, el padre ó el hermano, llamados siempre á lavar con sangre las manchas que empañaban el honor de la familia. *Y aquí conviene decir que el carácter de la mujer, la ternura y constancia de su corazón, su valor en las situaciones más difíciles de la vida, su disposición á hacer los mayores sacrificios por el objeto amado, su manera de sentir el amor y los celos, todo esto se halla exacta y magistralmente expresado en las comedias de Lope, en las cuales la dama entra ya á jugar un papel interesantísimo.* El respeto á la fe jurada y á la palabra dada, así como el sentimiento del amor y de la amistad, entran también por mucho en el teatro de Lope, como entraban á constituir el carácter distintivo de nuestro pueblo durante los tiempos á que nos referimos. »

IV

Mas dejemos para luego la apreciación de la obra del Monstruo de la Naturaleza, del fecundísimo Lope y digamos algo de sus desavenencias, tan traídas y llevadas, con el inmortal Cervantes.

Que éstas existieron no puede ponerse seriamente en duda, aunque escritores concienzudos sostengan opinión contraria. Don Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*[1], es uno de los que ha demostrado más marcado em-

---

1. *Historia de la literatura española, por D. Pedro de Alcántara y García.* Madrid, 3.ª edic., 1884, págs. 479-480. (Segunda parte de los *Principios generales de literatura é Hist.*, etc., *por D. M. de la Revilla y D. P. de Alcántara y García.*)

2. *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, escrita é ilustrada con varias noticias y documentos inéditos pertenecientes á la historia y literatura de su tiempo, por don Martín Fernández de Navarrete, secretario de S. M.... Publícala la Real Academia Española.* Madrid, en la Imprenta Real, 1819.

peño en sostener esta última opinión; llegando á decir[1]: « Ha sido por cierto doloroso que tamaña ligereza (refiérese á ciertos sonetos de que más adelante hablaremos y al prólogo del *Quijote* de Avellaneda) haya intentado en nuestros días acreditar una lid y competencia de pasiones privadas y mezquinas *que no existió jamás*, y que por suponerse entre dos de los mayores atletas de nuestra literatura, ha provocado indiscretamente el encono de sus parciales y prosélitos, cuando es cierto que las públicas alabanzas con que ensalzaron recíprocamente sus obras y respectivo mérito dejaron ideas más nobles de su juicio, imparcialidad é ilustración. » En otros muchos lugares del mismo trabajo, excelente sin embargo, se hallan noticias destinadas á probar que efectivamente nada turbó la buena amistad de Lope y Cervantes[2]; pero si se examinan detenidamente teniendo á la vista novísimas indagaciones de críticos y eruditos, no puede menos de aceptarse como indudable la emulación entre aquellos dos grandes hombres, aunque parece la disimulaban con recíprocas alabanzas públicas. Lo que hoy puede encontrarse referente á este asunto en las castizas páginas del libro del señor Fernández de Navarrete, es el convencimiento de que había alguna más elevación de alma y generosidad en el novelador más grande de todos los siglos que en el más aplaudido poeta del siglo XVII.

Pero, ¿cómo empezaron tales desavenencias? ¿Qué causas las motivaron?

Sábese que fueron amigos, más ó menos íntimos, que tal vez se hallasen juntos en una de las jornadas de las Azores, y que por el casamiento de Lope con su primera mujer doña Isabel de Urbina los ligó también grado, aunque lejano, de parentesco por afinidad, por suponerse á esta señora pariente de la madre de Cervantes. Parecen confirmar esta amistad los mutuos elogios á que he aludido. Cuando Lope tenía apenas veinte y dos años, en 1584, publicó Cervantes su *Galatea*, y, en el *Canto de Caliope*, le elogia diciendo:

> Muestra de su ingenio la experiencia,
> Que en verdes años y en edad temprana
> Hace su habitación, así la ciencia,
> Como en la edad madura antigua y cana.

---

1. Pág. 110.
2. Véanse especialmente las págs. 457 á 475.

No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y más si acaso á sus oídos llega
Que lo diga por vos, Lope de Vega.

Catorce años después publicó Lope en Madrid *La Dragontea*, y al principio se encuentra este soneto de Miguel Cervantes.

Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde Vega,
Á quien Apolo su favor no niega,
Pues con las aguas de Helicón la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega:
Cilenio alegre en ella se sosiega;
Minerva eternamente la acompaña.
Las Musas su Parnaso en ella han hecho
Venus honesta, en ella aumenta y cría
La santa multitud de los amores;
Y así con gusto y general provecho
Nuevos frutos ofrece cada día
De ángeles, de armas, santos y pastores.

Mas en 1605, fecha inolvidable para las letras patrias, salió el *Ingenioso Hidalgo* por el mundo para regocijo de todos, recogiendo de propios y extraños el aplauso más constante y universal de que presente ejemplo la historia literaria, aplauso que no cesará mientras exista el habla castellana, inmortalizando así el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

Trátase en el capítulo 48 (parte primera) del teatro español, y en el famoso discurso que el autor pone en boca del canónigo se encuentran las siguientes expresiones, que copio aunque todo el mundo las sepa de memoria, que aluden á Lope y á sus obras, algunas de las cuales se censuran, aunque de manera delicadísima: ... « Pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen (los autores), y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; *y por querer acomodarse al gusto de los representantes no han lle-*

gado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren. »

En estas palabras, como más adelante veremos, encuentra un distinguido erudito, don José M. Asensio, la causa de las referidas desavenencias.

Sin embargo, algunos años más tarde (en 1614) publicó Cervantes su *Viaje al Parnaso*, hablando de Lope en los versos :

Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja ni aun le llega[1].

Y en 1615 dió á luz la edición príncipe de sus comedias, y en el prólogo al lector, que trae curiosas noticias sobre el origen de la comedia española, escribió : « ... entró luego el Monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica : avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes : llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas ; y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas (que es una de las mayores cosas que puede decirse) las ha visto representar, ú oído decir (por lo menos) que se han representado : y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito á la mitad de lo que él solo. »

Lope, por su parte, dejó diferentes veces consignado honrosamente el nombre de Cervantes. Cítale en la *Dorotea* y en otras obras ; en el *Laurel de Apolo*[2], publicado (en 1630) catorce años después del fallecimiento de Cervantes, lo elogia en la silva VIII en estos versos :

En la batalla donde el rayo austrino
Hijo inmortal del aguila famosa
Ganó las hojas del laurel divino
Al rey del Asia en la campaña undosa,
La fortuna insidiosa
Hirió la mano de Miguel Cervantes ;

---

1. El señor Asensio halla censura y burla en estos versos, por las circunstancias como se presenta á Lope y por otras razones. Véase su curioso trabajo publicado con el título *Desavenencias entre Miguel de Cervantes y Lope de Vega*, en *La Ilustración Española y Americana*, números XXV y XXVI del año XXVI (Julio de 1882).

2. Se incluye en el tomo IV de esta Colección.

Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoras y elegantes
Dieron eternidad á su memoria,
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.

Pero hay que convenir en que no fué siempre tan franco como el de su émulo el aplauso de Lope; recuérdese que al comienzo de *Las fortunas de Diana*, primera de las *Novelas dirigidas á la señora Marcia Leonarda* [1] (1621), y que seguramente no habrían hecho la celebridad de Lope á no haberla ganado de sobra con sus comedias y poesías, decía hablando de aquel género literario; « ... también hay (en España) libros de novelas, dellas traducidas de italianos, y dellas propias, *en que no falló gracia y estilo á Miguel Cervantes.* » Si se considera que esto lo escribió Lope cuando ya en España y en otras naciones se reconocía universalmente el mérito de las novelas del célebre Manco y especialmente el de su maravilloso *Don Quijote*, cuyas ediciones se multiplicaban, no podrá menos de convenirse en que el gran Lope se mostró poco pródigo de elogios en esta ocasión, cuando tan profusamente los había de repartir á escritores de inferior valía en su *Laurel de Apolo.*

De todos modos los datos transcritos bastan para demostrar que con más ó menos intimidad existían cordiales relaciones entre los dos atletas del pensamiento en el siglo de oro. ¿Dónde están pues las pruebas de la emulación que he dado por sentado existía entre ellos? El ya citado artículo del señor Asensio, en el cual recopila muchas curiosas noticias adicionándolas con propias indagaciones, facilita la contestación.

Como ya he dicho conocíanse Lope y Cervantes desde antes de 1585, según puede juzgarse por los versos del *Canto á Caliope* que quedan transcritos. Cervantes había escrito sus primeras obras dramáticas, que acogió el público con merecido aplauso, cuando apareció Lope y con su fácil vena, su privilegiado ingenio dramático, su fecundidad asombrosa, se alzó con la monarquía cómica. Los representantes no querían más comedias que las suyas; el público no aplaudía lo que no era de Lope [2]. Esto debió contrariar á Cervantes, que sostenía á

1. Inclúyense en el tomo IV de esta Colección.
2. El famoso don Francisco de Quevedo en la aprobación de las obras de

su familia con el producto de sus obras, á la vez que igualmente causarle profunda pena la preferencia del público, que debía considerar injusta; pero no parece que esto enfriase mucho sus relaciones con Lope, como se ve por el soneto de *La Dragontea* ya citado.

Sin embargo, dos ó tres años después de publicado dicho soneto parece debe fijarse la fecha de la desavenencia entre Cervantes y Lope, que, según el señor Asensio, puede señalarse casi fijamente en el tiempo de los viajes de este último á Sevilla (1601 á 1603), *cuando el primero estaba en esta ciudad escribiendo á su placer la historia de « Don Quijote.* »

« Muchos eran los poetas que en Sevilla vivían á la llegada de Lope de Vega. Con Rioja, Arguijo, Alcázar, Jáuregui, Quirós y otros muchos, debe tenerse en cuenta á Francisco Pacheco, Juan Sanz Zumeta y Cristóbal Mosquera de Figueroa, cuya amistad con Cervantes está fuera de toda duda, Pero hacía poco tiempo que había bajado á la tumba Fernando de Herrera, dejando un vacío que nunca se podría llenar, y la llegada de un poeta de la nombradía de Lope de Vega debió producir grave sensación en la ciudad.

« Era mucho el ruido que entonces causaba la escuela dramática del *Fénix de los Ingenios*, tan diferente de lo que se conocía bajo el nombre de teatro clásico griego y latino. No faltaban autores que censurasen los desarreglos de Lope, y, sin duda, Cervantes había hecho conocer en más de un círculo literario las opiniones que acerca de este punto consignaba en la obra que á la sazón escribía. Ocasión debió de dar la llegada á Sevilla del célebre autor dramático para que se renovasen las cuestiones entre los apasionados de uno y otro sistema.

« En burla de Lope de Vega existe un soneto, que hasta ahora ha permanecido inédito, y que yo conservo, copiado del manuscrito que poseyó don Rafael Monti, donde encontré la primera noticia del verdadero retrato de Cervantes, en el cual se encontraba atribuído á don Francisco de Quevedo y entre várias poesias de este autor. El soneto es el que sigue :

Burguillos, dada en Madrid á 27 de agosto de 1634, dice que « Lope fué un autor de un estilo no sólo decente, sino raro, que solamente ha florecido sin espinas, *habiendo merecido su nombre ser universalmente proverbio de todo lo bueno : prerogativa que no ha concedido la fama á otro nombre.* »

CONTRA LOPE DE VEGA.

— Lope dicen que vino. — No es posible.
— ¡Vive Dios, que pasó por donde asisto!
— No lo puedo creer. — ¡Por Jesucristo,
Que no os miento! — Callad, que es imposible.

— ¡Por el Hijo de Dios, que sois terrible!
— Digo que es chanza. — Andad, que ¡voto á Cristo!
Que entró por Macarena. — ¿Quién lo ha visto?
— Yo le vide. — No hay tal, que es *invisible.*

— ¿Invisible, Mastir? Eso es engaño;
Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
Como yo, como vos y Diego Díaz.

— ¿Es grande? — Sí: será de mi tamaño.
— Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
C..... en vos, en él y en sus poesías.

« Que este soneto no es de Quevedo, lo conoce cualquiera que haya hojeado siquiera sus obras poéticas; yo tengo además otra razón para no estimarlo por obra suya, y es la de que don Francisco nunca estuvo en Sevilla antes del año 1624, y la composición está escrita en esta ciudad y por persona que asistía en la puerta *Macarena.*

« En mi sentir, el soneto fué escrito por Miguel de Cervantes, á pesar de la licencia del último verso; pero sin ánimo de que viese nunca la luz, ni de que saliera del círculo de amigos, á cuyo esparcimiento se dedicó, quizá improvisando. »

. . . . . .

« Cuando el *Fénix de los Ingenios* llegó á Sevilla, en compañía de *Lucinda*, se ocupaba *el Manco de Lepanto* en escribir la historia del *Ingenioso Hidalgo*, en la cual criticaba la escuela dramática de Lope, y hasta dejó escapar, en un momento de buen humor, el picaresco *soneto* que dejamos copiado. No hubo de faltar, porque nunca falta, amigo oficioso que llevase á Lope noticia circunstanciada de los desenfados de Cervantes, y aun, tal vez, de la obra que escribía, y aquí comenzó, entre los años 1602 y 1603, la verdadera y declarada rivalidad entre ambos ingenios. »

« Lope, que, por el incienso que en sus aras quemaban, se estimaba como un Dios en literatura, devoró en silencio, por entonces, aquella que debió estimar ofensa; pero de regreso en Toledo, y con fecha 14 de agosto de 1604, escribió á un

médico, cuyo nombre se ignora, cierta carta, que hasta ahora sólo se ha publicado en fragmentos, y en la cual extrañaban los críticos que se hable del *Quijote* cuando todavía no estaba impreso; extrañeza que cesa conociendo que la obra se escribió en Sevilla, donde Lope estuvo en aquel tiempo, y el festivo soneto de Cervantes, al cual sirve como de desquite la carta citada, que dice así:

« Siendo el portador tan zierto, no sé que escriba á Vm. que » él no pueda referir mejor. *Las nuevas que del aumento de Vmd.* » *den crédito, cosa tan importante á su profesión, son para mí de* » *tanto gusto*, que deseo lleguen á la suma estimación; que será » su facultad con el cuidado de la mayor salud donde le pon- » drán las manos que le han hecho i que..... mil vezes i gustaré » que V. le signifique cuán contento estoi de esto, *la parte que* » *me alcanza* i lo que á todos nos obliga.

» *Yo tengo salud, i toda aquella casa. Dª. Juana está para parir,* » *que no haze menores los cuidados. Toledo está caro, pero famoso,* » i camina con propios y estraños al paso que suele: las mujeres » hablan, los hombres tratan, la Justizia busca dineros, no la » respetan como la entienden, *representa Morales*, silva la jente: » unos caballeros están presos porque eran la causa de esto: » pregonóse en el Patio que no pasase tal cosa, i así apretados » los Toledanos, por no silvar se peen, que para el Alcalde » mayor ha sido notable desacato, porque estaba este día sen- » tado en el Patio. Aplacó esto porque hizo *La Rueda de la* » *Fortuna*, comedia en que un Rei aporrea á su mujer, i acuden » muchos á llorar este paso, como si fuera posible.

» *Morales no me habla porque me envió un pavo i no le quise* » *rezibir; á la verdad, yo no tuve puerta por donde entrase,* » *porque está hecha á medida de carneros, vaca i conejo á la noche;* » i si hai gallina, mal para el dueño, que alguien está enfermo » en casa. — *De Poetas no digo: buen siglo es éste. Muchos están* » *en zierne para el año que viene; pero ninguno hai tan malo* » *como Zervantes, ni tan necio que alabe á don* Quijote. Dizen en » esta ziudad que se viene la Corte para ella. Mire Vm. por » donde me voi á vivir á Valladolid, porque si Dios me guarda » el seso, no más Corte, coches, caballos, alguaziles, músicas, » rameras, hombres, hidalgos, poder absoluto i sin P..... disoluto, » sin otras sabandijas que cría ese Oczeano de perdidos, Lothos » de pretendientes i escuela de desvanezidos. Vm. *viva, cure i* » *medre*, i ande al uso; no cumpla cosa que diga, ni pague si » no es forzado, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro á la

» amistad... no más, por no imitar á *Garcilaso* en aquella *figura* » *correctionis*, cuando dijo :

« *Á sátira me voi mi paso á paso* » :

» *cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendárez, i mis* » *comedias á Zervantes. Si allá murmuran de ellas algunos que* » *piensan que las escribo por opinión, desengáñeles Vm. i dígales* » *que por dinero.* Dias guarde á Vm., i *le guarde de Vergara el* » *Zirujano Real,* que ya le damos este atributo como á mones- » terio con túmulo, *pues no ha curado tanto con las manos cuanto* » *ha destruído con la lengua.* De la mía guarde Vm. la segunda » parte de esta carta ; i lo que digo azerca de esos casamientos » que me dize este amigo que se tratan, *lo que le aconsejo que* » *lo mire bien ; que duerma sobre ello antes que sobre ella, porque* » *es una carzel de la libertad i una abreviatura de la vida, i* » *quien se casa por cuatro mil, dará dentro de pocas horas cua-* » *renta mil por no se haber casado :* pero Vm. es mui cuerdo, i » lo mirará mejor que yo. De Toledo y Agosto 14 de 1604. — » Lope de Vega Carpio. »

« No debió ser ésta la única epístola que sirviera de desahogo á la bilis de Lope. Cervantes hubo de traslucir el juego, y le asegundó, ora con los versos que puso antes de la primera parte del *Quijote*, ora, ya en fines de 1608, con el otro soneto, tantas veces citado, que dice :

SONETO DE MIGUEL DE CERVANTES CONTRA LOPE.

Hermano Lope, bórrame el Soné
De versos de Ariosto y Garcilá,
Y la Biblia no tomes en la ma,
Pues nunca de la Biblia dices le.
También me borrarás la Dragonté,
Y un Librillo, que llaman del Arcá,
Con todo el Comediaje y Epitá,
Y por ser mora, quemarás á Ángé.
Sabe Dios mi intención con San Isí;
Mas puesto se me va por lo devó,
Bórrame en su lugar el Peregrí :
Y en quatro Lenguas no me escribas co,
Que supuesto que escribes boberí,
Lo vendrán á entender quatro nació :
Ni acabes de escribir la Jerusá;
Bástale á la cuitada su trabá.

« Cosa es de extrañar que tantas notables personas como

antes de ahora se han ocupado de esta especie de guerra literaria entre *Belardo* y *Cide Hamete* no hayan notado la íntima relación que existe entre la carta de Lope y el soneto de Cervantes.

« En aquélla dice el *Fénix de los Ingenios* que nadie había tan necio, que alabase á *Don Quijote;* en éste aconseja el Manco de Lepanto al autor de *Angélica* y del numeroso *Comediaje*, queme sus obras y no escriba boberías ; las pullas van de escrito á escrito, de autor á autor. Cervantes siguió la máxima de « herir por los mismos filos. »

« Al soneto contestó Lope con otro algo más desvergonzado y menos bello :

RESPUESTA DE LOPE.

Pues nunca de la Biblia digo le,
Ni sé si eres *Cervantes*, co, ni cu,
Sólo digo que es Lope Apolo, y tú
Frisón de su carroza, y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fué
Del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste, buey, pero dixiste mu.
¡ Oh mala quixotada que te dí !
Honra á Lope, potrilla, ó ¡ guay de
¡ Que es sol, y si se enoja, lloverá !
Y ese tu *Don Quixote* baladí,
De cul..... en cul..... por el mundo va,
Vendiendo especias y azafrán romí,
Y al fin en muladares parará.

« Imposible parece que, á pesar de lo que en el epígrafe digan dos copias antiguas del primer soneto, haya quien lo atribuya todavía á don Luis de Góngora, cuando en el segundo se expresa terminantemente quién era el autor á quien se contestaba.

« Yo he estimado siempre por de Cervantes el uno, y el otro por de Lope...

« La desavenencia, pues, que tuvo principio en Sevilla, por los alegres desenfados de Cervantes, que continuó con los desahogos epistolares de Lope y prosiguió con las embozadas críticas del *Peregrino*, consignadas en las poesías que anteceden á la *primera parte del Ingenioso Hidalgo*, y con los *sonetos* que mutuamente se fulminaron ambos escritores, no había concluído del todo cuando Cervantes empezó la segunda parte de su obra.

« Poco tiempo después, parece que hubieron de volver á su antigua amistad Cervantes y Lope, aunque la reconciliación

fué más completa de parte del primero, por su mismo carácter, más franco y sincero que el del segundo. Carta existe de Lope de Vega, dirigida al duque de Sessa, en 2 de marzo de 1612, en la cual, sin alabanza ni vituperio, hace curiosísima é interesante mención de Cervantes, pues por ella sabemos que éste, anciano entonces de sesenta y cinco años, usaba anteojos, por lo cansado de su vista, y malos, por su escasa fortuna [1]. »

V

Llegamos á los últimos días del *Fénix de los Ingenios*. Ciertos disgustos le ocasionaron en 1634 una profunda pasión de ánimo, que le afligió en todo el año último de su vida. El 24 de agosto de 1635 asistía enfermo á unas conclusiones en el Seminario de los escoceses, cuando se vió acometido de un desmayo. Condújosele al cuarto de su amigo el doctor don Sebastián Francisco de Medrano y de allí á su casa, en donde falleció el lunes 27 de agosto [1], á los 73 años de edad.

Grandioso fué el entierro de Lope, de que se encargó el duque de Sessa.

« Convocóse todo el pueblo sin convidar á ninguno, escribe Montalbán; vinieron cofradías, luces, religiosos y clérigos en cantidad: la orden de los caballeros del hábito de San Juan, la de los terceros de San Francisco, la congregación de los Familiares y la de los Sacerdotes de Madrid, compitiendo piadosamente sobre quién había de honrar sus hombros con llevar su cuerpo, y consiguiólo la venerable congregación de los Sacerdotes. Empezóse el entierro según estaba prevenido; y fué tan dilatado, que estaba la cruz de la parroquia en San Sebastián, y no había salido el cuerpo de su casa, con ser tanto el distrito y haber rodeado una calle á petición de sóror Marcela de Jesús, religiosa de la Trinidad descalza y muy cercana deuda del difunto, que gustó de verle. Las calles estaban tan pobladas de gente, que casi se embarazaba el

1. Asensio, artículo citado.

1. Así lo dice Cardoso en su *Oración fúnebre*, y la misma fecha da como exacta el señor de la Barrera en su *Catálogo bibliográfico;* pero Montalbán dice que falleció el 21, Tícknor (*Hist. de la lit. española*) y Alcántara García (*Hist. de la lit. española*) que el 25, y lord Hólland (*Vida de Lope*, Londres, 1817), que acaeció el 26.

paso al entierro, sin haber balcón ocioso, ventana desocupada ni coche vacío. Y así, viendo una mujer tanta grandeza, dijo con mucho donaire : « Sin duda este entierro es de Lope, pues es tan bueno. » Iban con luto al remate del acompañamiento don Luis de Usategui, yerno de Lope, y un sobrino suyo, en medio del señor duque de Sessa y de otros grandes señores, títulos y caballeros. Llegaron á la iglesia, recibióles la capilla real con música. Dijose la misa con mucha solemnidad, y al último responso, viéndole quitar del túmulo para llevarle á la bóveda, clamó la gente con gemidos afectuosos. Depositóse en el tercero nicho por orden del señor duque de Sessa, con permisión del doctor Baltasar Carrillo de Aguilera, cura propio de la parroquia de San Sebastián, y con declaración de la justicia por el secretario Juan de Piña. Vacióle en cera la cabeza Antonio de Herrera, excelentísimo escultor de su majestad, y despidiéronse los amigos llorando la soledad que les hacía Lope, como quien echa menos una joya que le han hurtado. »

Es de sentir que el duque de Sessa no realizara su intento[1] de erigirle suntuoso sepulcro. Tal vez así se hubiera evitado el extravío de los restos del grande hombre, que hoy llora perdidos la patria que no supo guardarlos. A principios de este siglo, al retirar del suelo de la iglesia de San Sebastián los cadáveres que allí yacían para hacer lugar á los que habían de ocupar el mismo sitio, fueron los huesos del *Fénix de los Ingenios*, del gran Lope, á cofundirse en la fosa común[2].

VI

Hasta aquí las noticias que he podido reunir referentes á la vida de Lope de Vega. Para hablar del escritor asombroso y de lo que representó en la formación del verdadero teatro nacional, dejo la palabra á doctos críticos, con lo cual gana mucho la memoria del Monstruo de la Naturaleza y no poco el lector.

---

1. Barrera, obra cit., pág. 422.
2. Igual suerte cupo á los del *Manco de Lepanto:* tampoco supo conservar sus restos la patria.

Don Antonio Gil y Zárate, en la segunda parte de la obra citada [1], dice :

« Frey Lope Félix de Vega Carpo fué el escritor que gozó de más fama en su tiempo y el ingenio más porteñ toso que ha producido la naturaleza. Debió su inmensa popularidad, no sólo á la prodigiosa fecundidad de su pluma, sino también á que, apartándose del camino seguido por sus antecesores, y abandonando el culto exclusivo de la poesía erudita, no se desdeñó de escribir para el vulgo, y fundó, al contrario, en esto sus principales laureles.

« *Fénix de los Ingenios* le llamó su siglo; y con efecto tal nombre merece si se atiende á su rica fantasía, á su variada imaginación, al don portentoso que tenía para acomodarse á todos los géneros y crear toda clase de invenciones, á la flexibilidad de su estilo, que á cualquier asunto se acomodaba, que no conocía dificultades, siendo siempre puro, natural y fluido ; en fin, á su incansable laboriosidad, que, unida á su fácil vena, le hizo componer tal número de obras, que apenas cabe en la imaginación sean el fruto de la vida de un solo hombre.

« No hubo género de poesía en que no diese prodigiosas muestras de su fecundidad : desde la composición más corta hasta el poema épico, todos los recorrió, no siempre con acierto, es verdad, pero asombrando en todos. No obstante, el que más ejercitó su pluma, el que le hizo ser ídolo de su siglo, el que le ha granjeado eterna fama, aun entre las naciones extranjeras, fué el género dramático, de que en realidad debe considerársele como creador y padre, así en España como en toda Europa.

« Y con efecto, aquí está su verdadero merito ; porque prescindiendo del valor intrínseco de sus dramas, ello es que él creó una poesía popular en España, y apartándose de la servil imitación de los antiguos, adivinó el drama de la edad moderna, é impuso á este género de composición el verdadero carácter que en la actual civilización le corresponde. Hizo más : introdujo en la poesía popular el lenguaje poético que le faltaba, y con este servicio la sacó del estado de abatimiento en que yacía, la hizo gustar hasta de los eruditos, fué ocasión de que los buenos ingenios se dedicasen tam-

1. *Manual de literatura*, págs. 223 á 224 y 409 á 419.

bién en lo sucesivo á ella y produjesen obras agradables á un tiempo al vulgo y á la gente docta; fin principal de toda buena poesía, pues sin él, ora queda oscurecida por falta del conveniente adorno, ora es el patrimonio exclusivo de unos pocos, por no simpatizar con las ideas é intereses generales.

« Este feliz maridaje que hizo Lope de la poesía popular con la erudita, ennobleciendo aquélla, vulgarizando ésta, es pues el mayor servicio que le debe nuestra literatura; servicio que acaso no se le ha tenido bastante en cuenta. Por él, aunque más bien sentido que apreciado de sus contemporáneos, logró aquella fama inmensa que le granjeó el aplauso de grandes y plebeyos, la admiración de los extraños, las consideraciones de los reyes, las recompensas de sumos pontífices; y por él ejerció tanta influencia en la literatura de su siglo, así dentro como fuera de su patria. »

« Si acertó completamente en la obra que emprendió, acaso sin darse él mismo razón de ella, ó si desbarró mucho en la ejecución, extraviando á los demás autores; si pudo dar más perfección á la forma, sin perjudicar, á la esencia, cuestiones son éstas que examinaremos más despacio cuando tratemos con especialidad de la poesía dramática. Por esta razón, dejamos para entonces el hablar más por extenso de este célebre poeta, como en su lugar propio, y el referir al propio tiempo algunas particularidades de su vida. Pero como su gran fecundidad se manifestó en la poesía lírica del mismo modo que en el teatro, no es posible negarle aquí un lugar privilegiado, ni dejar de transcribir algunas muestras de su estilo en este género. Produjo inmensa cantidad de composiciones sueltas, muchas de ellas de precio muy subido : con todo pocas son las que no adolecen del defecto á que daba lugar su demasiada facilidad *para hacer versos y la precipitación* con que escribía[1]. Es con frecuencia desaliñado,

1. Sin embargo de la enorme producción literaria de Lope, que parece que sólo en copiarla por completo emplearía un hombre su vida, está hoy fuera de duda que no siempre daba sus producciones al público sin trabajarlas largamente. Es creencia general, dice don C. Rosell, y el número de volúmenes que escribió Lope así le indica, que poco embarazado este maravilloso ingenio con las trabas del verso y la locución poética, y no menos audaz que afortunado en vencer cuantos obstáculos son para otros insuperables, ni se detenía á limar lo escrito, ni lo que una vez encomendaba al papel tornaba á ser objeto de sus cavilosidades y lecturas. Algunas de sus comedias autógrafas, que he visto, aparecen con efecto bastante limpias de enmiendas, tanto, que tienen más trazas de copias que de originales ; pero

flojo, incorrecto, prosaico; y en general se aviene mejor con los pensamientos tiernos, suaves, templados, que con los sublimes y vehementes, á que pocas veces se eleva. Su *Canción á la vida del campo* es una de las mejores [1].

. . . . . .

« Entre las obras líricas de Lope que se citan con más encomio, ocupan un lugar preferente las odas á la *barquilla* que brillan sobre todo, á pesar de sus defectos, por la naturalidad y el sentimiento que hay en ellas [2].

. . . . . .

« Sin embargo, si llegó á lo sumo el aura popular de Lope durante su vida, después de su muerte, cuando hubo desaparecido el asombro que causara su prodigiosa fecundidad, cuando otros poetas se presentaron en la escena, superiores á él en dotes dramáticos; cuando, en fin, principiaron á cundir principios literarios más ajustados á los preceptos de la antigüedad, y las obras de ésta se consideraron como los únicos modelos dignos de imitación, entonces las alabanzas se convirtieron en vituperios, y no faltó quien quisiera confundir á tan grande hombre con los más despreciables dramaturgos. Injusticia fué ésta mucho más inexcusable que el desmedido aplauso que se le tributara en vida. Al menos éste se fundaba en un mérito real, en el prestigio que no puede menos de acompañar al genio, en sus facultades portentosas, que si abusó de ellas lastimosamente, el mismo abuso demuestra cuán grandes y poderosas eran. Libres ahora á la par de aquel prestigio y de toda preocupación nacida de doctrinas literarias, apreciamos á Lope en lo que vale y juzgamos de su mérito con imparcial templanza.

» Si consideramos sólo el número de sus escritos, la historia literaria no presenta ejemplo semejante de una fecun-

---

en los códices á que me refiero (dos preciosímos y autógrafos que pertenecían á los señores marqués de Pidal y don Agustín Durán), son innumerables las tachas y correcciones : soneto hay que ocupa cinco planas de papel en 4.º, y verso que va precedido de seis, ocho ó más inutilizados. Dato curioso, que acrecienta la suma de tiempo invertido por tan fecundo autor en sus tareas, y el asombro á que da lugar éste, que a primera vista parece imposible humano. Prólogo de la *Colección escogida de obras no dramáticas de frey Lope Félix de Vega Carpio*. Tomo XXXVIII de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

1. Se incluye en el tomo IV, de esta Colección.
2. Se incluye en el tomo IV, de esta Colección.

didad que parece fabulosa; y aun cuando no tuviese otro mérito, su nombre viviría siempre en la memoria de los hombres, como uno de aquellos prodigios que la naturaleza no ofrece más que una vez sola. No hubo género de poesía que no cultivase, desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la epopeya : todo lo recorrió y en todo dejó señales de su privilegiado talento. Se lee en el prefacio de un libro impreso en 1604, que á la edad de cuarenta y dos años llenaban más de veinte y tres mil hojas los versos que hasta entonces había hecho para el teatro. En 1618 asegura él mismo que llegaban á ochocientas las comedias que llevaba compuestas, y en 1620 á novecientas. Cuando en 1629 publicó la vigésima parte de sus obras dramáticas, decía que le quedaba todavía tiempo para escribir hasta mil y setecientas. Por último, en 1635, año de su muerte, afirman Pérez de Montalbán y el sabio don Nicolás Antonio que ascendía á mil ochocientas el número de sus comedias. Éstas son en tres jornadas y en verso; todas se representaron y la mitad se imprimieron. De ellas hubo muchas que no le costaron más que un día de trabajo, como él mismo lo asegura en estos versos :

Y más de ciento, en horas veinte y cuatro,
Pasaron de las musas al teatro.

« A estas mil ochocientas comedias hay que añadir cuatrocientos autos sacramentales, un gran número de intermedios, muchos poemas épicos, didácticos y burlescos ; epístolas, disertaciones, composiciones sueltas é infinidad de sonetos. Se ha calculado que en los setenta años de su vida le tocan á cada día ocho páginas, y casi todas ellas de poesía. Sus escritos todos componen el número de ciento treinta y tres mil páginas y veinte y un millones de versos.[1].

» Facilidad increíble, más asombrosa que envidiable si se reflexiona en los peligros á que arrastra, y que extravió tan frecuentemente al mismo Lope.

. . . . . .

» Por lo que llevamos dicho hasta ahora acerca de los pro-

3. La mayor parte de las obras de Lope se han perdido, y de muchas sólo se conocen sus títulos. El señor de la Barrera, en el *Catálogo* citado (pág. 424), hace concienzudo recuento y oportunas rectificaciones, de cuantos datos pudo reunir su diligencia, y establece como obras dramáticas cono-

gresos que había tenido nuestra escena, se debe haber visto cuán incierta había sido en su marcha, produciendo solo, ya farsas chocarreras é indecentes, aunque á veces llenas de chiste y gracia, ya novelas dialogadas, en las que el embrollo suplía la falta de interés, ya dramas monstruosos bárbaramente atroces, que aun no lograba sostener el lujo de poesía que se prodigaba en ellos. Cuando apareció Lope, teníamos muchas obras dramáticas; pero carecíamos todavía de un verdadero teatro. Se conocía que era preciso seguir diferente rumbo que los antiguos; pero no se atinaba con el verdadero; hacíanse ensayos de todas clases, y ninguno correspondía al deseo general, ninguno acertaba con el verdadero gusto de la nación : tal vez el pueblo bajo se solazaba con las groseras farsas que solían presentársele, tal vez los esfuerzos de algunos para dar decoro á la escena con más nobles argumentos y más culto lenguaje merecían los aplausos de las personas ilustradas; pero no existia un espectáculo que excitase á un tiempo las simpatías de todos, que gustase á todos sin distinción de clases; que formase, en fin, un teatro nacional. Entre las toscas producciones de los unos y los esfuerzos casi convulsivos de los otros, no se encontraba una obra de que un verdadero español pudiese decir : « He aquí mi drama. »

» Si se recuerdan los caracteres que hemos señalado á nuestra poesía para ser nacional, caracteres deducidos tanto de las diferencias que distinguen la civilizacion moderna de la anti-

---

cidas del insigne escritor el número de 608, que se descompone del modo siguiente :

Comedias de Lope impresas en su colección especial.....	290
En colecciones de varios autores.....	76
Sueltas (conocidamente).....	37
Sueltas (según probable conjetura).....	17
Sueltas (según conjetura más incierta).....	46
Inéditas (citadas en *El Peregrino*, y del todo desconocidas)..	106
Inéditas (no citadas en *El Peregrino*, y que se conservan en diferentes bibliotecas).....	11
Dudosas, por diversos conceptos.....	25
	608

Además 44 autos.

Después de ver la luz la anterior estadística se han publicado cuatro comedias que permanecían inéditas (las tituladas *Amor, pleito y desafío*, *Amor con vista*, *La prueba de los amigos* y *Un pastoral albergue*) en las Comedias inéditas *de frey Lope Félix de Vega Carpio*, tomo I. Madrid Rivadeneyra, 1873 (Tomo VI de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos*).

gua, como de las circunstancias políticas y religiosas de nuestro país, se verá que las obras dramáticas de que hemos hablado hasta ahora carecían de ellos casi absolutamente. Convenían todos en repeler la sencillez clásica; pero no se reproducía en las comedias el espiritualismo de los tiempos modernos, ni la caballerosidad española, ni el sentimiento religioso de la época. La risa ó la curiosidad podían quedar á veces satisfechas; pero el alma permanecía del todo indiferente. Hasta la poesía de tales obras no era la que se necesitaba: descuidada ó pretensiosa, ya le faltaba armonía, ya le sobraba estudio, careciendo de la gala, facilidad y soltura que halaga el oído, ó de aquella metafísica propia del espíritu cristiano y caballeresco, que, si no siempre es clara é inteligible arrulla al menos, produciendo una especie de arrobamiento indefinible y delicioso.

« Todo esto provenía de no haberse aún verificado la unión tan necesaria de las dos literaturas que, creciendo á la par en un mismo suelo y adoptando un mismo idioma, eran, sin embargo, extrañas la una á la otra. Pero en medio de este apartamiento habían ido creciendo tanto las dos, que, saliendo del estrecho ámbito en que ya no cabían, hubieron de acercarse, de ponerse en contacto, y por último, de confundirse; bien así como los círculos concéntricos que forman dos piedras al caer en el agua, crecen, se ensanchan, se tocan y confunden. El momento era llegado de verificar este feliz enlace.

« Mientras nuestra nación se encontraba reducida á estrechos límites, mientras las clases permanecían apartadas con pocas comunicaciones entre sí, mientras la lengua era tosca y grosera, pudieron y debieron caminar separadas, é indiferentes la una para la otra, la literatura popular y la erudita, no echándose de menos entre los españoles ningún lazo común literario. Pero en el momento en que formamos un gran pueblo, en que adquirimos influencia y preponderancia entre las naciones europeas, y en que nuestra lengua, desechando su rudeza, tomó asiento entre las lenguas cultas, fué ya indispensable semejante lazo, y hubo de existir una literatura común á todos y que en todos causase entusiasmo. Esta vez no fué la poesía la primera que tuvo semejante gloria; la prosa se le adelantó, y los libros de caballería, que acertaron á reproducir el espíritu de la época, se granjearon las simpatías generales, siendo los primeros escritores que agradaron á la vez á grandes y pequeños, á sabios é ignorantes, á nobles y plebeyos, á hombres y mujeres, y á todas las edades. Pero los

libros de caballería, reducidos á la lectura solitaria, destituidos de las galas poéticas y de otras cualidades esenciales, tenían que caer y ceder el campo á otra literatura más variada, más galana, más amena, más simpática, en fin, por estar destinada especialmente á agradar, no en el silencio del gabinete, sino en el bullicio de la sociedad, donde las sensaciones se comunican y excitan unas á otras, donde adquieren mayor intensidad con las muestras de placer ó desagrado que arrancan ostensiblemente á todos. Tal fué la poesía dramática que sucedió en abundancia y popularidad á los libros de caballería, pero que conservó muchas de las dotes de estos mismos libros, tan gratos durante siglo y medio á la nación española, y sin las cuales no era posible que ninguna literatura se generalizase entre nosotros.

» La poesía popular, la erudita y los libros de caballería fueron pues los tres manantiales que, después de haber corrido separados, se reunieron en un solo caudal para componer el inmenso de nuestra poesía dramática. Esta gloria la tuvo Lope de Vega, que, dotado de extraordinarias facultades poéticas, llegó además en la ocasión oportuna de completar una revolución ya preparada. Comprendiendo y abarcando las necesidades del espíritu nacional, hizo un todo completo de partes que estaban diseminadas, é inspirado por su genio y por el de la nación, inventó el verdadero drama español, que, si existía como deseo y necesidad de todo el pueblo, carecía de formas con que realizarse.

« Conoció Lope, dice el erudito don Agustín Durán, que las reglas clásicas relativas á las unidades no eran esenciales más que á cierto y determinado sistema de imitación, á cierta clase de verosimilitud; pero que, existiendo en la naturaleza otros medios de imitación y de verosimilitud que en aquellos no cabían, ningún inconveniente resultaba de abandonarlas. Buenas, excelentes, indispensables eran para las naciones bajo cuya civilización se crearon y en cuyas costumbres las hallaron sus poetas: pero en un pueblo meridional por excelencia, místicamente religioso, ferviente de imaginación, que buscaba las impresiones íntimas del alma más bien que las de los sentidos, los efectos de la lucha de las pasiones, y no los resultados del fatalismo; en un pueblo ansioso de asuntos complicados, curioso de examinarse á sí mismo, lleno de fe para con los hechos maravillosos y las enredadas situaciones,

¿cómo habían de bastar á interesarle las sencillas y breves combinaciones que caben en un cuadro clásico? Nuestro genio especial abarcaba un inmenso espacio poético; para tenerle suspenso y entretenido en el teatro necesitaba una historia entera, un poema épico completo. Poco nos importaba que el poeta corriese de oriente á occidente, que pasase de siglos á siglos; pues como nuestro drama era una historia, y eso buscábamos allí, volábamos en el teatro con el poeta como seguiamos en un libro al historiador. La curiosidad que nos conducía á la escena, y nuestra imaginación, abarcaban las creaciones del ingenio; y ya en el cielo ó ya en el abismo, estábamos contentos si, como en la tierra, veíamos al héroe que con hechos maravillosos, intrigas complicadas, combates íntimos de pasiones, cuestiones de punto de honor, galantería, metafísica, acciones caballerescas y religiosas, nos reproducía á nosotros y nuestros íntimos sentimientos. Y ni aun esto bastaba para construir el drama popular. En ello ciertamente consistía su esencia; mas para su parte de ornato exigía nuestro gusto y tendencia natural que se revistiese de todos los tonos de la poesía; necesitábamos, en fin, que la lírica, la épica, la narrativa ostentasen todos los recursos en el teatro; porque, acostumbrados á la gala, riqueza y abundancia de nuestra hermosa lengua, los oídos españoles no podían renunciar, ni aun en el drama, los encantos de sus variados y armoniosos sonidos.

» Necesidades de tal tamaño y extensión no podían satisfacerse en el estrecho círculo que contenía la de los pueblos antiguos, ni tan encontrados y diversos elementos amalgamarse y colocarse convenientemente dentro de él. Ya Juan de la Cueva, Virués y los Argensolas habían conocido la precisión de exceder tan cortos límites; pero, como eran eruditos por fe, no lo hicieron con la debida resolución. Luchando sus doctrinas académicas con la necesidad, fueron tímidos y no se atrevieron de lleno á seguir el intento del pueblo; por lo cual, en vez de inventar un sistema nuevo é independiente del antiguo clásico y con formas propias y originales, sólo produjeron monstruosos dramas, compuestos de elementos inconciliables.

» Al ingenio grande, audaz, eminentemente español de Lope estaba reservado comprender é inventar un sistema dramático que fuese verdadera expresión de nuestras necesidades intelectuales y morales. Por inspiración ó por sentimiento íntimo, quiza más que por estudio, halló el drama español; y formándolo con la quinta esencia del carácter indígena, le apropió

además cuanto no era incompatible con él y habíamos adquirido de los extraños. Cultivado el árbol de nuestra poesía popular, creció magnífico y robusto hasta las nubes, y sus vigorosas ramas asombraron la culta Europa. Modelo fué de ella casi un siglo entero, y sus mayores ingenios se alimentaron de su sustancia para producir obras análogas en cuanto lo permitía la diferente índole de las naciones para quienes escribían.

» Y no se crea, ya lo hemos dicho, que Lope se apartó voluntariamente de las reglas clásicas por sólo apartarse de ellas; lo hizo sí para crear otro sistema, más instintivo á la verdad que razonado. No dejó á su país desierto de poesía nacional, ni produjo monstruos como los que le precedieron. El drama popular y grosero que existía antes que el suyo también tomó una parte muy esencial en su nueva creación, porque en él se hallaba el tipo característico del pueblo. Salió, empero, de sus manos libre de la bárbara corteza que lo cubría, salió adecuado á los progresos que se habían verificado en la cultura social. ¿Qué diferencia enorme no se nota con efecto entre las sales groseras y el lenguaje de las antiguas farsas, si se comparan con las gracias oportunas y decentes de Lope? Y ¿qué diremos de la expresión noble y caballeresca de los amoríos introducidos en sus dramas? Esto es todo invención suya; no existía en las farsas, si bien ya se hallaba connaturalizado en las costumbres é introducido en la sociedad por la lectura popular de los libros de caballería.

» Las reglas que los críticos dedujeron de las creaciones clásicas, y de que se apartó Lope, no afectaban esencialmente las generales que constituyen la imitación de la bella naturaleza; si de éstas se olvidara, jamás hubiera conseguido representar ni satisfacer las necesidades de un pueblo, pues siendo ellas mismas esencialmente necesarias, son una parte del instinto con que el pueblo concibe y siente la belleza. Por inspiración se apartó de aquéllas Lope, por inspiración conservó éstas, y por inspiración hicieron otro tanto los grandes poetas, que, dedicados á producir, jamás se ocuparon en la crítica filosófica ni en escribir reglas, que *à posteriori* se dedujeron de sus obras.

» El teatro de Lope de Vega es una prueba del más extenso y sólido saber. La teología, la jurisprudencia, la filosofía, las bellas artes, y hasta las más mecánicas, todo lo abraza en él, nada le era extraño ni peregrino. Allí está consignada toda la ciencia de su siglo y de su nación, allí sus usos y costumbres,

allí su fe y creencias religiosas, allí sus principios morales y políticos, allí sus necesidades, gustos y placeres; allí lo que contenía su originalidad; y allí mejor que en la historia, que respeta y adula á los individuos, se pintaban con verdad en seres ideales atributos que constituían entre el pueblo la idea de lo bueno y de lo malo, de lo útil y de lo dañoso, y hasta el extravío que produce en los juicios humanos la constitución social y la educación.

» El caos que desembrolló Lope de Vega para fundar el sistema dramático, hasta ahora más bien sentido que definido, fué inmenso. Las sencillas églogas de Juan de la Encina; las comedias, ya más cultas é ingeniosas, de Torres Naharro; las farsas de Lope de Rueda, Timoneda y otros, incrustadas de cuentos novelescos; los dramas informes, hinchadamente épicos y gigantescos de Cueva, Argensola y Virués, que olían todavía á la erudición del mal gusto; el amor humano, asimilado al místico y metafísico; la gala, la riqueza y la tendencia melancólica de la poesía árabe, provenzal é italiana; las hermosísimas y variadas combinaciones métricas de los petrarquistas, introducidas entre nosotros por Boscán y Garcilaso; la gracia sencilla y tierna que caracterizaba nuestras canciones populares; el tono épico, grave y solemne con que en nuestros romances heroicos ó de historia se cantaron las glorias, los desastres y la constancia nacional; la gala y brío descriptivo de los romances moriscos y caballerescos: todo, todo existía ya, todo era popular en la civilización castellana á principios del siglo xvii. Solo faltaba una inteligencia superior que, abarcando con una mirada sola este caos de elementos diseminados, y despojándolos de sus formas divergentes, supiese ponerlos en armonía para crear un todo conveniente, cuya belleza simpatizase con las masas populares á quienes debía servir de instrucción, de moralidad, de placer y de recreo, y á quienes, en fin, como un espejo se debía retratar para sí propias y para la posteridad.

« Pues bien, el hombre que supo aproximar elementos tan distantes y edificar con ellos un monumento real é idealmente bello y armonioso fué Lope de Vega. Creó su drama, y creado, se lo presentó al pueblo y le dijo: « He aquí tu poema; he aquí la verdadera creación que debes continuar para ser sublime, para ser original é independiente; porque esta obra, aunque salida de mis manos. es propia tuya, porque se ha formado de tus leyes, tus costumbres, tu saber, tus gustos,

tus sentimientos, tus creencias, y en fin, de tu propia sustancia. Tú fuiste el mármol que contenía la imagen de la belleza, y yo el artista cuya inteligencia comprendió dónde estaba oculta y cuyo cincel la despojó de su corteza; tú fuiste el diamante, yo el que le labré é hice competir en brillo con el sol. » La nación, atónita y embelesada, aceptó el presente del gran poeta y ciñó sus sienes con inmarcesible corona de gloria, de gratitud y respeto, y la fama llevó su nombre y sus obras inmortales á los otros climas. »

« Para consumar tan grande obra necesitaba Lope ser lo que fué : un verdadero portento, un monstruo de la naturaleza. El cielo había reunido en aquel hombre extraordinario el genio de muchos poetas juntos, prodigándole los tesoros de la imaginación y de la más rica fantasía, el don de inventar y de trazar cuadros infinitamente variados : facilidad, soltura, elegancia, claridad, armonía, todo en él se reune ; es un manantial que á todo basta y que jamás se agota. Su poesía es por lo géneral dulce y fluida, como el agua limpia de una fuente pura, que fluye sin obstáculo alguno ; su expresión deja pocas veces de ser clara, inteligible para todos y exenta de los defectos de culteranismo y mal gusto que afearon á muchos escritores de su época y la siguiente ; los argumentos de sus dramas son variados y siempre felices, á pesar de ser tantos y tan prontamente concebidos ; los caracteres de sus personajes, si no perfectos siempre en la ejecución, bellos en la invención y con rasgos admirables que arrebatan ; el diálogo es fácil y animado ; una galantería fina y culta sobresale en él, no ofendiendo nunca el decoro ; y por lo general descubre una sensibilidad viva y delicada que mueve é interesa, sin que le falte á veces fuerza y sublimidad, bien que estas últimas cualidades son en él las que menos resaltan.

» Vemos pues justificado nuestro aserto de haber sido injustos para con Lope los que le han achacado la corrupción de nuestro teatro, haciéndole causante del desarreglo y mal gusto que reinó en la escena española á juicio de ciertos críticos [1].

1. Á este propósito escribe el señor Mesonero Romanos : Todas estas injustas y apasionadas apreciaciones, hechas *á posteriori* por la crítica moderna ; ni, lo que es más aun, las que con no menos copia de doctrina y dosis de antagonismo dirigieron á Lope y su escuela sus mismos contemporáneos Alonso López (el Pinciano), Andrés Rey de Artieda, los Argensolas, Villegas, Cascales, Cristóbal de Mesa, Suárez de Figueroa, y hasta el propio

Lejos de esto, contuvo el desarreglo que sus predecesores habían introducido, rectificando el gusto que andaba perdido entre las farsas groseras de unos y los monstruosos engendros de otros. Mejoró infinito la parte relativa á la invención de la fábula. Unas veces se mostraba ésta pobre, como en Rueda y Naharro; otras pasaba á ser desatinada y delirante por la aglomeración confusa de incidentes desligados entre sí, como en Cueva y Virués. La fábula de Lope está llena de movimiento, de situaciones, de lances; hasta la exposición misma se hace en acción, y no en discursos, desterrándose la costumbre poco ingeniosa de las loas ó prólogos. Á pesar de la multitud de lances, camina con más claridad, con más arte en la disposición del argumento; y aunque se halla lejos de ser perfecta, rectificada la antigua confusión y la exageración ridícula, puede decirse que dió á la comedia más regulares y sencillas formas.

» Otra cosa que aquéllos no conocieron fué la pintura de los caracteres, y á Lope se debe la creación de esta parte tan principal de la poesía dramática, en la que sobresalió, señaladamente cuando ponía en escena caracteres femeniles. Nadie ha descrito con más verdad ni al mismo tiempo con más ingenio y, por decirlo así, con más efusión del alma, la ternura y constancia del corazón mujeril, el valor del bello sexo en las situaciones más difíciles de la vida, y la disposición á hacer los mayores sacrificios por el objeto amado. Su manera de sentir

---

Cervantes, fueron ni serán bastantes á negar un hecho positivo, cual es la inmensa popularidad, el dominio absoluto que obtuvo en su siglo sobre la escena aquel coloso de genio, con su prodigiosa fecundidad y su arrogante lozanía. Lope, como su contemporáneo Shakespeare en Inglaterra, siguió involuntariamente los impulsos de su propio genio, y aunque profundo conocedor de las reglas y convenciones clásicas del arte, y aunque lamentando como una triste necesidad de su época el haber de apartarse de ellas en sus obras, al obedecer á lo que él creía el gusto del público, cumplía, contra su voluntad y lamentandolo sinceramente, la misión providencial de su talento, que era la de ser la expresión fiel y genuina del sentimiento y la fisonomía de un pueblo y de un siglo poético, apasionado, altivo y caballeresco, y levantaba, acaso sin pretenderlo, el imperecedero monumento de nuestro teatro exclusivo y nacional; de este astro luminoso, que, recorriendo su espléndida órbita desde los fines del siglo XVI, brilló en su cénit á mediados del siguiente en la frente del gran Calderón, y descendió á su ocaso á principios del XVIII, reflejando sus últimos resplandores en las de Zamora y Cañizares, cuando (según la feliz expresión de Jovellanos) *la Talia española había pasado los Pirineos para inspirar al gran Molière. Discurso preliminar* en el tomo I de los *Dramáticos contemporáneos á Lope de Vega* (tomo XLIII, de la *Biblioteca de Autores Españoles*).

el amor y los celos está expresada en las numerosas comedias de Lope con una variedad admirable, correspondiente á las casi infinitas situaciones que inventó para describirla. En los demás caracteres, generalmente hablando, observó la debida decencia. El lenguaje del padre anciano no es como el del joven amante, del monarca poderoso, del criado, del pastor, del villano. Nada de esto se veía en los que le precedieron : cuando más, supieron trazar algunos caracteres generales, pero no los individuales, que son los que la comedia requiere; y fué tan notable la mejora que en esta parte introdujo, que él mismo se alababa de ella,... en su *Égloga á Claudio*.

. . . . . .

» Tampoco sabían sus antecesores manejar el diálogo con verdad, gracia y soltura. Algo se notaba ya de esto en Lope de Rueda; mas sólo en la parte jocosa. Lope de Vega enseñó el modo de hacer hablar entre sí á los interlocutores de todas clases con verdad, viveza y naturalidad, huyendo de los largos razonamientos, haciendo que las réplicas fuesen prontas, oportunas, adecuadas á la situación y al personaje. En suma, como ya hemos dicho, antes de Lope existían comedias; pero él creó el arte dramática.

» Mas si esta arte le debió tanto, ¿hizo por ella todo lo que hubiera podido ? ¿ La llevó al grado de perfección de que era susceptible en su tiempo ? Á nosotros nos parece que no, y en esto vemos la gran culpa de Lope. Sin quitar al teatro español su originalidad, sin defraudarle de una sola de las buenas cualidades con que supo dotarle, en nuestro juicio debió darle más perfectas formas é introducir en él un gusto más depurado. El mismo lo conoció, se acusó de ello, y este testimonio es más poderoso que todas las excusas que se puedan inventar para disculparle.

» Si tuvo grande inventiva, no fué tan afortunado en la composición ó disposición de la fábula, que casi siempre es defectuosa, señaladamente cuando se aproxima el desenlace. Su genio le inspiraba una buena idea; poníase á trabajar, y generalmente empezaba bien, porque entonces le animaba la inspiración; pero caminando sin plan y siempre deprisa, se iba extraviando y se cansaba. Añadía escenas conforme se le ocurrian, aunque no tuviesen entre sí la conexión necesaria : salían unas buenas, otras malas; ya se cansaba, y su composición se resentía de la fatiga ocasionada por el excesivo trabajo; ya

por un nuevo impulso ó recobradas sus fuerzas, volvía la inspiración, y era otra vez el inimitable Lope. Cuando llegaba el desenlace, el cansancio, la dificultad de atar tanto cabo suelto y de llevar á un fin común tan varios incidentes, el ansia de acabar, le hacían echar mano de cualquier medio, y resultaba el final tan malo como buena había sido la exposición. Así, de todos los poetas dramáticos es el que tiene mayor número de escenas admirables y menor de comedias buenas. Esto consiste en que la invención pertenece al genio y es hija de la inspiración; pero la composición lo es del talento y del arte. Las escenas, los diálogos y los versos se hacen dictando la musa de la fantasía; pero la disposición y el enlace de las diversas partes del drama, de modo que camine artificiosamente á su fin, prepare la catástrofe y mantenga al espectador siempre suspenso, esto requiere mucha meditación y gran detenimiento.

» Estas últimas cualidades son las que le faltaron á Lope para ser perfecto, y su falta le precipitó en grandes extravíos. Entregándose sin freno alguno á su lastimosa facilidad, demasiado pronto á tomar la pluma, é impaciente por acabar, sacrifica el conjunto á los pormenores, y desgracia lo esencial por los accesorios. Corre sin saber adónde marcha ni cuándo parará; no se concede el tiempo de respirar siquiera, y á lo mejor se queda sin aliento. Semejante al pródigo, derrama inconsideradamente sus tesoros, en vez de distribuirlos con cordura; y en medio de tantas riquezas, aparece muy á menudo pobre y miserable. Así, Lope para ser apreciado en lo que vale necesita presentarse cargado con el inmenso caudal de sus obras: vistas juntas asombran y dejan anonadado al que las contempla; desmenuzadas, se pierde el prestigio, y no pocas veces causan extraño desagrado. Se pueden comparar á un inmenso paisaje que desde lejos presenta imponentes masas de árboles y montes, nubes y variados celajes: el conjunto sorprende y asombra; pero internándose en él se desvanece la ilusión, y á par de bellas flores, sombras agradables y fuentes deliciosas, se encuentran sitios agrestes, rocas incultas, extensos eriales, cenagales inmundos; y por todas partes la maleza ahoga la vegetación, que de lejos parecía tan lozana.

» Y no estuvo todo el daño en lo bueno que dejo de hacer, sino en el mal ejemplo que diera, siendo imitado en sus defectos por la mayor parte de sus contemporáneos y sucesores.

Como una de las cualidades que en él más sorprendieron fué su inmensa fecundidad, todos sus imitadores creyeron que no eran poetas dramáticos si no eran también fecundos, y diéronse todos á escribir comedias á destajo, produciéndolas á cientos. Quedándose aún en esta parte muy atrás, no le aventajaron en las demás; y excepto algunos pocos que indudablemente produjeron obras mejores que las suyas, el vulgo de los dramaturgos escribió todavía con más desarreglo y menos gusto. Acostumbró además Lope á componer, no para el arte, sino para el pueblo únicamente y según su capricho. Si es cierto que el poeta, y más el dramático, tiene que escribir para el pueblo, también lo es que no debe constituirse en servil adulador de sus gustos, con frecuencia depravados. El cielo no le da el ingenio para esto solo, y es su obligación corregir lo que el buen gusto y la razón desaprueban. El arte le ha de merecer también algún esfuerzo, y él está para perfeccionarlo; que la gran dificultad y la verdadera gloria consisten, no en agradar á la plebe á expensas del arte; no tampoco en sujetarse á éste sin consideración á los gustos del pueblo, sino en atender á las dos cosas juntamente, en hermanar estos dos fines indispensables y en vencer todos los obstáculos que ofrece tan ardua empresa. Si Lope hubiera hecho esto, no se diría de él que ha escrito mil ochocientas comedias; pero tendríamos unas pocas que sabríamos de memoria.

» Basta ya sobre las bellezas y los defectos de Lope de Vega y sobre la influencia que tuvo en el teatro moderno. Contraigámonos ahora á hablar más particularmente de sus comedias.

» Éstas se pueden dividir en varias clases:

« 1.ª Las de costumbres, en que más se acercó á Terencio y á Plauto, é imitó acaso sobradamente la licencia de los cómicos antiguos. Llamamos así á las comedias en que se pintan los vicios de los hombres en sociedad y se retratan sobre la escena; pero, como en tiempo de Lope no podían criticarse los vicios de ciertas personas y clases, hubo de limitarse á las más abyectas y bajas, como en el *Rufián Castrucho*. En estas obras no es Lope tan culto y urbano como en las demás; pero afortunadamente tiene pocas.

» 2.ª Comedias de intriga y amor, llamadas generalmente de capa y espada. En este género fué original y mejor que en ningún otro. Á él deben referirse muchas en que, aunque se introduzcan reyes y emperadores, la fábula no versa sobre echos históricos, sino sobre lances de amor y celos. Es

también el que más se cultivó por todos nuestros antiguos poetas dramáticos y en el que tenemos más riquezas.

» 3.ª Comedias pastoriles, género que agradaba mucho á Lope y en que imitó el *Aminta* del Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini, pero dando más complicación é interés á la fábula. Sobresalió en él por las excelentes descripciones poéticas que admite. En todas las obras de Lope se ve el placer con que describe las bellezas sencillas, las escenas hermosas de la naturaleza, las dulzuras de la vida del campo y la sencillez de costumbres que es consiguiente á ella; pero introdujo también en estas comedias el mismo género novelesco que en las demás.

» 4.ª La comedia heroica ó de sucesos verdaderos ó creídos, tales como la historia de Bernardo del Carpio. En las comedias de este género se observa en Lope más celeridad que en otro alguno, y se acercó más á la manera de Cueva y Virués : muchas fueron comedias de circunstancias.

» 5.ª La tragedia: puso el título de tragedia á algunas de sus composiciones porque el desenlace era lastimoso, aunque la forma fuese la misma que en los demás dramas; de modo que no hay más diferencia entre lo que él llama comedia y lo que tal vez intitula tragedia, que el ser en la primera el desenlace feliz y en la segunda funesto.

» 6.ª Las comedias mitológicas: por lo general son comedias de teatro.

» 7.ª Las de santos: también de apariencias teatrales, en las cuales estaba recibido que se introdujesen los demonios, saliendo por escotillón, y los ángeles por nubes. Estos dos últimos géneros por sí son ya bastante inferiores : el uno por ser de una creencia que no nos pertenece, y el otro por acercar demasiado al auditorio los objetos de la suya. No tienen en Lope bastante mérito.

» 8.ª La comedia filosófica ó ideal, en que se conoce la intención de desenvolver alguna máxima de moral universal, género en que Lope se elevó apenas sobre la comedia de intriga, y que Calderón llevó después á tan alto grado de perfección; son pocas también las que tiene de esta clase [1].

---

1. Debemos esta clasificación al profundo humanista y excelente crítico, maestro incansable de la juventud, don Alberto Lista y Aragón, cuyo fallecimiento, acaecido en 5 de octubre de 1848, llenó de luto á los verdaderos amantes de las letras, quienes perdieron á su muerte un verdadero oráculo. (Nota de Ortiz y Zárate.)

. . . . . .

» Mucho habría que citar de LOPE; pero es difícil elegir en tal cúmulo de obras. Sus comedias más nombradas, ó por lo menos las que más se han conservado en el teatro hasta estos últimos tiempos, son: *El anzuelo de Fenisa; Obras son amores, y no buenas razones; ¡ Si no vieran las mujeres! Las flores de don Juan; La esclava de su galán; La moza de cántaro; Querer su propia desdicha; Los milagros del desprecio; El castigo sin venganza; La estrella de Sevilla; El premio del bien hablar; Por la puente, Juana; El mejor alcalde el Rey; Lo cierto por lo dudoso; El perro del hortelano; La dama melindrosa; Los Tellos de Meneses; Amar sin saber á quién; El acero de Madrid; La ilustre fregona; La hermosa fea; El mayor imposible: La boba para los otros y discreta para sí.* En el prólogo del *Peregrino en su patria* puso LOPE una lista de las comedias que había publicado hasta entonces. »

Otro apreciable escritor, don Francisco María Pinto [2], dice lo que sigue de la significación de LOPE en la dramática española.

« No era ese teatro (el de Lope), el muerto reflejo del de otros pueblos y otros días, porque no era extraña y distante la luz que le alumbraba. Fué algo más: fué el grandioso eco de nuestra propia vida. Allí desplegó el genio dramático

---

1. *La crítica literaria* (*Ojeada histórica*). Artículo publicado en la *Revista de Canarias*, tomo I, 1878-1879, págs 6-39.

Permítame el lector que la cariñosa amistad que me unió á Pinto, me haga aprovechar esta ocasión, la primera que se me presenta de citar su nombre después que una cruel enfermedad le arrancó ha poco más de un año de los brazos de su familia y del afecto de sus amigos, para expresar cuán grande creo la pérdida de inteligencia tan clara, de carácter tan noble, de corazón tan bondadoso. Pinto no tiene biografía; murió en edad harto temprana: había nacido el 4 de junio de 1854, y falleció el 19 de febrero de 1885. Fué profesor del Instituto Provincial de Canarias. Mientras existió la *Revista de Canarias* (1878-1882) fué redactor en jefe de su parte literaria, y esto por que su extremada modestia le impedía ser director de dicha publicación, puesto que, ocupado por mí indebidamente, le ofrecí repetidas veces.

Lo poco que dió á la estampa se halla en la citada *Revista* y en la *Ilustración de Canarias*. Anúnciase la próxima publicación de la colección de sus artículos, aumentada con los muchos y variados trabajos que dejó inéditos. Gran desgracia sería que no pasase de proyecto este pensamiento, que el nombre de Pinto honra á la patria, y no abundan tanto las inteligencias superiores para dejar que las obras de éstas se pierdan. Impresas las de mi malogrado amigo, serían como las primicias de su talento dejando ver sobradamente la altura á que hubiera sin duda llegado en edad más madura.

en formas tan brillantes que aun nos maravillan toda nuestra vida ideal que pudimos ver entonces, como los griegos habían visto la suya en aquella escena antigua en cuyo nombre se lapidó más tarde á la nuestra.

» Lope de Vega representa la alianza entre el genio individual y el gusto público; y esto es lo que se quiere decir al hablar de unión entre la literatura popular y la erudita. La encarnación del espíritu moderno en las formas clásicas, el matrimonio de Fausto con Helena, según el símbolo de Gœthe, no pasa de ser un ideal más ó menos discutible. ¿ No implica tal vez un sentido algo oscuro de lo que se entiende por *fondo* y *forma* en el arte? Si en el indicado comercio se trata únicamente de algunas de esas condiciones formales que muchos resumen hoy en la palabra « clasicismo », que otros parecen reducir á lo que se llama sencillez griega, y que dificultosamente puede ser algo más que simple cualidad de estilo, entonces no hay nada que añadir, porque el asunto no lo merece. En nuestros días, el velo de Helena, mencionado en la ininteligible « Segunda parte » del Fausto, ha tenido admiradores tales como Leopardi, el poeta que halló en su genio y propia desventura acentos líricos tan amargos.

» El teatro de Lope no fué la alianza de dos escuelas, sino el triunfo de la literatura popular. El mundo de los romanceros llenó la escena, y con él y como alma suya la caballeresca galantería, el amor respetuoso y ardiente, el exagerado punto de honor, cuya semilla nos legaron también los bárbaros; y sobre todo esto y modificado pór ello, el sentimiento religioso y el amor al rey y á la patria. — Nuestro pueblo se contempló, y aplaudió. Desde entonces, ningún poeta ha logrado, como Lope de Vega, presenciar en vida toda su gloria.

» Sin embargo, llegaron hasta él apagadas protestas, voces que apenas dejaba oir la aclamación popular y que hablaban en nombre de los viejos preceptos olvidados; pero esas acusaciones quedaron ahogadas en la explosión de un entusiasmo sin ejemplo. »

Mucho espacio había de ser necesario si tratase de incluir en este desaliñado prólogo, aunque sólo fuera en extracto, los juicios que de Lope se han publicado por escritores antiguos y modernos tanto nacionales como extranjeros.

No es esto posible; pero por lo menos no quiero privar al

lector curioso, por considerarse en ellas magistralmente la obra de Lope desde otros puntos de vista, de las apreciaciones que siguen, del académico y profesor de la Universidad Central señor Menéndez y Pelayo, expuestas en su notabilísima *Historia de las ideas estéticas en España*, obra que aun se halla en publicación.

« ... Bebiendo Lope en los puros raudales de la poesía popular y de las tradiciones españolas, creó un teatro todo acción y todo nervio, rápido y animadísimo, lleno de fuerza y de inventiva, más extenso que profundo, más nacional que humano, pero riquísimo, espontáneo y brillante sobre toda ponderación, libre además en el gran maestro y en sus primeros discípulos y émulos de los amaneramientos y de las rutinas que le enervaron después, acabando por convertirle en un género tan convencional como la tragedia francesa. Siguió á Lope con la misma libertad y con el mismo brío una legión de poetas, de los cuales sólo Tirso llegó á superarle en estudio de caracteres y profunda ironía, Alarcón en fundir la intención ética con la estética, de suerte que pareciesen una misma. Pero ninguno, ni Alarcón ni Tirso, llegaron á aquel poder inmenso de creación que abarca el mundo entero de las acciones humanas ; á aquella vena pródiga é inexhausta que aun en las obras más imperfectas lanza raudales casi divinos ; á todo aquel conjunto de cualidades que parecerían grandes repartidas en veinte poetas, y que, por disposición singular de la Providencia, se vieron derrochadas en uno solo, el gran poeta de nuestra Península, el hijo pródigo de la poesía.

» Lo que este hombre, en fuerza sólo de su prodigioso ingenio, puesto que no le ayudaba poco ni mucho el prestigio moral, rindió, deslumbró y avasalló á sus contemporáneos, escrito está en las memorias contemporáneas, y, con ser mucho, aun nos parece poco para su grandeza. Pero en este coro de alabanzas que se levantaba en torno de las obras innumerables que cada día brotaban del horno siempre caliente de la inspiración de Lope, algunas voces discordaban, voces las unas de poetas dramáticos que, faltos de fecundidad ó de inventiva, se rendían en la desigual contienda, y soltaban de sus hombros la pesada mole que solamente los hombros de

1. *Historia de las ideas estéticas en España, por el doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo*... Madrid, 1883-1884, tomo II, págs 416, 446 y 453.

naba en aplaudirle, y se llama bárbaro á sí mismo, y hace como que se ruboriza de sus triunfos por contemplación á los doctos « refinados y discretos, » y se disculpa con la dura ley de la necesidad, como si hubiese prostituído el arte á los caprichos del vulgo; y hace alardes pedantescos de tener en la uña la poética de Aristóteles y sus comentadores... ¡Triste y lastimoso espectáculo en el mayor poeta que España ha producido! ¡Cuánto le cuesta al verdadero genio hacerse perdonar su gloria!

. . . . . .

» No ha de tomarse el *Arte Nuevo* como cifra y resumen de la Poética de Lope. La nota que va al pie [1] mostrará cuánta

---

que las hallé, sin atreverme á guardar los preceptos, porque con aquel rigor, de ninguna manera fueran oídas de los españoles. »

¡Siempre la preocupación del juicio de los *extranjeros*, es decir, de los talianos!

1. En las dos inmensas colecciones de Lope pueden encontrarse (además del *Arte Nuevo* y de las censuras contra el culteranismo) muchos pasajes de índole estética. Ahora recuerdo los siguientes :

Tomo I. *Obras sueltas*, edición de Sancha.

En el *Laurel de Apolo* (silva 5ª.) una definición de la poesía :

« Un arte, que constando de precetos
Se vista de figuras y concetos. »

Epístola al Obispo de Oviedo, Fr. Plácido de Tosantos. En algunos tercetos se expone la doctrina platónica del amor y la belleza *universal :*

« Amor puede mover el pensamiento
Hasta llegar á Dios por la criatura. »

Sonetos estéticos

« Quien dice que es amor cuerpo visible....
Canta Amarylis y su voz levanta....
De la beldad divina inconprehensible....
Como de aquella imagen que recibe.... »

El autor confiesa que tomó la idea de estos sonetos de Platón y de Marsilio Ficino.

Al mismo género pertenece el metafísico y enigmático soneto, impreso con *La Philomena :*

« La calidad elemental resiste
Mi amor, que á la virtud celeste aspira... »

al cual hizo Lope un largo comento en prosa, dedicado á don Francisco López de Aguilar, y lleno de citas de Trimegisto, de Plotino, de Marsilio,

es la variedad y riqueza de doctrinas literarias esparcidas en sus múltiples obras, y eso que yo no pretendo haberlas apu-

---

del Areopagita, de San Hierotheo, y hasta de Theóphilo Folengo (poeta macarrónico) y del francés Desportes.

Epístola á D. Diego Félix Quijada (Nuevas consideraciones platónicas sobre el amor).

Tome II. *La Hermosura de la Angélica,* canto XIII. Octavas en alabanza y definición de la pintura :

« Oh pintura divina y milagrosa,
Pues que ninguna acción humana imita
Tanto á naturaleza prodigiosa!
¡ *Ciencia* sin fin, sin término, *infinita :*
Tú pones á los ojos cualquier cosa,
Que debajo del sol y encima habita,
Y tanto puedes, de tus sombras llena,
Que engendras miedo, amor, contento y pena.... »

La Philomena, segunda parte. Es una apología de las obras de Lope en forma de contienda entre el Tordo (Rámila) y Philomena (el mismo autor). Nótense estos versos en defensa de la antigua poesía nacional :

«.... Con los versos extranjeros,
En que Lasso y Boscán fueron primeros.
Perdimos la agudeza, gacia y gala,
Tan propia de españoles....
Y así ninguno lo que imita iguala,
Y son en sus escritos infelices,
Pues ninguno en el método extranjero
Puso su ingenio en el lugar primero. »

Tomo III. *La Dragontea.* Prólogo de D. Francisco de Borja, comendador de Montesa, con doctrinas muy amplias sobre la poesía épica, en la cual comprende hasta las novelas (*romanzi*) de los italianos. « Ésta poesía es la más licenciosa de todas, porque debajo de estilo heroico no obliga á cosa particular. »

Tomo IV. *Rimas Humanas.* Parte primera. Largo discurso dedicado á Arguijo. Lope admite la existencia de poemas que no sean heroicos ó épicos á la manera antigua, y cuenta entre ellos su *Angélica.* Defiende la prosa poética que había usado en la Arcadia, á ejemplo de Sanázaro, cuya prosa tiene casi tantos epítetos como palabras.

En su segundo prólogo á las *Rimas* hace Lope calurosa y bellísima defensa de los romances : « Algunos quieren que los romances sean la cartilla de los poetas : yo no lo siento así, antes bien los hallo capaces, no sólo de exprimir y declarar cualquier concepto con facil dulzura, pero de proseguir toda grave acción de numeroso poema. Y soy tan de veras español en estoque, que por ser en nuestro idioma natural este género, no me puedo persuadir que no sea digno de toda estimación. » No he encontrado en Lope la calificación de *Iliadas sin Homero,* atribuida á los romances; pero si no lo dijo, fué muy capaz de decirlo.

Cuestión sobre el honor debido á la poesía. Es una carta á Arguijo. « Ser arte es infalible, pues consta de preceptos... Muchos la han aborrecido, en la parte que también Platón la reprehende, *cuando imita enojosamente las costumbres...* El llamarla algunos Padres error é insania, debe entenderse

Lope podían subir á la montaña; voces las otras de humanistas fieles guardadores de la tradición clásica, cuyos preceptos les parecían conculcados y menospreciados por la exuberante inspiración del prodigioso dramaturgo. El sentido habitual de los humanistas españoles, el de aquellos mismos que más profundamente habían penetrado en las reconditeces de la *poética* aristotélica era mucho más favorable que hostil á Lope: lo hemos visto en el Pinciano y en González de Salas, y lo veremos luego en testimonios más explícitos; pero la oposición crítica existía más ó menos autorizada, más ó menos directa. Ya el barón Schack, en su excelente *Historia de la literatura y del arte dramático en España* [1], recogió estos ataques y las apologías también, facilitándonos mucho la tarea que vamos á emprender, con presencia siempre de los originales.

. . . . . .

« El *Arte nuevo de hacer comedias*, de Lope de Vega, tan traído y llevado por los críticos, hasta el extremo de haberse convertido algunos de sus versos en proverbios, ha parecido á muchos una especie de enigma ó acertijo, siendo, como es, su sentido claro y llano para todo el que no le considere aisladamente, sino poniéndole en relación con las demás obras de su autor, y con el sentido estético que predomina en ellas. En Lope hay dos hombres, el gran poeta español y popular, y el poeta artístico, educado, como todos sus contemporáneos, con la tradición latina é italiana. Estas dos mitades de su ser se armonizan cuando pueden, pero generalmente andan discordes, y, según las ocasiones, triunfa la una ó triunfa la otra. Con su alma de poeta nacional, Lope tiene conciencia más ó menos clara de la grandeza de su obra, y la lleva á término sin desfallecer un solo día. Pero al mismo tiempo se acuerda de que le enseñaron, cuando muchacho, ciertos libros llamados Poéticas, en los cuales, con autoridades mejor

1. *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien. Von Adolph Friederich von Schack... Frankfurt, Verlag von Joseph Baer*, 1854.

Tomo II, paginas 505 á 514. *Kritische Opposition gegen das Spanische Nationalschauspiel.*

Y en el *Nachtrage* ó Apéndice, *passim.*

(Nota del señor Menéndez y Pelayo, lo mismo que las demás de lo que de él copio.)

ó peor entendidas del Estagirita y del Venusino, se reprobaban la mezcla de lo trágico y lo cómico, y el abandono de las unidades. De aquí contradicción y aflicción en su espíritu. De aquí la duda que alguna vez asalta á todo artista de los que tiran por sendas nuevas y contrarias á la doctrina oficial de su tiempo, aun siendo grande su arrogancia: « ¿Estaré yo equivocado? ¿Serán bárbaros y monstruosos los partos de mi ingenio? Si los doctos los reprueban, ¿puede satisfacerme el aplauso del vulgo? »

» Hay mucho de infantil en el poeta. Sobre el mismo que en la práctica audazmente rompe las cadenas de la antigua estética, suelen pesar enormemente el prestigio y la reverencia de mil trivialidades de gramáticos y retóricos. Tal era la situación de Lope, lidiando en él, por una parte, la enseñanza que del exterior había recibido, y de cuya validez no había dudado nunca; por otra el *demonio* interior que le llevaba á producir un arte nuevo; y así, unas veces hacía gala de menospreciar su teatro, declarando que « las comedias eran flores del campo de su vega que sin cultura nacían; » pero que « él tenía ingenio y letras para más, como lo mostraban los libros suyos que corrían por Italia y Francia [1], es decir, sus obras líricas y épicas, lo que la posteridad estima menos. Y otras veces, por el contrario, anunciaba el advenimiento de una *poética invisible, que se ha de sacar ahora de los libros vulgares* [2]. Pero llegado á formular esta Poética, avergonzábase de aparecer como un ignorante y un bárbaro ante los italianos ó ante los cultísimos ingenios que componían la Academia Matritense, y escribía á Juan Bautista Marini [3] que « en España no se guarda el arte, no por ignorancia, pues sus primeros inventores Rueda y Naharro le guardaban, que apenas ha ochenta años que pasaron, sino por seguir el estilo mal introducido de los que les sucedieron [4]. » Y en el *Arte nuevo de hacer comedias*, lamentable palinodia, que apenas es menester citar, porque vive en la memoria de todos, llama *bárbaro* de mil modos al pueblo que, teniendo razón contra él, se obsti-

1. Parte XV de sus Comedias. *Prólogo*.
2. Prólogo dialogístico entre *Un Poeta y el Teatro*. Precede á la parte XIX de Comedias de Lope.
3. Dedicatoria de la Comedia *Virtud, pobreza y mujer*.
4. Casi lo mismo dice en el prólogo de *El Peregrino en su patria* (tomo V de la ed. de Sancha): « Y adviertan los *extranjeros* de camino que las comedias en España no guardan el arte, y que yo las proseguí en el estado

rado todas. Lo importante de notar aquí es el arrojo con que Lope, á medida que avanzaban los años, y con ellos crecía su

---

por aquel tiempo en que los poetas llamaban á Jove omnipotente, escribían los vicios y torpezas de sus Dioses, juraban por Castor y Hércules... Castísimos son aquellos versos que Ausías March escribió en lengua lemosina, que tan mal, y sin entenderlos, Montemayor traduxo... »

Tomo V. Prólogo de *El Peregrino en su patria* y el libro IV de la misma novela, donde hay al principio una larga digresión sobre el amor, con doctrina tomada del *Convite* platónico. En el libro VI leemos: « Son materia del arte cosas verisímiles, que han sido, que pueden ser, ó que hay fama de su noticia. »

Tomo VI. *La Arcadia*. En el libro III (pág. 233) se encuentra una larga discusión sobre la poesía, en que predomina el sentido científico: « No sólo ha de saber el poeta todas las ciencias, ó á lo menos principios de todas, pero ha de tener grandísima experiencia de las cosas que en tierra y mar suceden... ha de saber ni más ni menos el trato y manera de vivir, y costumbres de todo género de gente; y, finalmente, todas aquellas cosas de que se habla, trata y vive, porque ninguna hay hoy en el mundo, tan alta ó tan ínfima, de que alguna vez no se le ofrezca tratar, desde el mismo Criador hasta el más vil gusano de la tierra... » En boca de otro personaje pone la opinión contraria.

Pág. 410. Octavas sobre la Retórica.

Pág. 417. Id. sobre la Música.

Pag. 420. Id. sobre la Poesía.

Tomo VII. *La Dorotea*. El prólogo, aunque lleva la firma de D. Francisco López de Aguilar, es de Lope. He visto el borrador autógrafo de su letra. Dice de la poesía que es *arte que todos los incluye*. Defiende los poemas en prosa, « que si alguno pensase que consistía en los números y consonancias, negaría que fuese ciencia la poesía... el ornamento de le harmonía esta allí como accidente, y no como real substancia ». Adelantándose á modernísimas escuelas, recomienda la prosa para el drama realista, « porque siendo la *Dorotea tan cierta imitación de la verdad*, le pareció que no lo sería, hablando las personas en verso, como las demás que ha escrito... Si algún defecto hubiese en el arte... sea la disculpa *la verdad*, que más quiso el Poeta seguirla que estrecharse á las *impertinentes* reglas de la fábula. »

En el acto quinto está el famoso madrigal platónico:

« Mire, señora, la ideal belleza.... »

comentado en admirable prosa.

Tomo VIII. Prólogo de las *Novelas*, de las cuales dice que *tienen los mismos preceptos que las comedias*.

Prólogo de *El castigo sin venganza*.

Tomo IX. *Égloga á Claudio*.

Elegía en la muerte del célebre músico Juan Blas de Castro.

Tomo XI. *El Isidro*. Prólogo en defensa de las antiguas coplas castellanas. « No pienso que el verso italiano haga ventaja al nuestro... »

La *Justa Poética á San Isidro* tiene también un prólogo, en que se trata de averiguar si los antiguos poetas españoles fueron más excelentes que los modernos.

Tomo XII. *Fiestas á la canonización de San Isidro*. En el prólogo, doctrinas literarias sobre la historia: *La Historia pertenece á la vida*.

gloria y la confianza en su genio, modificó la posición crítica tan humilde y abatida que había tomado en 1609, llegando á calificar de *impertinentes* (en el prólogo de *La Dorotea*) las pretendidas reglas de la fábula dramática, sustituyéndolas con un solo principio, el de la *verdad humana*, defendiendo la prosa para el drama realista, y jactándose, en el prólogo de *El Castigo sin venganza*, de haber escrito esta asombrosa tragedia « al estilo español, no por la antigüedad griega y severidad latina, huyendo de las sombras, nuncios y coros, porque el gusto puede mudar los preceptos, como el uso los trajes y el tiempo las costumbres. » En estas bizarrías reconozco al gran poeta popular, para quien los romances eran capaces de todo argumento épico; y nunca convendré con los críticos de reata que, por pereza de leer sus obras innumerables, dan por fórmula definitiva de la poética de Lope el *Arte nuevo de hacer comedias*. En la *Égloga á Claudio*, obra también de su vejez, se acusaba todavía, es verdad, más por razones éticas que estéticas, de haber solicitado la risa del vulgo vil, ocupándose siempre en fábulas de amores, y manchando la tabla aprisa; pero en vez de declararse corruptor del teatro, exclamaba con justa y legítima vanagloria que las comedias le debían *el principio de su arte*, aunque este arte no se ajustase á los rigores de Terencio :

> « Pintar las iras del armado Achiles,
> Guardar á los palacios el decoro,

Tomo XVII. Pág. 304. *Silva sobre la Pintura, á Vincencio Carducho.*
Elogio notable que Carducho hace de Lope como colorista.
Discursos de Lope sobre la nobleza de la pintura.
Extenso prólogo de Lope para el comentario de Faria á *Los Lusiadas.*
Tomo XIX. *Rimas de Burguillos.* En un soneto, comparación entre la pintura y la poesía :

> « Marino, gran pintor de los oídos,
> Y Rubens, gran poeta de los ojos.... »

En cuanto á la parte dramática, recomiendo los prólogos de los tomos XI, XII, XIII, XIV, el *Diálogo entre el teatro y el forastero* (parte XIV), y sobre todo el *Diálogo entre el Poeta y el Teatro* (parte XVI), y las dedicatorias de *La Pobreza estimada* (« *Fundamento de la Poesía es la Filosofía* »), *Virtud, Pobreza y Mujer*, *D. Juan de Castro* (« *La Historia y la Poesía todo puede ser uno, habiendo historia en verso y poesía en prosa* »), *La campana de Aragón*, *La Arcadia*, *Santiago el Verde*, *El Hijo de los Leones*, *La Mal Casada*, *El verdadero Amante*, *Los locos de Valencia* (dirigida á un francés, con quien se disculpa de la inobservancia del arte), *Lo cierto por lo dudoso*, etc., etc.

. . . . . .
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo.
. . . . . .
Describir el villano al fuego atento...
¿Á quién se debe, Claudio ?... »

VII

Réstame, antes de dar por terminado este ya largo prólogo, indicar el criterio seguido en la formación de esta colección de las *Obras escogidas* del Fénix de los Ingenios.

Para hacerla he tenido á la vista un sinnúmero de ediciones de Lope antiguas y modernas, impresas en España y fuera de ella. Entre las mismas no podía faltar la de la *Biblioteca de Autores Españoles*, monumento elevado á las letras nacionales por la firme voluntad y patriótica abnegación de don Manuel Rivadeneyra : sin disputa la empresa literaria de mayor importancia que se haya realizado en España. Cinco tomos de Lope contiene, coleccionados cuatro (obras dramáticas) [1] por don Juan Eugenio Hartzenbusch y uno (obras no dramáticas) [2] por don Cayetano Rosell, é ilustrados con eruditas y curiosas noticias, cuyo mérito es innecesario encarecer habiendo citado el nombre de los colectores.

Cotejando entre sí las comedias de diferentes ediciones he encontrado en muchas de tal modo diferente el texto, que no se explica la poca escrupulosidad de algunos editores que han seguido ediciones antiguas, tal vez sin recordar que algunas de ellas se imprimieron sin la intervención de Lope. En aquella época no sólo era esto moneda corriente, sino que cada compañía de comediantes arreglaba las obras á su sabor, dándolas á la estampa desfiguradas y hasta con diferente título y nombre de autor, haciéndolas parecerse cambios tan grandes, más á malos plagios que á obras originales. Tal descuido de ciertos editores es tanto más censurable, cuanto que de Lope

1. *Comedias escogidas de frey Lope Félix de Vega Carpio, juntas en colección y ordenadas por don Juan Eugenio Hartzenbusch.* 4 vol., Madrid, Rivadeneyra. Tomos XXIV, XXXIV, XLI y LII, de la *Biblioteca de Autores Españoles.*

2. *Colección escogida de obras no dramáticas de frey Lope Félix de Vega Carpio, por don Cayetano Rosell.* Tomo XXXVIII de la misma *Biblioteca.*

existe copiosa colección por él autorizada. Hasta se han llegado á reimprimir, en colecciones, obras refundidas sin que el editor se haya tomado el trabajo de advertirlo al lector.

Además del natural cambio de ortografía, van las obras dramáticas de esta edición divididas en escenas [1], señalándose las entradas y salidas de los personajes, etc., lo que además de facilitar la inteligencia de las piezas, procura descanso al lector. Hay colecciones modernas en las cuales se usa el sistema antiguo, pero yo me he decidido á variarlo siguiendo opinión tan autorizada como la del señor Hartzenbusch que á su vez se inspiró en precedente conocido [2].

E. ZEROLO.

París, marzo de 1886.

1. *El Castigo sin venganza* se reimprime tal como lo escribió su autor, variándose sólo la ortografía é indicándose el lugar de la acción.

2. *Colección general de comedias escogidas*, que principió á salir en 1826. Citala el señor Hartzenbusch en el prólogo de las *Comedias escogidas de fray Gabriel Téllez*. Tomo V de la *Bib. de AA. Españoles*.

TRAGEDIAS

EL CASTIGO SIN VENGANZA*

PERSONAS

EL DUQUE DE FERRARA.	AURORA.
EL CONDE FEDERICO.	LUCRECIA.
ALBANO.	BATÍN.
RUTILIO.	CINTIA.
FLORO.	FEBO.
LUCINDO.	RICARDO.
EL MARQUÉS GONZAGA.	UNA MUJER.
CASANDRA.	ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Ferrara y otros puntos.

ACTO PRIMERO

Una calle de Ferrara.

EL DUQUE DE FERRARA, *de noche;* FEBO Y RICARDO.

RICARDO. ¡Linda burla!
FEBO. Por extremo.
Pero ¿quién imaginara
Que era el duque de Ferrara?
DUQUE. Que no me conozcan temo.
RICARDO. Debajo de ser disfraz,
Hay licencia para todo;
Que aun el cielo en algún modo
Es de disfraces capaz.

---

* Dedicó LOPE esta obra al duque de Sessa don Luis Fernándes de Córdoba, Cardona y Aragón:... « Este (presente), dice, no va á solicitar mercedes, sino á reconocer obligaciones, de tantas cómo he recibido de sus liberales manos en tantos años que ha que vivo escrito en el número de los criados de su casa. »

En las ediciones antiguas precede á esta tragedia el prólogo siguiente : « Señor lector, esta tragedia se hizo en la Corte sólo un día, *por causas que á vuesamerced le importan poco.* Dejó entonces tantos deseosos de verla, que les he querido satisfacer con imprimirla. Su historia estuvo escrita en lengua latina, francesa, alemana, toscana y castellana : esto fué prosa, ahora sale en verso; vuesamerced la lea por mía, porque no es im-

¿Qué piensas tú que es el velo
Con que la noche le tapa?
Una guarnecida capa
Con que se disfraza el cielo.
Y para dar luz alguna,
Las estrellas que dilata
Son pasamanos de plata,
Y una encomienda la luna.

DUQUE. ¿Ya comienzas desatinos?

FEBO. No lo ha pensado poeta
Destos de la nueva seta,
Que se imaginan divinos.

RICARDO. Si á sus licencias apelo,
No me darás culpa alguna;
Que yo sé quien á la luna
Llamó requesón del cielo.

DUQUE. Pues no te parezca error;
Que la poesía ha llegado

---

presa en Sevilla, cuyo libreros, atendiendo á la ganancia, barajan los nombres de los poetas, y á unos dan sietes y á otros sotas; que hay hombres que por dinero no reparan en el honor ajeno, que á vuelta de sus mal impresos libros, venden y compran; advirtiendo que está escrita al estilo español, no por la antigüedad griega y severidad latina; huyendo de las sombras, nuncios y coros, porque el gusto puede mudar los preceptos, como el uso los trajes y el tiempo las costumbres. »

En *El castigo sin venganza*, un imaginario duque de Ferrara castiga con la muerte á su hijo por tener amores con su madrastra. Parece que las gentes supusieron retratados en estos personajes de la obra al príncipe don Carlos, á su padre Felipe II y á Isabel de Valois, por lo que se decía de la misteriosa muerte del Príncipe, y se prohibió la tragedia al siguiente día de estrenada en la corte. Á esto sin duda alude Lope en las palabras del prólogo que van subrayadas.

Ticknor dice (*Hist. de la literatura esp.*, trad. de los Sres. Gayangos y Vedia, tom. II, pág. 342), que el argumento de esta obra está tomado de un suceso que refieren los anales de Ferrera, el mismo que sirvió á lord Byron para escribir su *Parisina*.

No se ha dividido esta obra en escenas, dejándola tal como su autor la escribió, Sólo se ha cambiado la ortografía é indicado los lugares de la acción. Es la única que se reimprime en esta forma.

Á tan miserable estado,
Que es ya como jugador
De aquellos transformadores,
Muchas manos, ciencia poca,
Que echan cintas por la boca,
De diferentes colores.
Pero, dejando á otro fin
Esta materia cansada,
No es mala aquella casada.

RICARDO. ¡Cómo mala! Un serafín.
Pero tiene un bravo azar,
Que es imposible sufrillo.

DUQUE. ¿Cómo?

RICARDO. Un cierto maridillo,
Que toma y no da lugar.

FEBO. Guarda la cara.

DUQUE. Ese ha sido
Siempre el más cruel linaje
De gente deste paraje.

FEBO. El que la gala, el vestido
Y el oro deja traer,
Tenga, pues él no lo ha dado,
Lástima al que lo ha comprado;
Pues si muere su mujer,
Ha de gozar la mitad,
Como bienes gananciales.

RICARDO. Cierto que personas tales
Poca tienen *caridad*,
Hablando cultidiablesco,
Por no juntar las dicciones.

DUQUE. Tienen esos socarrones
Con el diablo parentesco;
Que obligando á consentir,
Después estorba el obrar.

RICARDO. Aquí pudiera llamar;
Pero hay mucho que decir.

DUQUE. ¿Cómo?

RICARDO. Una madre beata,
Que reza y riñe á dos niñas
Entre majuelos y viñas,
Una perla y otra plata.

DUQUE. Nunca de exteriores fío.

RICARDO. No lejos vive una dama
Como azúcar de retama,
Dulce y morena.

DUQUE. ¿Qué brío?

RICARDO. El que pide la color;
Mas el que con ella habita
Es de cualquiera visita
Cabizbajo rumiador.

FEBO. Rumiar siempre fué de bueyes.

RICARDO. Cerca he visto una mujer,
Que diera buen parecer
Si hubiera estudiado leyes.

DUQUE. Vamos allá.

RICARDO. No querrá
Abrir á estas horas.

DUQUE. ¿No?
Y ¿si digo quién soy yo?

RICARDO. Si lo dices, claro está.

DUQUE. Llama pues.

RICARDO. Algo esperaba;
Que á dos patadas salió.

Sale CINTIA *en lo alto.*

CINTIA. ¿Quién es?

RICARDO. Yo soy.

CINTIA. ¿Quién es Yo?

RICARDO. Amigos. Cintia, abre, acaba;
Que viene el Duque conmigo:
Tanto mi alabanza pudo.

CINTIA. ¿El Duque?

RICARDO. ¿Eso dudas?

CINTIA. Dudo,
No digo el venir contigo,
Mas el visitarme á mí
Tan gran señor y á tal hora.

RICARDO. Por hacerte gran señora
Viene disfrazado ansí.

CINTIA. Ricardo, si el mes pasado
Lo que agora me dijeras
Del Duque, me persuadieras
Que á mis puertas ha llegado
Pues toda su mocedad

Ha vivido indignamente,
Fábula siendo á la gente
Su viciosa libertad.
Y como no se ha casado
Por vivir más á su gusto,
Sin mirar que fuera injusto
Ser de un bastardo heredado
(Aunque es mozo de valor
Federico), yo creyera
Que el Duque á verme viniera :
Mas ya que como señor
Se ha venido á recoger,
Y de casar concertado,
Su hijo á Mantua ha enviado
Por Cansandra, su mujer,
No es posible que ande haciendo
Locuras de noche ya,
Cuando esperándola está
Y su entrada previniendo;
Que si en Federico fuera
Libertad, ¿qué fuera en él?
Y si tú fueras fiel,
Aunque él ocasión te diera,
No anduvieras atrevido
Deslustrando su valor;
Que ya el Duque, tu señor,
Está acostado y dormido.
Y así, cierro la ventana;
Que ya sé que fué invención
Para hallar conversación.
Adiós, y vuelve mañana.

(*Quítase de la ventana y ciérrala.*)

DUQUE. ¡A buena casa de gusto
Me has traído!

RICARDO. Yo, Señor,
¿Qué culpa tengo?

DUQUE. Fué error
Fiarte tanto disgusto.

FEBO. Para la noche que viene,
Si quieres, yo romperé
La puerta.

DUQUE. ¡Que esto escuché!
FEBO. Ricardo la culpa tiene.
Pero, Señor, quien gobierna,
Si quiere saber su estado
Cómo es temido ó amado,
Deje la lisonja tierna
Del criado adulador,
Y disfrazado de noche
En traje humilde ó en coche
Salga á saber su valor;
Que algunos emperadores
Se valieron deste engaño.
DUQUE. Quien escucha, oye su daño;
Y fueron, aunque lo dores.
Filósofos majaderos,
Porque el vulgo no es censor
De la verdad, y es error
De entendimientos groseros
Fiar la buena opinión
De quien, inconstante y vario,
Todo lo juzga al contrario
De la ley de la razón.
Un quejoso, un descontento
Echa, por vengar su ira,
En el vulgo una mentira,
Á la novedad atento;
Y como por su bajeza
No la puede averiguar,
Ni en los palacios entrar,
Murmura de la grandeza.
Yo confieso que he vivido
Libremente y sin casarme,
Por no querer sujetarme,
Y que también parte ha sido
Pensar que me haredaría
Federico, aunque bastardo;
Mas ya que á Casandra aguardo,
Que Mantua con él me envía,
Todo lo pondré en olvido.
FEBO. Será remedio casarte.
RICARDO. Si quieres desenfadarte,
Pon á esta puerta el oído.

DUQUE. ¿Cantan?
RICARDO. ¿No lo ves?
DUQUE. Pues ¿quién
Vive aquí?
RICARDO. Vive un autor
De comedias.
FEBO. Y el mejor
De Italia.
DUQUE. Ellos cantan bien.
¿Tiénelas buenas?
RICARDO. Están
Entre amigos y enemigos:
Buenas las hacen amigos
Con los aplausos que dan,
Y los enemigos malas.
FEBO. No pueden ser buenas todas.
DUQUE. Febo, para nuestras bodas
Prevén las mejores salas
Y las comedias mejores;
Que no quiero que repares
En las que fueren vulgares.
FEBO. Las que ingenios y señores
Aprobaren, llevaremos.
DUQUE. ¿Ensayan?
RICARDO. Y habla una dama.
DUQUE. Si es Andrelina, es de fama.
¡Qué acción! ¡Qué afectos! ¡Qué extremos!
UNA MUJER. (*Dentro.*) Déjame, pensamiento;
No más, no más, memoria,
Que mi pasada gloria
Conviertes en tormento,
Y deste sentimiento
Ya no quiero memoria, sino olvido;
Que son de un bien perdido,
Aunque presumes que mi mal mejoras,
Discursos tristes para alegres horas.
DUQUE. ¡Valiente acción!
FEBO. Extremada.
DUQUE. Más oyera: pero estoy
Sin gusto. Á acostarme voy.
RICARDO. ¿Á las diez?
DUQUE. Todo me enfada.

RICARDO. Mira que es esta mujer
Única.
DUQUE. Temo que hable
Alguna cosa notable.
RICARDO. De ti ¿cómo puede ser?
DUQUE. ¿Ahora sabes, Ricardo,
Que es la comedia un espejo,
En que al necio, el sabio, el viejo,
El mozo, el fuerte, el gallardo,
El rey, el gobernador,
La doncella, la casada,
Siendo al ejemplo escuchada
De la vida y del honor,
Retrata nuestras costumbres,
Ó livianas ó severas,
Mezclando burlas y veras,
Donaires y pesadumbres?
Basta, que oí del papel
De aquella primera dama
El estado de mi fama:
Bien claro me hablaba en él.
¿Qué escuche me persüades
La segunda? Pues no ignores
Que no quieren los señores
Oir tan claras verdades.
(*Vanse.*)

Selva cruzada por un camino.

Sale EL CONDE FEDERICO, *de camino, muy galán,* Y BATÍN.

BATÍN. Desconozco el estilo de tu gusto.
¿Agora en cuatro sauces te detienes,
Cuando á negocio, Federico, vienes,
De tan gran importancia?
FEDERICO. Mi disgusto
No me permite, como fuera justo,
Más priesa y más cuidado;
Antes la gente dejo, fatigado
De varios pensamientos,

Y al dosel destos árboles, que, atentos
Á las dormidas ondas dese río,
Mirando están sus copas,
Después que los vistió de verdes ropas,
De mí mismo quisiera retirarme;
Que me cansa el hablarme
Del casamiento de mi padre, cuando
Pensé heredarle; que si voy mostrando
Á nuestra gente gusto, como es justo,
El alma llena de mortal disgusto,
Camino á Mantua, de sentido ajeno;
Que voy por mi veneno
En ir por mi madrastra, aunque es forzoso.

BATÍN. Ya de tu padre el proceder vicioso,
De proprios y de extraños reprendido,
Quedó á los pies de la virtud vencido.
Ya quiere sosegarse;
Que no hay freno, Señor, como casarse.
Presentóle un vasallo
Al rey francés un bárbaro caballo
De notable hermosura,
Cisne en el nombre y por la nieve pura
De la piel, que cubrían
Las ricas canas, que á los pies caían
De la cumbre del cuello, en levantando
La pequeña cabeza;
Finalmente le dió naturaleza,
Que alguna dama estaba imaginando,
Hermosura y desdén, porque su furia
Tenía por injuria
Sufrir el picador más fuerte y diestro.
Viendo tal hermosura tan sin diestro,
Mandóle el Rey echar en una cava
Á un soberbio león que en ella estaba;
Y en viéndole feroz, apenas viva
El alma sensitiva,
Hizo que el cuerpo al rededor se entolde
De las crines, que ya crepas sin molde
(Si el miedo no lo era),
Formaron como lanzas blanca esfera,
Y en espín erizado
De orgulloso caballo transformado,

Sudó por cada pelo
Una gota de hielo,
Y quedó tan pacífico y humilde,
Que fué un enano á sus arzones tilde;
Y el que á los picadores no sufría,
Los pícaros sufrió desde aquel día.

FEDERICO Batín, ya sé que á mi vicioso padre
No pudo haber remedio que le cuadre
Como es el casamiento;
Pero ¿no ha de sentir mi pensamiento
Haber vivido con tan loco engaño?
Ya sé que al más altivo, al más extraño
Le doma una mujer, y que delante
Deste león, el bravo, el arrogante
Se deja sujetar del primer niño,
Que con dulce cariño
Y media lengua, ó muda ó balbuciente,
Teniéndole en los brazos, le consiente
Que le tome la barba.
Ni rudo labrador la roja parva,
Como un casado la familia mira,
Y de todos los vicios se retira.
Mas ¿qué me importa á mí que se sosiegue
Mi padre, y que se niegue
Á los vicios pasados,
Si han de heredar sus hijos sus Estados,
Y yo, escudero vil, traer en brazos
Algún león que me ha de hacer pedazos?

BATÍN. Señor, los hombres cuerdos y discretos,
Cuando se ven sujetos
Á males sin remedio,
Poniendo la paciencia de por medio,
Fingen contento, gusto y confianza,
Por no mostrar envidia y dar venganza.

FEDERICO. ¡Yo sufriré madrastra!

BATÍN. ¿No sufrías
Las muchas que tenías
Con los vicios del Duque? Pues agora
Sufre una sola que es tan gran señora.

FEDERICO. ¿Qué voces son aquellas?

BATÍN. En el vado del río suena gente.

FEDERICO. Mujeres son; á verlas voy.

BATÍN. Detente.
FEDERICO. Cobarde, ¿no es razón favorecellas? (*Vase.*)
BATÍN. Excusar el peligro es ser valiente. —
¡Lucindo! ¡Albano! ¡Floro!

Salen LUCINDO, ALBANO Y FLORO.

LUCINDO. El Conde llama.
ALBANO. ¿Dónde está Federico?
FLORO. ¿Pide acaso
Los caballos?
BATÍN. Las voces de una dama,
Con poco seso y con valiente paso
Le llevaron de aquí: mientras le sigo,
Llamad la gente. (*Vase.*)
LUCINDO. ¿Dónde vas? Espera.
ALBANO. Pienso que es burla.
FLORO. Y yo lo mismo digo...
—Aunque suena rumor en la ribera,
De gente que camina.
LUCINDO. Mal Federico á obedecer se inclina
El nuevo dueño, aunque por ella viene.
ALBANO. Sale á los ojoo el pesar que tiene.

Sale FEDERICO *con* CASANDRA *en los brazos.*

FEDERICO. Hasta poneros aquí,
Los brazos me dan licencia.
CASANDRA. Agradezco, caballero,
Vuestra mucha gentileza.
FEDERICO. Y yo á mi buena fortuna
Traerme por esta selva,
Casi fuera de camino.
CASANDRA. ¿Qué gente, Señor, es ésta?
FEDERICO. Criados que me acompañan.
No tengáis, Señora, pena:
Todos vienen á serviros.

Sale BATÍN *con* LUCRECIA *en los brazos.*

BATÍN. Mujer, dime, ¿cómo pesas,
Si dicen que sois livianas?

LUCRECIA. Hidalgo, ¿dónde me llevas?
BATÍN. Á sacarte por lo menos
De tanta enfadosa arena,
Como la falda del río
En estas orillas deja.
Pienso que fué treta suya,
Por tener ninfas tan bellas,
Volcarse el coche al salir;
Que si no fuera tan cerca,
Corriérades gran peligro.
FEDERICO. Señora, porque yo pueda
Hablaros con el respeto
Que vuestra persona muestra,
Decidme quién sois.
CASANDRA. Señor,
No hay causa por que no deba
Decirlo. Yo soy Casandra,
Ya de Ferrara duquesa,
Hija del duque de Mantua.
FEDERICO. ¿Cómo puede ser que sea
Vuestra alteza y venir sola?
CASANDRA. No vengo sola; que fuera
Cosa imposible: no lejos
El marqués Gonzaga queda,
Á quien pedí me dejase,
Atravesando una senda,
Pasar sola en este río
Parte desta ardiente siesta;
Y por llegar á la orilla,
Que me pareció cubierta
De más arboles y sombras,
Había más agua en ella,
Tanto, que pude correr,
Sin ser mar, fortuna adversa;
Mas no pudo ser fortuna,
Pues se pararon las ruedas.
Decidme, Señor, quién sois,
Aunque ya vuestra presencia
Lo generoso asegura
Y lo valeroso muestra;
Que es razón que este favor,
No sólo yo le agradezca,

Pero el Marqués y mi padre,
Que tan obligados quedan.

FEDERICO. Después que me dé la mano,
Sabrá quién soy vuestra alteza.

CASANDRA. ¡ De rodillas ! Es exceso.
No es justo que lo consienta
La mayor obligación.

FEDERICO. Señora, es justo y es fuerza :
Mirad que soy vuestro hijo.

CASANDRA. Confieso que he sido necia
En no haberos conocido.
¿ Quién, sino quién sois, pudiera
Valerme en tanto peligro?
Dadme los brazos.

FEDERICO. Merezca
Vuestra mano.

CASANDRA. No es razón.
Dejadles pagar la deuda,
Señor conde Federico.

FEDERICO. El alma os dé la respuesta.

(*Hablan quedo*)

BATÍN. (*Á Lucrecia*). Ya que ha sido nuestra dicha
Que esta gran señora sea
Por quien íbamos á Mantua,
Sólo resta que yo sepa
Si eres tú, vuesamerced,
Señoría ó excelencia,
Para que pueda medir
Lo razonado á las prendas.

LUCRECIA. Desde mis primeros años
Sirvo, amigo, á la Duquesa.
Soy doméstica criada,
Visto y desnudo á su alteza.

BATÍN. ¿ Eres camarera?

LUCRECIA. No.

BATÍN. Serás hacia-camarera,
Como que lo fuiste á ser,
Y te quedaste á la puerta...
Tal vez tienen los señores,
Como lo que tú me cuentas,
Unas criadas malillas,
Entre doncellas y dueñas,

Que son todo y no son nada.
¿Cómo te llamas?

LUCRECIA. Lucrecia.

BATÍN. ¿La de Roma?

LUCRECIA. Mas acá.

BATÍN. ¡Gracias á Dios que con ella
Topé! que desde su historia
Traigo llena la cabeza
De castidades forzadas
Y de diligencias necias.
¿Tú viste á Tarquino?

LUCRECIA. ¡Yo!

BATÍN. Y ¿qué hicieras si le vieras?

LUCRECIA. ¿Tienes mujer?

BATÍN. ¿Por qué causa
Lo preguntas?

LUCRECIA. Porque pueda
Ir á tomar su consejo.

BATÍN. Herísteme por la treta.
Tú ¿sabes quién soy?

LUCRECIA. ¿De qué?

ATÍN. ¿Es posible que no llega
Aun hasta Mantua la fama
De Batín?

LUCRECIA. ¿Por qué excelencias?
Pero tú debes de ser
Como unos necios, que piensan
Que en todo el mundo su nombre
Por único se celebra,
Y apenas le sabe nadie.

ATÍN. No quiera Dios que tal sea,
Ni que murmure envidioso
De las virtudes ajenas.
Esto dije por donaire;
Que no porque piense ó tenga
Satisfación y arrogancia.
Verdad es que yo quisiera
Tener fama entre hombres sabios,
Que ciencia y letras profesan;
Que en la ignorancia común
No es fama, sino cosecha,
Que sembrando disparates,

Coge lo mismo que siembra.

CASANDRA. (*Á Federico.*) Aun no acierto á encarecer
El haberos conocido :
Poco es lo que había oído
Para lo que vengo á ver.
El hablar, el proceder
Á la persona conforma,
Hijo y mi señor, de forma,
Que muestra en lo que habéis hecho
Cuál es el alma del pecho
Que tan gran sujeto informa.
Dicha ha sido haber errado
El camino que seguí,
Pues más presto os conocí
Por yerro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
La tempestad, después della
Ver aquella lumbre bella,
Así fué mi error la noche,
Mar el río, nave el coche,
Yo el piloto y vos mi estrella.
Madre os seré desde hoy,
Señor conde Federico,
Y deste nombre os suplico
Que me honréis, pues ya lo soy.
De vos tan contenta estoy,
Y tanto el alma repara
En prenda tan dulce y cara,
Que me da más regocijo
Teneros á vos por hijo,
Que ser duquesa en Ferrara.

FEDERICO. Basta que me dé temor,
Hermosa Señora, el veros ;
No me impida el responderos
Turbarme tanto favor.
Hoy el Duque, mi señor,
En dos divide mi ser,
Que del cuerpo pudo hacer
Que mi ser primero fuese,
Para que el alma debiese
Á mi segundo nacer.
Destos nacimientos dos

Lleváis, Señora, la palma;
Que para nacer con alma,
Hoy quiero nacer de vos;
Que, aunque quien la infunde es Dios,
Hasta que os vi, no sentía
En qué parte la tenía;
Pues, si conocerla os debo,
Vos me habéis hecho de nuevo;
Que yo sin alma vivía.
Y desto se considera,
Pues que de vos nacer quiero,
Que soy el hijo primero
Que el Duque de vos espera.
Y de que tan hombre quiera
Nacer, no son fantasías;
Que para disculpas mías,
Aquel divino crisol
Ha seis mil años que es sol,
Y nace todos los días.

Salen EL MARQUÉS GONZAGA Y RUTILIO.

RUTILIO. Aquí, Señor, los dejé.
MARQUÉS. Extraña desdicha fuera,
Si el caballero que dices
No llegara á socorrerla.
RUTILIO. Mandóme alejar, pensando
Dar nieve al agua risueña,
Bañando en ella los pies
Para que corriese perlas;
Y así no pudo llegar
Tan presto mi diligencia,
Y en brazos de aquel hidalgo
Salió, Señor, la Duquesa;
Pero como vi que estaban
Seguras en la ribera,
Corrí á llamarte.
MARQUÉS. Allí está
Entre el agua y el arena
El coche solo.
RUTILIO. Estos sauces
Nos estorbaron el verla. —

Allí está con los criados
Del caballero.

CASANDRA. Ya llega
Mi gente.

MARQUÉS. ¡Señora mía!...

CASANDRA. ¡Marqués!...

MARQUÉS. Con notable pena
Á todos nos ha tenido
Hasta agora vuestra alteza.
¡Gracias á Dios, que os hallamos
Sin peligro!

CASANDRA. Después dellas,
Las dad á este caballero:
Su piadosa gentileza
Me sacó libre en los brazos.

MARQUÉS. Señor Conde, ¿quién pudiera,
Sino vos, favorecer
Á quien ya es justo que tenga
El nombre de vuestra madre?

FEDERICO. Señor Marqués, yo quisiera
Ser un Júpiter entonces,
Que transformándome cerca
En aquel ave imperial,
Aunque las plumas pusiera
Á la luz de tanto sol,
Ya de Faetonte soberbia,
Entre las doradas uñas,
Tusón del pecho la hiciera,
y por el aire en los brazos,
Por mi cuidado la vieran
Los del Duque, mi señor.

MARQUÉS. El cielo, Señor, ordena
Estos sucesos que veis,
Para que Casandra os deba
Un beneficio tan grande,
Que desde este punto pueda
Confirmar las voluntades,
Y en toda Italia se vea
Amarse tales contrarios,
Y que en un sujeto quepan.
(*Hablan los dos y aparte Casandra y Lucrecia.*)

CASANDRA. Mientras los dos hablan, dime

Qué te parece, Lucrecia,
De Federico.

LUCRECIA. Señora,
Si tú me dieses licencia,
Mi parecer te diría.

CASANDRA. Aunque ya no sin sospecha,
Yo te la doy.

LUCRECIA. Pues yo digo...

CASANDRA. Di.

LUCRECIA. Que más dichosa fueras
Si se trocara la suerte.

CASANDRA. Aciertas, Lucrecia, y yerra
Mi fortuna; mas ya es hecho,
Porque cuando yo quisiera,
Fingiendo alguna invención,
Volver á Mantua, estoy cierta
Que me matara mi padre,
Y por toda Italia fuera
Fábula mi desatino;
Fuera de que no pudiera
Casarme con Federico;
Y así, no es justo que vuelva
Á Mantua, sino que vaya
Á Ferrara, en que me espera
El Duque, de cuya libre
Vida y condición me llevan
Las nuevas con gran cuidado.

MARQUÉS. Ea, nuestra gente venga,
Y alegremente salgamos
Del peligro desta selva. —
Parte delante á Ferrara,
Rutilio, y lleva las nuevas
Al Duque del buen suceso;
Si por ventura no llega
Anticipada la fama,
Que se detiene en las buenas
Cuanto corre en siendo malas. —
Vamos, Señora, y prevengan
Caballo al Conde.

FLORO. El caballo
Del Conde. (*Vase.*)

CASANDRA. Vuestra excelencia

Irá mejor en mi coche.

FEDERICO. Como mande vuestra alteza
Que vaya, la iré sirviendo.

El Marqués lleva de la mano á Casandra, y quédanse
FEDERICO Y BATÍN.

BATÍN. ¡Qué bizarra es la Duquesa!

FEDERICO. ¿Parécete bien, Batín?

BATÍN. Paréceme una azucena
Que está pidiendo al aurora
En cuatro cándidas lenguas
Que le trueque en cortesía
Los granos de oro á sus perlas.
No he visto mujer tan linda.
Por Dios, Señor, que si hubiera
Lugar (porque suben ya,
Y no es bien que la detengas),
Que te dijera...

FEDERICO. No digas
Nada; que con tu agudeza
Me has visto el alma en los ojos,
Y el gusto me lisonjeas.

BATÍN. ¿No era mejor para ti
Esta clavellina fresca,
Esta naranja en azâr,
Toda de pimpollos hecha,
Esta alcorza de ámbar y oro,
Esta Venus, esta Helena?
¡Pese á las leyes del mundo!

CONDE. Ven, no les demos sospecha;
Y seré el primer alnado
Á quien hermosa parezca
Su madrastra.

BATÍN. Pues, Señor,
No hay más de tener paciencia;
Que á fe que á dos pesadumbres,
Ella te parezca fea.

Sala con vista á un jardín, perteneciente á un palacio, próximo á Ferrara.

Salen EL DUQUE Y AURORA.

DUQUE. Hallarála en el camino
Federico, si partió
Cuando dicen.
AURORA. Mucho erró,
Pues cuando el aviso vino,
Era forzoso el partir
Á acompañar á su alteza.
DUQUE. Pienso que alguna tristeza
Pudo el partir diferir;
Que en fin, Federico estaba
Seguro en su pensamiento
De heredarme, cuyo intento,
Que con mi amor consultaba,
Fundaba bien su intención,
Porque es Federico, Aurora,
Lo que más mi alma adora,
Y fué casarme traición
Que hago á mi proprio gusto;
Que mis vasallos han sido
Quien me han forzado y vencido
Á darle tanto disgusto;
Si bien dicen que esperaban
Tenerle por su señor,
Ó por conocer mi amor,
Ó porque también le amaban;
Mas, que los deudos que tienen
Derecho á mi sucesión,
Pondrán pleito con razón;
Ó que si á las armas vienen,
No pudiendo concertallos,
Abrasarán estas tierras,
Porque siempre son las guerras
Á costa de los vasallos.
Con esto determiné
Casarme : no pude más.
AURORA. Señor, disculpado estás :

Yerro de fortuna fué,
Pero la grave prudencia
Del Conde hallará templanza,
Para que su confianza
Tenga consuelo y paciencia.
Aunque en esta confusión
Un consejo quiero darte,
Que será remedio en parte
De su engaño y tu afición.
Perdona el atrevimiento ;
Que fiado en el amor
Que me muestras, con valor
Te diré mi pensamiento.
Yo soy, invicto Duque, tu sobrina ;
Hija soy de tu hermano,
Que en su primera edad, como temprano
Almendro que la flor al cierzo inclina,
Cinco lustros ¡ay suerte
Cruel! rindió á la inexorable muerte.
Criásteme en tu casa, porque luego
Quedé también sin madre :
Tú solo fuiste mi querido padre;
Y en el confuso laberinto ciego
De mis fortunas tristes
El hilo de oro que de luz me vistes.
Dísteme por hermano á Federico,
Mi primo en la crianza,
Á cuya siempre honesta confianza
Con dulce trato honesto amor aplico,
No menos dél querida,
Viviendo entrambos una mesma vida.
Una ley, un amor, un albedrío,
Una fe nos gobierna,
Que con el matrimonio será eterna,
Siendo yo suya y Federico mío ;
Que aun apenas la muerte
Osará dividir lazo tan fuerte.
Desde la muerte de mi padre amado,
Tiene mi hacienda aumento :
No hay en Italia agora casamiento
Mas igual á sus prendas y á su estado ;
Y yo, entre muchos grandes,

Ni miro á España ni me aplico á Flandes.
Si le casas commigo, estás seguro
De que no se entristezca
De que Casandra sucesión te ofrezca,
Sirviendo yo de su defensa y muro.
Mira si en este medio
Promete mi consejo tu remedio.

DUQUE. Dame tus brazos, Aurora,
Que en mi sospecha y recelo,
Eres la misma del cielo,
Que mi noche ilustra y dora.
Hoy mi remedio amaneces,
Y en el sol de tu consejo
Miro, como en claro espejo,
El que á mi sospecha ofreces.
Mi vida y honra aseguras;
Y así, te prometo al Conde,
Si á tu honesto amor responde
La fe con que le procuras;
Que bien creo que estarás
Cierta de su justo amor,
Como yo, que tu valor,
Aurora, merece más.
Y así, pues vuestros intentos
Conformes vienen á ser,
Palabra te doy de hacer
Juntos los dos casamientos.
Venga el Conde, y tú verás
Qué día á Ferrara doy.

AURORA. Tu hija y tu esclava soy.
No puedo decirte más.

Sale BATÍN.

BATÍN. Vuestra alteza, gran Señor,
Reparta entre mí y el viento
Las albricias, porque á entrambos
Se las debe de derecho:
Que no sé cuál de los dos
Vino en el otro corriendo;
Yo en el viento ó él en mí,
Él en mis pies, yo en su vuelo.

La Duquesa, mi señora,
Viene buena, y si primero
Dijo la fama que el río,
Con atrevimiento necio,
Volvió el coche, no fué nada;
Porque el Conde al mismo tiempo
Llegó y la sacó en sus brazos,
Con que las paces se han hecho
De aquella opinión vulgar,
Que nunca bien se quisieron
Los alnados y madrastras;
Porque con tanto contento
Vienen juntos, que parecen
Hijo y madre verdaderos.

DUQUE. Esa paz, Batín amigo,
Es la nueva que agradezco;
Y que traiga gusto el Conde,
Fuera de ser nueva, es nuevo.
Querrá Dios que Federico
Con su buen entendimiento
Se lleve bien con Casandra,
En fin, ¿ya los dos se vieron,
Y en tiempo que pudo hacerle
Ese servicio?

BATÍN. Prometo
Á vuestra alteza que fué
Dicha de los dos.

AURORA. Yo quiero
Que me des nuevas también.

BATÍN. ¡Oh, Aurora, que á la del cielo
Das ocasión con el nombre
Para decirte conceptos!
¿Qué me quieres preguntar?

AURORA. Deseo de saber tengo
Si es muy hermosa Casandra.

BATÍN. Esa pregunta y deseo
No era de vuestra excelencia,
Sino del Duque; mas pienso
Que entrambos sabéis por fama
Lo que repetir no puedo,
Porque ya llegan.

DUQUE. Batín,

Ponte esta cadena al cuello.

Salen con grande ACOMPAÑAMIENTO *y bizarría* RUTILIO, FLORO, ALBANO, LUCINDO, EL MARQUÉS, FEDERICO, CASANDRA Y LUCRECIA.

FEDERICO. En esta huerta, Señora,
Os tienen hecho aposento
Para que el Duque os reciba,
En tanto que disponiendo
Queda Ferrara la entrada,
Que á vuestros merecimientos
Será corta, aunque será
La mayor que en estos tiempos
En Italia se haya visto.

CASANDRA. Ya, Federico, el silencio
Me provocaba á tristeza.

FEDERICO. Fué de aquesta causa efeto.

FLORO. Ya salen á recibiros
El Duque y Aurora.

DUQUE. El cielo,
Hermosa Casandra, á quien
Con toda el alma os ofrezco
Estos Estados, os guarde
Para su señora y dueño,
Para su aumento y su honor,
Los años de mi deseo.

CASANDRA. Para ser de vuestra alteza
Esclava, gran Señor, vengo;
Que deste título sólo
Recibe mi casa aumento,
Mi padre honor y mi patria
Gloria, en cuya fe poseo
Los méritos de llegar
Á ser digna de los vuestros.

DUQUE. Dadme vos, señor Marqués,
Los brazos, á quien yo debo
Prenda de tanto valor.

MARQUÉS. En su nombre los merezco,
Y por la parte que tuve
En este alegre himeneo,
Pues hasta la ejecución

Me sois deudor del concierto.

AURORA. Conoced, Casandra, á Aurora.

CASANDRA. Entre los bienes que espero
De tanta ventura mía,
Es ver, Aurora, que os tengo
Por amiga y por señora.

AURORA. Con serviros, con quereros
Por dueño de cuanto soy,
Sólo responderos puedo.
Dichosa Ferrara ha sido
¡ Oh Casandra ! en mereceros
Para gloria de su nombre.

CASANDRA. Con tales favores entro,
Que ya en todas mis acciones
Próspero fin me prometo.

DUQUE. Sentaos, porque os reconozcan
Con debido amor mis deudos
Y mi casa.

CASANDRA. No replico;
Cuanto mandáis obedezco.

(*Siéntanse debajo del dosel el Duque y Casandra, el Marqués y Aurora.*)

CASANDRA. ¿No se sienta el Conde?

DUQUE. No;
Porque ha de ser el primero
Que os ha de besar la mano.

CASANDRA. Perdonad; que no consiento
Esa humildad.

FEDERICO. Es agravio
De mi amor; fuera de serlo,
Es ir contra mi obediencia.

CASANDRA. Eso no.

FEDERICO. (*Ap.*) Temblando llego.

CASANDRA. Teneos...

FEDERICO. No lo mandéis.
Tres veces, Señora, beso
Vuestra mano: una por vos,
Con que humilde me sujeto
Á ser vuestro mientras viva,
Destos vasallos ejemplo;

La segunda por el Duque,
Mi señor, á quien respeto
Obediente ; y la tercera
Por mí, porque no teniendo
Mas por vuestra obligación
Ni menos por su precepto,
Sea de mi voluntad,
Señora, reconoceros;
Que la que sale del alma
Sin fuerza de gusto ajeno,
Es verdadera obediencia

CASANDRA. De tan obediente cuello
Sean cadena mis brazos.

DUQUE. Es Federico discreto.

MARQUÉS. Días ha, gallarda Aurora,
Que los deseos de veros
Nacieron de vuestra fama,
Y á mi fortuna le debo
Que tan cerca me pusiese
De vos, aunque no sin miedo,
Para que sepáis de mí
Que, puesto que se cumplieron,
Son mayores de serviros
Cuando tan hermosa os veo.

AURORA. Yo, señor Marqués, estimo
Ese favor como vuestro,
Porque ya de vuestro nombre,
Que por las armas eterno
Será en Italia, tenía
Noticia por tantos hechos.
Lo de galán ignoraba,
Y fué ignorancia os confieso,
Porque soldado y galán
Es fuerza, y más en sujeto
De tal sangre y tal valor.

MARQUÉS. Pues haciendo fundamento
De ese favor, desde hoy
Me nombro vuestro, y prometo
Mantener en estas fiestas
Á todos los caballeros
De Ferrara, que ninguno
Tiene tan hermoso dueño.

DUQUE. Que descanséis es razón;
Que pienso que entreteneros
Es hacer la necedad
Que otros casados dijeron.
No diga el largo camino
Que he sido dos veces necio,
Y amor que no estimo el bien,
Pues no le agradezco el tiempo.

Todos se entran con grandes cumplimientos, y quédanse FEDERICO Y BATÍN.

FEDERICO. ¡Qué necia imaginación!
BATÍN. ¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?
FEDERICO. Bien dicen que nuestra vida
Es sueño, y que toda es sueño [1],
Pues que no sólo dormidos,
Pero aun estando despiertos,
Cosas imagina un hombre
Que al más abrasado enfermo
Con frenesí, no pudieran
Llegar á su entendimiento.
BATÍN. Dices bien; que alguna vez
Entre muchos caballeros
Suelo estar, y sin querer
Se me viene al pensamiento
Dar un bofetón á uno
Y mordelle del pescuezo.
Si estoy en algún balcón,
Estoy pensando y temiendo
Echarme dél y matarme.
Si voy en algún entierro,
Me da gana de reir;

---

1. Bien dicen que nuestra *vida*
Es sueño, y que toda es sueño.

El señor Hartzenbusch, en los apéndices al tom. I. de su colección de comedias de LOPE (Biblioteca de AA. Españoles), dice: « Parece que Lope hubo de aludir en este pasaje á la célebre comedia de Calderón que lleva casi igual título; por lo cual, habiéndose impreso la tragedia de Lope en 1634, la comedia de Calderón debía estar escrita en el mismo año, y quizá algunos años antes. »

Si estoy en la iglesia oyendo
Algún sermón, imagino
Que le digo que está impreso :
Y si dos están jugando,
Que les tiro un candelero.
Si cantan, quiero cantar,
Y si alguna dama veo,
En mi necia fantasía
Asirla del moño intento,
Y me salen mil colores,
Como si lo hubiera hecho.

FEDERICO. ¡Jesús! Dios me valga. Afuera,
Destinados conceptos
De sueños despiertos. ¡Yo
Tal imagino, tal pienso,
Tal me prometo, tal digo,
Tal fabrico, tal emprendo!
No más. ¡Extraña locura!

BATÍN. Pues ¡tú para mí secreto!

FEDERICO. Batín, no es cosa que hice,
Y así nada te reservo;
Que las imaginaciones
Son espíritu sin cuerpo.
Lo que no es ni ha de ser
No es esconderte mi pecho.

BATÍN. Y si te lo digo yo,
¿Negarásmelo?

FEDERICO. Primero
Que puedas adivinarlo,
Habrá flores en el cielo,
Y en ese jardín estrellas.

BATÍN. Pues mira cómo lo acierto :
Que te agrada tu madrastra
Estás entre ti diciendo.

FEDERICO. ¡No lo digas! Es verdad.
Pero yo ¿qué culpa tengo,
Pues el pensamiento es libre?

BATÍN. Y tanto, que por su vuelo
La inmortalidad del alma
Se mira como en espejo.

FEDERICO. Dichoso es el Duque.

BATÍN. Y mucho.

FEDERICO. Con ser imposible, llego
Á estar envidioso dél.
BATÍN. Bien puedes, con presupuesto
De que era mejor Casandra
Para ti.
FEDERICO Con eso puedo
Morir de imposible amor
Y tener posibles celos.

ACTO SEGUNDO

Sala en el palacio del Duque en Ferrara.

Salen CASANDRA Y LUCRECIA.

LUCRECIA. Con notable admiración
Me ha dejado vuestra alteza.
CASANDRA. No hay alteza con tristeza,
Y más si bajezas son.
Más quisiera, y con razón,
Ser una ruda villana
Que me hallara la mañana
Al lado de un labrador,
Que desprecio de un señor
En oro, púrpura y grana.
Pluguiera á Dios que naciera
Bajamente, pues hallara
Quien lo que soy estimara,
Y á mi amor correspondiera!
En aquella humilde esfera,
Como en las camas reales,
Se gozan contentos tales,
Que no los crece el valor,
Si los efetos de amor
Son en las noches iguales.
No los halla á dos casados
El sol por las vidrïeras
De cristal, á las primeras
Luces del alba, abrazados

Con más gusto, ni en dorados
Techos más descanso halló,
Que tal vez que penetró,
Del aurora á los principios,
Por mal ajustados ripios,
Y un alma en dos cuerpos vió.
¡ Dichosa la que no siente
Un desprecio autorizado,
Y se levanta del lado
De su esposo alegremente!
La que en la primera fuente
Mira ó lava ¡ oh cosa rara!
Con las dos manos la cara,
Y no en llanto, cuando fué
Mujer de un hombre sin fe,
Con ser duque de Ferrara.
Sola una noche le vi
En mis brazos en un mes,
Y muchas le vi después
Que no quiso verme á mí.
Pero de que viva ansí
¿Cómo me puedo quejar,
Pues que me pudo enseñar
La fama que quien vivía
Tan mal, no se emendaría
Aunque mudase lugar?
Que venga un hombre á su casa
Cuando viene al mundo el día,
Que viva á su fantasía,
Por libertad de hombre pasa
(¿ Quién puede ponerle tasa ?)
Pero quien con tal desprecio
Trate una mujer de precio,
De que es casado olvidado,
Ó quiere ser desdichado,
Ó tiene mucho de necio.
El Duque debe de ser
De aquellos cuya opinión
En tomando posesión,
Quieren en casa tener
Como alhaja la mujer,
Para adorno, lustre y gala,

Silla ó escritorio en sala;
Y es término que condeno,
Porque con marido bueno
¿ Cuándo se vió mujer mala?
La mujer de honesto trato
Viene para ser mujer
Á su casa; que no á ser
Silla, escritorio ó retrato.
Basta ser un hombre ingrato,
Sin que sea descortés;
Y es mejor, si causa es
De algún pensamiento extraño,
No dar ocasión al daño,
Que remediarle después.

LUCRECIA. Tu discurso me ha causado
Lástima y admiración;
Que tan grande sinrazón
Puede ponerte en cuidado.
¿ Quién pensara que casado
Fuera el Duque tan vicioso,
Ó que no siendo amoroso,
Cortés, como dices, fuera,
Con que tu pecho estuviera
Para el agravio animoso?
En materia de galán
Puédese picar con celos,
Y dar algunos desvelos,
Cuando dormidos están,
El desdén, el ademán,
La risa con quien pasó,
Alabar al que la habló,
Con que despierta el dormido;
Pero celos á marido
¿ Quién en el mundo los dió?
¿ Hale escrito vuestra alteza
Á su padre estos enojos?

CASANDRA. No, Lucrecia; que mis ojos
Sólo saben mi tristeza.

LUCRECIA. Conforme á naturaleza
Y á la razón, mejor fuera
Que el Conde te mereciera,
Y que contigo casado,

Asegurando su estado,
Su nieto le sucediera;
Que aquestas melancolías
Que trae el Conde no son,
Señora, sin ocasión.

CASANDRA. No serán sus fantasías,
Lucrecia, de envidias mías,
Ni yo hermanos le daré;
Con que Federico esté
Seguro que no soy yo
La que la causa le dió.
Desdicha de entrambos fué.

Salen el DUQUE, FEDERICO Y BATÍN.

DUQUE. Si yo pensara, Conde, que te diera
Tanta tristeza el casamiento mío,
Antes de imaginarlo me muriera.

FEDERICO. Señor, fuera notable desvarío
Entristecerme á mí tu casamiento.
Ni de tu amor por eso desconfío.
Advierta pues tu claro entendimiento
Que si del casamiento me pesara,
Disimular supiera el descontento.
La falta de salud se ve en mi cara,
Pero no la ocasión.

DUQUE. Mucho presumen
Los médicos de Mantua y de Ferrara,
Y todos finalmente se resumen
En que casarte es el mejor remedio
Con que tales tristezas se consumen.

FEDERICO. Para doncellas era mejor medio,
Señor, que para un hombre de mi estado
Que no por esos medios me remedio.

CASANDRA. (*Ap. á Lucrecia.*) Aun apenas el Duque me ha mi-
¡Desprecio extraño y vil descortesía! [rado.

LUCRECIA. Si no te ha visto, no será culpado.

CASANDRA. Fingir descuido es brava tiranía. —
Vamos Lucrecia; que, si no me engaño
Deste desdén le pesará algún día.
(*Vanse las dos.*)

DUQUE. Si bien de la verdad me desengaño,

Yo quiero proponerte un casamiento,
No lejos de tu amor ni en reino extraño.

FEDERICO. ¿ Es por ventura Aurora ?

DUQUE. El pensamiento
Me hurtaste al producirle por los labios,
Como quien tuvo el mismo sentimiento.
Yo consulté los más ancianos sabios
Del magistrado nuestro, y todos vienen
En que esto sobredora tus agravios.

FEDERICO. Poca experiencia de mi pecho tienen.
Neciamente me juzgan agraviado,
Pues sin causa ofendido me previenen.
Ellos saben que nunca reprobado
Tu casamiento de mi voto ha sido ;
Antes por tu sosiego deseado.

DUQUE. Así lo creo y siempre lo he creído ;
Y esa obediencia, Federico, pago
Con estar de casarme arrepentido.

FEDERICO. Señor, porque no entiendas que yo hago
Sentimiento de cosa que es tan justa,
Y el amor que me muestras satisfago,
Sabré primero si mi prima gusta ;
Y luego disponiendo mi obediencia,
Pues lo contrario fuera cosa injusta,
Haré lo que me mandas.

DUQUE. Su licencia
Tengo firmada de su misma boca.

FEDERICO. Yo sé que hay novedad, de cierta ciencia,
Y que porque á servirla le provoca,
El Marqués en Ferrara se ha quedado.

DUQUE. Pues eso, Federico, ¿ qué te toca ?

FEDERICO. Al que se ha de casar le da cuidado
El galán que ha servido, y aun enojos ;
Que es escribir sobre papel borrado.

DUQUE. Si andan los hombres á mirar antojos,
Encierren en castillos las mujeres
Desde que nacen, contra tantos ojos ;
Que el más puro cristal, si verte quieres,
Se mancha del aliento ; mas ¿ qué importa
Si del mirar escrupuloso eres ?
Pues luego que se limpia y se reporta,
Tan claro queda como estaba de antes.

FEDERICO. Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta.
Señor, cuando centellas rutilantes
Escupe alguna fragua, y el que fragua
Quiere apagar las llamas resonantes,
Moja las brasas de la ardiente fragua;
Pero rebeldes ellas, crecen luego,
Y arde el fuego voraz lamiendo el agua.
Así un marido del amante ciego
Templó el deseo y la primera llama;
Pero puede volver más vivo el fuego;
Y así, debo temerme de quien ama;
Que no quiero ser agua que le aumente,
Dando fuego á mi honor y humo á mi fama.

DUQUE. Muy necio, Conde, estás y impertinente.
Hablas de Aurora, cual si noche fuera,
Con bárbaro lenguaje y indecente.

FEDERICO. Espera.

DUQUE. ¿Para qué?

FEDERICO. Señor, espera.

(*Vase el Duque.*)

BATÍN. ¡Oh qué bien has negociado
La gracia del Duque!

FEDERICO. Espero
Su desgracia, porque quiero
Ser en todo desdichado;
Que mi desesperación
Ha llegado á ser de suerte,
Que sólo para la muerte
Me permite apelación.
Y si muriera, quisiera
Poder volver á vivir
Mil veces, para morir
Cuantas á vivir volviera.
Tal estoy, que no me atrevo
Ni á vivir ni á morir ya,
Por ver que el vivir será
Volver á morir de nuevo.
Y si no soy mi homicida,
Es por ser mi mal tan fuerte,
Que porque es menos la muerte,
Me dejo estar con la vida.

BATÍN. Según esto, ni tu quieres

Vivir, Conde, ni morir;
Que entre morir y vivir
Como hermafrodita eres;
Que como aquel sè compone
De hombre y mujer, tú de muerte
Y vida; que de tal suerte
La tristeza te dispone,
Que ni eres muerte ni vida.
Pero, por Dios, que, mirado
Tu desesperado estado,
Me obligas á que te pida
Ó la razón de tu mal
Ó la licencia de irme
Adonde que fuí confirme
Desdichado por leal.
Dame tu mano.

FEDERICO. Batín,
Si yo decirte pudiera
Mi mal, mal posible fuera,
Y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido
Que es mi mal de condición,
Que no cabe en mi razón,
Sino sólo en mi sentido;
Que cuando por mi consuelo
Voy á hablar, me pone en calma
Ver que de la lengua al alma
Hay más que del suelo al cielo.
Vete, si quieres, también,
Y déjame solo aquí,
Porque no haya cosa en mí
Que aun tenga sombra de bien.

Salen CASANDRA Y AURORA.

CASANDRA. ¿Deso lloras?

AURORA. ¿Le parece
Á vuestra alteza, Señora,
Sin razón, si el Conde agora
Me desprecia y aborrece?
Dice que quiero al marqués
Gonzaga. ¡Yo á Carlos! ¡Yo!

¿ Cuándo ? ¿ Cómo ? Pero no;
Que ya sé lo que esto es.
Él tiene en su pensamiento
Irse á España, despechado
De ver su padre casado;
Que antes de su casamiento
La misma luz de sus ojos
Era yo; pero ya soy
Quien en los ojos le doy,
Y mis ojos sus enojos.
¿ Qué aurora nuevas el día
Trujo al mundo, sin hallar
Al Conde, donde á buscar
La de sus ojos venía ?
¿ En que jardín, en qué fuente
No me dijo el Conde amores ?
¿ Qué jazmines ó qué flores
No fueron mi boca y frente ?
Cuando de mí se apartó,
¿ Qué instante vivió sin mí?
Ó ¿ cómo viviera en sí,
Si no le animara yo?
Que tanto el trato acrisola
La fe de amor, que de dos
Almas que nos puso Dios,
Hicimos una alma sola.
Esto desde tiernos años,
Porque con los dos nació
Este amor, que hoy acabó
Á manos de sus engaños.
Tanto pudo la ambición
Del Estado que ha perdido.

CASANDRA. Pésame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasión;
Pero templa tus desvelos
Mientras voy á hablar con él,
Si bien es cosa cruel
Poner en razón los celos.

AURORA. ¡ Yo celos !

CASANDRA. Con el Marqués,
Dice el Duque.

AURORA. Vuestra alteza

Crea que aquella tristeza
Ni es amor ni celos es. (*Vase.*)

CASANDRA. Federico.

FEDERICO. Mi señora,
Dé vuestra alteza la mano
Á su esclavo.

CASANDRA. ¡ Tú en el suelo!
Conde, no te humilles tanto ;
Que te llamaré excelencia.

FEDERICO. Será de mi amor agravio.
Ni me pienso levantar
Sin ella.

CASANDRA. Aquí están mis brazos.
¿ Qué tienes ?¿Qué has visto en mí ?
Parece que estás temblando.
¿ Sabes ya lo que te quiero?

FEDERICO. Al haberlo adivinado
El alma, lo dijo al pecho,
El pecho al rostro, causando
El sentimiento que miras.

CASANDRA. Déjanos solos un rato,
Batín ; que tengo que hablar
Al Conde.

BATÍN. (*Ap.*) ¡ El Conde turbado,
Y hablarle Casandra á solas !
No lo entiendo. (*Vase.*)

FEDERICO. (*Ap.*) ¡ Ay cielo! en tanto
Que muero fénix, poned
Á tanta llama descanso,
Pues otra vida me espera.

CASANDRA. Federico, aunque reparo
En lo que me ha dicho Aurora
De tus celosos cuidados
Después que vino conmigo
Á Ferrara el marqués Carlos,
Por quien de casarte dejas,
Apenas me persüado
Que tus méritos desprecies,
Siendo, como dicen, sabios
Desconfianza y envidia;
Que más tiene de soldado,
Aunque es gallardo el Marqués,

Que de galán cortesano.
De suerte que sólo pienso
De tu tristeza y recato
Que es porque el Duque, tu padre,
Se casó conmigo, dando
Por ya perdida la acción,
Á la luz del primer parto,
Que á sus Estados tenías.
Y siendo así que yo causo
Tu desasosiego y pena,
Desde aquí te desengaño,
Que puedes estar seguro
De que no tendrás hermanos;
Porque el Duque, solamente
Por cumplir con sus vasallos,
Este casamiento ha hecho;
Que sus viciosos regalos,
Por no les dar otro nombre,
Apenas el breve espacio
De una noche, que á su cuenta
Fué cifra de muchos años,
Mis brazos le permitieron:
Y á los deleites pasados
Ha vuelto con mayor furia,
Roto el freno de mis brazos.
Como se suelta al estruendo
Un arrogante caballo
Del atambor (porque quiero
Usar de término casto),
Que del bordado jaez
Va sembrando los pedazos.
Allí las piezas del freno
Vertiendo espumosos rayos.
Allí la barba y la rienda,
Allí las cintas y lazos;
Así el Duque, la obediencia
Rota al matrimonio santo,
Va por mujercillas viles
Pedazos de honor sembrando.
Allí se deja la fama,
Allí los laureles y arcos,
Los títulos y los nombres

De sus ascendientes claros;
Allí el valor, la salud
Y el tiempo tan mal gastado,
Haciendo las noches días
En estos indignos pasos:
Con que sabrás cuán seguro
Estás de heredar su Estado;
Ó escribiendo yo á mi padre
Que es, más que esposo, tirano,
Para que me saque libre
Del Argel de su palacio,
Si no anticipa la muerte
Breve fin á tantos daños.

FEDERICO. Comenzando vuestra alteza
Riñéndome, acaba en llanto
Su discurso, que pudiera
En el más duro peñasco
Imprimir dolor. ¿Qué es esto?
Sin duda que me ha mirado
Por hijo de quien la ofende;
Pero yo la desengaño
Que no parezca hijo suyo
Para tan injustos casos.
Esto persuadido ansí,
De mi tristeza, me espanto
Que la atribuyas, Señora,
Á pensamientos tan bajos.
¿Ha menester Federico,
Para ser quien es, Estados?
¿No lo son los de mi prima,
Si yo con ella me caso,
Ó si la espada por dicha
Contra algún príncipe saco
Destos confinantes nuestros,
Los que me quitan restauro?
No procede mi tristeza
De interés; y aunque me alargo
Á más de lo que es razón,
Sabe, Señora, que paso
Una vida la más triste
Que se cuenta de hombre humano
Desde que amor en el mundo

Puso las flechas al arco.
Yo me muero sin remedio,
Mi vida se va acabando,
Como vela, poco á poco:
Y ruego á la muerte en vano
Que no aguarde á que la cera
Llegue al último desmayo,
Sino que con breve soplo
Cubra de noche mis años.

CASANDRA. Detén, Federico ilustre,
Las lágrimas; que no ha dado
El cielo el llanto á los hombres,
Sino el ánimo gallardo.
Naturaleza el llorar
Vinculó por mayorazgo
En las mujeres, á quien,
Aunque hay valor, faltan manos;
No en los hombres, que una vez
Sólo pueden, y es en caso
De haber perdido el honor,
Mientras vengan el agravio.
¡Mal haya Aurora y sus celos,
Que un caballero bizarro,
Discreto, dulce y tan digno
De ser querido, á un estado
Han reducido tan triste!

FEDERICO. No es Aurora; que es engaño.

CASANDRA. Pues ¿quién es?

FEDERICO. El mismo sol;
Que de esas auroras hallo
Muchas siempre que amanece.

CASANDRA. ¿Que no es Aurora?

FEDERICO. Más alto
Vuela el pensamiento mío.

CASANDRA. ¿Mujer te ha visto y hablado,
Y tú le has dicho tu amor,
Que puede con pecho ingrato
Corresponderte? ¿No miras
Que son efetos contrarios,
Y proceder de una causa
Parece imposible?

FEDERICO. Cuando

Supieras tú el imposible,
Dijeras que soy de mármol,
Pues no me matan mis penas,
Ó que vivo de milagro.
¿ Qué Faetonte se atrevió
Del sol al dorado carro,
Ó aquel que juntó con cera,
Débiles plumas infausto,
Que sembradas por los vientos,
Pájaros que van volando
Las creyó el mar, hasta verlas
En sus cristales salados?
¿ Qué Belerofonte vió
En el caballo Pegaso
Parecer el mundo un punto
Del círculo de los astros?
Qué griego Sinón metió
Aquel caballo preñado
De armados hombres en Troya,
Fatal de su incendio parto?
Qué Jasón tentó primero
Pasar el mar temerario,
Poniendo yugo á su cuello
Los pinos y lienzos de Argos,
Que se iguale á mi locura?

CASANDRA. ¿ Estás, Conde, enamorado
De alguna imagen de bronce,
Ninfa ó diosa de alabastro?
Las almas de las mujeres
No las viste jaspe helado,
Ligera cortina cubre
Todo pensamiento humano.
Jamás amor llamó al pecho,
Siendo con méritos tantos,
Que no respondiese el alma:
« Aquí estoy; pero entrad paso. »
Dile tu amor, sea quien fuere;
Que no sin causa pintaron
A Venus tal vez los griegos
Rendida á un sátiro ó fauno.
Mas alta se ve la luna,
Y de su cerco argentado

Bajó por Endimïón
Mil veces al monte Latmo.
Toma mi consejo, Conde;
Que el edificio más casto
Tiene la puerta de cera.
Habla, y no mueras callando.

FEDERICO. El cazador con industria
Pone al pelícano indiano
Fuego al rededor del nido;
Y él, decendiendo de un árbol,
Para librar á sus hijos
Bate las alas turbado,
Con que más enciende el fuego
Que piensa que está matando.
Finalmente, se le queman,
Y sin alas, en el campo
Se deja coger, no viendo
Que era imposible volando.
Mis pensamientos, que son
Hijos de mi amor, que guardo
En el nido del silencio,
Se están, Señora, abrasando:
Bate las alas amor,
Y enciéndelos por librarlos.
Crece el fuego, y él se quema.
Tú me engañas, yo me abraso;
Tú me incitas, yo me pierdo;
Tú me animas, yo me espanto;
Tú me esfuerzas, yo me turbo;
Tú me libras, yo me enlazo;
Tú me llevas, yo me quedo;
Tú me enseñas, yo me atajo;
Porque es tanto mi peligro,
Que juzgo por menos daño,
Pues todo ha de ser morir,
Morir sufriendo y callando. (*Vase.*)

CASANDRA. No ha hecho en la tierra el cielo
Cosa de más confusión
Que fué la imaginación
Para el humano desvelo.
Ella vuelve el fuego en hielo,
Y en el color se transforma

Del deseo, donde forma
Guerra, paz, tormenta y calma,
Y es una manera de alma
Que más engaña que informa.
Estos escuros intentos,
Estas claras confusiones,
Más que me han dicho razones,
Me han dejado pensamientos.
¿ Qué tempestades los vientos
Mueven de más variedades
Que estas confusas verdades
En una imaginación ?
Porque las del alma son
Las mayores tempestades,
Cuando á imaginar me inclino
Que soy la que quiere el Conde,
El mismo engaño responde
Que lo imposible imagino.
Luego mi fatal destino
Me ofrece mi casamiento,
Y en lo que siento, consiento;
Que no hay tan grande imposible
Que no le juzguen visible
Los ojos del pensamiento.
Tantas cosas se me ofrecen
Juntas, como esto ha caído
Sobre un bárbaro marido,
Que pienso que me enloquecen.
Los imposibles parecen
Fáciles, y yo, engañada,
Ya pienso que estoy vengada;
Mas siendo error tan injusto,
Á la sombra de mi gusto
Estoy mirando su espada.
Las partes del Conde son
Grandes; pero mayor fuera
Mi desatino si diera
Puerta á tan loca pasión.
No más, necia confusión.
Salid, cielo, á la defensa,
Aunque no yerra quien piensa;
Porque en el mundo no hubiera

Hombre con honra si fuera
Ofensa pensar la ofensa.
Hasta agora no han errado
Ni mi honor ni mi sentido,
Porque lo que he consentido
Ha sido un error pintado.
Consentir lo imaginado,
Para con Dios es error,
Mas no para el deshonor;
Que diferencian intentos
El ver Dios los pensamientos
Y no los ver el honor.

Sale AURORA.

AURORA. Larga plática ha tenido
Vuestra alteza con el Conde.
¿Qué responde?

CASANDRA. Que responde
Á tu amor agradecido.
Sosiega, Aurora, sus celos;
Que esto pretende no más. (*Vase.*)

AURORA. ¡Qué tibio consuelo das
Á mis ardientes desvelos!
¡Que pueda tanto en un hombre
Que adoró mis pensamientos,
Ver burlados los intentos
De aquel ambicioso nombre
Con que heredaba á Ferrara!
Eres poderoso, amor:
Por ti ni en vida ni honor,
Ni aun en alma se repara.
Y Federico se muere,
Que me solía querer,
Con la tristeza de ver
Lo que de Casandra infiere.
Pero, pues él ha fingido
Celos por disimular
La ocasión, y despertar
Suelen el amor dormido,
Quiero dárselos de veras,
Favoreciendo al Marqués.

Salen RUTILIO Y EL MARQUÉS.

RUTILIO. Con el contrario que ves,
En vano remedio esperas
De tus locas esperanzas.

MARQUÉS. Calla, Rutilio; que aquí
Está Aurora.

RUTILIO. Y tú sin ti,
Firme entre tantas mudanzas.

MARQUÉS. Aurora del claro día
En que te dieron mis ojos,
Con toda el alma en despojos,
La libertad que tenía;
Aurora, que el sol envía
Cuando en mi pena anochece,
Por quien ya cuanto florece
Viste colores hermosas,
Pues entre perlas y rosas
De tus labios amanece :
Desde que de Mantua vine,
Hice con poca ventura
Elección de tu hermosura,
Que no hay alma que no incline.
¡Qué mal mi engaño previne,
Puesto que el alma te adora,
Pues sólo sirve, Señora,
De que te canses de mí,
Hallando mi noche en ti,
Cuando te suspiro aurora!
No el verte desdicha ha sido;
Que ver luz nunca lo fué,
Sino que mi amor te dé
Causa para tanto olvido.
Mi partida he prevenido,
Que es el remedio mejor :
Fugitivo á tu rigor,
Voy á buscar resistencia
En los milagros de ausencia
Y en las venganzas de amor.
Dame licencia y la mano.

AURORA. No se morirá de triste

El que tan poco resiste,
Ni galán ni cortesano,
Marqués, el primer desdén;
Que no están hechos favores
Para primeros amores
Antes que se quiera bien.
Poco amáis, poco sufrís;
Pero en tal desigualdad,
Con la misma libertad
Que licencia me pedís,
Os mando que no os partáis.

MARQUÉS. Señora, á tan gran favor,
Aunque parece rigor,
Con que esperar me mandáis,
No los diez años que á Troya
Cercó el griego, ni los siete
Del pastor á quien promete
Labán su divina joya,
Pero siglos inmortales,
Como Tántalo, estaré
Entre la duda y la fe
de vuestros bienes y males.
Albricias quiero pedir
Á mi amor de mi esperanza.
Mientras el bien no se alcanza,
Méritos tiene el sufrir.

Salen EL DUQUE, FEDERICO Y BATÍN.

DUQUE. Escríbeme el Pontífice por ésta
Que luego á Roma parta.

FEDERICO. Y ¿no dice la causa en ese carta?

DUQUE. Y que sea la respuesta,
Conde, partirme al punto.

FEDERICO. Si lo encubres, Señor, no lo pregunto.

DUQUE. ¿Cuándo te encubro yo, Conde, mi pecho?
Sólo puedo decirte que sospecho
Que con las guerras que en Italia tiene,
Si numeroso ejército previene,
Podemos presumir que hacerme intenta
General de la Iglesia; que á mi cuenta
También querrá que con dinero ayude,

Si no es que en la elección de intento mude.

FEDERICO. No en vano lo que piensas me encubrías,
Si solo te partías;
Que ya será conmigo; que á tu lado
No pienso que tendrás mejor soldado.

DUQUE. Eso no podrá ser, porque no es justo,
Conde, que sin los dos mi casa quede.
Ninguno como tú regirla puede:
Esto es razón y basta ser mi gusto.

FEDERICO. No quiero darte, gran Señor, disgusto.
Pero en Italia ¿qué dirán si quedo?

DUQUE. Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo
Aun de mi proprio hijo compañía.

FEDERICO. Notable prueba en la obediencia mía.

(*Vase el Duque.*)

BATÍN. Mientras con el Duque hablaste,
He reparado en que Aurora.
Sin hacer caso de ti,
Con el Marqués habla á solas.

FEDERICO. ¿Con el Marqués?

BATÍN. Sí, Señor.

FEDERICO. Y ¿qué piensas tú que importa?

AURORA. (*Al Marqués.*) Esta banda prenda sea
Del primer favor.

MARQUÉS. Señora,
Será cadena en mi cuello,
Será de mi mano esposa,
Para no darla en mi vida:
Si queréis que me la ponga,
Será doblado el favor.

AURORA. (*Ap.* Aunque es venganza amorosa,
Parece á mi amor agravio.)
Porque de dueño mejora,
Os ruego que os la pongáis.

BATÍN. Ser las mujeres traidoras
Fué de la naturaleza
Invención maravillosa;
Porque, si no fueran falsas
(Algunas digo, no todas),
Idolatraran en ellas
Los hombres, que las adoran.
¿No ves la banda?

FEDERICO. ¿Qué banda?
BATÍN. ¿Qué banda? ¡Graciosa cosa!
Una que lo fué del sol,
Cuando lo fué de una sola,
En la gracia y la hermosura,
Planetas con que la adorna;
Y agora, como en eclipse,
Del dragón lo extremo toca.
Yo me acuerdo, cuando fuera
La banda de la discordia,
Como la manzana de oro
De Paris y las tres diosas.
FEDERICO. Eso fué entonces, Batín;
Pero es otro tiempo agora.
AURORA. (*Al Marqués.*) Venid al jardín conmigo.
(*Vanse los dos.*)
BATÍN. ¡Con qué libertad la toma
De la mano y se van juntos!
FEDERICO. ¿Qué quieres, si se conforman
Las almas?
BATÍN. ¿Eso respondes?
FEDERICO. ¿Qué quieres que te responda?
BATÍN. Si un cisne no sufre al lado
Otro cisne, y se remonta
Con su prenda muchas veces
Á las extranjeras ondas;
Y un gallo, si al de otra casa
Con sus gallinas le topa,
Con el suyo le deshace
Los picos de la corona;
Y encrespando su turbante,
Turco por la barba roja,
Celoso vencerle intenta
Hasta en la nocturna solfa;
¿Cómo sufres que el Marqués
Á quitarte se disponga
prenda que tanto quisiste?
FEDERICO. Porque la venganza propia
Para castigar las damas,
Que á los hombres ocasionan,
Es dejarlas con su gusto;
Porque aventura la honra,

Quien la pone en sus mudanzas.

BATÍN. Dame por Dios una copia
De ese arancel de galanes,
Tomaréle de memoria.
No, Conde : misterio tiene
Tu sufrimiento, perdona;
Que pensamientos de amor
Son arcaduces de noria,
Y deja el agua primera
El que la segunda toma.
Por nuevo cuidado dejas
El de Aurora; que si sobra
El agua, ¿cómo es posible
Que pueda ocuparse de otra?

FEDERICO. Bachiller estás, Batín,
Pues con fuerza cautelosa
Lo que no entiendo de mí
Á presumir te provocas.
Entra, y mira que hace el Duque,
Y de partida te informa,
Porque vaya á acompañarle.

BATÍN. Sin causa necio me nombras,
Porque abonar tus tristezas
Fuera más necia lisonja. (*Vase.*)

FEDERICO. ¿Qué buscas, imposible pensamiento?
Bárbaro, ¿qué me quieres? ¿Qué me incitas?
¿Por qué la vida sin razón me quitas,
Donde volando aun no te quiere el viento?
Detén el vagaroso movimiento ;
Que la muerte de entrambos solicitas :
Déjame descansar, y no permitas
Tan triste fin á tan glorioso intento.
No hay pensamiento, si rindió despojos,
Que sin determinado fin se aumente,
Pues dándole esperanzas, sufre enojos.
Todo es posible á quien amando intente ;
Y solo tú naciste de mis ojos,
Para ser imposible eternamente.

Sale CASANDRA.

CASANDRA. (*Ap.*) Entre agravios y venganzas
Anda solícito amor

Después de tantas mudanzas,
Sembrando contra mi honor
Mal nacidas esperanzas.
En cosas inaccesibles
Quiere poner fundamentos,
Como si fuesen visibles;
Que no puede haber contentos
Fundados en imposibles.
En el ánimo que inclino
Al mal, por tantos disgustos
Del Duque, loca imagino
Hallar venganzas y gustos
En el mayor desatino.
Al galán Conde y discreto,
Y su hijo, ya permito
Para mi venganza efeto,
Pues para tanto delito
Conviene tanto secreto.
Vile turbado, llegando
Á decir su pensamiento,
Y desmayarse temblando,
Aunque es más atrevimiento
Hablar un hombre callando.
Pues de aquella turbación
Tanto el alma satisfice,
Dándome el Duque ocasión,
Que hay dentro de mí quien dice
Que si es amor, no es traición;
Y que cuando ser pudiera
Rendirme desesperada
Á tanto valor, no fuera
La postrera enamorada,
Ni la traidora primera.
Á sus padres han querido
Sus hijas, y sus hermanos
Algunas: luego no han sido
Mis sucesos inhumanos,
Ni mi propria sangre olvido.
Pero no es disculpa igual
Que haya otros males, de quien
Me valga en peligro tal;
Que para pecar no es bien

Tomar ejemplo del mal.
Este es el Conde. ¡Ay de mí!
Pero ya determinada,
¿Qué temo?

FEDERICO. (*Ap.*) Ya viene aquí,
Desnuda la dulce espada,
Por quien la vida perdí.
¡Oh hermosura celestial!

CASANDRA. ¿Cómo te va de tristeza,
Federico, en tanto mal?

FEDERICO. Responderé á vuestra alteza
Que es mi tristeza inmortal.

CASANDRA. Destemplan melancolías
La salud: enfermo estás.

FEDERICO. Traigo unas necias porfías,
Sin que pueda decir más,
Señora, de que son mías.

CASANDRA. Si es cosa que yo la puedo
Remediar, fía de mí,
Que en amor tu amor excedo.

FEDERICO. Mucho fiara de ti;
Pero no me deja el miedo.

CASANDRA. Dijísteme que era amor
Tu mal.

FEDERICO. Mi pena y mi gloria
Nacieron de su rigor.

CASANDRA. Pues oye una antigua historia;
Que el amor quiere valor.
Antíoco, enamorado
De su madrastra, enfermó
De tristeza y de cuidado.

FEDERICO. Bien hizo si se murió;
Que yo soy más desdichado.

CASANDRA. El rey su padre, afligido,
Cuantos médicos tenía
Juntó, y fué tiempo perdido;
Que la causa no sufría
Que fuese amor conocido.
Mas Erostrato, más sabio
En su ciencia que Galeno,
Conoció luego su agravio;
Pero que estaba el veneno

Entre el corazón y el labio.
Tomóle el pulso, y mandó
Que cuantas damas había
En palacio, entrasen.

FEDERICO. Yo
Presumo, Señora mía,
Que algún espíritu habló.

CASANDRA. Cuando su madrastra entraba,
Conoció en la alteración
Del pulso, que ella causaba
Su mal.

FEDERICO. ¡Extraña invención!

CASANDRA. Tal en el mundo se alaba.

FEDERICO. Y ¿tuvo remedio ansí?

CASANDRA. No niegues, Conde, que yo
He visto lo mismo en ti.

FEDERICO. Pues ¿enojaráste?

CASANDRA. No.

FEDERICO. Y ¿tendrás lástima?

CASANDRA. Sí.

FEDERICO. Pues, Señora, yo he llegado,
Perdido á Dios el temor
Y al Duque, á tan triste estado,
Que este mi imposible amor
Me tiene desesperado.
En fin, Señora, me veo
Sin mí, sin vos y sin Dios :
Sin Dios, por lo que os deseo ;
Sin mí, porque estoy sin vos ;
Sin vos, porque no os poseo.
Y por si no lo entendéis,
Haré sobre estas razones
Un discurso, en que podréis
Conocer de mis pasiones
La culpa que vos tenéis.
Aunque dicen que el no ser
Es, Señora, el mayor mal,
Tal por vos me vengo á ver,
Que para no verme tal,
Quisiera dejar de ser.
En tantos males me empleo,
Después que mi ser perdí,

Que aunque no verme deseo,
Para ver si soy quien fuí,
En fin, Señora, me veo.
Al decir que soy quien soy,
Tal estoy, que no me atrevo,
Y por tales pasos voy,
Que aun no me acuerdo que debo
Á Dios la vida que os doy.
Culpa tenemos los dos
Del no ser que soy agora,
Pues olvidado por vos
De mí mismo, estoy, Señora,
Sin mí, sin vos y sin Dios.
Sin mí no es mucho, pues ya
No hay vida sin vos, que pida
Al mismo que me la da;
Pero sin Dios, con ser vida,
¿Quién sino mi amor está?
Si en desearos me empleo,
Y él manda no desear
La hermosura que en vos veo,
Claro está que vengo á estar
Sin Dios, por lo que os deseo.
¡Oh, qué loco barbarismo
Es presumir conservar
La vida en tan ciego abismo
Hombre que no puede estar
Ni en vos ni en Dios ni en sí mismo!
¿Qué habemos de hacer los dos,
Pues á Dios por vos perdí,
Después que os tengo por Dios,
Sin Dios, porque estáis en mí,
Sin mí, porque estoy sin vos?
Por haceros sólo bien,
Mis males vengo á sufrir;
Yo tengo amor, vos desdén,
Tanto, que puedo decir:
Mirad ¡con quién y sin quién!
Sin vos y sin mí peleo
Con tanta desconfianza:
Sin mí, porque en vos ya veo
Imposible mi esperanza:

Sin Vos, porque no os poseo.

CASANDRA. Conde, cuando yo imagino
Á Dios y al Duque, confieso
Que tiemblo, porque adivino
Juntos para tanto exceso
Poder humano y divino;
Pero viendo que el amor
Halló en el mundo disculpa,
Hallo mi culpa menor,
Porque hace menor la culpa
Ser la disculpa mayor.
Muchos ejemplo me dieron,
Que á errar se determinaron;
Porque los que errar quisieron,
Siempre miran los que erraron,
No los que se arrepintieron.
Si remedio puede haber,
Es huir de ver y hablar;
Porque con no hablar ni ver,
Ó el vivir se ha de acabar,
Ó el amor se ha de vencer.
Huye de mí; que de ti
Yo no sé si huir podré,
Ó me daré muerte á mí.

FEDERICO. Yo, Señora, moriré;
Que es lo más que haré por mí.
No quiero vida: ya soy
Cuerpo sin alma, y de suerte
Á buscar mi muerte voy,
Que aun no pienso hallar mi muerte,
Por el placer que me doy.
Sola una mano suplico
Que me des; dame el veneno
Que me ha muerto.

CASANDRA. Federico,
Todo principio condeno,
Si pólvora al fuego aplico.
Vete con Dios.

FEDERICO. ¡Qué traición!

CASANDRA. (*Ap.*) Ya determinada estuve,
Pero advertir es razón
Que por una mano sube

El veneno al corazón.

FEDERICO. Sirena, Casandra, fuiste
Cantaste para meterme
En el mar, donde me diste
La muerte.

(*Entrándose cada uno por su parte.*)

CASANDRA. Yo he de perderme:
Ten, honor; fama, resiste.

FEDERICO. Apenas á andar acierto.

CASANDRA. Alma y sentidos perdí.

FEDERICO. ¡Oh, qué extraño desconcierto!

CASANDRA. Yo voy muriendo por ti.

FEDERICO. Yo no, porque ya voy muerto.

ACTO TERCERO

Salen AURORA Y EL MARQUÉS.

AURORA. Yo te he dicho la verdad.

MARQUÉS. No es posible persuadirme.
Mira si nos oye alguno,
Y mira bien lo que dices.

AURORA. Para pedirte consejo,
Quise, Marqués, descubrirte
Esta maldad.

MARQUÉS. ¿De qué suerte
Ver á Casandra pudiste
Con Federico?

AURORA. Está atento.
Yo te confieso que quise
Al Conde, de quien lo fuí,
Más traidor que el griego Ulises.
Creció nuestro amor el tiempo;
Mi casamiento previne,
Cuando fueron por Casandra,
En fe de palabras firmes,
Si lo son las de los hombres
Cuando sus iguales sirven.
Fué Federico por ella,
De donde vino tan triste,

Que en proponiéndole el Duque
Lo que de los dos le dije,
Se disculpó con tus celos.
Y como el amor permite
Que cuando camina poco,
Fingidos celos le piquen,
Díselos contigo, Carlos;
Pero el mismo efeto hice
Que en un diamante; que celos
Donde no hay amor, no imprimen.
Pues viéndome despreciada
Y á Federico tan libre,
Di en inquirir la ocasión;
Y como celos son linces
Que las paredes penetran,
Á saber la causa vine.
En correspondencia tiene,
Sirviéndoles de tapices
Retratos, vidrios y espejos,
Dos iguales camarines
El tocador de Casandra;
Y como sospechas pisen
Tan quedo, dos cuadras antes
Miré y vi ¡caso terrible!
En el cristal de un espejo
Que el Conde las rosas mide
De Casandra con los labios.
Con esto, y sin alma, fuíme,
Donde lloré mi desdicha
Y la de los dos; que viven,
Ausente el Duque, tan ciegos,
Que parece que compiten
En el amor y el desprecio,
Y gustan que se publique
El mayor atrevimiento
Que pasara entre gentiles,
Ó entre los desnudos cafres
Que lobos marinos visten.
Parecióme que el espejo
Que los abrazos repite,
Por no ver tan gran fealdad
Escureció los alindes;

Pero, más curioso amor,
La infame empresa prosigue,
Donde no ha quedado agravio
De que no me certifique.
El Duque dicen que viene
Vitorioso, y que le ciñen
Sacros laureles la frente
Por las hazañas felices
Con que del pastor de Roma
Los enemigos reprime.
Dime : ¿qué tengo de hacer
En tanto mal? Que me afligen
Sospechas de mayor daño,
Si es verdad que me dijiste
Tantos amores con alma;
Aunque soy tan infelice,
Que parecerás al Conde
En engañarme ó en irte.

MARQUÉS. Aurora, la muerte sola
Es sin remedio invencible,
Y aun á muchos hace el tiempo
En el túmulo fenices;
Porque dicen que no mueren
Los que por su fama viven.
Dile que te case al Duque ;
Que, como el sí me confirmes,
Con irnos los dos á Mantua,
No hayas miedo que peligres.
Que si se arroja en el mar,
Con el dolor insufrible
De los hijos que le quitan
Los cazadores, el tigre,
Cuando no puede alcanzarlos,
¿Qué hará el ferrarés Aquiles
Por el honor y la fama?
¿Cómo quieres que se limpie
Tan fea mancha sin sangre,
Para que jamás se olvide,
Sin o es que primero el cielo
Sus libertades castigue,
Y por gigantes de infamia
Con vivos rayos fulmine?

Este consejo te doy.

AURORA. Y de tu mano le admite
Mi turbado pensamiento.

MARQUÉS. Será de la nueva Circe
El espejo de Medusa,
El cristal en que la viste.

Salen FEDERICO Y BATÍN.

FEDERICO. ¿Qué no ha querido esperar
Que salgan á recibirle?

BATÍN. Apenas el Duque vió
Los deseados confines,
Cuando dejando la gente,
Y aun sin querer que te avisen,
Tomó caballos y parte:
Tan mal el amor resiste,
Y los deseos de verte;
Que, aunque es justo que le obligue
La Duquesa, no hay amor
Á quien el tuyo no prive.
Eres el sol de sus ojos,
Y cuatro meses de eclipse
Le han tenido sin paciencia.
Tú, Conde, el triunfo apercibe
Para cuando todos vengan;
Que las escuadras que rige
Han de entrar con mil trofeos,
Llenos de dorados timbres.

FEDERICO. Aurora, ¿siempre á mis ojos
Con el Marqués?

AURORA. ¡Qué donaire!

FEDERICO. ¿Con ese tibio desaire
Respondes á mis enojos?

AURORA. Pues ¿qué maravilla ha sido
El darte el Marqués cuidado?
Parece que has despertado,
De cuatro meses dormido.

MARQUÉS. Yo, señor Conde, no sé
Ni he sabido que sentís
Lo que agora me decís;
Que á Aurora he servido en fe

De no haber competidor,
Y más si como vos fuera,
Á quien humilde rindiera
Cuanto no fuera mi amor.
Bien sabéis que nunca os vi
Servirla; mas siendo gusto
Vuestro que la deje, es justo;
Que mucho mejor que en mí
Se emplea en vos su valor. (*Vase.*)

AURORA. ¿Qué es esto que has intentado?
Ó ¿qué frenesí te ha dado
Sin pensamiento de amor?
¿Cuántas veces al Marqués
Hablando conmigo viste,
Desde que diste en ser triste,
Y mucho tiempo después?
Y aun no volviste á mirarme,
Cuanto más á divertirme.
¿Agora celoso y firme,
Cuando pretendo casarme?
Conde, ya estás entendido.
Déjame casar, y advierte
Que antes me daré la muerte
Que ayudar lo que has fingido.
Vuélvete, Conde, á estar triste,
Vuelve á tu suspensa calma;
Que tengo muy en el alma
Los desprecios que me hiciste.
Ya no me acuerdo de ti.
¡Invenciones! Dios te guarde.
Por tu vida, que es muy tarde
Para valerte de mí. (*Vase.*)

BATÍN. ¿Qué has hecho?

FEDERICO. No sé, por Dios.

BATÍN. Al emperador Tiberio
Pareces, si no hay misterio
En dividir á los dos.
Hizo matar su mujer,
Y habiéndose ejecutado,
Mandó, á la mesa sentado,
Llamarla para comer.
Y Mesala fué un romano

Que se le olvidó su nombre.

FEDERICO. Yo me olvido de ser hombre.

BATÍN. O eres como aquel villano
Que dijo á su labradora,
Después que de estar casados
Eran dos años pasados :
« Ojinegra es la señora. »

FEDERICO. ¡ Ay, Batín, que estoy turbado,
Y olvidado desatino!

BATÍN. Eres como el vizcaíno
Que dejó el macho enfrenado,
Y viendo que no comía,
Regalándole las crines,
Un Galeno de rocines
Trujo á ver lo que tenía ;
El cual, viéndole con freno,
Fuera al vizcaíno echó ;
Quitóle, y cuando volvió,
De todo el pesebre lleno
Apenas un grano había,
Porque con gentil despacho,
Después de la paja, el macho
Hasta el pesebre comía.
« Albeitar, juras á Dios,
Dijo, es mejor que dotora,
Y yo y macho desde ahora
Queremos curar con vos ».
¿ Qué freno es este que tienes,
Que no te deja comer,
Si médico puedo ser?
¿Qué aguardas? ¿Qué te detienes?

FEDERICO. ¡ Ay, Batín, no sé de mí!

BATÍN. Pues estése la cebada
Queda, y no me digas nada.

Salen CASANDRA Y LUCRECIA.

CASANDRA. ¿ Ya viene?

LUCRECIA. Señora, sí.

CASANDRA. ¿ Tan brevemente?

LUCRECIA. Por verte
Toda la gente dejó.

CASANDRA. No lo creas; pero yo
Más quisiera ver mi muerte.
(*Hablan bajo los dos, apartándose los criados.*)
En fin, señor Conde, ¿viene
El Duque, mi señor?

FEDERICO. Ya
Dicen que muy cerca está:
Bien muestra el amor que os tiene.

CASANDRA. Muriendo estoy de pesar
De que ya no podré verte
Como solía.

FEDERICO. ¿Qué muerte
Pudo mi amor esperar,
Como su cierta venida?

CASANDRA. Yo pierdo, Conde, el sentido.

FEDERICO. Yo no, porque le he perdido.

CASANDRA. Sin alma estoy.

FEDERICO. Yo sin vida.

CASANDRA. ¿Qué habemos de hacer?

FEDERICO. Morir.

CASANDRA. ¿No hay otro remedio?

FEDERICO. No;
Porque perdiéndote yo,
¿Para qué quiero vivir?

CASANDRA. Por eso ¿me has de perder?

FEDERICO. Quiero fingir desde agora
Que sirvo y que quiero á Aurora
Y aun pedirla por mujer
Al Duque, para desvelos
Dél y de palacio, en quien
Yo sé que no se habla bien.

CASANDRA. ¡Agravios! ¿No bastan celos?
¡Casarte! ¿Estás, Conde, en ti?

FEDERICO. El peligro de los dos
Me obliga.

CASANDRA. ¿Qué? ¡Vive Dios
Que si te burlas de mí,
Después que has sido ocasión
Desta desdicha, que á voces
Diga (¡oh qué mal me conoces!)
Tu maldad y mi traición!

FEDERICO. Señora...

CASANDRA. No hay que tratar.
FEDERICO. Que te oirán.
CASANDRA. Que no me impidas.
Quíteme el Duque mil vidas;
Pero no te has de casar.

Salen FLORO, FEBO, RICARDO, ALBANO, LUCINDO y EL DUQUE *detrás, galán, de soldado.*

RICARDO. Ya estaban disponiendo recibirte.
DUQUE. Mejor sabe mi amor adelantarse.
CASANDRA. ¿Es posible, Señor, qne persuadirte
Pudiste á tal agravio?
FEDERICO. Y de agraviarse
Quejosa mi señora la Duquesa,
Parece qne mi amor puede culparse.
DUQUE. Hijo, el paterno amor, que nunca cesa
De amar su propria sangre y semejanza,
Para venir facilitó la empresa;
Que ni cansancio ni trabajo alcanza
Á quien de ver á sus queridas prendas
Mal hiciera en sufrir larga esperanza. —
Y tú, Señora, así es razón que entiendas
El mismo amor, y en igualarte al Conde
Por encarecimiento, no te ofendas.
CASANDRA. Tu sangre y su virtud, Señor, responde
Que merece el favor: yo le agradezco,
Pues tu valor al suyo corresponde.
DUQUE. Bien sé que á entrambos ese amor merezco,
Y que estoy de los dos tan obligado,
Cuanto mostrar en la ocasión me ofrezco.
Que Federico gobernó mi Estado
En mi ausencia, he sabido, tan discreto,
Que vasallo ninguno se ha quejado.
En medio de las armas, os prometo
Que imaginaba yo con la prudencia
Que se mostraba senador perfeto.
¡Gracias á Dios, que con infame ausencia
Los enemigos del Pastor romano
Respetan en mi espada su presencia!
Ceñido de laurel besé su mano,
Después que me miró Roma triunfante,

Como si fuera el español Trajano.
Y así, pienso trocar de aquí adelante
La inquietud en virtud, porque mi nombre,
Como le aplaude aquí, después le cante;
Que cuando llega á tal estado un hombre,
No es bien que ya que de valor mejora,
El vicio más que la virtud le nombre.

RICARDO. Aquí vienen, Señor, Carlos y Aurora.

Salen EL MARQUÉS Y AURORA.

AURORA. Tan bien venido vuestra alteza sea,
Como le está esperando quien le adora.

MARQUÉS. Dad las manos á Carlos, que desea
Que conozcáis su amor.

DUQUE. Paguen los brazos
Deudas del alma á quien tan bien se emplea.
Aunque siente el amor los largos plazos,
Todo lo goza el venturoso día
Que llega á merecer tan dulces lazos.
Con esto, amadas prendas, yo querría
Descansar del camino, y porque es tarde,
Después celebraréis tanta alegría.

CONDE. Un siglo el cielo, gran Señor, te guarde.

Todos se van con el Duque, y quedan BATÍN y RICARDO.

BATÍN. ¡ Ricardo amigo!

RICARDO. ¡ Batín!

BATÍN. ¿ Cómo fué por esas guerras?

RICARDO. Como quiso la justicia,
Siendo el cielo su defensa.
Llana queda Lombardía,
Y los enemigos quedan
Puestos en fuga afrentosa,
Porque el león de la Iglesia
Pudo con sólo un bramido
Dar con sus armas en tierra.
El Duque ha ganado un nombre
Que por toda Italia suena;
Que si mil mató Saúl,
Cantan por él las doncellas

Que David mató cien mil;
Con que ha sido tal la enmienda,
Que traemos otro Duque.
Ya no hay damas, ya no hay cenas,
Ya no hay broqueles ni espadas,
Ya solamente se acuerda
De Casandra, ni hay amor
Más que el Conde y la Duquesa.
El Duque es un santo ya.

BATÍN. ¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?

RICARDO. Que, como otros con las dichas
Dan en vicios y en soberbias,
Y á todos tienen en poco
(Tan inmortales se sueñan),
El Duque se ha vuelto humilde,
Y parece que desprecia
Los laureles de su triunfo;
Que el aire de las banderas
No le ha dado vanagloria.

BATÍN. ¡Plegue al cielo que no sea,
Después de estas humildades,
Como aquel hombre de Atenas,
Que pidió á Venus le hiciese
Mujer, con ruegos y ofrendas,
Una gata dominica,
Quiero decir, blanca y negra!
Estando en su estrado un día
Con moño y naguas de tela,
Vió pasar un animal
De aquestos, como poetas,
Que andan royendo papeles;
Y dando un salto ligera
De la tarima al ratón,
Mostró que en naturaleza
La que es gata, será gata,
La que es perra, será perra,
In sæcula sæculorum.

RICARDO. No hayas miedo tú que vuelva
El Duque á sus mocedades;
Y más si á los hijos llega,
Que con las manillas blandas
Las barbas más graves peinan

De los más fieros leones.

BATÍN. Yo me holgaré de que sea
Verdad.

RICARDO. Pues, Batín, adiós.

BATÍN. ¿Dónde vas?

RICARDO. Fabia me espera. (*Vase.*)

Sale EL DUQUE, *con algunos memoriales.*

DUQUE. ¿Está algún criado aquí?

BATÍN. Aquí tiene vuestra alteza
El más humilde.

DUQUE. ¡Batín!

BATÍN. Dios te guarde. Bueno llegas.
Dame la mano.

DUQUE. ¿Qué hacías?

BATÍN. Estaba escuchando nuevas
De tu valor á Ricardo,
Que es tan gran cronista dellas.
Héctor de Italia te hacía.

DUQUE. ¿Cómo ha pasado en mi ausencia
El gobierno con el Conde?

BATÍN. Cierto, Señor, que pudiera
Decir que igualó en la paz
Tus hazañas en la guerra.

DUQUE. ¿Llevóse bien con Casandra?

BATÍN. No se ha visto, que yo sepa,
Tan pacífica madrastra
Con su alnado : es muy discreta
Y muy virtuosa y santa.

DUQUE. No hay cosa que le agradezca
Como estar bien con el Conde;
Que, como el Conde es la prenda
Que más quiero y más estimo,
Y conocí su tristeza
Cuando á la guerra partí,
Notablemente me alegra
Que Casandra se portase
Con él con tanta prudencia,
Y estén en paz y amistad,
Que es la cosa que desea
Mi alma con más afecto

De cuantas pedir pudiera
Al cielo; y así, en mi casa
Hoy dos victorias se cuentan:
La que de la guerra traigo,
Y la de Casandra bella,
Conquistando á Federico.
Yo pienso de hoy más quererla
Sola en el mundo, obligado
Desta discreta fineza,
Y cansado juntamente
De mis mocedades necias.

BATÍN. Milagro ha sido del Papa
Llevar, Señor, á la guerra
Al duque Luis de Ferrara,
Y que un ermitaño vuelva.
Por Dios, que puedes fundar
Otra Camándula.

DUQUE. Sepan
Mis vasallos que otro soy.

BATÍN. Mas, dígame vuestra alteza,
¿Cómo descansó tan poco?

DUQUE. Porque al subir la escalera
De palacio, algunos hombres
Que aguardaban mi presencia,
Me dieron estos papeles;
Y temiendo que son quejas,
Quise descansar en verlos,
Y no descansar con ellas.
Vete, y déjame aquí solo;
Que deben los que gobiernan
Esta atención á su oficio.

BATÍN El cielo, que remunera
El cuidado de quien mira
El bien público, prevenga
Laureles á tus victorias,
Siglos á tu fama eterna (*Vase.*)

DUQUE. Este dice: (*Lee.*) « Señor, yo soy Estacio,
Que estoy en los jardines de palacio,
Y enseñando á plantar yerbas y flores.
Planté seis hijos: á los dos mayores
Suplico que les deis... » — Basta, ya entiendo.
Con más cuidado ya premiar pretendo.

(*Lee.*) « Lucinda dice que quedó viuda
Del capitán Arnaldo... » — También pide.
(*Lee.*) « Albano, que ha seis años que reside... »
Este pide también. (*Lee*). « Julio Camilo,
Preso porque sacó... » — Del mismo estilo.
(*Lee.*) « Paula de San Germán, doncella honra-
Pues si es honrada, no le falta nada, [da... »
Si no quiere que yo la dé marido.
Este viene cerrado, y mal vestido
Un hombre me le dió, todo turbado,
Que quise detenerle con cuidado.
(*Lee.*) « Señor, mirad por vuestra casa atento;
Que el Conde y la Duquesa en vuestra ausencia...»
— No me ha sido traidor el pensamiento.
Habrán regido mal, tendré paciencia. —
« Ofenden con infame atrevimiento
Vuestra cama y honor. » — ¡Qué resistencia
Harán á tal desdicha mis enojos! —
« Si sois discreto, os lo dirán los ojos. »
¿Qué es esto que estoy mirando?
Letras, ¿decís esto ó no?
¿Sabéis que soy padre yo
De quien me estáis informando
Que el honor me está quitando?
Mentís; que no puede ser.
Casandra ¡me ha de ofender!
¿No veis que es mi hijo el Conde?
Pero ya el papel responde
Que es hombre y ella mujer.
¡Oh fieras letras villanas!
Pero diréisme que sepa
Que no hay maldad que no quepa
En las flaquezas humanas.
De las iras soberanas
Debe de ser permisión.
Esta fué la maldición
Que á David le echó Natán:
La misma pena me dan,
Y es Federico Absalón.
Pero mayor viene á ser,
Cielo, si así me castigas;
Que aquellas eran amigas,

Y Casandra es mi mujer.
El vicioso proceder
De las mocedades mías
Trujo el castigo y los días
De mi tormento, aunque fué
Sin gozar á Betsabé
Ni quitar la vida á Urías.
¡Oh traidor hijo! ¿Si ha sido
Verdad? Porque yo no creo
Que emprenda caso tan feo
Hombre de otro hombre nacido.
Pero si me has ofendido,
¡Oh si el cielo me otorgara,
Que, después que te matara,
De nuevo á hacerte volviera,
Pues tantas muertes te diera,
Cuantas veces te engendrara!
¡Qué deslealtad! ¡Qué violencia!
¡Oh, ausencia, y qué bien se dijo
Que aun un padre de su hijo
No tiene segura ausencia!
¿Cómo sabré con prudencia
Verdad que no me disfame
Con los testigos que llame?
Ni así la podré saber;
Porque ¿quién ha de querer
Decir verdad tan infame?
Mas ¿de qué sirve informarme?
Pues esto no se dijera
De un hijo, cuando no fuera
Verdad que pudo infamarme.
Castigarle no es vengarme
Ni se venga el que castiga,
Ni esto á información me obliga;
Que mal que el honor estraga,
No es menester que se haga,
Porque basta que se diga.

Sale FEDERICO.

FEDERICO. Sabiendo que no descansas,
Vengo á verte.

DUQUE. Dios te guarde.
FEDERICO. Y á pedirte una merced.
DUQUE. Antes que la pidas, sabe
Que mi amor te la concede.
FEDERICO. Señor, cuando me mandaste
Que con Aurora, mi prima,
Por tu gusto me casase,
Lo fuera notable mío;
Pero fueron más notables
Los celos de Carlos, y ellos
Entonces causa bastante
Para no darte obediencia.
Mas después que te ausentaste,
Supe que mi grande amor
Hizo que ilusiones tales
Me trujesen divertido.
En efeto, hicimos paces,
Y le prometí, Señor,
En satisfación, casarme,
Como me dieses licencia,
Luego que el bastón dejases.
Esta te pido y suplico.
DUQUE. No pudieras, Conde, darme
Mayor gusto. Vete agora,
Porque trate con tu madre,
Pues es justo darle cuenta;
Que no es razón que te cases
Sin que lo sepa, y le pidas
Licencia como á tu padre.
FEDERICO. No siendo su sangre yo,
¿Para qué quiere dar parte
Vuestra alteza á mi señora?
DUQUE. ¿Qué importa no ser tu sangre,
Siendo tu madre Casandra?
FEDERICO. Mi madre Laurencia yace
Muchos años ha difunta.
DUQUE. ¿Sientes que madre la llame?
Pues dícenme que en mi ausencia,
De que tengo gusto grande
Estuvistes muy conformes.
FEDERICO. Eso, Señor, Dios lo sabe;
Que prometo á vuestra alteza

(Aunque no acierto en quejarme,
Pues la adora, y es razón)
Que aunque es para todos ángel,
Que no lo ha sido conmigo.

DUQUE. Pésame de que me engañen;
Que me dicen que no hay cosa
Que más Casandra regale

FEDERICO. Á veces me favorece,
Y á veces quiere mostrarme
Que no es posible ser hijos
Los que otras mujeres paren.

DUQUE. Dices bien, y yo lo creo;
Y ella pudiera obligarme
Más que en quererme en quererte,
Pues con estas amistades
Aseguraba la paz.
Vete con Dios.

FEDERICO. El te guarde. (*Vase.*

DUQUE. No sé cómo he podido
Mirar, Conde traidor, tu infame cara.
¡Qué libre! ¡Qué fingido
Con la invención de Aurora se repara,
Para que yo no entienda
Que puede ser posible que me ofenda!
Lo que más me asegura
Es ver con el cuidado y diligencia
Que á Casandra murmura
Que le ha tratado mal en esta ausencia;
Que piensan los delitos
Que callan cuando están hablando á gritos.
De que la llame madre
Se corre, y dice bien, pues es su amiga
La mujer de su padre,
Y no es justo que ya madre se diga.
Pero yo ¿cómo creo
Con tal facilidad caso tan feo?
¿No puede un enemigo
Del Conde haber tan gran traición forjado,
Porque con su castigo,
Sabiendo mi valor, quede vengado?
Ya de haberlo creido,
Si no estoy castigado, estoy corrido.

Salen CASANDRA Y AURORA.

AURORA. De vos espero, Señora,
Mi vida en esta ocasión.
CASANDRA. Ha sido digna elección
De tu entendimiento, Aurora.
AURORA. Aquí está el Duque.
CASANDRA. Señor,
¡Tanto desvelo!
DUQUE. Á mi Estado
Debo, por lo que he faltado,
Estos indicios de amor;
Si bien del Conde y de vos
Ha sido tan bien regido,
Como muestra, agradecido
Este papel, de los dos.
Todos alaban aquí
Lo que los dos merecéis.
CASANDRA. Al Conde, Señor, debéis
Ese cuidado, no á mí;
Que sin lisonja os prometo
Que tiene heroico valor,
En toda acción superior,
Gallardo como discreto.
Un retrato vuestro ha sido.
DUQUE. Ya sé que me ha retratado
Tan igual en todo estado,
Que por mí le habéis tenido;
De que os prometo, Señora,
Debida satisfacción.
CASANDRA. Una nueva petición
Os traigo, Señor, de Aurora:
Carlos la pide, ella quiere,
Y yo os lo suplico.
DUQUE. Creo
Que le ha ganado el deseo
Quien en todo le prefiere.
El Conde se va de aquí,
Y me la ha pedido agora.
CASANDRA. ¡El Conde ha pedido á Aurora!
DUQUE. Sí, Casandra.

CASANDRA. ¡El Conde!
DUQUE. Sí.
CASANDRA. Solo de vos lo creyera.
DUQUE. Y así, se la pienso dar.
Mañana se han de casar.
CASANDRA. Será como Aurora quiera.
AURORA. Perdóneme vuestra alteza;
Que el Conde no será mío.
DUQUE. ¿Qué espero? Mas ¿qué porfío?
Pues, Aurora, en gentileza,
Entendimiento y valor
¿No vence al Marqués?
AURORA. No sé.
Cuando quise y le rogué,
Él me despreció, Señor;
Y agora que él quiere, es justo
Que yo le desprecie á él.
DUQUE. Hazlo por mí, no por él.
AURORA. El casarse ha de ser gusto;
Yo no le tengo del Conde.
DUQUE. ¡Extraña resolución!
CASANDRA. Aurora tiene razón,
Aunque atrevida responde.
DUQUE. No tiene, y ha de casarse,
Aunque le pese.
CASANDRA. Señor,
No uséis del poder; que amor
Es gusto, y no ha de forzarse.
(*Ap.* ¡Ay de mí; que se ha cansado
El traidor Conde de mí!)
(*Vanse Aurora y el Duque.*)

Sale FEDERICO.

FEDERICO. ¿No estaba mi padre aquí?
CASANDRA. ¿Con qué infame desenfado,
Traidor Federico, vienes,
Habiendo pedido á Aurora
Al Duque?
FEDERICO. Paso, Señora;
Mira el peligro que tienes.
CASANDRA. ¿Qué peligro, cuando estoy,
Villano, fuera de mí?

FEDERICO. Pues ¿tú das voces ansí?

Sale EL DUQUE, *acechando.*

DUQUE. Buscando testigos voy.
Desde aquí quiero escuchar ;
Que aunque mal tengo de oir,
Lo que no puede sufrir
Es lo que vengo á buscar.

FEDERICO. Oye, Señora, y repara
En tu grandeza siquiera.

CASANDRA. ¿Cuál hombre en el mundo hubiera
Que cobarde me dejara,
Después de haber obligado
Con tantas ansias de amor
Á su gusto mi valor?

FEDERICO. Señora, aun no estoy casado.
Asegurar pretendí
Al Duque, y asegurar
Nuestra vida, que durar
No puede, Casandra, ansí;
Que no es el Duque algún hombre
De tan baja condición,
Que á sus ojos, ni es razón,
Se infame su ilustre nombre.
Basta el tiempo que tan ciegos
El amor nos ha tenido.

CASANDRA. ¡ Oh, cobarde, mal nacido!
Las lágrimas y los ruegos
Hasta hacernos volver locas,
Robando las honras nuestras
(Que de las traiciones vuestras
Cuerdas se libraron pocas),
¡ Agora son cobardías!
Pues, perro, ¿sin alma estoy?

DUQUE. (*Ap.*) Si aguardo, de mármol soy.
¿ Qué esperáis, desdichas mías?
Sin tormento han confesado...
Pero sin tormento no;
Que claro está que soy yo
Á quien el tormento han dado.
No es menester más testigo;
Confesaron de una vez.

Prevenid, pues sois jüez,
Honra, sentencia y castigo.
Pero de tal suerte sea
Que no se infame mi nombre;
Que en público siempre á un hombre
Queda alguna cosa fea.
Y no es bien que hombre nacido
Sepa que yo estoy sin honra,
Siendo enterrar la deshonra
Como no haberla tenido;
Que aunque parece defensa
De la honra el desagravio,
No deja de ser agravio
Cuando se sabe la ofensa. (*Vase.*)

CASANDRA. ¡Ay, desdichadas mujeres!
¡Ay, hombres falsos sin fe!

FEDERICO. Digo, Señora, que haré
Todo lo que tú quisieres,
Y esta palabra te doy.

CASANDRA. ¿Será verdad?

FEDERICO. Infalible.

CASANDRA. Pues no haya amor imposible.
Tuya he sido y tuya soy;
No ha de faltar invención
Para vernos cada día.

CONDE. Pues vete, señora mía;
Y pues tienes discreción,
Finge gusto, pues es justo,
Con el Duque.

CASANDRA. Así lo haré
Sin tu ofensa; que yo sé
Que el que es fingido no es gusto.
(*Vanse.*)

Salen AURORA Y BATIN.

BATÍN. Yo he sabido, hermosa Aurora,
Que ha de ser, ó ya lo es,
Tu dueño el señor Marqués,
Y que á Mantua vas, Señora;
Y así, vengo á suplicar
Que allá me lleves.

AURORA. Batín,
Mucho me admiro. ¿Á qué fin
Al Conde quieres dejar?

BATÍN. Servir mucho y medrar poco
Es un linaje de agravio
Que al más cuerdo, que al más sabio
Ó le mata ó vuelve loco.
Hoy te doy, mañana no,
Quizá te daré después...
— Yo ne sé *quizá* quién es;
Mas sé que nunca *quizó*.
Fuera desto, está endiablado
El Conde. No sé qué tiene :
Ya triste, ya alegre viene,
Ya cuerdo, ya destemplado.
La Duquesa, pues, también
Insufrible y desigual;
Pues donde va á todos mal,
¿Quieres que me vaya bien?
El Duque, santo fingido,
Consigo á solas hablando,
Como hombre que anda buscando
Algo que se le ha perdido.
Toda la casa lo está;
Contigo á Mantua me voy.

AURORA. Si yo tan dichosa soy
Que el Duque á Carlos me da,
Yo te llevaré conmigo.

BATÍN. Beso mil veces tus pies.
Y voy á hablar al Marqués. (*Vase.*)

Sale EL DUQUE.

DUQUE. (*Ap.* ¡ Ay, honor, fiero enemigo!
¿Quién fué el primero que dió
Tu ley al mundo, y que fuese
Mujer quien en sí tuviese
Tu valor, y el hombre no?
Pues sin culpa el más honrado
Te puede perder, honor,
Bárbaro legislador
Fué tu inventor, no letrado.

Mas dejarla entre nosotros
Muestra que fuiste ofendido,
Pues esta invención ha sido
Para que lo fuesen otros.)
Aurora...

AURORA. Señor...

DUQUE. Ya creo
Que con el Marqués te casa
La Duquesa, y yo á su ruego;
Que más quiero contentarla,
Que dar este gusto al Conde.

AURORA. Eternamente obligada
Quedo á servirte.

DUQUE. Bien puedes
Decir á Carlos que á Mantua
Escriba al Duque, su tío.

AURORA. Voy donde el Marqués aguarda
Tan dichosa nueva. (*Vase.*)

DUQUE. Cielos,
Hoy se ha de ver en mi casa
No más que vuestro castigo;
Alzad la divina vara.
No es venganza de mi agravio;
Que ya no quiero tomarla
En vuestra ofensa, y de un hijo
Ya fuera bárbara hazaña.
Este ha de ser un castigo
Vuestro no más, porque valga
Para que perdone el cielo
El rigor por la templanza.
Seré padre, y no marido,
Dando la justicia santa
Á un pecado sin vergüenza
Un *castigo sin venganza.*
Esto disponen las leyes
Del honor, y que no haya
Publicidad en mi afrenta,
Con que se doble mi infamia.
Quien en público castiga,
Dos veces su honor infama,
Pues después que le ha perdido,
Por el mundo le dilata.

La infame Casandra dejo
De pies y manos atada,
Con un tafetán cubierta,
Y por no escuchar sus ansias,
Con una liga en la boca;
Porque al decirle la causa,
Para cuanto quise hacer
Me dió lugar, desmayada.
Esto aun pudiera, ofendida,
Sufrir la piedad humana;
Pero dar la muerte á un hijo
¿Qué corazón no desmaya?
Solo de pensarlo ¡ay triste!
Tiembla el cuerpo, expira el alma
Lloran los ojos, la sangre
Muere en las venas heladas,
El pecho se desalienta,
El entendimiento falta,
La memoria está corrida
Y la voluntad turbada.
Como arroyo que detiene
El hielo de noche larga,
Del corazón á la boca
Prende el dolor las palabras.
¿Qué quieres, amor? ¿No ves
Que Dios á los hijos manda
Honrar los padres, y el Conde
Su mandamiento quebranta?
Déjame, amor, que castigue
Á quien las leyes sagradas
Contra su padre desprecia,
Pues tengo por cosa clara
Que si hoy me quita la honra,
La vida podrá mañana.
Cincuenta mató Artajerjes
Con menos causa, y la espada
De Darío, Torcuato y Bruto
Ejecutó sin venganza
Las leyes de la justicia.
Perdona, amor; no deshagas
El derecho del castigo,
Cuando el honor, en la sala

De la razón presidiendo,
Quiere sentenciar la causa.
El fiscal verdad le ha puesto
La acusación, y está clara
La culpa; que ojos y oídos
Juraron en la probanza.
Amor y sangre, abogados,
Le defienden; mas no basta;
Que la infamia y la vergüenza
Son de la parte contraria.
La ley de Dios, cuando menos,
Es quien la culpa relata,
Su conciencia quien la escribe.
Pues ¿para qué me acobardas?
Él viene. ¡Ay cielos, favor!

Sale FEDERICO.

FEDERICO. Basta que en palacio anda
Pública fama, Señor,
Que con el marqués Gonzaga
Casas á Aurora, y que luego
Separte con ella á Mantua.
¿Mándasme que yo lo crea?

DUQUE. Conde, ni sé lo que tratan,
Ni he dado al Marqués licencia;
Que traigo en cosas más altas
Puesta la imaginación.

FEDERICO. Quien gobierna, mal descansa.
¿Qué es lo que te da cuidado?

DUQUE. Hijo, un noble de Ferrara
Se conjura contra mí
Con otros que le acompañan.
Fióse de una mujer,
Que el secreto me declara:
¡Necio quien dellas se fía,
Discreto quien las alaba!
Llamé al traidor, finalmente;
Que un negocio de importancia
Dije que con él tenía;
Y cerrado en esta cuadra,
Le dije el caso, y apenas

Le oyó, cuando se desmaya:
Con que pude fácilmente
En la silla donde estaba
Atarle, y cubrir el cuerpo,
Porque no viese la cara
Quien á matarle viniese,
Por no alborotar á Italia.
Tú has venido, y es más justo
Hacer de ti confianza,
Para que nadie lo sepa.
Saca animoso la espada,
Conde, y la vida le quita;
Que á la puerta de la cuadra
Quiero mirar el valor
Con que á mi enemigo matas.

FEDERICO. ¿Pruébasme acaso, ó es cierto
Que conspirar intentaban
Contra ti los dos que dices?

DUQUE. Cuando un padre á un hijo manda
Una cosa, injusta ó justa,
¿Con él se pone á palabras?
Vete, cobarde; que yo...

FEDERICO. Ten la espada, y aquí aguarda;
Que no es temor, pues que dices
Que es una persona atada.
Pero no sé qué me ha dado,
Que me está temblando el alma.

DUQUE. Quédate, infame.

FEDERICO. Ya voy;
Que pues tú lo mandas, bastá.
Pero ¡vive Dios!...

DUQUE. ¡Oh perro!

FEDERICO. Ya voy... Detente... Y si hallara
Al mismo César, le diera
Por ti ¡ay Dios! mil estocadas.

DUQUE. Aquí lo veré.
(*Entrase Federico.*)
Ya llega...
Ya el Conde empuña la espada...
— Ejecutó mi justicia
Quien ejecutó mi infamia. —
¡Capitanes! ¡Hola, gente!

¡ Venid los que estáis de guarda!
¡ Ah caballeros, criados !
Presto.

Salen el MARQUÉS, AURORA, BATÍN, RICARDO, *y todos los demás que se han introducido.*

MARQUÉS. ¿ Para qué nos llamas,
Señor, con tan altas voces?
DUQUE. ¡ Hay tal maldad! Á Casandra
Ha muerto el Conde, no más
De porque fué su madrastra,
Y le dijo que tenía
Mejor hijo en sus entrañas
Para heredarme. Matadle,
Matadle; el Duque lo manda.
MARQUÉS. ¡ Á Casandra!
DUQUE. Sí, Marqués.
MARQUÉS. Pues no volveré yo á Mantua
Sin que la vida le quite.
DUQUE. Ya con la sangrienta espada
Sale el traidor.

Sale FEDERICO, *con la espada desnuda.*

FEDERICO. ¿ Qué es aquesto?
Voy á descubrir la cara
Del traidor que me decías,
Y hallo...
DUQUE. No prosigas, calla. —
Matadle, matadle.
MARQUÉS. Muera.
FEDERICO. ¡Oh padre! ¿ por qué me matan?
DUQUE. En el tribunal de Dios,
Traidor, te dirán la causa. —
(*Éntranse todos riñendo con Federico.*)
Tú, Aurora, con este ejemplo
Parte con Carlos á Mantua ;
Que él te merece, y yo gusto.
AURORA. Estoy, Señor, tan turbada,
Que no sé lo que responda.
BATÍN. Di que sí; que no es sin causa

Todo lo que ves, Aurora. (*Ap. á ella.*)

AURORA. Señor, desde aquí á mañana
Te daré respuesta.

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Ya
Queda muerto el Conde.

DUQUE. En tanta
Desdicha, aun quieren los ojos
Verle muerto con Casandra.

MARQUÉS. Vuelve á mirar un castigo
Sin venganza. (*Descúbrelos.*)

DUQUE. No es tomarla
El castigar la justicia.
Valor sobra y llanto falta.
Pagó la maldad que hizo
Por heredarme.

BATÍN. Aquí acaba,
Senado, aquella tragedia
Del castigo sin venganza,
Que, siendo en Italia asombro,
Hoy es ejemplo en España.

PORFIAR HASTA MORIR*

PERSONAS

EL REY DON ENRIQUE III.
EL MAESTRE DE SANTIAGO
MACÍAS, *galán.*
LA CONDESA DOÑA JUANA.
CLARA, *dama.*
PÁEZ.
NUÑO, *gracioso.*
LEONOR, *esclava.*
FERNANDO.
TELLO DE MENDOZA.
TRES RUFIANES.
UN VENTERO.
UN ALCAIDE.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS. — CRIADOS.

La escena es en Córdoba y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO

Campo, y vista exterior de las ventas de Alcolea.

ESCENA PRIMERA

MACÍAS Y NUÑO, *de camino.*

MACÍAS Para quien llegar desea,
Ni largas noches ni fiestas.
¿ Éstas son las ventas ?
NUÑO. Éstas
Son las ventas de Alcolea.
MACÍAS. Y ésta ¿la famosa puente ?
NUÑO. Ésta fué por quien pasaron
Tantos ciegos, que dejaron
Tal memoria entre la gente.

* Ésta es una de las obras de LOPE en que más gallardamente probó sus extraordinarias dotes de versificador fácil y elegante. El argumento, fundado en la conocida tradición de Macías *el enamorado*, está desenvuelto con relativa naturalidad; su creación no es inferior á la de otros poetas castellanos y provenzales que antes y después de él trataron el mismo asunto.

La delantera tenía
El buen viejo don Beltrán.

MACÍAS. Ese nombre á amor le dan,
Porque es ciego, y ciegos guía.

NUÑO. No guía amor, pues le ven,
Tantos yerros en quien ama.

MACÍAS. De una manera se llama
El guiar al mal y al bien.
Luego habemos de salir,
Aunque dormir te prometas,

NUÑO. ¡ Qué cristalino en limetas
Yace el buen Guadalquivir !
Aunque en estas ocasiones
Mejor lo tinto me agrada.
¡ Qué brava está la portada
De naranjas y limones !
Como allá en las cortes graves
Ponen galas los roperos,
Aquí estos santos venteros
Á la puerta peces y aves.
Descansa, así Dios te guarde,
Si el sábalo te provoca;
Que de aquí á Córdoba hay poca
Tierra, aunque parece tarde.

MACÍAS. Pues ¿ qué leguas ponen ?

NUÑO. Dos.

MACÍAS. Ya refresca, Nuño, el día,
Con ser en Andalucía.

NUÑO. No siento nada, por Dios,
Con solo haber arropado
De licor de Baco el pecho.

ESCENA II

TRES RUFIANES, *rodeando al* MAESTRE DE SANTIAGO, *que sale de caza, con gabán, cubierta la cruz.* – DICHOS.

RUFIÁN 1.º ¿ Qué sirve hablar sin provecho,
Oloroso y entonado ?
¡ Por el agua de la mar,
Que ha de dar prenda ó dinero !

MAESTRE. Mirad que soy caballero.

RUFIÁN 2.º No tenemos que mirar,
Porque habemos de comer.
RUFIÁN 3.º ¡Cuál se estaba el cortesano
Á la chimenea muy vano,
Dejándonos perecer!
MAESTRE. Si yo comiera, no fuera
Descortés; mas no he comido.
Sólo cebada he pedido.
RUFIÁN 1.º Luego ¿cebada comiera?
MAESTRE. Perdíme por esta sierra
Cazando, y aquí llegué.
RUFIÁN 2.º Mas ¿qué ha de volverse á pie?
RUFIÁN 3.º Sí hará; que es llana la tierra.
MAESTRE. No haré, porque si ha comido
El caballo, me iré luego.
RUFIÁN 1.º Suelte el gabán, palaciego.
MAESTRE. Que os vais en buen hora os pido.
RUFIÁN 1.º Suelte, digo.
MAESTRE. Pues, rufianes,
Gallinas, aquí veréis
Quién soy.
MACÍAS. Y al lado tenéis
Dos hombres.
NUÑO. Y dos Roldanes.
(*Acuchíllanlos.*)

ESCENA III

EL VENTERO. — DICHOS.

VENTERO. (*Dentro.*) Acude, Gil, que se matan. (*Sale.*)
Tened, tened.
(*Huyen los rufianes.*)
MACÍAS. Los ladrones
Huyen.
MAESTRE. En las ocasiones
Al viento mismo retratan.
VENTERO. Dios os lo pague; que habéis
Estos rufianes echado
De la venta, que me han dado
La pesadumbre que veis,
Con cuantos vienen aquí.

NUÑO. Ladrando va el uno dellos;
Que le rapé los cabellos,
Y un palmo de casco abrí.
¿ Tienen mujeres ?

VENTERO. ¿ Pues no ?
Aquí están dos mujercillas.

NUÑO. Pues á azotes quiero abrillas.

VENTERO. Mejor sabré hacerlo yo;
Que me han desacreditado
La venta.

NUÑO. ¡ Santo ventero !
(*Vase el ventero.*)

ESCENA IV

EL MAESTRE, MACÍAS, NUÑO.

MAESTRE. Daros muchas gracias quiero
De haber, como hidalgo honrado,
Ayudado á un hombre, al fin
Hombre solo.

MACÍAS. Antes sospecho,
Señor, que agravio os he hecho;
Que, aunque tres, es gente ruin.

MAESTRE. ¿ Vais á Cordoba ?

MACÍAS. Allá voy.

MAESTRE. Podría ser que os sirviese
En ella, si en algo fuese
De provecho.

MACÍAS. Cierto estoy,
De vuestra presencia noble.
¿ Cómo habéis llegado aquí ?

MAESTRE. Cazando, el rastro perdí
Por entre uno y otro roble;
Y como vi tan cansado
El caballo, y me acordé
Desta venta, en ella entré,
Donde cebada le han dado.
Llegué al fuego, en que tenían
Su comida estos rufianes,
De tales damas galanes
Como veis que merecían;

Y diérales cortesmente
Dineros ó prenda de oro ;
Mas no, perdiendo el decoro
De quien soy, con tal vil gente.
Lo demás que sucedió
Habéis visto : yo he quedado
Á serviros obligado.
Ya mi caballo comió,
Y me es forzoso partir :
Servíos deste diamante.
(*Dale un anillo, y Macías no le toma.*)

MACÍAS. Que en ocasión semejante
Os acertase á servir
Debo á mi buena fortuna.
Guardadle ; que podrá ser,
Si allá os vengo á conocer,
Que tenga por vos alguna.

MAESTRE. Dios os guarde.

MACÍAS. Guárdeos Dios.
(*Vase el Maestre.*)

ESCENA V

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO. ¿No preguntaras quién era?

MACÍAS. Si menos priesa tuviera,
Discurriéramos los dos
De aquí á Córdoba en mis cosas ;
Que no poco me importara :
Por ventura las guiara
Á partes más provechosas
Por la paz que por la guerra,
Respeto de haber yo sido
Estudiante.

NUÑO. Haber querido
Dejar tu estudio y tu tierra
No sé si ha sido acertado ;
Pero ya en efeto es hecho.

MACÍAS. Tengo á las armas el pecho,
Más que al estudio, inclinado ;
Y estas cartas que he traído

Pienso que han de aprovechar
Para que tenga el lugar
Por la guerra pretendido.
Ó daré en ser cortesano;
Que también tengo afición
Á su estudio.

NUÑO. Iguales son,
Señor, tu ingenio y tu mano.
Para paz y guerra tienes
Habilidad y valor.

ESCENA VI

TELLO DE MENDOZA, FERNANDO, PÁEZ — DICHOS.

TELLO. Buscarle más será error.

FERNANDO. Y más donde agora vienes;
Que esta gente que camina,
¿Cómo puede saber dél?

TELLO. Ir á Córdoba sin él,
Fernando, me desatina.—
¡Ah, hidalgos! ¿vieron pasar
Un caballero, por dicha,
Con un gabán de color,
Plumas negras y pajizas,
Las espuelas plateadas,
De oro y verde la mochila
De un alazán, cabos negros?

MACÍAS. Dueño desas señas mismas
Salió desta venta agora,
Tanto, que con poca prisa
Le alcanzaréis, si os importa.
Pero ¿quién es, por mi vida?

TELLO. El maestre de Santiago,
Que la sangrienta cuchilla
Que le honraba el fuerte pecho
Con aquel gabán cubría.

MACÍAS. Por Dios, que he hablado con él,
Y que tengo por desdicha
El no haberle conocido;
Que le traigo de Castilla

Un pliego de cartas.

TELLO. Fuera,
Galán, menos cortesía
Darle cartas en el campo.
El caballo en que camina
De nadie deja alcanzarse,
Cuando el Maestre le pica.
Si con nosotros venís,
Más acertado sería
Darle ese pliego en su casa.

MACÍAS. Es razón, como advertida
De un caballero de Corte.
Iré en vuestra compañía,
Si me dais licencia.

TELLO. Páez...

PÁEZ. Señor...

TELLO. Adelante guía.
(*Vanse Tello, Fernando y Páez.*)

ESCENA VII

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS. ¿Que no conocí al Maestre?

NUÑO. No tengas á poca dicha
Haberle dado favor,
Y con tanta valentía,
Que le habrás aficionado;
Que aun pienso que á mí me estima
Por haber dado al rufián
Que el dinero le pedía,
Cuchillada, que le pueden
Poner un colchón por hilas.
(*Vanse.*)

Sala en casa del Maestre, en Córdoba.

ESCENA VIII

LA CONDESA DOÑA JUANA, CLARA.

CONDESA. Nunca tanto se ha tardado
El Maestre, mi señor.

CLARA. Siempre está de priesa amor,
Nunca se para el cuidado.
CONDESA. Como la guerra y la caza
Son cosas tan parecidas,
Amor las hace temidas
Del alma á una misma traza.
Y así, cuando al monte sale,
Mi paz y quietud destierra,
Como cuando va á la guerra.
CLARA. Pues no es razón que se iguale
La caza, guerra fingida,
Con la verdadera y cierta.
CONDESA. La memoria que despierta,
Me tiene, Clara, ofendida.

ESCENA IX

EL MAESTRE. — DICHAS.

MAESTRE. Por lo menos he venido,
Como más solo, más presto.
CONDESA. ¡ Solo, Maestre ! ¿ Qué es esto ?
MAESTRE. Condesa, haberme perdido.
Y no sin peligro fué;
Mas no donde me perdí;
Pues que dos leguas de aquí
Ciertos valientes hallé,
Que con obras y razones
Me probaron el valor.
CONDESA. Si moros no os dan temor,
¿ Cómo os le darán ladrones ?
No estaba yo temerosa
Sin causa.
MAESTRE. Un hidalgo honrado
Á buen tiempo tuve al lado.
CONDESA. Y ¿ dísteisle alguna cosa ?
MAESTRE. No lo quiso, y me pesó;
Que ya un diamante le daba,
Porque en traje noble estaba,
Y en las obras lo mostró,
Gallardo valiente y diestro.

CONDESA. ¿Que sin premio le dejastes?
¿Por qué no le porfiastes?
MAESTRE. Porque este diamante es vuestro.
CONDESA. Trujerádesle con vos,
Donde yo le agradeciera
Que esa vida defendiera
Con que vivimos los dos.
Y creed que yo me holgara,
Y aun quedara agradecida,
Que defender vuestra vida
Con mis prendas se pagara
MAESTRE. Él viene á la Corte y creo
Que en palacio le veré,
Donde pagarle podré
Y obligar vuestro deseo.

ESCENA X

TFLLO, MACÍAS, FERNANDO, PÁEZ, NUÑO. — DICHOS.

TELLO. Tú mismo juzga, gran Señor, agora
Con el cuidado que nos has tenido
Desde que coronó la blanca aurora
Con círculos de luz el negro olvido;
Mas cuando iguala el monte y valles dora
De su diadema el claro sol vestido,
Llegamos á la venta y á la puente
Que oprime al Betis la feroz corriente.
Allí tuvimos deste hidalgo aviso
Que volvíais á Córdoba.
MAESTRE. Habéis hecho
En traerle, muy bien.
MACÍAS. Tan de improviso
No te fué mi servicio de provecho;
Mas ya, Señor, que mi fortuna quiso
Que del ánimo quedes satisfecho,
Ese recibe solo... y estas cartas,
Porque el favor entre los dos repartas.
(*Dale un pliego.*)
CONDESA. ¿Sois vos, hidalgo, el que al Maestre hicistes
Tanto favor?
MACÍAS. La tierra humilde beso

Desos pies, gran señora.

CONDESA. Merecistes
Más honra que él os hizo en tal suceso.
Tomad esta cadena.

MACÍAS. Ya quisistes
Que fuese con prisiones vuestro preso;
Pero de manos que cual debo adoro,
No fueran menos que prisiones de oro.

MAESTRE. (*Lee.*) « Dará á vueseñoría esta carta Macías, » el más honrado hidalgo de mis vasallos: dejó los estudios » por seguir las armas, con que he dicho su inclinación, » y que debo suplicar á vueseñoría le favorezca á la » sombra de sus banderas; que él lo merece, y yo fío su » servicio y agradecimiento. — DON LUIS ÁLVAREZ DE » TOLEDO. »
¿Adónde queda mi primo?

MACÍAS. En Alba quedaba agora,
Que con dos soles se dora.

MAESTRE. La carta por suya estimo
Y por el buen portador.
En mi servicio os quedad:
Ya os trato con amistad.

MACÍAS. Soy vuestro esclavo, Señor.

CONDESA. En mí tendréis buen tercero
Para el Maestre.

MACÍAS. Señora,
Querré imposibles agora.

CONDESA. Haceros merced espero.

(*Vanse el Maestre y la Condesa, Tello, Fernando y Páez.*)

ESCENA XI

MACÍAS, CLARA, NUÑO.

CLARA. Quedéme aquí por saber
(Como en fin soy castellana,
Y vos pienso que lo sois;
Que así lo dice la carta)
De ciertos deudos que tengo.

MACÍAS. ¿Adónde?

CLARA. En el Barco de Ávila.

MACÍAS. Señor de Valdecorneja
Al Toledo heroico llaman,
Y el Barco entre sus lugares
No merece humilde fama.
Pero nunca estuve en él,
Puesto que yo imaginaba
Que no la tierra, que el cielo
Es de los ángeles patria.
Mas siendo del Barco vos,
Habrá para el cielo barca,
Como la hay para pasar
Á los abismos las almas,
Como dicen los poetas:
De suerte que á vuestra gracia
Pasarán los venturosos
Que merecieron hallarla,
Y á vuestras penas aquellos
Que mate vuestra desgracia.

CLARA. En fin, en él ¿no estuvistes?

MACÍAS. No ha sido mi dicha tanta;
Pero he estado en vuestros ojos.

CLARA. Si las letras por las armas
Dejáis, ¿cómo sois tan tierno?

MACÍAS. Porque no estorba la espada
Para que el entendimiento,
Como potencia del alma,
Entienda vuestra hermosura.
Porque la belleza rara
Sujetó los capitanes
Que con mayores hazañas
Han asombrado la tierra.
Mirad las historias sacras,
Veréis rendido á Sansón;
Y mirad en las humanas
Á Hércules

CLARA. El amor
Rinde, sujeta, avasalla
Cuanto cubre el cielo, á cuya
Pasión ninguna se iguala:
Pero no es tal su poder,
Que en un instante (que pasa
Como cometa de fuego)

Tan grandes efetos haga.

MACÍAS. Si no fueran sus efetos
Tan breves, no le pintaran
Rompiendo en el aire un rayo.

CLARA. Amor yo pienso que anda
Al paso de los humores;
Que los coléricos aman
Presto, y no es así mejor;
Que los flemáticos tardan,
Pero quieren largo tiempo.

MACÍAS. Pues en mí todo se halla:
Cólera para ser luego,
Flema para edad tan larga,
Que, siendo el alma inmortal,
Tendré la vida del alma.

CLARA. Que no lo intentéis os ruego;
Que llegan tarde esas ansias.
Y quedad con Dios.

MACÍAS. Decidme
Vuestro nombre.

CLARA. Clara.

MACÍAS. ¡Oh Clara!...

NUÑO. (*Ap.*) ¡Oh escura!

(*Vase Clara.*)

ESCENA XII

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS. ¡Qué gran belleza!

NUÑO. ¡Qué gran necedad! y tanta,
Que á decírtelo me obliga.
Entras hoy en esta casa,
Y ¡enamóraste!

MACÍAS. ¿Qué quieres?
¿Hay pasión más temeraria
Que una locura de amor?
Cuando un cuerdo se remata,
En un instante se vuelve
El seso de que gozaba,
Y comienza á hacer locuras.

NUÑO. En eso, Señor, te engañas.
La locura y la poesía
De una manera se hallan.
Hace un hombre cuando mozo
Dos romances á su dama,
De allí se pasa á un soneto,
Luego á una canción se pasa,
Luego á un libro de pastores,
Y cuando ya tiene fama,
Y es declarado poeta
(Que no es pequeña desgracia),
Dice que es Virgilio, Homero,
Desprecia con arrogancia
Á todos cuantos escriben;
Y de aquesta misma traza
Es un loco. A los principios
Deja el sombrero y la capa;
Luego, si no se la quitan,
Saca furioso la espada;
Y cuando está rematado,
Dice que es rey ó monarca,
Estrella, sol, y aun se atreve
Á las deidades sagradas.
Tú, que, en viendo á una mujer,
Tantas locuras ensartas,
¿De qué linaje de locos
Tienes el humor que gastas?
¡Ah! sí; ya he caído en ello;
Porque no se me acordaba,
Macías, que eres poeta.
Pues ya que fué requebrarla,
En viéndola, necedad,
¡Fué con discretas palabras!
Allí, porque fué del Barco,
Trujiste la negra barca
De Carón; que sólo hacer
Un mal Orfeo te falta;
Luego á Sansón, por ejemplo:
De que va tan enfadada,
Que no te verá en su vida.

MACÍAS. Pues yo pienso amarla.

NUÑO. ¿Amarla?
MACÍAS. Lo que durare la vida.

ESCENA XIII

TELLO. — Dichos.

TELLO. Que os acomode me manda
El Maestre, mi señor.
Venid, sabréis la posada.
MACÍAS. ¿Será dentro de palacio?
TELLO. Pues ¿viene á ser de importancia,
Si habéis de asistir aquí?
MACÍAS. Oidme, Señor, la causa.
Yo vi, luego que aquí puse la planta,
El sol de la belleza, la hermosura
Que la naturaleza misma espanta,
Y en otras lo que obró, copiar procura.
Yo vi, cuando la aurora se levanta,
Los claros rayos de su lumbre pura,
Antes que el sol, vecino á sus laureles,
La busque entre jazmines y claveles.
Yo vi, más bella que en la fuente clara
Se bañaba Diana, un ángel bello,
Que me quitara el ser, si me tirara
Una flecha sutil de su cabello;
No porque entonces el cristal faltara,
Venciéndole la nieve de su cuello,
Mas porque más honesta en sus rigores,
Pudiera al mismo amor matar de amores.
Finalmente, yo vi de amor hermoso
Las armas, y mejor que fueron hechas
De Apeles, de Protógenes famoso,
Las cejas arcos, y los ojos flechas.
En este centro celestial dichoso,
De mi bien ó mi mal ciertas sospechas,
Paró mi alma, y se cubrió de olvido
Con otro nuevo ser cuanto había sido.
Díjome, abriendo un cielo por dos rosas,
Que se llamaba Clara; y claro estaba
Que si el nombre conviene con las cosas,

En él su claridad significaba;
Suplícoos me digáis, pues sus hermosas
Partes os dije, aunque mi amor bastaba,
Quién es, qué calidad, para que intente
Servirla y adorarla honestamente.

TELLO. Señor Macías, esa bella dama,
Sirviendo á mi señora la Condesa,
Tiene de honesta, como hidalga fama,
Y en todos actos la virtud profesa.
Un caballero que la quiere y ama,
Y que públicamente lo confiesa,
La sirve agora, y de casarse trata;
Y ella, aunque honesta, no le mira ingrata.
En dos veces que el sol por líneas de oro
Pintó dos primaveras, dos estíos,
Ha mostrado, guardándole el decoro,
En fiestas galas, y en batallas bríos.
Con mil despojos del alarbe moro,
Sufriendo sus desdenes y desvíos,
Obligada la tiene á que le estime,
Y á proseguir su pretensión se anime.
Tratan ya de casarlos el Maestre
Y mi señora la Condesa: en tanto
Le dan licencia que con fiestas muestre
Su gallardía, desta tierra espanto.
Si amor os ha cegado, que os adiestre
Será razón, con advertiros cuánto
Importa que dejéis, pues no os importa,
Una esperanza que nació tan corta.
Esta es la dama y la belleza rara
Que amáis. Disculpa fué; que es gentil moza.
Esta es la Clara, y porque sea más clara,
Es Tello de Mendoza el que la goza.

MACÍAS. Pues ya que me habéis dicho quién es Clara,
Decidme quién es Tello de Mendoza.

TELLO. Luego ¿no lo sabéis?

MACÍAS. Deseo sabello;
Que le quiero envidiar.

TELLO. Pues yo soy Tello. (*Vase.*)

ESCENA XIV

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS. ¿Hay suceso como el mío?
NUÑO. Terrible, Señor, estás,
Pues no llegas, cuando das
En tan loco desvarío.
Si bien, con saber que tiene
Dueño, cesó tu locura.
MACÍAS. Ya, Nuño, á tanta hermosura
El alma incendios previene.
Ya sé que á mi corazón
Grandes trabajos le esperan;
Mas no por eso se alteran
Las fuerzas de la razón.
¿Qué amor, dime, no ha tenido
Algún estorbo ó azar?
NUÑO. Luego ¿piensas intentar
Querer á Clara, advertido?
MACÍAS. Pues aqueste advertimiento
¿Es de marido, por dicha?
NUÑO. Ó te ha de sobrar desdicha,
Ó faltar entendimiento.
Llegas á servir aquí,
¡Y entras haciendo pesar
Á quien te puede ayudar!
MACÍAS. Nuño, estoy fuera de mí.
NUÑO. Lo primero que ha de hacer
Quien sirve es ganar la gracia
Del privado; que en desgracia
Suya, ¿qué ha de pretender?
Lo primero que conquista
El amante es la criada,
El lisonjero la entrada,
El escribano el pleitista,
El pretendiente el portero:
Tanto, que fué desdichado
Orfeo por no haber dado
Un regalo al Cancerbero:

Ni llevara por tesoro
De la huerta Dragontea,
Sin agradar á Medea,
Jasón las manzanas de oro.
¿No sería necedad
Que viniese un forastero
Á un lugar, y lo primero
Fuese con poca humildad
Murmurar los naturales
Que le pudieran honrar?
Yo nunca he visto medrar
Hombres de arrogancias tales.
Dicen que el cangrejo un día,
Que entonces sabía andar,
Pretendió entrar en la mar
Con tan soberbia osadía,
Oue á nadar desafió
Á las mayores ballenas.
Júpiter, que en las arenas
Del mar su arrogancia vió,
Dijo: «Cangrejo arrogante,
Yo te mando que, de hoy más,
Tanto camines atrás
Cuanto fueres adelante.»

MACÍAS. Nuño, bien conozco yo
Que fuera bien, como dices,
Para entrar con pies felices,
Y con pronósticos no,
Agradar los naturales.

NUÑO. Pues di, si son majaderos
Los que, siendo forasteros,
Entran con acciones tales,
¿Cómo quieres ofender
Á Tello? ¡Tello, que ha sido
Para el favor pretendido
La puerta que has de tener!
¿Por dónde quieres entrar,
Si cierras la puerta?

MACÍAS. ¡Ah, cielos,
Que me entró el amor con celos!
Del primero encuentro azar.
No sé qué ha de ser de mí.

NUÑO. ¡Qué propio amor de poeta!
No hay sangre á amor tan sujeta.
MACÍAS. Justamente me perdí,
Justa fué mi perdición:
De mis males soy contento,
Pues vuestro merecimiento
Satisfizo á mi pasión.
NUÑO. ¿Ya compones villancicos?
MACÍAS. Éste tengo de glosar,
Y tú se le has de llevar.
NUÑO. Ea pues, salgamos ricos
Los dos desta pretensión.
Mas yo glosaré primero. —
Pues sirvo á tal...
MACÍAS. Di.
NUÑO. Escudero,
Justa fué mi perdición.
(*Vanse.*)

Sala del real alcázar.

ESCENA XV

EL REY, EL MAESTRE, ACOMPAÑAMIENTO.

REY. ¿Desta manera se me atreve el moro,
Perdiendo á las palabras el decoro,
Y el temor á las armas castellanas?
MAESTRE. Cuando vos, gran Señor, vuestras cristianas
Banderas levantéis, y deis al viento
El castillo dorado, el león sangriento,
Arrepentido volverá á Granada
De haber sacado contra vos la espada,
Si no le alcanza la que tengo al lado,
Antes que de mi gente atropellado,
Muera tan lejos de la puerta Elvira,
Como cerca feroz las nuestras mira.
REY. ¡Que quebrase la tregua! Estoy corrido
De haber, Maestre, entonces admitido
La suspensión de nuestras armas tanto,
Que de parar en Córdoba me espanto.

Salgan luego en banderas y pendones
Las cruces, los castillos y leones
Á quien pierde respeto el africano;
Que yo sé que ha de ser rayo en mi mano
El castigo esta vez, y que ha de verme
Donde entre lirios y espadañas duerme
Jenil, volviendo en bárbaros corales
De su fingida plata los cristales;
Que si una vez el tafetán despliego,
Entraré por Granada á sangre y fuego.

MAESTRE. Señor, será tenerle en mucha estima
Salir vos en persona; y así, os ruego
Me permitáis que su furor reprima.
Yo saldré con mi gente: mis criados
Han de ser deste ejército soldados,
Y aun pienso que es también tenerle en mucho.

REY. ¿No veis que desde aquí su voz escucho,
Y me alteran sus cajas y trompetas?

MAESTRE. Vos las tendréis á vuestros pies sujetas
Sin que salgáis de Córdoba.

REY. Yo creo
De vuestro gran valor mayor trofeo.
(*Vase el Rey y su acompañamiento.*)

MAESTRE. Tello, parte á avisar mi gente.
Al punto

TELLO. Verás armado un escuadrón, que junto
Puede llegar la vitoriosa espada
Á coronar el muro de Granada.
(*Vanse.*)

Sala en casa del Maestre.

ESCENA XVI

NUÑO, LEONOR.

LEONOR. ¿Tanto amor tiene Macías
En dos días?

NUÑO. Si discreta
Le consideras poeta,
Tendrás por años los días.

Yo le sirvo, y ¡vive Dios,
Que estoy ya sin sufrimiento
De escuchar su atrevimiento!

LEONOR. Poco os parecéis los dos.

NUÑO. ¿Quisieras que te dijera
Amores?

LEONOR. ¿No los merezco?

NUÑO. Á decírtelos me ofrezco.

LEONOR. Ya no quiero.

NUÑO. Escucha, espera.
En esos hierros, Leonor,
Que te sirven de lunares,
Puso el amor mis pesares,
Porque son cifras de amor.
En ellos de mis destierros...

LEONOR. No me digas más razones,
Pues habiendo perfecciones,
Me has alabado los yerros,
Y acordado mis desgracias.

NUÑO. Comencé por los defetos;
Que dicen que es de discretos
Para encarecer las gracias.
Díjole una dama tuerta
Á un galán: «Nos no me amáis,
Pues la boca me alabáis
Siempre, cerrada ó abierta;
Los cabellos, de perfetos,
La frente y los ojos no;
Y quien ama, pienso yo
Que ha de alabar los defetos.
Las gracias, cuando lo son,
Ellas están alabadas;
Dad á estas niñas turbadas
Un requiebro; que es razón.
Alabadme la desgracia
Deste ojo, aunque á ver no acierto;
Que, en verdad, que para tuerto
No mira con poca gracia.»

LEONOR. Ahora bien: tú eres bellaco.
No más socarronerías:
¿Qué es del papel de Macías?

NUÑO. Espera; que ya le saco.

LEONOR. Si no son versos, no creas
Que Clara le ha de tomar.
NUÑO. Vile escribir y pensar.
LEONOR. ¿Qué importa que tú lo veas?
NUÑO. Y vi que gestos hacía.
LEONOR. ¿Gestos? ¡Extraña invención!
NUÑO. Y entre razón y razón
Uña y media se comía.
LEONOR. Si escribe desa manera,
No tiene buen natural.
NUÑO. Un poeta artificial
Entré á ver (que no debiera),
Y en la cama componía
Con un tocador y antojos;
Dióle en la boca y los ojos
Una cierta perlesía,
Con que parió sin comadre
Un verso, que apostaré
Que al parirme, le costé
Menos dolor á mi madre.
LEONOR. Clara viene : vete presto.
NUÑO. Este es el papel : adiós.
(*Dale el papel y vase.*)

ESCENA XVII

CLARA. — LEONOR.

CLARA. ¡En conversación los dos!
Leonor, ¿es término honesto?
LEONOR. Dióme ese loco un papel
De unos versos de Macías.
CLARA. ¿En eso te entretenías?
LEONOR. ¿Tengo yo que hablar con él?
Como aqueste hidalgo ha dado
En quererte, hablaba en ti.
CLARA. ¿Son esos los versos?
LEONOR. Sí;
Que tiene ingenio extremado.
CLARA. Muestra.
LEONOR. ¡Tan presto! ¿Es mudanza

De tu honesto proceder?

CLARA. Pues, Leonor, ¿á qué mujer
Le pesó de su alabanza?

LEONOR. Escóndele; que ha venido
Tello.

ESCENA XVIII

TELLO. — Dichas.

TELLO. Aunque el primero sea
Que de una ausencia tan breve,
Señora, te traiga nuevas,
No lo he podido excusar.

CLARA. ¿Cómo, Tello, breve ausencia?

TELLO. Pues ¿qué más breve que luego?

CLARA. ¿Adónde vais?

TELLO. Á la guerra;
Porque habiendo de ir el Rey
Á defender las fronteras
De Almanzor, rey de Granada,
Que atrevido las molesta,
Le ha suplicado el Maestre
Que remita á las banderas
De su ejército el castigo,
Y el Rey le ha dado licencia.
Ya se viene despidiendo
¡Oh Clara! de la Condesa,
Para ejemplo de mi mal;
Que no porque le consuela;
Y alborotando el palacio,
Cajas y trompetas suenan.
Todo es guerra, y la de amor
Es para mí mayor guerra. (*Vase.*)

ESCENA XIX

EL MAESTRE, LA CONDESA, CLARA, MACÍAS, LEONOR, NUÑO, FERNANDO, PÁEZ.

MAESTRE. Quien vive tan enseñada
A mis jornadas y empresas,

¡Quiere que agora el sentillas
Por malos agüeros tenga!
¿Es novedad en mi casa
Este género de ausencia?
¿Tantos días ha que vine
De la guerra de Antequera?
Ya no lo puedo excusar.

CONDESA. Ni es justo; mas no os parezca
Nuevo el sentimiento mío.

MAESTRE. Siento yo veros con pena.

CONDESA. ¿Lleváis gente á vuestro gusto?

MAESTRE. No milita en mis banderas
Hombre que no pueda ser
Héctor, Aquiles y César.
Llevo gente de mi casa,
Á Tello, á Fernando, á Esteban,
Á Álvaro, á Fortún Páez,
Ramiro y Sancho de Biedma,
Y otros hidalgos vasallos.

MACÍAS. Y á mí, Señor, ¿no me cuenta
Entre ellos vueseñoría?

MAESTRE. Como os criastes en letras,
Es presto para las armas.

MACÍAS. Eso es en quien gobierna;
Mas para mandar la espada,
¿Quién le quita que no pueda
Á Platón como Alejandro?

MAESTRE. Venid conmigo, y entienda
Quien lo hiciere como hidalgo,
Que no ha de andar en las puertas
De palacio á pretender;
Que yo premio, si él pelea.

(*Vanse con sus cumplimientos el Maestre y la Condesa, y síguenlos Páez y Fernando.*)

ESCENA XX

MACÍAS, CLARA, LEONOR, NUÑO.

MACÍAS. Oid, Señora.

CLARA. ¿En qué os sirvo?

MACÍAS. Yo voy por vos á la guerra.
CLARA. ¿No decís más?
MACÍAS. Bien podría;
Pero falta quien me entienda.
Yo os amo desde que os vi
Con fe tan pura y honesta,
Que os quisiera dar mil almas;
Si esta queréis, será vuestra.
Y aunque vos no la queráis,
No es posible que ya pueda
Vivir conmigo sin vos.
Dadme, Señora, una prenda
Para que me sirva de alma,
Mientras aquí se me queda;
Que os prometo, á fe de hidalgo,
Que sin despojos no vuelva,
Aunque me cueste la vida,
Que anima vuestra presencia.
¿Qué decís? ¿En qué pensáis?
CLARA. Ha poco tiempo que fuera
Á ese amor agradecida;
Que era mía, y soy ajena.
Trata casarme con Tello
Mi señora la Condesa;
Y aunque no me ha dicho nada,
Basta saber que concierta
Su señoría estas bodas,
Para que yo la obedezca.
Creedme, á fe de hijadalgo,
Que ese amor agredeciera,
Porque vos lo merecéis.
No puedo : dadme licencia.
(*Vanse Clara y Leonor.*)

ESCENA XXI

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS. ¡Ah Nuño! Yo soy perdido.
NUÑO. Pues ¿qué hay en esto que pierdas?
¿No fué esta resolución

De una mujer muy discreta?
¿No estás contento de ver
Que tu deseo agradezca?
Ya es de Tello: ¿qué la quieres?

MACÍAS. Pues ¿qué importa que la quiera?
¿Quítaseme á mí el amor
Porque diga que es ajena?
Si ella me diera un remedio
Con que yo la aborreciera,
Aunque fuera más hermosa,
Yo dejara de quererla.
Pero si con más amor
Con lo que dice me deja,
Y si antes celos no tuve,
Ya con los celos se aumenta,
¿Cómo la puedo olvidar?

NUÑO. Con imaginar las prendas
Del que ha de ser su marido;
Que no es razón que te atrevas
Á un hombre de su valor.

MACÍAS. ¿Qué bendición de la Iglesia
Tiene este hombre, majadero?
Déjame adorar en ella
Mientras que no tiene dueño.

NUÑO. ¿Y después cuando le tenga?

MACÍAS. Entonces la querré más;
Que no hay cosa que más crezca
El amor, que un imposible,
Y el verse un hombre á la puerta
De una mujer que otro goza.

NUÑO. Yo mucho más la quisiera
Si fuera el que la gozara.

MACÍAS. ¡Qué grosera impertinencia!
¡Que vil imaginación!

NUÑO. Pues ¡vive Dios, que si hiela,
Que quiero más una manta
Que mil balcones y rejas,
Si está la dama acostada,
Y yo en la calle por ella!

ACTO SEGUNDO

Atrio de palacio.

ESCENA PRIMERA

Tocan cajas, y salen en alarde SOLDADOS, PÁEZ, FERNANDO, TELLO, NUÑO, MACÍAS Y EL MAESTRE.

TELLO. Toda Córdoba se admira
De tu venida, Señor.
MAESTRE. Desta manera el valor
Los enemigos retira.
FERNANDO. ¡Qué veloz el africano
Supo á Granada volver!
TELLO. Hasta en el ver y el vencer
Eres César castellano.
Por más que intente decirte,
Será imposible alabarte.
PÁEZ. El Rey lo muestra en honrarte,
Pues que sale á recibirte.

ESCENA II

El REY, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

REY. Dadme los brazos, Maestre.
MAESTRE. ¡Gran Señor!...
REY. Honrar es justo
Vuestro valor, y este gusto
Es bien que en público muestre.
No os pregunto cómo estáis,
Pues vitorioso venís,
Porque viniendo decís
El estado en que os halláis.
Hoy á vuestra roja espada
Habéis dado tanta gloria,
Que ha de ser esta vitoria

Freno y temor de Granada;
Porque volver castigado
El moro de la frontera,
Como si en su Alhambra viera
Nuestro pendón levantado
Me ha dado contento y gusto.

MAESTRE. Honráis los buenos deseos
De ofreceros por trofeos
El mundo, Príncipe augusto.
Estos soldados lo han hecho
Con tan heroico valor,
Que merecen bien, Señor,
Que honréis su valiente pecho.
Tello de Mendoza es
Mi camerero, y os juro
Que puede su alarbe muro
Rendir Granada á sus pies.
Fortún Páez y Fernando
Girón mostraron en todo
Que tienen del nombre godo
Sangre y valor heredado.
Mas desde que me ceñí
La espada, puedo jurar
Que no he visto pelear
Más bien que á este hidalgo vi,
Recién venido á servirme
De Castilla; porque creo
Que no he visto en cuantos veo
Hombre tan valiente y firme,
Tan gallardo y alentado;
Tanto, que á decir me atrevo
Que la vitoria le debo.

MACÍAS. Quien fué, gran Señor, soldado
Del Maestre, poco hacía
Cuando mil moros venciera,
Pues dél imitar pudiera
Tanto valor aquel día.
Yo, bisoño, solo fuí
Á dar principio al deseo
De serviros.

REY. En él veo
Lo que decís.

MACÍAS. Si hay en mí
Algún átomo pequeño
De aliento, de ánimo y brío,
Puesto que parece mío,
Todo se reduce al dueño.

REY. ¡ Qué bien hablado y cortés!
Pide, mancebo galán,
Alguna merced.

MACÍAS. Tendrán
Mis labios tus reales pies
Por merced tan singular,
Que no quieren más ventura.
Mas, si tu alteza procura
Pecho tan humilde honrar,
Le suplico sea servido
De oirme aparte.

REY. Sí haré;
Porque es muy justo que esté
Á quien sirve, agradecido.

(*Apártanse los demás.*)

MACÍAS. Ínclito rey don Enrique,
Sangre de los godos reyes,
Que el laurel que perdió España
Vas restaurando á su frente;
Tú, que al divino Pelayo
De tal manera pareces,
Que á sus gloriosos principios
Fin tan dichoso prometes:
Yo soy Macías, hidalgo
De los buenos que decienden
De la Montaña á Castilla;
Que supuesto que se debe
El buen nacimiento al cielo,
Yo pienso que quien le tiene
También se puede alabar,
Si obrando bien, lo merece.
Los estudios de Palencia,
En este tiempo eminentes,
Me dieron letras bastantes
Para no ignorar las leyes.
Mas yo, que en la variedad

Hallaba más gusto siempre,
La retórica y poesía
Quise que mis ciencias fuesen.
Hice versos amorosos,
Porque son los años verdes
Para sus conceptos alma,
Si bien el alma divierten.
Fuéme forzoso dejar
Por algunos intereses
La patria; pensé en la Corte;
Que no hay cosa que se piense
Más presto cuando un mancebo
Salir de su patria quiere.
Truje cartas del señor
De Alba, y dílas al Maestre.
Recibióme en su servicio,
Y así los cielos aumenten
Tus glorias, y hasta Marruecos
Tus rojos pendones lleguen,
Que lo que quiero decirte
Me perdones, pues que tienes
Ingenio, á quien no le espantan
Los humanos accidentes.
La condesa doña Juana,
Sangre de Lara excelente,
Á cuya virtud es sombra
La fama que la encarece,
Tiene en su servicio agora
Una dama, que si puede
Disculparme el hacer versos.
Es un serafín celeste.
Su bien compuesta persona
Labró de púrpura y nieve
Naturaleza despacio,
No con la priesa que suele:
De suerte que quiso ser,
Aunque el arte se le niegue,
Para su mármol Lisipo,
Para su pintura Apeles.
Retrató el sol en sus ojos,
Y en un hilo de lucientes
Perlas puso artificiosa

Dos encendidos claveles.
Perdona otra vez, Señor,
Si mi loca lengua excede
Del modo con que es razón
Que los reyes se respeten.
Clara es su nombre, y obscuro
El sol mirando su frente.
Llevóme el alma : sin alma,
¿ Qué vida tenerla puede ?
Desasosiegos de amor
Me pusieron de tal suerte,
Que me alegré de que el moro
Tan atrevido viniese,
Pues con gusto de morir
Fuí á la guerra ; mas la muerte
Nunca viene á quien la busca;
Que á los descuidados viene.
Por vida de vuestra alteza,
Que nunca, que yo me acuerde,
Había sacado la espada,
Porque no á todos se ofrece,
Hasta que á los moros vi ;
Mas amor, que hace valientes,
Me dió tal brío y valor
Para que obligar pudiese
Al Maestre; que no creo
Que airado cierzo en noviembre
Derriba al olmo las hojas
Que dél, medio secas, penden,
Con más violencia y furor,
Y en remolinos envuelve,
Que yo cabezas de moros :
Y esto es fácil de creerse,
Porque las fuerzas de amor
Á todo imposible exceden.
Como me mandaste aquí
Que te pidiese mercedes,
Y sé que aun el mismo Dios
Quiere que le pidan siempre,
Parecióme bien pedirte
Que le mandes al Maestre
Me dé por mujer á Clara ;

Que todo el oro de Oriente
No estimaré como ser
Su marido, si concedes
Esta merced á mi amor;
Porque los humanos bienes
No compiten con las almas,
Reino que el amor posee.
Y así, en hacerme este bien
Mostrarás, Señor, quien eres;
Que en tenerla está mi vida,
Y en perderla está mi muerte.

REY. Huelgo de haberte escuchado
Que, como hombre, tal vez
Soy de los hombres jüez,
Y en la piedad lo he mostrado.
Retírate, hidalgo, allí. —
Maestre...

MAESTRE. Señor...

REY. Sabed
Que os pide á vos la merced
Este soldado por mí.

MAESTRE. Señor, con tan buen tercero
No queda que encarecer.

REY. Dalde á Clara por mujer.

MAESTRE. Diósela á mi camarero
La Condesa, y ya se han dado
Las manos.

REY. Pésame.

MAESTRE. Haré
Que no se casen.

REY. Seré,
Si ya lo impido, culpado
Para con Dios.

MAESTRE. Esto es cierto.

REY. Macías...

MACÍAS. Señor...

REY. Está
Casada esa dama ya,
Por escrito su concierto.

MACÍAS. Desdichado soy, Señor.

REY. Con una cruz de Santiago
Lo que he prometido pago,

Bien debido á tu valor. —
Maestre...

MAESTRE. Señor...

REY. Daréis
Por mí un hábito á este hidalgo
Que por sus méritos salgo.

MAESTRE. Vos le dais, y vos le hacéis ;
Que ninguno le ha tenido
Por término más honrado,
Si un rey le ha calificado
Y su información ha sido.

(*Vanse todos, menos Macías y Nuño.*)

ESCENA III

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS. ¿ Qué desdicha puede haber,
Nuño, que iguale á la mía ?
Llegó de mi muerte el día :
Ya no es Clara mi mujer.
No sé qué tengo de hacer
Sin esperanza ninguna,
Porque donde hay alguna
Que mire á la posesión,
Aun falta jurisdición
Al poder de la fortuna.
¡ Ay de mí ! Clara perdida,
Vida, ¿ para qué sois buena ?
Que de tantos males llena,
Más seréis muerte que vida.
De una esperanza asida
Con el bien de su memoria
Animastes la vitoria ;
Que á estar de perderla cierto
Quedar en el campo muerto
Tuviera mi amor por gloria.
Tello de Mendoza ¡ ay cielos!
¿ Ha de gozar de mi bien ?
¿ Cómo puede ser que estén
Juntos mi amor y mis celos ?

Mal pueden fuegos y hielos
Tener en paz mi cuidado ;
Mas si helado y abrasado
No puede ser que me vea,
Hará que posible sea
La dicha de un desdichado.

NUÑO. Mal tus sentimientos mides
Con tu ingenio y discreción.
¡ Qué injusta lamentación
Cuando te dan lo que pides !
De una substancia es el pago,
Y la cruz el testimonio,
Pues por la del matrimonio
Te han dado la de Santiago.
La diferencia ha de ser,
Dejo aparte los decoros,
El pelear con los moros,
Ó con la propia mujer.
Aquélla es roja cuchilla,
Y ésta del martirio palma.
Aquélla se pega al alma,
Y ésta en la capa y ropilla.
Cuál dellas venga á tener
Mayores obligaciones,
Consiste en otras razones,
Que hay de marido á mujer.
Pero es justa imitación
Por la roja cruz del lado;
Que ha de traerla el casado
Al lado del corazón.
Que con este amor se abone,
Es del honor vida y luz ;
Que hay casado que la cruz
Á las espaldas la pone.
Hombre, imita al caballero
Ponla en el pecho, y verás
Que lo que te pesa más
Es en el alma ligero.

MACÍAS. ¿ Qué tiene, Nuño, que ver
Ese discurso conmigo ?
Mejor le haré yo contigo,
Si ha sido cruz la mujer

Porque como un caballero
Muerto en la tumba la pone,
Eso mismo el Rey dispone
Que me pongan cuando muero.
Vamos á verla entre tanto
Que vivo, si son consuelos
De amor ver celos; que celos
Tienen por consuelo el llanto.
Vayan mis ojos á ver
Lo mismo que han de llorar,
Porque no hay mayor pesar
Que del ajeno placer.

NUÑO. Que no eres tan desdichado
Como tienes presumido,
Ni Tello por ser marido
Es tan bienaventurado.
Que aunque la ventura es suya,
A pocos días de Clara,
Estoy cierto que tomara
Tello tu cruz por la suya.
Que en trato discreto ó necio,
Si á los ejemplos te pones,
Hay muy pocas posesiones
Que no paren en desprecio.
Yo te doy que cada día
Comas perdiz y capón:
Desearás un salpicón
De cebolla y vaca fría.
¿Piensas tú que la deidad
De una mujer en su estrado,
Es de su marido al lado
La misma?

MACÍAS. ¡Qué necedad!
Unos amores discretos,
Tratados, ¿pueden perder?

NUÑO. Digo yo, si la mujer
Va descubriendo defetos.
Pero si discreta ha sido,
Limpia y de buen parecer,
Yo sé que es la tal mujer
Corona de su marido. (*Vanse.*)

Sala en casa del Maestre.

ESCENA IV

LA CONDESA, CLARA, LEONOR.

CONDESA. Estos vestidos gusto
Que lleves esta noche.
CLARA. Tus pies beso
Mas mira que no es justo
Que llegue tu favor á tanto exceso.
CONDESA. No es exceso quererte :
Yo quiero que te vistas desta suerte.
La cintura y cadena
Te doy también, y el parabién, que es justo,
De lo que el cielo ordena
Para remedio tuyo, tan á gusto
Del Maestre, que creo
Que retrató tu dicha su deseo.
Es Tello de Mendoza
Hidalgo de los buenos de Castilla.

ESCENA V

FERNANDO, PÁEZ. — Dichas.

FERNANDO. Por Dios, que es bella moza.
PÁEZ. No la hay desde Toledo hasta Sevilla
De tal ingenio y cara.
FERNANDO. Merece á Tello justamente Clara.
CONDESA. Á todos regocija
Tu casamiento: gracias doy al cielo.
FERNANDO. Salir á la sortija
Que han intentado, me ha de dar desvelo.
PÁEZ. ¿ Qué mayores tesoros
Que para la invención vender dos moros ?
FERNANDO. Tantos hemos traído,
Que no valdrán entrambos treinta reales.
PÁEZ. Buscar de los que han sido,

Para rescate, moros principales.

FERNANDO, ¿ Quién ha de mantenella ?

PÁEZ. Tello será mantenedor por ella.

FERNANDO. Dijeron que Macías.

PÁEZ. No sé por qué razón, favorecido,
Anda triste estos días.

FERNANDO. La ausencia de la patria habrá sentido.

PÁEZ. Voy á vender un moro.

FERNANDO. Trocalde á un mercader á seda y oro.

(*Vanse Fernando y Páez.*)

ESCENA VI

LA CONDESA, CLARA, LEONOR.

CONDESA. Las fiestas de tu boda,
Clara, traen la casa alborotada.

CLARA. De quererme bien toda,
Nace alegrarse de que esté casada
Con hidalgo tan noble.

CONDESA. Y por su dicha dél se alegra al doble.
Á tus padres escribe.

CLARA. Con tu licencia los escribo agora.

CONDESA. Clara, contenta vive,
Y Dios te haga dichosa.

CLARA. ¡ Oh gran Señora!
Aquí una esclava tienes.

CONDESA. Tus méritos te dan los parabienes. (*Vase.*)

ESCENA VII

CLARA, LEONOR.

CLARA. Dame, Leonor amiga,
Recado de escribir.

LEONOR. Goces mil años,
Sin que de la enemiga
Fortuna sientas los contrarios daños,
Estado tan dichoso
Con Tello, mi señor, tu amado esposo.

Mas, siendo la primera
Que las nuevas te dí, no me has pagado
Con palabras siquiera.

CLARA. Leonor, todas mis galas te he dejado :
Que quiere desde agora
Que me vista las suyas mi señora.
Como fuiste presente
De Tello, y nuestra fe tomaste luego,
Dudé, mas neciamente,
El darte libertad : esa te entrego.

LEONOR. Beso tus pies mil veces.
En fin, Señora, ¿ libertad me ofreces ?

CLARA. Ya eres tuya.

LEONOR. Ya ¿puedo
Darme á quien yo quisiere ?

CLARA. Si eres tuya,
Bien puedes.

LEONOR. Pues si quedo
Con libertad, como de cosa suya,
Dispone el alma mía
Que vuelva á ser del dueño que solía.
Ser por fuerza tu esclava
No me obligaba á ser agradecida ;
Mas si quien libre estaba
Te vuelve á dar su libertad rendida,
Más hace, siendo suya.

CLARA. Eso es, Leonor, hacerme esclava tuya.

ESCENA VIII

MACÍAS, NUÑO. — Dichas.

MACÍAS. ¿ Puedo darte el parabién
De tu dicha y de mi muerte,
Clara hermosa ?

CLARA. Pienso yo
Que mi dicha le merece.

MACÍAS. Que le merece tu dicha,
¿ Quién puede haber que lo niegue ?
Que mi muerte le merezca
Es lo que extraño parece.

Mandóme el Rey, por servicios
Que le hice, que pidiese
Mercedes, y te pedí
Por las mayores mercedes
Díjole al Maestre el Rey
¡ Ay Dios! que te mereciese
Por mujer ; y respondió
Al mismo Rey libremente
Que estabas casada ya.
El Rey, de ver que no fueses
El premio de mis servicios,
Mandóle, Clara, al Maestre
Que de un hábito me honrase :
Pensólo discretamente,
Porque si las de los muertos,
Que por últimas les deben,
Llaman honras en Castilla,
El Rey por muerto me tiene.
No sé cómo hable contigo,
Porque fué necedad siempre
Hablarles en cosas tristes
Á los que viven alegres.
Casarte tú y morir yo
Son cosas tan diferentes,
Que no puede concertallas
Ni quien vive ni quien muere.
Pero en tu bien y en mi mal
Una cosa solamente
Puede caber, y no quiero
Que ser esperanza pienses;
Que no soy tan descortés.

CLARA. Pues ¿que será lo que quieres,
Siendo cosa tan honesta ?

MACÍAS. Que te dé lástima el verme.

CLARA. ¿ No quieres más ?

MACÍAS. No, por Dios
Que pedirte que te pese
Fuera gran descompostura.

CLARA. Pues, hidalgo noble, advierte.
No sólo me has dado pena
De la que, amándome, tienes;
Pero, á no estar ya casada,

Fuera tuya eternamente.
Esto sin que haya esperanza
Ni atrevimiento que llegue
Á pasar tu amor de aquí ;
Porque el día que esto fuese,
Yo propia diré á mi esposo,
Honrado como valiente,
Que te quitase la vida.

MACÍAS. No hayas miedo que yo deje
De amarte.

CLARA. ¿ Cómo ?

MACÍAS. No más
De amarte, sin ofenderte.

(*Vanse Clara y Leonor.*)

ESCENA IX

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO. ¡ Cuerpo de tal! ¡Qué mujer !
Esta sí; que no mujeres
Todas melindres y engaños,
Sino decir lo que sienten.
¡ Con qué gracia de sus labios,
Rosas de abril entre nieve,
Dijo : « Á no estar ya casada,
Fuera tuya eternamente ! »

MACIAS. Y ¿ no es nada lo que dijo
Después ? Que si yo quisiese
Pasar á esperanza sola,
Ó á más que amarla atreverme,
Diria á su mismo esposo,
Honrado como valiente,
Que me quitase la vida.

NUÑO. Habló noble y justamente
Para atajarte los pasos.
¡ Bien haya quien agradece
El amor, y el honor guarda !
No como algunas crueles,
Que por pescar las haciendas,
Á los hombres desvanecen.

Aquí no queda que hacer,
Macías, mas de que entierres
Tu amor, pues tú mismo dices
Que estás muerto.

MACÍAS. ¡ Bien lo entiendes !
Con advertimiento, Nuño,
De que en nada me aconsejes,
Desde hoy comienzo á servir
Á Clara.

NUÑO. Pues ¿qué pretendes ?
¿ Qué han de sentir su marido,
La Condesa y el Maestre?
Si esta necedad intentas,
Que es fuerza llegue á saberse,
¿ Qué ha de ser de ti y de mí ?

MACÍAS. ¿ No puedo quererla ?

NUÑO. Puedes.

MACÍAS. Quererla ¿ es delito ?

NUÑO. No.

MACÍAS. ¿ Oféndola ?

NUÑO. No la ofendes.

MACÍAS. Pues ¿ qué importa ?

NUÑO. Andar perdido.

MACÍAS. Pues ¿ qué pierdo ?

NUÑO. El tiempo pierdes.

MACÍAS. Yo ¿ no me muero ?

NUÑO. Es locura.

MACÍAS. Confieso.

NUÑO. No lo confieses.

MACÍAS. ¿ Qué haré ?

NUÑO. Dejarlo de hacer.

MACÍAS. Y ¿ quién podrá ?

NUÑO. Tú, si quieres.

MACÍAS. Quiero y no puedo.

NUÑO. Porfía.

MACÍAS. Por Dios, Nuño, que me dejes;
Que á quien le cansa la vida
Será partido la muerte. (*Vanse.*)

Sala en palacio.

ESCENA X

EL REY, *con un libro*; EL MAESTRE.

MAESTRE. Información trujo honrada
De su noble nacimiento.
REY. De su ingenio estoy contento,
Como lo estáis de su espada.
En fin, ¿ha escrito Macías
Todo este libro ?
MAESTRE. Ha mostrado
Lo tierno de enamorado,
Mayormente en estos días
Que casé á Clara, en hacer
Letras, romances, canciones
Á diversas ocasiones,
Que todas deben de ser
Dirigidas á haber sido
En perderla desdichado.
REY. Si le hubiérades casado,
Todas se hubieran perdido.
MAESTRE. ¿ Por qué, Señor ?
REY. Porque amor
En posesión no desea,
Y no hay materia que sea
Para los versos mejor
Que un amante desdeñado
Ó en esperanza del bien.
MAESTRE. Pocos escriben tan bien.
REY. Él tiene ingenio extremado.
Tienen gracia y agudeza
Los españoles, Maestre,
En hacer versos.
MAESTRE. Que muestre
Tanta afición vuestra alteza
Hará que vuelva á tener
España, en versos, iguales
Mil Sénecas y Marciales.

REY. Las causas que dan de hacer
Tan peregrinos concetos
En las obras amorosas,
Más que la historia y las prosas,
Son del mismo amor efetos;
Pues dicen que no hay nación
Que así estime, adore y quiera
Las mujeres, ni prefiera
Á la hacienda, á la opinión,
Y aun á la vida, su gusto.

MAESTRE. Bien se ve en las galas y oro
Que les dan.

REY. Con gran decoro
Las sirven y aman, y es justo,
Así por deuda tan clara
Del nacer, como por ser
La hermosura de mujer
Cosa tan perfeta y rara.
Leedme esa dirección
Que de su libro me hace
Macías.

MAESTRE. Si os satisface,
Confirmaréis su opinión.
(*Lee.*) « Al muy poderoso señor de Castilla.
» El gran decendiente del Magno Pelayo,
» De España corona, del África rayo,
» De moros alarbes sangrienta cuchilla,
» Á quien obedezcan Granada y Sevilla,
» Como en el tiempo que fué de los godos,
» Macías ofrece sus versos, y todos,
» Al pie soberano los postra y humilla. »

REY. ¡ Extremada dirección!

MAESTRE. Como á quien va dirigida.

REY. Pero leed, por mi vida,
De amor alguna canción.

MAESTRE. (*Lee.*) « Amores me dieron corona de amores,
» Porque mi nombre por más bocas ande.
» Entonces no era mi mal menos grande
» Cuando me daban placer sus dolores.
» Vencen el seso sus dulces errores;
» Mas no duran siempre según luego aplacen ,
» Y pues que me hirieron del mal que vos hacen,

» Sabed al amor desamar, amadores. »

REY. ¡Qué excelente y qué ejemplar!
Maestre, estimad este hombre.

MAESTRE. ¿Quién como vos dese nombre
Le puede calificar?
Yerra en lo que persevera,
Y más casándose Clara.

REY. Si el moro no lo estorbara,
Grandes ingenios hubiera. (*Vanse.*)

Sala en casa del Maestre.

ESCENA XI

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO. ¿Qué descompostura es esta?
¿Tienes seso?

MACÍAS. Hele perdido
Con lo que he visto y oído.

NUÑO. Bien claro se manifiesta.
¿Para qué entraste en la fiesta,
Si lo habías de sentir?

MACÍAS. Si me vienen á decir
Que al novio, Nuño, acompañe,
Cuando más me desengañe,
¿Puedo dejar de morir?
En la noche confiado,
Que, en fin, encubre mejor
Cualquiera efeto de amor,
Entré con el desposado,
Llevaba el color mudado,
Como quien va á desafío;
Y el corazón, aunque el brío
De tantas penas deshecho,
Tan descortés en el pecho
Como si no fuera mío.
Llegué, volví atrás, temblé,
Paró el pie la confusión;

Pero luego el corazón
Hizo el oficio del pie.
Miré, perdíme, lloré,
Y de suerte vine á estar,
Que andaban para buscar
Consejos, donde hay tan pocos,
Todos los sentidos locos,
Sin conocer su lugar.
Parecióme que no vía
Lo mismo que viendo estaba;
Sin oir lo que escuchaba,
Lo que imaginaba oía.
¿No has visto un fuego? así ardía
La casa del alma, y luego
El entendimiento ciego
Pedía con mil enojos
Á las fuentes de los ojos
Agua que templase el fuego.
Como al crepúsculo frío
Del alba, entre luces rojas,
Abre una rosa las hojas
Para beber el rocío,
Estaba aquel dueño mío,
Aquella divina fiera,
Tan hermosa, que pudiera
Adoralla como al sol,
Á ser indio, el español
Que entonces sus rayos viera.
Cuando Dios no fabricara
Púrpura y cristal de roca,
Naturaleza en su boca
Cristal y púrpura hallara;
Y cuando el sol no formara,
Se viera en sus bellos ojos;
Y á no haber claveles rojos,
Allí los vieran los cielos,
Y cuando no hubiera celos,
Se hallaran en mis enojos.
Levantóse del estrado,
Y la Condesa con ella,
Llegó el desposado á ella
Más dichoso que turbado,

Y con el padrino al lado.
La sala se suspendió.
Luego el padrino llegó
Y tomándoles las manos...
— ¡ Cómo, cielos soberanos,
Vivo yo, si lo vi yo !
Preguntó á Tello (¡ay de mí!)
Si por mujer la quería.
Dijo que sí, y yo vivía;
Que aun faltaba el otro sí.
Luego á Clara ; y hasta aquí,
Como si en la horca fuera,
Mi loca esperanza espera ;
Pero en oyendo mi daño,
El verdugo desengaño
Me arrojó de la escalera.
Yo no sé cómo viví ;
Pero ¿quién habrá que crea
Que me pareciese fea
Al tiempo que dijo sí ?
Mas por dicha no entendí
La causa que pudo haber.
Hermosa debió de ser,
Porque son todas las cosas,
Nuño, mucho más hermosas
Cuando se quieren perder.
Mira tú ¡qué pensamiento
El de una loca afición !
Que tuve imaginación
De poner impedimento.
Pero en este necio intento
La bendición les llegó,
Y Tello á Clara llevó
Donde con otras señoras
Sentados, culpan las horas
Que estoy dilatando yo.
Pero ya las dos serán,
Y siento que se levantan ;
Que ya ni danzan ni cantan,
Antes pienso que se van.
¡ Ay Dios ! la muerte me dan
Con ver acortar los plazos

De sus regalos y abrazos ;
Que si una mano que dió
Clara á Tello me mató,
¿ Qué haré si le da los brazos ?

NUÑO. Tello no es tan venturoso
Como á ti te ha parecido.
¿ No es, en efeto, marido ?

MACÍAS. ¿ Y puede ser más dichoso ?

NUÑO. No sé, por Dios. ¿No ha de estar
En casa ?

MACÍAS. Pues ¿dónde quieres ?

NUÑO. Muy dignas son las mujeres
De amar y reverenciar.
Pero esto de estar allí
Á todas horas, es cosa,
Por fácil, menos gustosa.

MACÍAS. Tal me sucediera á mí.

NUÑO. Aunque viendo lo que pasa,
Hay mujer que, por ser nueva
De noche, el día se lleva
De un vuelo fuera de casa.
En un año una mujer
Es silla, es banco, es bufete,
Porque como no inquïete,
Eso mismo viene á ser.
La novedad es gran cosa.

MACÍAS. No, para quien ha llegado
Á tener (¡ qué dulce estado !)
Mujer discreta y hermosa.

NUÑO. ¿ No es nada la novedad?
Pues hoy una dama vi
Que sin dientes conocí,
Y los tiene en cantidad.
Y díjela : «Cosa vil,
Que falta de doce perlas
Supla quien llegare á verlas
Un forastero marfil. »
Y respondióme : «Ha mil días
Que los traía, en verdad,
Y por mayor novedad
Troqué por éstas las mías. »
Pero retírate aquí ;

Que pienso que salen ya.
(*Retíranse á un lado embozados.*)

ESCENA XII

PAJES *con hachas*, PÁEZ, FERNANDO ; TELLO, *que trae de la mano á* CLARA; LA CONDESA, EL MAESTRE.

MACÍAS. Conjurado, Nuño, está
Todo el cielo contra mí.
TELLO. Suplico á vueseñoría
No pase más adelante.
CLARA. Señora, basta el favor.
No es bien que adelante pase
De aquí vuestra señoría.
CONDESA. Ahora bien, el cielo os guarde
Y os haga muy venturosos.
MAESTRE. Clara, no he podido honrarte
De más gallardo marido.
CLARA. Ni hacerme favor más grande ;
Pero, en fin, de tales manos,
Que beso mil veces.
FERNANDO. Páez. (*Ap. á Páez.*)
¡Vive Dios, que llevo envidia!
PÁEZ. ¡Linda moza!
FERNANDO. Es como un ángel.
(*Vanse los desposados por una parte, y el Maestre y la Condesa por otra.*)

ESCENA XIII

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO. Ellos se van á acostar,
Bien puedes desembozarte;
Y vamos á hacer lo mismo,
Pues ya no hay Clara que aguardes,
Sino es la mañana clara.
¿No hablas? Pero no hables,

Si ha de haber lamentaciones,
Y aquello de los amantes
Cuando glosan muchas veces
Con siete mil disparates :
« No goces al desposado. »
Vamos á casa ; que es tarde,
Y es mañana la sortija,
En que, por lo menos, sales
Á ser el mantenedor.
Mira que estás, por las partes
De valiente y de poeta
É inventor de nuevos trajes,
En los ojos de la Corte ;
Y que será bien que saques
Galas y discretas letras.

MACÍAS. ¡Ay fortunas inconstantes
Del mar de amor, en que voy,
Como en el golfo la nave
Combatida de los vientos !

NUÑO. Anda pues, y no te pares.

MACÍAS. ¿Cómo andar ?

NUÑO. Pues bien, ¿ qué implica
Que á un mismo tiempo hables y andes ?
En un auto un día del Corpus
Decía un representante :
« Quiero destruir el mundo. »
Y como entonces llegase
La procesión, aunque estaba
En figura venerable,
Dijo un regidor : « Andando
Y destruyendo, Juan Sánchez. »
Tú agora quéjate y anda.

MACÍAS. Sin andar pienso quejarme ;
Que no me puedo mover
Con peso de tantos males.

NUÑO. Pareces perro de caza
Que vió la perdiz delante ;
Que como te halló te quedas.
Mira que tocan á laudes
En cuarenta monesterios.

MACÍAS. Diles que para enterrarme
(¡ Ay Nuño !) toquen á muerto ;

Y si no lo estoy, matadme,
Celos, envidias de amor,
Ó ¿queréis que yo me mate? (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XIV

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS. Dejadme, imaginaciones,
Que de la pintura el arte
Imitáis en mis sentidos,
Pintando figuras tales,
Que me abrasan y me hielan.
Ya veo en forma de Marte,
Cómo Tello de Mendoza
Le dice amores suaves.
Ya veo la hermosa Venus,
Que sobre las flores yace
De un verde prado, después
Que dió nieve á sus cristales.
Ya veo dos mil Cupidos
Por los ramos de los sauces,
Esparciendo azahar y rosa
Sobre los tiernos amantes.
Nuño, ¿sabes que he pensado?
Que con grandes golpes llames,
Y que digas que el Maestre
Le manda que se levante.
Hazme este bien, Nuño amigo.

NUÑO. Los malos remedios hacen
Lo que hace el agua en la fragua,
Con que más las llamas arden.
Y este hombre no es tan necio,
Que en tal ocasión pensase
Que le llamaba el Maestre.

MACÍAS. ¿No sirve? Pues no te espantes;
Que él sabe que los señores
No hallan cosa en que reparen

Cuando los han menester.

NUÑO. ¿Qué ocasión habrá bastante
Para que él pueda creerlo?
Que á tal hora no es muy fácil.
Decirle que á la Condesa
Le dió un recio mal de madre,
Es necedad, porque Tello
No cura destos achaques.
Demás, que desde la cama
Dirá Clara: « Quemad, paje,
Unas plumas de perdiz,
Y si no, ponelde un parche.
El Maestre orina bien. »

MACÍAS. ¡Qué consuelos!

NUÑO. Si los sabes
Mejores, dilos; que ya
Descubre el alba celajes
En el cuchillo del monte
Que corta á Córdoba azahares.

MACÍAS. Dile que han venido moros.

NUÑO. ¿Á qué?

MACÍAS. ¿Cómo á qué? Á vengarse.

NUÑO. Como era tan de mañana,
Pensé que á dar por las calles
Letüario y aguardiente.
Mas ¿si pregunta á qué parte?

MACÍAS. Di que á Écija.

NUÑO. ¿Y si dice
Que, habiendo ocho leguas grandes,
No pueden llegar tan presto,
Y que entre tanto descanse
Su señoría, ¿qué haremos?

MACÍAS. Da golpes: basta vengarme
En que despiertes á Tello.

NUÑO. Necedad de necedades.
¿Tello había de dormir,
Teniendo al lado aquel ángel?

MACÍAS. ¡Maldígate el cielo, Nuño,
Que me has muerto!

NUÑO. No te canses.
Mira que estás á su puerta,
Mira que el alba, que sale,

Se ríe de tus locuras,
Y se las cuentan las aves.

MACÍAS. ¿Que es posible que no quieres
De la cama levantalle?

NUÑO. ¿Quieres tú que se resfríe
Ese desposado, en balde?
Mira, Señor, que entra el día.

MACÍAS. Entre, y entren mil pesares
Hasta el alma.

NUÑO. Gente suena
En casa, y las puertas abren. —
¿Dónde van perros y alcones,
Y cazadores delante?
¡Vive Dios, que es el Maestre!
Ya no hay que huir, no te apartes;
Que será darle sospechas.

MACÍAS. ¡No hay desdicha que me falte!

ESCENA XV

EL MAESTRE, *de caza;* FERNANDO, PÁEZ. — DICHOS.

MAESTRE. ¿Es Macías?

FERNANDO. Sí, Señor,
Si no es que el alba me engañe.

MAESTRE. ¿Cómo has madrugado tanto?

MACÍAS. Solo vengo á acompañarte;
Que supe que al campo ibas.

MAESTRE. Seráme más agradable
Contigo. Dalde el overo,
Si no es que caballo traes,
Y dalde una haca á Nuño.

NUÑO. ¿Haca ó qué? ¡Sin acostarme
Tras esta noche una haca,
Y entre árboles y jarales
Andar buscando un venado,
Ó una garza por los aires!
¡Muerto soy!

MAESTRE. Vamos, Macías.

NUÑO. ¿No llevas almuerzo, Páez?

PÁEZ. Levántaste de la cama,

Y ¡quieres comer!

NUÑO. Á nadie
Le dé Dios tan mala noche.
¿Volverán presto?

PÁEZ. Á la tarde.

ACTO TERCERO

Sala de palacio.

ESCENA PRIMERA

EL REY, PÁEZ, FERNANDO; MACÍAS, *con hábito de Santiago*, NUÑO.

MACÍAS. Á besaros los pies, Señor, me envía
El Maestre, al honor agradecido
Que traigo al pecho este dichoso día,
Más grande cuanto menos merecido.

REY. Para que os viese usó de cortesía:
Á él ese favor habéis debido.
Él es el dueño dese honor: no es justo
Deberme más que intercesión y gusto.

MACÍAS. Vuestro valor el alto cielo extienda,
Donde hasta agora no plantas ningunas,
Y plegue al cielo que de vos decienda,
Quien ponga en otro mundo las colunas.

REY. ¿Cómo va de las musas?

MACÍAS. La contienda,
Claro señor, de envidias importunas
Las tiene retiradas; mas no tanto,
Que no os celebren en su dulce canto.
Apenas hoy comienza el que desea
Por los versos, Señor, fama constante,
Cuando quiere vencer con breve idea
Al que la tiene en bronce y en diamante.
Otro veréis que en enseñar se emplea,
Y está de los principios ignorante:
Todos éstos resiste la prudencia.

REY. ¿Qué virtud se libró de competencia?

La sortija no vi, por ocupado,
Aquella tarde, y me alabó el Maestre
Letras, galas y lanzas de un soldado
Que no hay acción en que vaior no muestre.
¿Quién la mantuvo?

MACÍAS. El mismo desposado,
Porque las armas el amor adiestre.
Con más primor que el arte.

REY. ¡Buenos bríos!

MACÍAS. (*Ap.* ¡Ay dulce causa de los males míos!)
Salió Tello galán, de blanca tela
Bordada de laureles; que le alcanza
Favor; que enamorado se desvela,
Y vió la posesión de su esperanza.
Dorada de la lanza la arandela,
Los bríos igualó la confianza,
Con manto al hombro, que barriendo el suelo,
Era cometa de arrogante cielo.
Prometo, gran Señor, á vuestra alteza
Que un castaño bridón de tela armado
Le hacía un edificio en la firmeza,
Si puede ser en aire fabricado.
Aquella corpulenta ligereza,
Como baquetas de atambor templado,
Las fuertes manos con tal son movía,
Que pensaban las piedras que tañía.
Llevaba dos gigantes por padrinos,
Presos de un niño amor, que los guiaba:
« Mis deseos » por letra, y que eran dinos
De su grandeza con razón mostraba;
Que puesto que de Clara los divinos
Cielos de amor pacífico gozaba,
Quiso mostrar que dulces himeneos
No tiemplan, antes crecen los deseos.
Fortún Páez salió de verde y plata,
Todo bordado de diversas flores;
Llevó por letra en quejas de una ingrata:
« No pasan de esperanzas á favores. »
Un bayo obscuro los del sol retrata,
Y tan ligero al aire dió colores,
Que aunque en Córdoba son hijos del viento,
Éste lo fué del mismo pensamiento.

Fernando (que presente miras) quiso,
Para tomarlos, más que dar consejos,
Ser de sí mismo y de su amor Narciso,
Y en oro y nácar se vistió de espejos.
Las damas, que temieron este aviso,
Mirábanse en sus luces desde lejos,
Si bien por los espejos y dos años
De amor, por letra dió : « Mis desengaños. »
En esto un monte, vomitando fuego,
En dos partes la máquina divide,
Y sale dél un caballero luego
Que mil ardientes círculos despide,
Cuyas breves cometas á don Diego
De Lara dan lugar : la lanza pide,
Y sospechoso, á dos azules cielos
Llevó, por letra : « Aquí me tienen celos. »
Con el caballo en forma de una fiera
Sierpe, ya imagen del celeste polo,
Pasó Dionís Peralta la carrera,
De suerte que previno el arco Apolo;
Y á la mitad, con invención ligera,
Cayó la piel, quedó el caballo solo,
Tan blanco y tan hermoso, que se atreve
Á llamar cisne retratado en nieve.
Entró de plumas, avestruz fingido,
Con un hierro en la boca, Recaredo;
La letra (de algún yerro arrepentido)
Dijo : « Por ver si digerirle puedo. »
El caballo, de plumas guarnecido,
No tuvo al hierro de las plantas miedo,
Porque, alzando las manos, parecía
Que juntarlas al freno pretendía.
Mas ¿para qué te canso, si me esperas?
Yo entré en figura del furioso Orlando :
Tela negra sembré de áspides fieras
Que estaban corazones enlazando.
En hábito francés, reconocieras
Que, la historia de Angélica imitando,
Envidiaba, Señor, algún Medoro,
Dichoso dueño de la luz que adoro.
Caballo negro, que servir pudiera
Al carro de la noche, retratado

En ébano lustroso, y en la esfera
Del sol quedar por su valor dorado,
Las arenas midió de la carrera
Paso á paso, tan firme y alentado,
Que si alguna en las plantas recogía,
Al levantar las manos la volvía.
En figura de Astolfo, por padrino
Iba delante Nuño, mi escudero,
Con mi seso en un vidrio cristalino,
Y por letra con él : « Ya no le quiero. »
Ganó todo hombre que á las fiestas vino;
Yo solo, sin ventura aventurero,
Gané la joya de galán, que ha sido
Mentira, pues perdí la de marido.

REY. Haberos visto quisiera;
Mas basta haberos oído.

MACÍAS. Corrí, Señor, tan corrido,
Que no es mucho que perdiera.

REY. Esa memoria olvidad;
Y porque menos se sienta,
Con mil ducados de renta
Lo perdido restaurad;
Que éstos vale la alcaidía
De Arjona.

MACÍAS. Cante la fama
Tu nombre en cuanto derrama
Su luz el autor del día.

(*Vase el Rey.*)

PÁEZ. Ya sois alcaide de Arjona.

FERNANDO. Debéis al Rey grande amor.

(*Vanse Fernando y Páez.*)

ESCENA II

MACÍAS, NUÑO.

NUÑO. Necio has andado, Señor:
Que te lo diga perdona;
Que estando Clara casada,
Bien pudieras excusar
Esta manera de hablar;

Que es Tello persona honrada,
Y ofendes su calidad.
Y el Rey mostró sentimiento
Cuando dijo descontento :
« Esa memoria olvidad ; »
Que fué discreta advertencia.

MACÍAS. Nuño, quítame el amor,
Porque si no, ¿ qué temor
Me puede poner prudencia? (*Vanse.*)

Sala en casa del Maestre.

ESCENA III

EL MAESTRE, TELLO.

MAESTRE. Aquí me puedes hablar.

TELLO. Señor, Dios sabe que tengo
Vergüenza ; mas ya que vengo
Á hablar con tanto pesar,
Yo sé que le has de tener.
Está cierto que me obliga
Justa causa á que te diga
Que siendo ya mi mujer
Clara, no es justa razón
Que me la sirva hombre humano.
Antes de darla la mano,
Macías tuviera acción
Á pretenderla ; mas ya
¿Qué es lo que intenta Macías,
Que con tan necias porfías
En el mismo error está?
Que si bien cualquier error
Por amor disculpa ha sido,
No la dieron al marido,
Sino al que tiene el amor.
Bien sé que Clara es honrada,
Bien conozco su virtud ;
Mas una necia inquietud
Y voluntad porfiada,
Un siempre constante amor,

Que en los ojos muestra el pecho,
Á muchas buenas ha hecho
Dejar de serlo, Señor.
¿Quién se puede prometer
Vivir honrado y seguro?
¿Cercó Dios de foso y muro
Los ojos de una mujer?
¿Qué guardas puso en su pecho
Para que pueda el honor
Vivir del ajeno amor
Agraviado y satisfecho?
¿Es la voluntad, por dicha,
Diamante, ó vidrio por quien,
En quien le guarda más bien,
Puede entrar cualquier desdicha?
¿Tengo yo de estar sin miedo
Mientras se desvela aquel,
Y no puedo guardar dél
El alma que ver no puedo?
¿Qué sé yo si vendrá día
En que á Clara desvanezca
Su hermosura, y la enternezca
De un loco amor la porfía;
Y atropellando la honra,
Pueda comenzar á amar
De lástima, y acabar
Su lástima en mi deshonra
Fuera desto, ¿es bien, Señor,
Que se atreva un hombre así,
Fiado en el Rey y en ti,
Á querer manchar mi honor?
¿Es bien que en Córdoba canten
Los niños claras canciones
De Clara, que á los varones
De prudencia y honra espanten?
¿ Es bien que esto se prosiga
Después de casado yo?

MAESTRE. No por cierto, Tello, no,
Ni que de Clara se diga
Que pudo dar ocasión
Á desatinos tan grandes.

TELLO. Como tú, Señor, le mandes

Que deje la pretensión,
Sin decir que yo lo sé,
Yo sé que la dejará;
Porque si ocasión me da...

MAESTRE. Cuando él ocasión te dé,
Castigaré su locura;
Pero no tengas temor.

TELLO. Bien sabes tú que el honor
No ha de estar en aventura,
Ni es razón que un hidalgote
Se tome tanta licencia,
Que á costa de mi prudencia
Toda la Corte alborote,
Y que se atreva á servir
La mujer de un caballero
Como yo; porque primero...

MAESTRE. No lo acabes de decir;
Que tienes mucha razón,
Y yo lo escucho con pena;
Porque en la mujer más buena
Puede haber mala opinión,
De que hay tantas ofendidas;
Que muchas hay lastimadas
En el honor, siendo honradas,
Porque fueron perseguidas;
Que en andando en pareceres,
Deslustran sus claros nombres
La necedad de los hombres,
La envidia de las mujeres.
Clara es quien es; pero, en fin,
La lengua del vulgo es tal,
Que dirá de un ángel mal.

TELLO. Con hablarle tendrá fin
Su porfía y mi pesar.

MAESTRE. Y yo salgo por fiador.

TELLO. Pongo en tus manos mi honor.

MAESTRE. Pues yo le sabré guardar.

(*Vase Tello.*)

ESCENA IV

EL MAESTRE; *luego*, PÁEZ.

MAESTRE. ¡Hola!
(*Sale Páez.*)
PÁEZ. Señor...
MAESTRE. ¿Está ahí
Macías?
PÁEZ. Leyendo está
Unos versos.
MAESTRE. (*Ap.* No tendrá
Más ocasión.) Que entre, di. (*Vase Páez.*)

ESCENA V

MACÍAS. — EL MAESTRE.

MACÍAS. Pensé que ocupado estabas
Con Tello, y no entré, Señor,
Á decirte un gran favor
Del Rey.
MAESTRE. Por eso ¿dejabas
De darme parte, Macías,
De tus aumentos?
MACÍAS. Su alteza,
Por su liberal grandeza,
Que no por las prendas mías,
El alcaidía me dió
De Arjona, con mil ducados
De renta.
MAESTRE. Bien empleados.
MACÍAS. Por ti me favoreció
Deste honor; que no por mí.
MAESTRE. Yo tengo que hablarte.
MACÍAS. Soy
Tu hechura.
MAESTRE. Quejoso estoy,
Y no sin causa, de ti.

Cuando veniste á servirme,
Pusiste en una doncella
De la Condesa los ojos,
Hermosa como discreta,
Y tan virtüosa y noble,
Que la empleó la Condesa
En el hombre más honrado
Que me sirve en paz y en guerra.
Por tus servicios, al Rey
Se la pediste; que fuera
Justo, pues él lo mandaba,
Casarte entonces con ella.
Pero no se pudo hacer;
Que, las escrituras hechas
Y dadas las manos ya,
Fuera impiedad y violencia.
Casóse Tello: ese día
Cerró la razón la puerta
Á tu esperanza; no es justo
Que neciamente la tengas;
Que está en medio el noble honor
De un hombre de tales prendas,
Que es tan bueno como yo.
Hanme dicho que no cesas
De servirla y inquietarla,
Que me ha dado mucha pena.
Tello es mi propia persona:
Advierte que no te atrevas
Á enojarle; que en mi casa
Corre su honor por mi cuenta.
No porque él no está seguro;
Pero sus deudos se quejan
De tus versos y canciones,
Famosas por la excelencia
De tu ingenio, á cuya causa
No sólo aquí se celebran,
Pero en Granada los moros
Las traducen en su lengua.
Á tu entendimiento basta
Que esto de mi boca entiendas
Antes que lo entienda Tello,
Que no sufrirá su ofensa. (*Vase.*)

ESCENA VI

MACÍAS.

¡Oh confusión de mi amoroso engaño!
Esto faltaba sólo á mi tormento.
¿En qué puede ofender mi pensamiento
La hermosa causa de mi eterno daño?
¡Oh ley cruel! ¡oh injusto desengaño!
¿Que aun no quiere que sienta el mal que siento?
¿Qué honor puede quitar mi entendimiento,
Con cuyos versos mi esperanza engaño?
Mandarme que no quiera es la violencia
Mayor que puedo hacer á mi sentido,
Y en presencia del bien sufrir ausencia;
Que estando, como estoy, de amor perdido,
Aumentará el amor la resistencia;
Que para largo amor no hay breve olvido.

ESCENA VII

NUÑO. — MACÍAS.

NUÑO. Bien me puedes dar albricias
De que va la primavera
Á dar cristales al Betis
Ó flores á sus riberas,
No sin envidia del sol,
No sin igual competencia.
Clara...

MACÍAS. ¡Ay Dios!

NUÑO. Clara, Señor,
En un coche, en una esfera
De luz, con Leonor, esmalta
Las estampas de las ruedas,
Llevaba Clara unos ojos,
Que pudieran ser estrellas
De la más templada noche.
Poco he dicho; que pudieran

Ser soles del mismo sol.
Miróme, y fué cosa nueva
Mirarme Clara con ellos;
Mas fué la causa más cierta
De mirarme aquellos ojos
No tener otros tan cerca.
También me miró Leonor,
Y sentí no sé qué flechas
Desde los ojos al alma.
Parecióme que eran señas,
Y acerquéme.

MACÍAS. Bien hiciste.

NUÑO. Tan bien, que en llegando á ellas,
Me dieron un cortinazo,
Que entre la mano y la seda
Me llevaron las narices.

MACÍAS. Si acercabas la cabeza
Por el estribo, ¿no quieres
Que un ángel, Nuño, se ofenda
De que á su trono divino
Un hombre humano se atreva?

NUÑO. Trono ó trueno, mis narices,
Que no destilaron perlas,
Sintieron el disfavor;
Que no hay parte que más duela,
Más opuesta á cualquier daño,
Más delicada y más necia.
¿Téngolas derechas?

MACÍAS. Nuño,
Notables cosas me cuentas.
¿Qué sentiste al tiempo cuando
Esa dichosa cabeza
Por el estribo acercabas
Á las blancas azucenas
De aquella divina mano?

NUÑO. Sentí lo que tú sintieras
Al llevarte las narices
Una azucena de piedra.

MACÍAS. ¡Ay! ¡quién fuera tan dichoso
Que de aquella mano bella,
De aquel cristal, de aquel nácar,
Ese favor recibiera!

NUÑO. ¿Eso tienes por favor?
Mas porque envidia me tengas,
Seguílas, y se apearon
Del coche en la primer huerta,
Y al bajar Clara, no sé
Si fué el brío ó fué la priesa,
Yo vi...

MACÍAS. ¿Cuánto quieres, Nuño,
Antes que tu dicha sepa,
Por los ojos?

NUÑO. Pues ¿los ojos
Quieres, Señor, que te venda?

MACÍAS. Cuenta, cuenta lo que viste.

NUÑO. Vi unas botas de baqueta,
Con que el cochero llegó
Á apearlas.

MACÍAS. ¿Eso era?

NUÑO. Pues ¿qué pensaste? ¿que había
Zapatilla cordobesa,
Argentada en oro y plata,
De corazones y flechas?
¿Pensaste que había manteo
Con guarnición sobre tela?

MACÍAS. Ya no te compro los ojos.

NUÑO. Si las narices quisieras,
Esas te vendiera yo;
Porque las más aguileñas
Hará un cortinazo romas.

MACÍAS. ¡Qué tanta la dicha sea
De un cochero, que á los brazos
De un ángel sin temor llega!

NUÑO. Si vieses un aguador
Con un vestido de jerga,
Coger una dama y dar
En las jamugas con ella,
¿Qué dirías?

MACÍAS. Que son dichas
Que merece la inocencia.

NUÑO. Los cocheros y aguadores
Son sacristanes de iglesias,
Que las imágenes ponen,
Mas nunca rezan en ellas.

MACÍAS. ¿No podré yo ver á Clara?
NUÑO. Con discreción, podrás verla;
Pero no sin discreción.
MACÍAS. Nuño, como yo la vea,
¿Qué mal me puede venir?
Y cuando muchos me vengan,
¿No es por ella? Pues ¿qué gloria
Mayor que tan dulce pena?
NUÑO. Yo me pongo en las narices,
Por si llegáremos cerca,
Un capirote de halcón.
MACÍAS. ¿Clara ofende?
NUÑO. Muy bien pega. (*Vanse.*)

Jardín á orillas del Guadalquivir.

ESCENA VIII

CLARA, LEONOR.

CLARA. No puedo, Leonor mía,
Imaginar la causa.
LEONOR. Pues ¡tan presto
Vive sin alegría!
CLARA. Nunca en pensar el pensamiento he puesto
Que de su nuevo estado
Proceda la tristeza que le ha dado.
No falta en los favores
Mi esposo y los regalos que solía;
Con los mismos amores
Le halla la noche y le despierta el día.
LEONOR. Pues ¿en qué se han fundado
Esas tristezas?
CLARA. En algún cuidado.
LEONOR. ¿Cuidado?
CLARA. Unos suspiros
Tal vez le salen del ardiente pecho,
Que, como al blanco tiros,
Me traspasan el alma: en que sospecho
Que algunos locos celos
Le dan estas tristezas y desvelos.

LEONOR. ¿Celos pueden, Señora,
En tu virtud, de todos conocida,
Tener inquieto agora
Á quien conoce de tu honesta vida
Tan gran recogimiento?

CLARA. Celos engaños son del pensamiento.
Como va caminante
En noche obscura hasta que llegue el día,
Así celoso amante
Camina por su ciega fantasía,
Hasta que deste engaño
Le divierta la luz del desengaño.
Entre tanto padece
El sujeto que adora.

LEONOR. Yo sospecho
Que no le desvanece
Culpa que ofenda tu inocente pecho;
Que en el servir hay cosas
Que obligan á tristezas cuidadosas.

ESCENA IX

MACÍAS, NUÑO. — DICHAS.

NUÑO. (*Ap. á Macías.*) Allí están.

MACÍAS. Ya las he visto;
Pero ¿cómo llegaré?

NUÑO. Pues vuélvete.

MACÍAS. No podré,
(*Ap.* ¡Qué hermoso mármol conquisto!
Pero ¿por qué me resisto,
Si á lo mismo me provoco?
Cuerdo temo, y llego loco.
Pero temer no es razón;
Que quien pierde la ocasión
Tiene la fortuna en poco.)
Hermosa Clara, ocasión
De mis versos y mis penas,
Vuelve esas luces serenas
Á mi obscura confusión.
No pido más galardón

De amor tan desatinado
Que saber que mi cuidado
Halló lástima en tu pecho,
Para morir satisfecho
De que fué bien empleado.
No quiero yo de ti más
De que digas (oye, advierte) :
« Hombre, pésame de verte
En el estado en que estás. »
Mirá tú ¡qué premio das
Tan fácil á mi tormento!
Bien sabes tú que no intento
Cosa que ofenda tu honor,
Pueste este fué de mi amor
El mayor atrevimiento.

CLARA. Macías, cuando me hablaste
En la pena que tuviste
De saber que me perdiste,
Á decirte me obligaste
Que lo agradecí: pues baste
Que agradezca yo tu amor
Para un hombre de valor.
Retírate á ti de ti;
Que no me quieres á mí
Mientras no quieres mi honor.
El que no estima el disgusto
Que da el quitarle la fama,
Ese no estima su dama;
Que solo estima su gusto.
Tú eres discreto, y no es justo
Que esté á tu pluma sujeta.
No escribas; que se inquïeta
Mi marido, y no es razón
Que á costa de mi opinión
Ganes fama de poeta.
Tus canciones y favores
Son para lágrimas mías;
Escribe guerras, Macías,
Deja de escribir amores.
¿Sujetos no son mejores
Esas banderas opuestas?
Más que me sirves, molestas;

Y advierte que las casadas
Perdemos por celebradas
La opinión de ser honestas.
Á una casada le basta
Para estimación honrosa,
No el saber que ha sido hermosa,
Sino saber que fué casta.
¿Tú piensas que me contrasta
La vanidad que previenes
Del grande ingenio que tienes?
Pues en tan locos engaños,
Escribe tus desengaños,
Y no escribas mis desdenes.

MACÍAS. Señora, Señora, advierte...

ESCENA X

TELLO, *que al ver á Macías, retrocede y se esconde detrás de un árbol.* — DICHOS.

TELLO. (*Ap.*) ¿Qué es esto que estoy mirando?
CLARA. ¿De qué sirve porfiando
Dar ocasión á tu muerte? (*Vase.*
MACÍAS. No fué mi intento ofenderte. —
¡Leonor, Leonor!
LEONOR. No hay Leonor. (*Vase.*
NUÑO. Necio has andado, Señor.
MACÍAS. ¿Cómo puede andar discreto,
Aborrecido y sujeto,
Un hombre que tiene amor?
NUÑO. (*Ap. á Macías.*) Entre esos árboles vi
Á Tello como escondido.
MACÍAS. Con el Maestre ha venido,
Que suele andar por aquí.
¿Si me vió?
NUÑO. Pienso que sí.
Mas ven por aquí, Señor.
MACÍAS. Á ver el coche es mejor.
NUÑO. ¡Eso dices!
MACÍAS. Ya no esperes,
Mientras con vida me vieres,

Sino locuras de amor.
(*Vanse Macías y Nuño.*)

TELLO. Ya es infame el sufrimiento
Que pone el honor en duda.
(*Saca la espada.*)

ESCENA XI

EL MAESTRE. — TELLO

MAESTRE. ¿ Dónde, la espada desnuda?
TELLO. Cortar un árbol intento.
MAESTRE. Pues ¿tú me engañas á mí?
Y ¡ habiendo visto á Macías!
TELLO. Yo te dije sus porfías,
Poniendo mi honor en ti;
Y su privanza, Señor,
De mi honor te ha descuidado;
Que si le hubieras hablado,
No se atreviera á mi honor.
Quise matarle, mirando
Su atrevimiento.
MAESTRE. Yo hablé
Con Macías, y pensé
Que bastara, imaginando
Que era hombre de razón :
Pero, pues que no lo ha sido,
Ni el haberle yo reñido
Templa su necia afición
Ven conmigo.
TELLO. Presumí
Que no le habías hablado.
Perdona.
MAESTRE. Estoy enojado.
TELLO. Mi remedio pongo en ti.
MAESTRE. Ya fué tu agravio pequeño
Con el que hace á mi valor,
Porque no merece amor
Quien no obedece á su dueño. (*Vanse.*)

Sala en casa del Maestre.

ESCENA XII

MACÍAS, NUÑO.

MACÍAS. ¿ Vino el Maestre?
NUÑO. No sé.
La Condesa está esperando.
MACÍAS. Y yo estoy desesperando
De que mi firmeza y fe
Quieran con tanta desdicha.
NUÑO. Quien se puede divertir
Y se ha dejado morir,
No se queje de su dicha.
MACÍAS. ¿ Cómo tendré sufrimiento
Para el dolor de olvidar,
Cuando lo quiera intentar?
NUÑO. Poniendo el entendimiento
En que esto ha de durar poco.
MACÍAS. No podré tener paciencia
Para vivir en su ausencia,
Nuño, sin volverme loco.
NUÑO. Á Júpiter se quejaron
Las muelas del hombre un día.
Diciendo á su señoría
Los años que trabajaron
Desde la muela primera,
Mascando lo que comía,
Y que por dolor de un día
Luego las echaban fuera.
Don Júpiter le riñó,
Y él respondió : « ¿ Qué he de hacer,
Si no dejan de doler? »
Á quien luego replicó :
« Hombre, sufre, pues te toca,
El dolor, que bien podrás;
Que después te alegrarás
De ver tu muela en tu boca. »
Sufra pues tu voluntad
Ese pequeño disgusto;
Que después te dará gusto
Gozar de tu libertad.

ESCENA XIII

PÁEZ, UN ALCAIDE. — Dichos.

PÁEZ. Macías...
MACÍAS. ¿Quién es?
PÁEZ. Yo soy.
MACÍAS. ¿Qué quieres, Páez?
PÁEZ. Advierte
Que prenderte me han mandado.
MACÍAS. ¿Quién?
PÁEZ. El Maestre.
MACÍAS. El Maestre
Es mi dueño y es mi juez.
Páez, si él lo manda, puede.
¿Díjote la causa?
PÁEZ. No.
MACÍAS. Vamos.
PÁEZ. El Alcaide viene
Á ponerte en esa torre.
ALCAIDE. No pienso yo que lo sientes
Como yo.
MACÍAS. No tengas pena,
Don Pedro; que estos vaivenes
Deben de ser de fortuna,
Si la cabeza le duele.
NUÑO. ¡Á ti en prisión!
MACÍAS. Calla, Nuño;
Que el criado inobediente
Á lo que el dueño le manda,
Este castigo merece. (*Vanse.*

ESCENA XIV

TELLO, CLARA.

TELLO. Cierto estoy de tu valor,
Conozco tu honestidad;
Pero tanta libertad

Obliga á mirar mi honor.
No te den, Clara, temor
Mis diligencias, á efeto
De haber tenido respeto
Al Maestre; que si fuera
De otra suerte, yo me hubiera
Vengado menos discreto.
¡Bueno es que sepa un marido
Que sirven á su mujer,
Y que lo que puede ser
Pueda poner en olvido!
El que su afrenta ha sabido
No es hombre, ni aun animal,
Si consiente tanto mal;
Pues en ocasiones tales
Hacen muchos animales
Venganza al agravio igual.
Entre todas las naciones
Tiene el español valor,
Fundado todo su honor
En ajenas opiniones;
Y en estas satisfaciones,
Que en fin de la honra son,
En que estriba su opinión,
Aunque fundada en mujer,
Veo que debe de ser
La más honrada nación.

CLARA. Tello, desdicha fué mía
Que aqueste necio haya dado
En ser, sobre porfiado,
Hombre de tanta osadía.
No porque en esta porfía
Haya más atrevimiento
Que decir su pensamiento,
Sin pretender esperanza.

TELLO. Pues ¿qué espera quien alcanza
Poner en prisión al viento?

CLARA. No más de la vanidad
De sus canciones de amor.

TELLO. Y ¿ha de estar siempre mi honor
Sujeto á su libertad?
¿Quién ha visto voluntad

Tan necia en hombre discreto?
Si es para solo el efeto
De escribir, ¿por qué ha de ser
El sujeto mi mujer?
¿Falta en el mundo sujeto?

CLARA. Como tú vivas, de mí,
Como merezco, seguro,
De la opinión que aventuro,
Quiero consolarme así.

TELLO. Tus dueños vienen aquí.
No te entienda la Condesa.

CLARA. De lo que sabe me pesa;
Pero ella sabe mi honor.

ESCENA XV

LA CONDESA, EL MAESTRE, PÁEZ, FERNANDO, CRIADOS. — DICHOS.

CONDESA. Bien sé que vuestro valor
Le obliga á daros la empresa.
¿Cuándo será la partida?

MAESTRE. Antes que venga la gente
De Castilla, no hay qué intente.

CONDESA. Vos la llevaréis lucida.
Á Tello no llevaréis;
Que ya está Tello casado.

TELLO. No dejo de ser soldado,
Si no es que vos lo mandéis.

CONDESA. Llevad á Páez por Tello,
Á Fernando ó á Macías,

MAESTRE. Téngole preso; que ha días
Que tiene sobre el cabello
La espada de cierto honor.

TELLO. (*Ap. á Clara.*) ¡Vive Dios, que no le prende
Por mi honor! que le defiende
De mí, por tenerle amor.

CLARA. No digas tal, por tu vida.

TELLO. Clara, yo lo entiendo ya.

CONDESA. ¿Preso Macías está?

MAESTRE. (*Ap. á la Condesa.* Mejor está defendida

Desta suerte su persona.)
Allí olvidará mejor.

FERNANDO. Ya los músicos, Señor,
Han llegado de Archidona.

ESCENA XVI

MÚSICOS. — DICHOS.

UN MÚSICO. Á servirte nos envía
El Alcaide.

MAESTRE. Yo agradezco
Así vuestra voluntad
Como el gusto que me ha hecho.
¿ Tenéis muchas cosas nuevas?

MÚSICO. Romances, Señor, tenemos,
Y algunas letras.

MAESTRE. Cantad
Sin templar los instrumentos.

MÚSICOS. (*Cantan.*) *Dulce pensamiento mío,*
Si en una obscura prisión
El hierro es mi dulce gloria,
La tiniebla es claro sol,
Decidla á mi bella ingrata
Cómo en la imaginación
Tan presente la contemplo
Cuando ausente della estoy.

MAESTRE. No cantéis más : bueno está. —
Vamos, Señora ; que quiero
Hablar en nuestra jornada.

(*Vanse el Maestre, la Condesa, Clara, Fernando, los criados y los músicos.*)

ESCENA XVII

TELLO, PÁEZ.

TELLO. ¡Páez, Páez!

PÁEZ. ¿Llamas, Tello?

TELLO. ¿Eres mi amigo?

PÁEZ. Sí soy.
TELLO. ¿De los que son verdaderos
Ó de los que son fingidos?
PÁEZ. Verdad y amistad profeso.
TELLO. Pues ¿qué has sentido de ver
Que con tal atrevimiento
Haga de mi honor Macías
Romances, estando preso?
Los músicos de Archidona
Envía á Córdoba el necio
Para que los oiga Clara.
PÁEZ. Lo que del Maestre entiendo,
Es que le quiere muy bien.
TELLO. Pues yo, que lo entiendo, y veo
Que paga así mis servicios,
¿Qué aguardo?
PÁEZ. No te aconsejo
Que te quejes. Pues matarle,
No puedes.
TELLO. ¿Cómo no puedo?
Por la reja de la torre
(¡Ay dél, Páez, si le acierto!)
Le he de tirar una lanza.
PÁEZ. No harás, Tello; que eres cuerdo,
Y si te prende el Maestre,
Que te quitase, sospecho,
La cabeza.
TELLO. Noble soy.
No importa: mi honor defiendo. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

NUÑO. — PÁEZ.

NUÑO. Porque estaba Tello aquí,
No entré á hablaros.
PÁEZ. Mucho siento
De Macías la prisión.
NUÑO. Que es de sentirla os prometo;
Que éste es un honrado hidalgo,
Que con amor tan honesto

Ha querido á doña Clara,
Que he visto en sus pensamientos
Lo que sentía Platón
Pintando un amor perfeto.
No quiere más de querer.
Aqueste papel le llevo
Al Rey.

PÁEZ. Querrá libertad.

NUÑO. Esa pide en treinta versos. (*Ruido dentro.*)

ESCENA XIX

EL ALCAIDE *con la espada desnuda, tras* TELLO, *que sale retirándose.* — DICHOS.

ALCAIDE. Prendelde, y si no es posible,
Matalde, soldados.

TELLO. Creo,
Si ya he vengado mi honor,
Que estimo la muerte menos. (*Vase.*)

PÁEZ. ¿Qué es esto, señor Alcaide?

ALCAIDE. Que ha muerto á Macías Tello,
Tirándole por la reja
Una lanza. (*Vase.*)

ESCENA XX

MACIAS, *atravesado con una lanza, y* SOLDADOS *teniéndole.* — NUÑO, PÁEZ.

MACÍAS. ¡Ay cielo! hoy muero.

NUÑO. Señor, ¿qué es esto?

MACIAS. No sé,
Nuño: solamente puedo
Decirte que ya tu miedo
Verdad en mi muerte fué.
Quise bien, canté, lloré,
Escribí; y el escribir,
Amar, llorar y sentir,
Y cuanto he escrito y sentido

Y llorado, todo ha sido
Porfiar hasta morir.
¡Ay Clara! que me has costado
La vida! que no tenía
Más que te dar, si te había
Todas mis potencias dado.
Honestamente te he amado;
Que tú lo puedes decir;
Pero de amar y servir
Justo galardón me alcanza,
Pues quise, sin esperanza,
Porfiar hasta morir.
Di al Maestre, mi señor,
Que á Tello perdono aquí,
Pues yo la ocasión le dí,
Y él ha guardado su honor.
¡Cielos! perdonad mi error.
Pensé que un casto servir
Se pudiera permitir.

ESCENA XXI

EL MAESTRE, LA CONDESA, CLARA, LEONOR, EL ALCAIDE, CRIADOS. — DICHOS.

MAESTRE. ¿Muerto?
ALCAIDE. Mira el desengaño.
MACÍAS. Sí, Señor; que fué mi daño
Porfiar hasta morir. (*Muere.*)
CONDESA. ¡Caso extraño!
MAESTRE. Lastimoso.
¡Que no prendiesen á Tello!
ALCAIDE. No fué posible, Señor.
Amigos le defendieron.
CLARA. Leonor. ¿quién ha de mirar
Tanto dolor?
LEONOR. El que tengo
Muestran mis ojos.
CLARA. ¿Qué hará
Quien fué la causa?
MAESTRE. Está cierto,

Macías, de tu venganza.
¡Vive el cielo, que si puedo,
He de poner su cabeza
Por pies de tu honroso entierro,
Y por memoria de amor
Tan verdadero y honesto,
En un sepulcro famoso
Honrar y poner tu cuerpo,
Con unas letras doradas
Que digan en mármol terso:
« Aquí yace el mismo amor »!

NUÑO. Y aquí, Senado discreto,
Porfiar hasta morir
Dió fin á servicio vuestro.

DRAMAS

LA ESTRELLA DE SEVILLA *

PERSONAS

EL REY DON SANCHO EL BRAVO.
DON ARIAS.
DON PEDRO DE GUZMÁN, *alcalde mayor.*
FARFÁN DE RIBERA, *alcalde mayor.*
DON GONZALO DE ULLOA.
FERNÁN PÉREZ DE MEDINA.
DON SANCHO ORTIZ.
BUSTO TABERA.
ESTRELLA, *dama.*
TEODORA.
MATILDE.
DON ÍÑIGO OSORIO.
DON MANUEL.
CLARINDO, *gracioso.*
UN ALCAIDE.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS. MÚSICOS. GENTE.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO

Salón del alcázar.

ESCENA PRIMERA

EL REY, DON ARIAS, DON PEDRO DE GUZMÁN, FARFÁN DE RIBERA.

REY. Muy agradecido estoy
Al cuidado de Sevilla,
Y conozco que en Castilla
Soberano rey ya soy.

* Esta es sin duda una de las mejores obras de Lope. Hállanse en ella quizá las mejores escenas que salieron de su fecunda pluma.

« Es de notar en esta obra la unidad que hay en toda ella y la sobriedad de recursos con que se desenvuelve su argumento, así como también la destreza con que se presenta la exposición mezclándole con el nudo mismo, cosa bastante común en los

Desde hoy reino, pues desde hoy
Sevilla me honra y ampara;
Que es cosa evidente y clara
Y es averiguada ley
Que en ella no fuera rey,
Si en Sevilla no reinara.
Del gasto y recibimiento,
Del aparato en mi entrada,
Si no la dejo pagada,
No puedo quedar contento.
Tendrá mi Corte su asiento
En ella; y no es maravilla
Que la Corte de Castilla
De asiento en Sevilla esté;
Que en Castilla reinaré

---

autores de aquella época. El mayor mérito de este drama consiste en la viveza con que expresa el sentimiento del honor y el sentimiento monárquico, tan enérgicos en los españoles de aquella época, y en la nobleza de los caracteres, que son altamente bellos y simpáticos en medio de las absurdas y exageradas ideas que á algunos mueven y que rechaza el sentido moral de nuestra época. Contiene, por otra parte, *La Estrella de Sevilla* escenas admirables, como son las del Rey estrechando y obli gandoá Sancho á que mate á Busto, la de Estrella que en medio de sus sueños de ventura se encuentra á su hermano muerto á manos de su amente, y la de unos alcaldes que se niegan á atropellar á la justicia para complacer al Rey: el desenlace es inmejorable así como la ejecución toda. »

Lope retrató á menudo las costumbres de la sociedad de su época; lo mismo la de la Corte que la de busconas y rufianes, y, en ocasiones, se inspiraban sus argumentos en sucesos de la dinastía que entonces reinaba en España, como ya se ha dicho del de *El castigo sin venganza*.

« Para describir la muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, dice D. A. de Castro, dada por Antonio Pérez de orden de Felipe II, y para afear la persecución que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso Lope de Vega su tragedia intitulada *La Estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos críticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la acción de esa tragedia se finge en el reinado de don Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Taberas. »

Mientras reinare en Sevilla.

DON PEDRO. Hoy sus alcaldes mayores
Agradecidos pedimos
Tus pies, porque recebimos
En su nombre tus favores.
Jurados y regidores
Ofrecen con voluntad
Su riqueza y su lealtad,
Y el Cabildo lo desea,
Con condición que no sea
En daño de tu ciudad.

REY. Yo quedo muy satisfecho...

. . . . . .[1]

DON PEDRO. Tus manos nos da á besar.

REY. Que en recibirme habéis hecho
Como quien sois; y sospecho
Que á vuestro amparo he de hacerme
Rey de Gibraltar, que duerme
Descuidado en las colunas;
Y con prósperas fortunas
Haré que de mí se acuerde[2].

FARFÁN. Con su lealtad y su gente
Sevilla en tan alta empresa
Le servirá á vuestra alteza[3],
Ofreciendo juntamente
Las vidas[4].

---

1. Falta un verso á esta décima. J. E. H.

Cuando un escritor tan erudito como lo era el señor Hartzenbusch ilustra las obras de un autor, obliga al que después emprende análogo trabajo á copiarle ó á hacerlo peor, á menos de poseer dotes excepcionales de que por mi mal carezco. En esta alternativa no ha sido para mí difícil la elección : he preferido copiar la mayor parte de sus notas, pues convienen á la mayor claridad del texto, allí donde las puso su experta mano, indicando la procedencia con las iniciales del diligente bibliógrafo.

2. *Acuerde* no es consonante de *hacerme* y *duerme*. J. E. H.

3. Tampoco *alteza* es consonante de *empresa*. J. E. H.

4. Aquí aparece incompleto y viciado el texto en la única y rarísima edición antigua que se halla de esta preciosa composición. Los versos quinto, sexto y sétimo de esta décima se leen allí de este modo :

Las vidas.

ARIAS. Así lo siente, y satisfecho
Su majestad de los dos
Queda de vuestro deseo.

DON ARIAS. Así lo siente
De vos el rey y de vos:
Satisfecho de los dos
Queda, y de vuestro deseo.
REY. Todo, Sevilla, lo creo
Y lo conozco. Id con Dios.
(*Vanse los Alcaldes*).

ESCENA II

EL REY, DON ARIAS.

DON ARIAS. ¿Qué te parece, Señor,
De Sevilla?
REY. Parecido
Me ha también, que hoy he sido
Solo rey,
DON ARIAS. Mucho mejor,
Mereciendo tu favor,
Señor, te parecerá
Cada día.
REY. Claro está
Que ciudad tan rica y bella,
Viviendo despacio en ella,
Más despacio admirará.
DON ARIAS. El adorno y sus grandezas
De las calles, no sé yo
Si Augusto en Roma las vió,
Ni tuvo tantas riquezas.
REY. Y las divinas bellezas,
¿Por qué en silencio las pasas?
¿Cómo limitas y tasas
Sus celajes y arreboles?
Y di ¿cómo en tantos soles
Como fueron, no te abrasas?
DON ARIAS. Doña Leonor de Ribera
Todo un cielo parecía;
Que de su rostro nacía

Donde se ve que sobran algunas palabras en el primero o en el segundo de estos versos, y falta uno entero J. E. H.

El sol de la primavera.

REY. Sol es, si blanca no fuera,
Y á un sol con rayos de nieve
Poca alabanza se debe,
Si en vez de abrasar, enfría,
Sol que abrasase querría,
No sol que helado se bebe.

DON ARIAS. La que te arrojó las rosas,
Doña Mencía se llama
Coronel.

REY. Hermosa dama;
Mas otras vi más hermosas.

DON ARIAS. Las dos morenas briosas
Que en la siguiente ventana
Estaban, eran doña Ana
Y doña Beatriz Mejía,
Hermanas, con que aun el día
Nuevos resplandores gana.

REY. Por Ana es común la una,
Y por Beatriz la otra es
Sola como el fénix, pues
Jamás le igualó ninguna.

DON ARIAS. La buena ó mala fortuna
¿ También se atribuye al nombre ?

REY. En amor (y no te asombre)
Los nombres son [1] extrañeza,
Son [2] calidad y nobleza
Al apetito del hombre.

DON ARIAS. La blanca y rubia...

REY. No digas
Quién es esa : la mujer
Blanca y rubia vendrá á ser
Mármol y azófar : y obligas,
Como adelante prosigas,
Á oir lo [3] que me da pena.
Una vi de gracias llena,
Y en silencio la has dejado ;
Que en sola la blanca has dado,

---

1. *Con* dice en la edición antigua. J. E. H.
2. *Con* dice aquí también en la edición antigua. J. E. H.
3. *La* dice en la edición primitiva. J. E. H.

Y no has dado en la morena.
¿Quién es la que en un balcón
Yo con atención miré,
Y la gorra le quité
Con alguna suspensión?
¿Quién es la que rayos son
Sus dos ojos fulminantes,
En abrasar semejantes
Á los de Júpiter fuerte,
Que están dándome la muerte,
De su rigor ignorantes?
Una que, de negro, hacía
Fuerte competencia al sol,
Y al horizonte español
Entre ébano amanecía.
Una noche, horror del día,
Pues, de negro, luz le daba,
Y él eclipsado quedaba;
Un borrón de la luz pura
Del sol, pues con su hermosura
Sus puras líneas borraba.

DON ARIAS. Yo caigo, Señor, en ella.

REY. En la mujer más hermosa
Repara, que es justa cosa.

DON ARIAS. Esa la llaman *la Estrella*
De Sevilla.

REY. Si es más bella [1]
Que el sol, ¿cómo así la ofende
Sevilla? ¿Cómo no entiende
Que merece su arrebol
Llamarse Sol, pues es sol
Que vivifica y enciende?

DON ARIAS. Es doña Estrella Tabera
Su nombre, y por maravilla
La llama Estrella Sevilla.

---

1. El resto de esta décima se lee en la edición antigua así

Si es más bella
Que el sol, ¿cómo así la ofende?
Mas Sevilla no se entiende,
Mereciendo su arrebol;
Llamárase sol, pues es sol
Que vivifica y enciende.

REY. Y Sol llamarla pudiera.
DON ARIAS. Casarla su hermano espera
En Sevilla como es justo.
REY. Se llama su hermano...
DON ARIAS. Busto
Tabera, y es regidor
De Sevilla, cuyo honor
Á su calidad ajusto.
REY. ¿ Y es casado ?
DON ARIAS. No es casado ;
Que en la esfera sevillana
Es sol, si estrella es su hermana ;
Que estrella y sol se han juntado.
REY. En buena estrella he llegado
Á Sevilla : tendré en ella
Fuerte favor, si es tan bella
Como la deseo ; ya
Todo me sucederá
Muy bien, con tan buena estrella.
¿ Qué orden, don Arias, darás
Para que la vea y hable ?
ARIAS. Esa estrella favorable,
Á pesar del sol, verás.
Á su hermano honrar podrás ;
Que los más fuertes honores
Baten tiros de favores.
Favorécele ; que el dar,
Deshacer y conquistar
Puede imposibles mayores.
Si tú le das y él recibe,
Se obliga ; y si es obligado,
Pagará lo que le has dado ;
Que al que dan, en bronce escribe.
REY. Á llamarle te apercibe,
Y dar orden juntamente
Cómo la noche siguiente
Vea yo á Estrella en su casa ;
Epiciclo que me abrasa
Con fuego que el alma siente.

(*Vase don Arias.*)

ESCENA III

DON GONZALO DE ULLOA, *con luto*. — EL REY.

DON GONZALO. Déme los pies vuestra alteza.
REY. Levantad, por vida mía.
Día de tanta alegría
¿ Venís con tanta tristeza ?
DON GONZ. Murió mi padre...
REY. Perdí
Un valiente capitán.
DON GONZ. Y las fronteras están
Sin quien las defienda.
REY. Sí.
Faltó una heroica persona,
Y enternecido os escucho.
DON GONZ. Señor, ha perdido mucho
La frontera de Archidona;
Y puesto, Señor, que igual
No ha de haber en su valor,
Y que he heredado el honor
De tan fuerte general,
Vuestra alteza no permita
Qne no se me dé el oficio
Que ha vacado.
REY. Claro indicio
Que en vos siempre se acredita.
Pero la muerte llorad
De vuestro padre, y en tanto
Que estáis con luto y con llanto,
En mi Corte descansad.
DON GONZ. Con la mesma pretensión
Fernán Pérez de Medina
Viene, y llevar imagina
Por servicios el bastón;
Que en fin adalid ha sido
Diez años, y con la espada
Los nácares de Granada
De rubíes ha teñido;
Y por eso adelantarme

Quise.

REY. Veréme en ello ;
Que supuesto que he de hacello,
Quiero en ello consultarme.

ESCENA IV

FERNÁN PÉREZ DE MEDINA. — Dichos.

FERNÁN. Pienso, gran Señor, que llego
Tarde á vuestros altos pies;
Besarlos quiero, y después...

REY. Fernan Pérez, con sosiego
Los pies me podéis besar;
Que aun en mis manos está
El oficio, y no se da
Tal plaza sin consultar
Primero vuestra persona
Y otras del reino importantes,
Que siendo en ellos atlantes,
Serán rayos de Archidona.
Id, y descansad.

DON GONZ. Señor
Este memorial os dejo.

FERNÁN. Y yo el mío, que es espejo
Del cristal de mi valor;
Donde se verá mi cara
Limpia, perfecta y leal.

DON GONZ. También el mío es cristal
Que hace mi justicia clara.
(*Vanse don Gonzalo y Fernán.*)

ESCENA V

DON ARIAS, BUSTO TABERA. — EL REY.

DON ARIAS. Aquí, gran Señor, está
Busto Tabera.

BUSTO. Á esos pies
Turbado llego, porque es

Natural efecto ya
En la presencia del Rey
Turbarse el vasallo; y yo,
Puesto que esto lo causó,
Como es ordinaria ley,
Dos veces llego turbado,
Porque el hacerme, Señor,
Este impensado favor,
Turbación en mí ha causado.

REY. Alzad.

BUSTO. Bien estoy así;
Que si el Rey se ha de tratar
Como santo en el altar,
Digno lugar escogí.

REY. Vos sois un gran caballero.

BUSTO. De eso he dado á España indicio;
Pero conforme á mi oficio,
Señor, los aumentos quiero.

REY. Pues yo los puedo aumentar.

BUSTO. Divinas y humanas leyes
Dan potestad á los reyes;
Pero no les dan lugar
Á los vasallos á ser
Con sus reyes atrevidos,
Porque con ellos medidos,
Gran Señor, deben tener
Sus deseos; y así, yo,
Que exceder las leyes veo,
Junto á la ley mi deseo.

REY. ¿Cuál hombre no deseó,
Ser más siempre?

BUSTO. Si á más fuera,
Cubierto me hubiera hoy;
Pero si Tabera soy,
No ha de cubrirse Tabera.

REY. (*Aparte con don Arias.*) ¡Notable filosofía
De honor!

DON ARIAS. (*Ap. con el Rey.*) Capricho el primero
Sin segundo.

REY. Yo no quiero,
Tabera, por vida mía,
Que os cubráis hasta aumentar

Vuestra persona en oficio,
Que os dé deste amor indicio;
Y así, os quiero consultar,
Sacándoos de ser Tabera,
Por general de Archidona;
Que vuestra heroica persona
Será rayo en su frontera.

BUSTO. Pues yo, Señor, ¿en qué guerra
Os he servido?

REY. En la paz
Os hallo, Busto, capaz
Para defender mi tierra;
Tanto, que ahora os prefiero
Á estos que servicios tales
Muestran por sus memoriales,
Que aquí en mi presencia quiero
Que leáis y despachéis.
Tres pretenden, que sois vos
Y estos dos: mirad qué dos
Competidores tenéis.

BUSTO. (*Lee.*) « Muy poderoso Señor: Don Gonzalo de » Ulloa suplica á vuestra alteza le haga la merced de la » plaza de capitán general de las fronteras de Archidona, » atento que mi padre, estándole sirviendo más tiempo de » catorce años, haciendo notables servicios á Dios por » vuestra corona, murió en una escaramuza. Pido jus- » ticia, etc. »
— Si de su padre el valor
Ha heredado don Gonzalo,
El oficio le señalo.

REY. Leed el otro [1].

BUSTO. (*Lee.*) « Señor.
» Fernán Pérez de Medina,
» Veinte años soldado ha sido,
» Y á vuestro padre ha servido,
» Y serviros imagina
» Con su brazo y con su espada,

---

1. Edición antigua:

REY. Leed el otro *memorial.*
BUSTO. (*Lee.*) *Muy poderoso* Señor.

» En propios reinos, y extraños.
» Ha sido adalid diez años
» De la vega de Granada,
» Ha estado captivo en ella
» Tres años en ejercicios
» Cortos ; por cuyos oficios,
» Y por su espada, que en ella
» Toda su justicia abona,
» Pide en este memorial
» El bastón de general
» De los campos de Archidona. »

REY. Decid los vuestros.

BUSTO. No sé
Servicio aquí que decir,
Por donde pueda pedir,
Ni por donde se me dé.
Referir de mis pasados
Los soberanos blasones,
Tantos vencidos pendones
Y castillos conquistados,
Pudiera ; pero, Señor,
Ya por ellos merecieron
Honor; y si ellos sirvieron,
No merezco yo su honor.
La justicia, parà sello,
Ha de ser bien ordenada,
Porque es caridad sagrada
Que Dios cuelga de un cabello.
Dar este oficio es justicia
Á uno de los dos aquí;
Que si me le dais á mí,
Hacéis, Señor, injusticia.
Y aquí en Sevilla, Señor,
En cosa no os he obligado ;
Que en las guerras fuí soldado,
Y en las paces regidor.
Y si va á decir verdad,
Fernán Pérez de Medina
Merece el cargo ; que es dina
De la frontera su edad.
Y á don Gonzalo podéis,
Que es mozoc y ordobés Cid,

Hacer, Señor, adalid.

REY. Sea pues lo que queréis.

BUSTO. Solo quiero (y la razón
Y la justicia lo quieren)
Darles á los que sirvieren
Debida satisfación.

REY. Basta ; que me avergonzáis
Con vuestros buenos consejos.

BUSTO. Son mis verdades espejos ;
Y así, en ellas os miráis.

REY. Sois un grande caballero,
Y en mi cámara y palacio
Quiero que asistáis despacio,
Porque yo conmigo os quiero.
¿ Sois casado ?

BUSTO. Gran Señor,
Soy de una hermana marido,
Y casarme no he querido
Hasta dársele.

REY. Mejor
Yo, Busto, se le daré.
¿ Es su nombre ?

BUSTO. Doña Estrella.

REY. Á Estrella, que será bella,
No sé qué esposo le dé
Sino es el sol.

BUSTO. Solo un hombre,
Señor, para Estrella anhelo ;
Que no es estrella del cielo.

REY. Yo la casaré, en mi nombre,
Con hombre que la merezca.

BUSTO. Por ello los pies te pido.

REY. Daréla, Busto, marido
Que á su igual no desmerezca.
Y decidle que he de ser
Padrino y casamentero,
Y que yo dotarla quiero.

BUSTO. Ahora quiero saber,
Señor, para qué ocasión
Vuesa alteza me ha llamado ;
Porque me ha puesto en cuidado.

REY. Tenéis, Tabera, razón.

Yo os llamé para un negocio
De Sevilla, y quise hablaros
Primero, para informaros
Dél; pero la paz y el ocio
Nos convida: más despacio
Lo trataremos los dos.
Desde hoy asistídme vos
En mi cámara y palacio.
Id con Dios.

BUSTO. Los pies me dad.

REY. Mis dos brazos, regidor,
Os daré.

BUSTO. Tanto favor
No entiende mi actividad.
(*Ap.* Sospechoso voy: quererme,
Y sin conocerme honrarme,
Más parece sobornarme,
Honor, que favorecerme.) (*Vase.*)

ESCENA VI

EL REY, DON ARIAS.

REY. El hombre es bien entendido,
Y tan cuerdo como honrado.

DON ARIAS. Destos honrados me enfado.
¡Cuántos, gran Señor, lo han sido,
Hasta dar con la ocasión!
Sin ella, son destos modos
Todos cuerdos; pero todos
No en todas, Señor, lo son,
Aquel murmura hoy de aquel
Que de otro ayer murmuró;
Que la ley que ejecutó,
Ejecuta el tiempo en él.
Su honra en una balanza
Pone; en otra poner puedes
Tus favores y mercedes,
Tu lisonja y tu privanza.

REY. Encubierto pienso ver
Esta mujer en su casa,

Que es sol, pues tanto me abrasa,
Aunque estrella al parecer.
Viva yo, y diga Castilla
Lo que quisiere decir ;
Que, rey ciego, he de seguir
Á la Estrella de Sevilla. (*Vanse.*

Sala en casa de Busto Tabera.

ESCENA VII

DON SANCHO, ESTRELLA, MATILDE, CLARINDO.

DON SANCHO. Divino ángel mío,
¿ Cuándo seré tu dueño,
Sacando deste empeño
Las ansias que te envío ?
¿ Cuándo el blanco rocío
Que vierten mis dos ojos,
Sol que alumbrando sales
En conchas de corales,
De que ha formado amor los labios rojos,
Con apacibles calmas
Perlas harás que engasten nuestras almas ?

ESTRELLA. Si como mis deseos
Los tiempos caminaran,
Al sol aventajaran
Los pasos giganteos,
Y mis dulces empleos
Celebrara Sevilla,
Sin envidiar celosa,
Amante venturosa,
La regalada y tierna tortolilla,
Que con arrullos roncos
Tálamos hace de los huecos troncos.

DON SANCHO. ¡ Ay cómo te agradece
Mi vida esos deseos !
Los etéreos trofeos
De la fama apetece
Mi alma, y se te ofrece.

ESTRELLA. Yo con ella la vida,
Para que viva en ella.

SANCHO. ¡ Ay, amorosa Estrella,

De fuego y luz vestida!

ESTRELLA. ¡ Ay, piadoso homicida!

SANCHO. ¡ Ay, sagrados despojos,
Norte en el mar de mis confusos ojos!

CLARINDO. (*Á Matilde.*) ¿ Cómo los dos no damos
De holandas y cambrayes
Algunos blandos ayes,
Siguiendo á nuestros amos?

SANCHO. ¿ No callas?

CLARINDO. Ya callamos.
¡ Ay, hermosa muleta (*Ap. á Matilde.*)
De mi amante desmayo!

MATILDE. ¡ Ay hermoso lacayo,
Que al son de la almohaza eres poeta!

CLARINDO. ¡ Ay mi dicha!

MATILDE. ¡ Ay dichoso!

CLARINDO. No tiene tantos ayes un leproso.

DON SANCHO. ¿ Qué dice al fin tu hermano?

ESTRELLA. Que hechas las escrituras
Tan firmes y seguras,
El casamiento es llano,
Y que el darte la mano
Unos días dilate
Hasta que él se prevenga.

DON SANCHO. Mi amor quiere que tenga
Misero fin, si el tiempo le combate.
Hoy casarme querría;
Que da el tiempo mil vueltas cada día.

ESTRELLA. Si el tiempo se detiene,
Habla á mi hermano.

DON SANCHO. Quiero
Hablarle, porque muero
Lo que amor le entretiene.

CLARINDO. Busto Tabera viene.

ESCENA VIII

BUSTO. — Dichos.

BUSTO. ¡ Sancho amigo!...

ESTRELLA. ¡ Ay! ¿ Qué es esto?

DON SANCHO. ¿Vos con melancolía?
BUSTO. Tristeza y alegría
En cuidado me han puesto.
Éntrate dentro, Estrella.
ESTRELLA. ¡Válgame Dios! El tiempo me atropella.
(*Vanse Estrella y Matilde.*)

ESCENA IX

DON SANCHO, BUSTO, CLARINDO.

BUSTO. Sancho Ortiz de las Roelas...
SANCHO. ¿Ya no me llamáis cuñado?
BUSTO. Un caballo desbocado
Me hace correr sin espuelas.
Sabed que el Rey me llamó,
No sé por Dios para qué;
Que aunque se lo pregunté,
Jamás me lo declaró.
Hacíame general
De Archidona, sin pedillo;
Y á fuerza de resistillo,
No me dió el bastón real.
Hízome al fin...
DON SANCHO. Proseguid:
Que todo eso es alegría.
Decid la melancolía,
Y la tristeza decid.
BUSTO. De su cámara me ha hecho.
DON SANCHO. También es gusto.
BUSTO. Al pesar
Vamos.
DON SANCHO. (*Ap.*) Que me ha de costar
Algún cuidado sospecho.
BUSTO. Díjome que no casara
Á Estrella, porque él quería
Casarla, y se prefería,
Cuando yo no la dotara,
Á hacerlo y dalla marido
Á su gusto.
DON SANCHO. Tú dijiste

Que estabas alegre y triste ;
Mas yo sólo el triste he sido,
Pues tú alcanzas las mercedes,
Y yo los pesares cojo.
Déjame á mí con tu enojo,
Y tú el gusto tener puedes;
Que en la cámara del Rey,
Y bien casada tu hermana,
El tenerle es cosa llana.
Mas no cumples con la ley
De amistad, porque debías
Decirle al Rey que ya estaba
Casada tu hermana.

BUSTO. Andaba
Entre tantas demasías
Turbado mi entendimiento,
Que lugar no me dió allí
Á decirlo.

DON SANCHO. Siendo así,
¿No se hará mi casamiento?

BUSTO. Volviendo á informar al Rey
Que están hechos los conciertos
Y escrituras, serán ciertos
Los contratos; que su ley
No ha de atropellar lo justo.

SANCHO. Si el Rey la quiere torcer,
¿Quién fuerza le podrá hacer,
Habiendo interés ó gusto?

BUSTO. Yo le hablaré y vos también,
Pues yo entonces, de turbado,
No le dije lo tratado.

DON SANCHO. Muerte pesares me den.
Bien decía que en el tiempo
No hay instante de firmeza,
Y que el llanto y la tristeza
Son sombra de pasatiempo.
Y cuando el Rey con violencia
Quisiere torcer la ley...

BUSTO. Sancho Ortiz, el Rey es rey :
Callar, y tener paciencia. (*Vase.*)

ESCENA X

DON SANCHO, CLARINDO.

DON SANCHO. En ocasión tan triste,
¿Quién paciencia tendrá, quién sufrimiento?
Tirano, que veniste,
Á perturbar mi dulce casamiento,
Con aplauso á Sevilla,
No goces los imperios de Castilla.
Bien de don Sancho el Bravo
Mereces el renombre; que en las obras
De conocerte acabo,
Pues por tu crueldad tal nombre cobras,
Pero Dios los humilla.
De Sevilla salgamos;
Vamos á Gibraltar, donde las vidas
En su riesgo perdamos.
CLARINDO. Sin ir allá las damos por perdidas.
DON SANCHO. Con Estrella tan bella,
¿Cómo vengo á tener tan mala estrella?
Mas ¡ay, que es rigurosa,
Y en mí son sus efectos desdichados!
CLARINDO. Por esta estrella hermosa
Morimos como huevos estrellados;
Mejor fuera en tortilla.
DON SANCHO. No goces los imperios de Castilla. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XI

EL REY, DON ARIAS, ACOMPAÑAMIENTO; *después* BUSTO.

REY. Decid cómo estoy aquí.
DON ARIAS. Ya lo saben, y á la puerta
Á recibirte, Señor,
Sale don Busto Tabera. (*Sale Busto.*)
BUSTO. ¡Tal merced, tanto favor!

¿En mi casa vuestra alteza?

REY. Por Sevilla así embozado
Salí, con gusto de verla,
Y me dijeron, pasando,
Que eran vuestras casas éstas,
Y quise verlas; que dicen
Que son en extremo buenas.

BUSTO. Son casas de un escudero.

REY. Entremos.

BUSTO. Señor, son hechas
Para mi humildad, y vos
No podéis caber en ellas;
Que para tan gran señor
Se cortaron muy estrechas,
Y no será bien notado
En Sevilla, cuando sepan
Que á visitarme venís.

REY. No vengo, Busto, por ellas;
Por vos vengo.

BUSTO. Gran Señor,
Notable merced es esta;
Y si aquí por mí venís,
No es justo que os obedezca;
Que será descortesía
Que á visitar su rey venga
Al vasallo, y que el vasallo
Lo permita y lo consienta.
Criado y vasallo soy,
Y es más razón que yo os vea,
Ya que me queréis honrar,
En el alcázar; que afrentan[1]
Muchas veces las mercedes,
Cuando vienen con sospecha.

REY. ¿Sospecha? ¿De qué?

BUSTO. Dirán,
Puesto que al contrario sea,
Que venistes á mi casa
Por ver á mi hermana; y puesta
En buena opinión su fama,
Está á pique de perderla;

1. *Ostentan* dice la edición antigua. J. E. H.

Que el honor es cristal puro,
Que con un soplo se quiebra.

REY. Ya que estoy aquí, un negocio
Comunicaros quisiera.
Entremos.

BUSTO. Por el camino
Será, si me dais licencia;
Que no tengo apercebida
La casa.

REY. (*Ap. con don Arias.*) Gran resistencia
Nos hace.

DON ARIAS. (*Ap. con el Rey.*) Llevarle importa;
Que yo quedaré con ella,
Y en tu nombre la hablaré.

REY. Habla paso, no te entienda;
Que tiene todo su honor
Este necio en las orejas.

DON ARIAS. El peso las romperá.

REY. Basta; no quiero por fuerza
Ver vuestra casa.

BUSTO. Señor,
En casando á doña Estrella,
Con el adorno que es justo
La verá.

DON ARIAS. Esos coches llega.

REY. Ocupad, Busto, un estribo.

BUSTO. Á pie, si me dais licencia,
He de ir.

REY. El coche es mío,
Y mando yo en él.

DON ARIAS. Ya esperan
Los coches.

REY. Guíen al alcázar.

BUSTO. (*Ap.*) Muchas mercedes son éstas;
Gran favor el Rey me hace:
¡Plegue á Dios que por bien sea! (*Vanse.*)

Sala en casa de Busto.

ESCENA XII

ESTRELLA, MATILDE; *después*, DON ARIAS.

ESTRELLA. ¿Qué es lo que dices, Matilde?
MATILDE. Que era el Rey, Señora. (*Sale don Arias.*)
DON ARIAS. Él era,
Y no es mucho que los reyes
Sigiendo una estrella vengan.
Á vuestra casa venía
Buscando tanta belleza;
Que si el Rey lo es de Castilla,
Vos de la beldad sois reina.
El rey don Sancho, á quien llaman
Por su invicta fortaleza
El Bravo el vulgo, y los moros
Porque de su nombre tiemblan,
Esa divina hermosura
Vió en un balcón, competencia
De los palacios del alba,
Cuando en rosas y azucenas
Medio dormidas las aves,
La madrugan y recuerdan,
Y del desvelo llorosa,
Vierte racimos de perlas.
Mandóme que de Castilla
Las riquezas te ofreciera,
Aunque son para tus gracias
Limitadas las riquezas.
Que su voluntad admitas;
Que si la admites y premias,
Serás de Sevilla el sol,
Si has sido hasta aquí la estrella.
Daráte villas, ciudades,
De quien serás ricahembra,
Y daráte á un ricohombre
Por esposo, con quien seas

Corona de tus pasados
Y aumento de tus Taberas.
¿Qué respondes?

ESTRELLA. ¿Qué respondo?
Lo que ves. (*Vuelve la espalda.*)

DON ARIAS. Aguarda, espera.

MATILDE. Á tan livianos recados
Da mi espalda la respuesta. (*Vase.*)

ESCENA XIII

DON ARIAS, MATILDE.

DON ARIAS. (*Ap.*) ¡Notable valor de hermanos!
Los dos suspenso me dejan.
La gentilidad romana
Sevilla en los dos celebra.
Parece cosa imposible
Que el Rey los contraste y venza;
Pero porfía y poder
Talan montes, rompen peñas.
Hablar quiero á esta criada;
Que las dádivas son puertas
Para conseguir favores
De las Porcias y Lucrecias,
¿Eres criada de casa?

MATILDE. Criada soy; mas por fuerza,

DON ARIAS. ¿Cómo por fuerza.

MATILDE. Que soy
Esclava.

DON ARIAS. ¿Esclava?

MATILDE. Y sujeta,
Sin la santa libertad,
A muerte y prisión perpetua.

DON ARIAS. Pues yo haré que el Rey te libre,
Y mil ducados de renta
Con la libertad te dé,
Si en su servicio te empleas.

MATILDE. Por la libertad y el oro
No habrá maldad que no emprenda.
Mira lo que puedo hacer;

Que lo haré, como ya pueda.

DON ARIAS. Tú has de dar al Rey entrada
En casa esta noche.

MATILDE. Abiertas
Todas las puertas tendrá,
Como cumplas la promesa.

DON ARIAS. Una cédula del Rey
Con su firma y de su letra,
Antes que entre te daré.

MATILDE. Pues yo le pondré en la mesma
Cama de Estrella esta noche.

DON ARIAS. ¿Á qué hora Busto se acuesta?

MATILDE. Al alba viene á acostarse.
Todas las noches requiebra;
Que este descuido en los hombres
Infinitas honras cuesta,

DON ARIAS. Y ¿á qué hora te parece
Que venga el Rey?

MATILDE. Señor, venga
Á las once; que ya entonces
Estará acostada.

DON ARIAS. Lleva
Esta esmeralda en memoria
De las mercedes que esperas. (*Vanse.*)

Salón del alcázar.

ESCENA XIV

DON ÍÑIGO OSORIO, BUSTO Y DON MANUEL, *con llaves doradas.*

DON MANUEL. Goce vuestra señoría
La llave y cámara, y vea
El aumento que desea.

BUSTO. Saber pagalle querría
Á su alteza la merced
Que me hace sin merecella.

DON ÍÑIGO. Mucho merecéis, y en ella
Que no se engaña creed

El Rey.

BUSTO. Su llave me ha dado,
Puerta me hace de su cielo;
Aunque me amenaza el suelo,
Viéndome tan levantado;
Que como impensadamente
Tantas mercedes me ha hecho,
Que se ha de mudar sospecho
El que honra tan de repente.

ESCENA XV

DON ARIAS. — Dichos.

DON ARIAS. Á recoger, caballeros;
Que quiere el Rey escribir.

DON MANUEL. Vamos pues á divertir
La noche.

(*Vanse Busto, don Iñigo y don Manuel.*)

ESCENA XVI

EL REY. — DON ARIAS.

REY. ¿Que sus luceros
Esta noche he de gozar,
Don Arias?

DON ARIAS. La esclavilla
Es extremada.

REY. Castilla
Estatuas le ha de labrar.

DON ARIAS. Una cédula has de hacella.

REY. Ven, don Arias, á ordenalla;
Que no dudaré en firmalla,
Como mi amor lo atropella.

DON ARIAS. ¡Buena queda la esclavilla
Á fe de noble!

REY. Recelo
Que me vende el sol del cielo
En la Estrella de Sevilla.

ACTO SEGUNDO

Calle.

ESCENA PRIMERA

EL REY, DON ARIAS Y MATILDE, *á la puerta de casa de Busto.*

MALTILDE. Solo será más seguro;
Que todos reposan ya.
REY. ¿Y Estrella?
MATILDE. Durmiendo está,
Y el cuarto en que duerme, oscuro.
REY. Aunque decillo bastaba,
Este es, mujer, el papel,
Con la libertad en él;
Que yo le daré otra esclava
Á Busto.
DON ARIAS. El dinero y todo
Va en él.
MATILDE. Dadme vuestros pies.
DON ARIAS. (*Ap. al Rey.*) Todas con el interés
Son, Señor, de un mismo modo.
REY. Divina cosa es reinar.
DON ARIAS. ¿Quién lo puede resistir?
REY. Al fin, solo he de subir.
Para disimular.
DON ARIAS. ¿Solo te aventuras hoy?
REY. Pues dime, ¿en qué me aventuro?
Y cuando no esté seguro,
¿Conmigo mismo no voy?
Vete.
DON ARIAS. ¿Dónde aguardaré?
REY. Desviado de la calle,
En parte donde te halle.
DON ARIAS. En San Marcos entraré. (*Vase.*)
REY. ¿Á qué hora Busto vendrá?
MATILDE. Viene siempre cuando al alba

Los pájaros hacen salva;
Y abierta la puerta está
Hasta que él viene.

REY. El amor
Me alienta á tan alta empresa[1].

MATILDE. Busque tras mí vuestra alteza[2]
Lo escuro del corredor. (*Vanse.*)

ESCENA II

DON MANUEL, BUSTO, DON ÍÑIGO.

BUSTO. Esta es mi posada.

DON ÍÑIGO. Adiós.

BUSTO. Es temprano para mí.

DON MANUEL. No habéis de pasar de aquí.

BUSTO. Basta.

DON ÍÑIGO. Tenemos los dos
Ciertá visita que hacer.

BUSTO. ¿Qué os pareció Feliciana?

DON MANUEL. En el alcázar mañana,
Amigo, en esa mujer
Hablaremos; que es figura
Muy digna de celebrar.
(*Vanse don Manuel y don Íñigo.*)

ESCENA III

BUSTO.

Temprano me entro á acostar.
(*Mirando el portal de su casa.*)
Toda la casa está obscura.
¿No hay un paje? ¡Hola, Luján
Osorio, Juanico, Andrés!
Todos duermen. ¡Justa, Inés!
También ellas dormirán.
¡Matilde! También la esclava

1. 2. Otra vez *empresa* por consonante de *alteza*.

Se ha dormido : es dios el sueño,
Y de los sentidos dueño. (*Entrase en su casa.*)

Sala de casa de Busto.

ESCENA IV

EL REY. MATILDE; *después*, BUSTO.

MATILDE. Pienso que es el que llamaba
Mi señor, ¡Perdida soy!
REY. ¿No dijiste que venía
Al alba?
MATILDE. Desdicha es mía.
(*Sale Busto, y el Rey se emboza.*)
BUSTO. ¡Matilde!
MATILDE. ¡Ay Dios! Yo me voy.
REY. (*Ap. á ella.*) No tengas pena. (*Vase Matilde.*)

ESCENA V

EL REY, BUSTO.

BUSTO. ¿Quién es?
REY. Un hombre.
BUSTO. ¡Á estas horas hombre
En mi casa! Diga el nombre.
REY. Aparta.
BUSTO. No sois cortés;
Y si pasa, ha de pasar
Por la punta desta espada;
Que aunque esta casa es sagrada,
La tengo de profanar.
REY. Ten la espada.
BUSTO. ¿Qué es tener,
Cuando el cuarto de mi hermana
Desta suerte se profana?
Quién sois tengo de saber,

Ó aquí os tengo de matar.

REY. Hombre de importancia soy;
Déjame.

BUSTO. En mi casa estoy,
Y en ella yo he de mandar.

REY. Déjame pasar: advierte
Que soy hombre bien nacido,
Y aunque á tu casa he venido,
No es mi intención ofenderte,
Sino aumentar más tu honor.

BUSTO. ¡El honor así se aumenta!

REY. Corre tu honor por mi cuenta.

BUSTO. Por esta espada es mejor.
Y si mi honor procuráis,
¿Cómo embozado venís?
Honrándome, ¿os encubrís?
Dándome honor, ¿os tapáis?
Vuestro temor os convenza,
Como averiguado está;
Que ninguno que honra da,
Tiene de dalla vergüenza.
Meted mano, ó ¡vive Dios,
Que os mate!

REY. ¡Necio apurar!

BUSTO. Aquí os tengo de matar,
Ó me habéis de matar vos. (*Mete mano.*)

REY. (*Ap.* Diréle quien soy.) Detente;
Que soy el Rey.

BUSTO. Es engaño.
¡El Rey procurar mi daño,
Solo, embozado y sin gente!
No puede ser; y á su alteza
Aquí, villano, ofendéis,
Pues defecto en él ponéis,
Que es una extraña bajeza.
¡El Rey había de estar
Sus vasallos ofendiendo!
De nuevo en esto me ofendo;
Por esto os he de matar,
Aunque más me porfiéis;
Y ya que á mí me ofendáis,
No en su grandeza pongáis

Tal defecto, pues sabéis
Que sacras y humanas leyes
Condenan á culpa estrecha
Al que imagina ó sospecha
Cosa indigna de los reyes.

REY. (*Ap.* ¡ Qué notable apurar de hombre!)
Hombre, digo que el Rey soy.

BUSTO. Menos crédito te doy;
Porque aquí no viene el nombre
De rey con las obras, pues
Es el Rey el que da honor;
Tú buscas mi deshonor.

REY. (*Ap.*) Este es necio y descortés:
¿Qué he de hacer?

BUSTO. (*Ap.* El embozado
Es el Rey, no hay que dudar.
Quiérole dejar pasar,
Y saber si me ha afrentado
Luego; que el alma me incita
La cólera y el furor;
Que es como censo el honor,
Que aquel que le da, le quita.)
Pasa, cualquiera que seas,
Y otra vez al Rey no infames,
Ni el Rey, villano, te llames
Cuando haces hazañas feas.
Mira que el Rey, mi señor,
Del África horror y espanto,
Es cristianísimo y santo,
Y ofendes tanto valor.
La llave me ha confiado
De su casa, y no podía
Venir sin llave á la mía
Cuando la suya me ha dado.
Y no atropelléis la ley;
Mirad que es hombre en efeto:
Esto os digo, y os respeto
Porque os fingisteis el Rey.
Y de verme no os asombre
Fiel, aunque quedo afrentado
Que un vasallo está obligado
A tener respeto al nombre.

Y sin más atropellallos
Contra Dios y contra ley,
Así aprenderá á ser rey
Del honor de sus vasallos.

REY. Ya no lo puedo sufrir;
Que estoy confuso y corrido.
¡Necio! Porque me he fingido
Ser el Rey, ¿me dejas ir?
Pues advierte que yo quiero,
Porque dije que lo era,
Salir de aquesta manera; (*Mete mano.*)
Que si libertad adquiero
Porque aquí rey me llamé,
Y en mí respetas el nombre,
Porque te admire y te asombre,
En las obras lo seré.
Muere, villano; que aquí
Aliento el nombre me da
De Rey, y él te matará.

BUSTO. Solo mi honor reina en mí. (*Riñen.*)

ESCENA VI

CRIADOS, *con luces;* MATILDE. — EL REY, *embozado,* BUSTO.

CRIADOS. ¿Qué es esto?

REY. (*Ap.*) Escaparme quiero
Antes de ser conocido.
Deste villano ofendido
Voy; pero vengarme espero. (*Vase.*)

UN CRIADO. Huyó quien tu afrenta trata.

BUSTO. Seguidle, dadle el castigo...
— Dejadle; que al enemigo
Se ha de hacer puente de plata.
Dadle una luz á Matilde,
Y entraos vosotros allá.
(*Dánsela, y vanse los criados.*)

ESCENA VII

BUSTO, MATILDE.

BUSTO. (*Ap.* Ésta me vende, que está
Avergonzada y humilde.
La verdad he de sacar
Con una mentira cierta.)
Cierra de golpe esa puerta. —
Aquí os tengo de matar.
Todo el caso me ha contado
El Rey.

MATILDE. (*Ap.* Si él no guardó
El secreto, ¿cómo yo,
Con tan infelice estado,
Lo puedo guardar?) Señor,
Todo lo que el Rey te dijo
Es verdad.

BUSTO. (*Ap.* Ya aquí colijo
Los defectos de mi honor.)
¿Que tú al fin al Rey le diste
Entrada?

MATILDE. Me prometió
La libertad; y así, yo
Por ella, como tú viste,
Hasta este mesmo lugar
Le metí.

BUSTO. Y ¿sabe Estrella
Algo desto?

MATILDE. Pienso que ella
En sus rayos á abrasar
Me viniera, si entendiera
Mi concierto.

BUSTO. Cosa es clara;
Porque si acaso enturbiara
La luz, estrella no fuera.

MATILDE. No permite su arrebol
Eclipse ni sombra oscura;
Que es su luz brillante y pura,

Participada del sol,
Á su cámara llegó;
Y dándome este papel,
Entró el Rey, y tú tras él.

BUSTO. ¿Cómo ¿Este papel te dió?

MATILDE. Con mil ducados de renta
Y la libertad.

BUSTO. (*Ap.* ¡Favor
Grande á costa de mi honor!
¡Bien me engran y ece aumenta!)
Ven conmigo,

MATILDE. ¿Dónde voy?

BUSTO. Vas á que te vea el Rey;
Que así cumplo con la ley
Y obligación en que estoy,

MATILDE. ¡Ay desdichada esclavilla!

BUSTO. (*Ap.*) Si el Rey la quiso eclipsar,
Fama á España ha de quedar
De *la Estrella de Sevilla.* (*Vanse.*)

Calle que sale al alcázar.

ESCENA VIII

EL REY, DON ARIAS.

REY. Esto al fin ha sucedido.

DON ARIAS. Quisiste entrar solo.

REY. Ha andado
Tan necio y tan atrevido,
Que vengo, amigo, afrentado;
Que sé que me ha conocido.
Metió mano para mí
Con equívocas razones,
Y aunque más me resistí,
Las naturales acciones
Con que como hombre nací,
Del decoro me sacaron
Que pide mi majestad.
Doy sobre él; pero llegaron

Con luces, que la verdad
Dijeran que imaginaron,
Si la espalda no volviera,
Temiendo ser conocido;
Y vengo desta manera.
Lo que ves me ha sucedido,
Arias, con Busto Tabera.

DON ARIAS. Pague con muerte el disgusto;
Degüéllale, vea el sol
Naciendo el castigo justo,
Pues en el orbe español
No hay más leyes que tu gusto.

REY. Matarle públicamente,
Arias, es yerro mayor.

DON ARIAS. Causa tendrás suficiente;
Que en Sevilla es regidor,
Y el más sabio y más prudente
No deja, Señor, de hacer
Algún delito, llevado
De la ambición y el poder.

REY. Es tan cuerdo y tan mirado
Que culpa no ha de tener.

DON ARIAS. Pues hazle, Señor, matar
En secreto.

REY. Eso sí:
Mas ¿de quién podré fiar
Este secreto?

DON ARIAS. De mí.

REY. No te quiero aventurar.

DON ARIAS. Pues yo darte un hombre quiero,
Valeroso y gran soldado,
Como insigne caballero,
De quien el moro ha temblado
En el obelisco fiero
De Gibraltar, donde ha sido
Muchas veces capitán
Victorioso, y no vencido,
Y hoy en Sevilla le dan,
Por gallardo y atrevido,
El lugar primero; que es
De militares escuelas
El sol.

REY. Su nombre ¿cómo es?
DON ARIAS. Sancho Ortiz de las Roelas,
Y el Cid andaluz después.
REY. Ese al momento me llama,
Pues ya quiere amanecer.
DON ARIAS. Ven á acostarte.
REY. ¿Qué cama,
Arias, puede apetecer
Quien está ofendido y ama?
Ese hombre llama al momento.
DON ARIAS. En el alcázar está
Un bulto pendiente al viento.
REY. ¿Bulto dices? ¿Qué será?
DON ARIAS. No será sin fundamento.
REY. Mira quién es.
DON ARIAS. La esclavilla,
Con el papel en las manos.
REY. ¡Hay tal rabia!
DON ARIAS. ¡Hay tal mancilla!
REY. Mataré á los dos hermanos,
Si se alborota Sevilla.
DON ARIAS. Mándale luego quitar,
Y con decoro y secreto
También se puede enterrar.
¡Así se pierde el respeto!
Tabera no ha de quedar. (*Vanse.*)

Sala en casa de Busto.

ESCENA IX

BUSTO, ESTRELLA.

ESTRELLA. ¿Qué es esto?
BUSTO. Echa ese marco
ESTRELLA. Apenas el sol dormido
Por los balcones del alba
Sale pisando zafiros,
¡Y me levantas del lecho,
Solo, triste y afligido!
Confuso estás y turbado.

Dime, ¿has visto algún delito
En que cómplice yo sea?

BUSTO Tú me dirás si lo has sido.

ESTRELLA. ¿Yo? ¿Qué dices? ¿Estás loco?
Dime si has perdido el juicio.
¡Yo delito! Mas ya entiendo
Que tú lo has hecho en decillo,
Pues sólo con preguntallo,
Contra mí lo has cometido.
¿No me conoces? ¿No sabes
Quién soy? en mi boca ¿has visto
Palabras desenlazadas
Del honor con que las rijo?
Porque si no has visto nada
Que me pueda ser indicio,
¿Qué delito puede haber?

BUSTO. Sin ocasión no lo digo.

ESTRELLA. ¿Sin ocasión?

BUSTO. ¡Ay, Estrella!
Que esta noche en casa...

ESTRELLA. Dilo;
Que si estuviere culpada,
Luego me ofrezco al suplicio.
¿Qué hubo esta noche en casa?

BUSTO. Esta noche fué epiciclo
Del sol; que en ella esta noche
Se trocó de Estrella el signo.

ESTRELLA. Las llanezas del honor
No con astrólogo estilo
Se han de decir: habla claro,
Y deja en sus zonas cinco
El sol; que aunque Estrella soy,
Yo por el sol no me rijo.

BUSTO. Cuando partía la noche
Con sus destemplados giros
La campana de las Cuevas,
Lisonja del cielo empíreo,
Entré en casa, y topé en ella,
Cerca de tu cuarto mismo,
Al Rey solo y embozado.

ESTRELLA. ¡Qué dices!

BUSTO. Verdad te digo.

Mira, Estrella, á aquestas horas
¡Á qué pudo haber venido
El Rey á mi casa solo,
Si por Estrella no vino!
Matilde con él estaba;
Que á los pasos y al rüido
Salió, porque entonces era
Sabio lince el honor mío.
Metí mano, y « ¿Quién va? » dije;
Respondió: « Un hombre; » y embisto
Con él; y él, de mí apartado,
Que era el Rey, Estrella, dijo;
Y aunque le conocí luego,
Híceme desentendido
En conocerle; que el cielo
Darme sufrimiento quiso.
Embistióme, como rey
Enojado y ofendido;
Que un rey que embiste enojado,
Se trae su valor consigo.
Salieron pajes con luces;
Y entonces, por no ser visto,
Volvió la espalda, y no pudo
Ser de nadie conocido.
Conjuré la esclava; y ella,
Sin mostralle de Dionisio
Los tormentos, confesó
Las verdades sin martirio.
Firmada la libertad
Le dió en un papel que hizo
El Rey, cabeza al proceso
En que sus culpas fulmino.
Saquéla de casa luego,
Porque su aliento nocivo
No sembrara deshonor
Por los nobles edificios.
Cogíla á la puerta, y luego,
Puesta en los hombros, camino
Al alcázar, y en sus rejas
La colgué por su delito;
Que quiero que el Rey conozca
Que hay Brutos contra Tarquinos.

Esto me ha pasado, Estrella;
Nuestro honor está en peligro:
Yo he de ausentarme por fuerza,
Y es fuerza darte marido.
Sancho Ortiz lo ha de ser tuyo;
Que con su amparo te libro
Del rigor del Rey, y yo
Libre me pongo en camino.

ESTRELLA. ¡Ay Busto! Dame esa mano
Por el favor infinito
Que me has hecho.

BUSTO. Hoy has de ser,
Y así, Estrella, te apercibo,
Su esposa: guarda silencio,
Porque importa al honor mío. (*Vase.*)

ESTRELLA. ¡Ay amor! y ¡qué ventura!
Ya estás de la venda asido;
No te has de librar. Mas ¿quién
Sacó el fin por el principio,
Si entre la taza y la boca
Un sabio temió el peligro? (*Vase.*)

Salón del alcázar.

ESCENA X

EL REY, *con dos papeles:* DON ARIAS.

DON ARIAS. Ya en la antecámara aguarda
Sancho Ortiz de las Roelas.

REY. Todo el amor es cautelas;
Ya la piedad me acobarda.
En este papel sellado
Traigo su nombre y su muerte,
Y en éste, que yo he mandado
Matarle: de aquesta suerte
El quedará disculpado.
Hazle entrar, y echa á la puerta
La loba, y tú no entres.

DON ARIAS. ¿No?

REY. No; porque quiero que advierta
Que sé este secreto yo
Solamente; que concierta
La venganza mi deseo
Más acomodada así.

DON ARIAS. Voy á llamarle. (*Vase.*)

REY. Ya veo,
Amor, que no es éste en mí
Alto y glorioso trofeo.

ESCENA XI

DON SANCHO. — EL REY.

DON SANCHO. Vuestra alteza á mis dos labios
Les conceda los dos pies.

REY. Alzad; que os hiciera agravios.
Alzad.

DON SANCHO. Señor...

REY. (*Ap.*) Galán es.

DON SANCHO. No es mucho que yo, Señor,
Me turbe, no siendo aquí
Retórico ni orador.

REY. Pues decid, ¿qué veis en mí?

DON SANCHO. La majestad y el valor
Y al fin, una imagen veo
De Dios, pues le imita el Rey;
Y después dél, en vos creo.
Á vuestra cesárea ley,
Gran Señor, aquí me empleo.

REY. ¿Cómo estáis?

DON SANCHO. Nunca me he visto
Tan honrado como estoy.

REY. Pues aficionado os soy,
Por prudente y por bienquisto.
Porque estaréis con cuidado,
Codicioso de saber
Para lo que os he llamado,
Decíroslo quiero, y ver
Que en vos tengo un gran soldado.
— Á mí me importa matar

En secreto á un hombre, y quiero
Este caso confiar
Sólo de vos; que os prefiero
Á todos los del lugar.

DON SANCHO. ¿Está culpado?

REY. Sí está.

DON SANCHO. Pues ¿cómo muerte en secreto
Á un culpado se le da?
Poner su muerte en efeto
Públicamente podrá
Vuestra justicia, sin dalle
Muerte en secreto; que así
Vos os culpáis en culpalle,
Pues dais á entender que aquí
Sin culpa mandáis matalle.
Si ese hombre os ha ofendido
En leve culpa, Señor,
Que le perdonéis os pido.

REY. Para su procurador,
Sancho Ortiz, no habéis venido,
Sino para dalle muerte;
Y pues se la mando dar
Escondiendo el brazo fuerte,
Debe á mi honor importar
Matarle de aquesta suerte.
¿Merece el que ha cometido
Crimen laesae, muerte?

DON SANCHO. En fuego.

REY. ¿Y si *crimen laesae* ha sido
El deste?...

DON SANCHO. Que muera luego,
Á voces, Señor, os pido;
Y si es así, la daré,
Señor, á mi mismo hermano,
Y en nada repararé.

REY. Dadme esa palabra y mano.

DON SANCHO. Y en ella el alma y la fe.

REY. Hallándole descuidado
Puedes matarle.

DON SANCHO. ¡Señor!
Siendo Roela y soldado,
¿Me quieres hacer traidor?

¡Y o muerte en caso pensado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
En la plaza ó en la calle;
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle;
Y gana más el que muere
Á traición, que el que le mata;
Y el vivo, con cuantos trata
Su alevosía refiere.

REY. Matadle como queráis;
Que este papel para abono
De mí firmado lleváis,
En que consta que os perdono[1]
Cualquier delito que hagáis.
Referidlo. (*Dale el papel.*)

DON SANCHO. Dice así:
(*Lee.*) « Al que ese papel advierte,
» Sancho Ortiz, luego por mí
» Y en mi nombre dadle muerte;
» Que yo por vos salgo aquí;
» Y si os halláis en aprieto,
» Por este papel firmado
» Sacaros dél os prometo. —
» *Yo el Rey.* » — Estoy admirado
De que tan poco conceto
Tenga de mí vuestra alteza.
¡Yo cédula! ¡Yo papel!
¡Qué! Más en vos que no en él
Confía aquí mi nobleza.
Si vuestras palabras cobran
Valor que los montes labra,
Y ellas cuanto dicen obran,
Dándome aquí la palabra,
Señor, los papeles sobran,
Rompedlo, porque sin él
La muerte le solicita,
Mejor, Señor, que con él;

1. Verso que se halla en la edición hecha en Boston, año de 1840, y no se lee en la impresión antigua que nos sirve de orginal. J. E. H.

Que en parte desacredita
Vuestra palabra el papel. (*Rómpele.*)
Sin papel, Señor, aquí
Nos obligamos los dos,
Y prometemos así,
Yo de vengaros á vos,
Y vos de librarme á mí;
Si es así, no hay que hacer
Cédulas, que estorbo han sido :
Yo os voy luego á obedecer;
Y sólo por premio os pido
Para esposa la mujer
Que yo eligiere.

REY. Aunque sea
Ricafembra de Castilla
Os la concedo.

DON SANCHO. Posea
Vuestro pie la alarbe silla ;
El mar los castillos vea
Gloriosos y dilatados,
Y por sus climas helados...
. . . . . [1]

REY. Vuestros hechos excelentes,
Sancho, quedarán premiados.
En este papel va el nombre (*Dale un papel.*)
Del hombre que ha de morir ;
Cuando lo abráis no os asombre ;
Mirad que he oído decir
En Sevilla que es muy hombre.

DON SANCHO. Presto, Señor, lo sabremos.

REY. Los dos, Sancho, solamente
Este secreto sabemos.
No hay que advertiros ; prudente
Sois vos : obrad, y callemos. (*Vase.*

1. Falta un verso que consuene con *excelentes*. J. E. H.

ESCENA XII

CLARINDO. — DON SANCHO.

CLARINDO. ¿Había de encontrarte
Cuando nuevas tan dulces vengo á darte?
Dame, Señor, albricias
De las glorias mayores que codicias.
DON SANCHO. ¿Agora de humor vienes?
CLARINDO. ¿Cómo el alma en albricias no previenes? (*Dale*
DON SANCHO. ¿Cúyo es éste? [*un papel.*)
CLARINDO. De Estrella,
Que estaba más que el sol hermosa y bella.
Mandóme que te diera
Ese papel, y albricias te pidiera.
DON SANCHO. ¿De qué?
CLARINDO. Del casamiento,
Que se ha de efectuar luego al momento.
DON SANCHO. ¡Qué dices! La alegría
Me ha de matar. ¿Que Estrella ha de ser mía?
El hermoso lucero
Del alba ¿es para mí? Del sol espero
Que los dorados rayos
En abismos de luz pinten desmayos.
(*Lee.*) « Esposo, ya ha llegado
» El venturoso plazo deseado:
» Mi hermano va á buscarte
» Sólo por darme vida y por premiarte.
» Si del tiempo te acuerdas,
» Búscale luego, y la ocasión no pierdas.
» Tu *Estrella.* » — ¡Ay forma bella!
¿Qué bien no he de alcanzar con tal estrella?
Avisa al mayordomo
De la dichosa sujeción que tomo,
Y que saque al momento
Las libreas que están para este intento
En casa reservadas,
Y saquen las cabezas coronadas
Mis lacayos y pajes
De hermosas pesadumbres de plumajes.

Y si albricias codicias,
Toma aqueste jacinto por albricias;
Que el sol también te diera,
Cuando la piedra del anillo fuera.

CLARINDO. Vivas más que la piedra,
Á tu esposa enlazado como hiedra;
Y pues tanto te precio,
Vivas, Señor, más años que no un necio. (*Vase.*)

ESCENA XIII

DON SANCHO.

Buscar á Busto quiero;
Que entre deseos y esperanzas muero.
Mas con el miedo y gusto
Me olvidaba del Rey, y no era justo.
Ya está el papel abierto.
Quiero saber quién ha de ser el muerto.
(*Lee.*) « Al que muerte habéis de dar,
» Es, Sancho, á Busto Tabera. »
— ¡ Válgame Dios ! ¡ Que esto quiera !
¡ Tras una suerte un azar !
Toda esta vida es jugar
Una carteta imperfeta,
Mal barajada, y sujeta
Á desdichas y á pesares;
Que es toda en cientos y azares
Como juego de carteta.
Pintada la suerte vi;
Mas luego se despintó,
Y el naipe se barajó
Para darme muerte á mí.
Miraré si dice así...
Pero yo no lo leyera
Si el papel no lo dijera.
Quiérole otra vez mirar.
(*Lee.*) « Al que muerte habéis de dar,
» Es, Sancho, á Busto Tabera. »
¡ Perdido soy ! ¿ Qué he de hacer ?
Que al Rey la palabra he dado...

. . . . . [1]
Y á su hermana he de perder...
Sancho Ortiz, no puede ser.
Viva Busto. — Mas no es justo
Que al honor contraste el gusto :
Muera Busto, Busto muera. —
Mas detente, mano fiera;
Viva Busto, viva Busto.
— Mas no puedo con mi honor
Cumplir, si á mi amor acudo;
Mas ¿ quién resistirse pudo
A la fuerza del amor?
Morir me será mejor,
Ó ausentarme, de manera
Que sirva al Rey, y él no muera.
Mas quiero al Rey agradar.
(*Lee.*) « Al que muerte habéis de dar,
« Es, Sancho, á Busto Tabera. »
¿ Si le mata por Estrella
El Rey, que servilla trata?...
Sí, por Estrella le mata :
Pues no muera aquí por ella.
Ofendelle y defendella
Quiero. — Mas soy caballero,
Y no he de hacer lo que quiero,
Sino lo que debo hacer.
Pues ¿ qué debo obedecer?
La ley que fuere primero.
Mas no hay ley que á aquesto obligue.
Mas sí hay; que aunque injusto el Rey,
. . . . . [2]
Á él después Dios le castigue.
Mi loco amor se mitigue;
Que, aunque me cueste disgusto,
Acudir al Rey es justo :
Busto muera, Busto muera,
Pues ya no hay quien decir quiera :

1. Falta en esta décima un verso que consuene con *dado*. J. E. H.

2. Falta un verso : don Cándido María Trigueros, que refundió esta comedia, lo suplió con éste :

Es obedecerle ley. J. E. H.

« Viva Busto, viva Busto. »
Perdóname, Estrella hermosa;
Que no es pequeño castigo
Perderte y ser tu enemigo.
¿Qué he hacer? ¿Puedo otra cosa?

ESCENA XIV

BUSTO. — DON SANCHO.

BUSTO. Cuñado, suerte dichosa
He tenido en encontraros.
DON SANCHO. (*Ap.*) Y yo desdicha en hallaros,
Porque me buscáis aquí
Para darme vida á mí:
Pero yo para mataros.
BUSTO. Ya, hermano, el plazo llegó
De vuestras dichosas bodas.
DON SANCHO. (*Ap.*) Más de mis desdichas todas,
Decirte pudiera yo.
¡Válgame Dios! ¿Quién se vió
Jamás en tanto pesar?
¡Que aquí tengo de matar
Al que más bien he querido!
¡Que á su hermana haya perdido!
¡Que con todo he de acabar!
BUSTO. Ya por escritura estáis
Casado con doña Estrella.
DON SANCHO. Casarme quise con ella;
Mas ya no, aunque me la, dais.
BUSTO. ¿Conocéisme? ¡Así me habláis!
DON SANCHO. Por conoceros, aquí
Os hablo, Tabera, así.
BUSTO. Si me conocéis, Tabera,
¿Cómo habláis de esa manera?
DON SANCHO. Hablo porque os conocí.
BUSTO. Habréis en mí conocido
Sangre, nobleza y valor,
Y virtud, que es el honor;
Que sin ella honor no ha habido.
Y estoy, Sancho Ortiz, corrido...

DON SANCHO. Más lo estoy yo.
BUSTO. ¡Vos! ¿De qué?
DON SANCHO. De hablaros.
BUSTO. Si en mi honra y fe
Algún defecto advertís,
Como villano mentís,
Y aquí os lo sustentaré. (*Mete mano.*)
DON SANCHO. ¿Qué has de sustentar, villano?
(*Ap.* Perdone amor; que el exceso
Del Rey me ha quitado el seso,
Y es el resistirme en vano.)
(*Riñen.*)
BUSTO. ¡Muerto soy! Detén la mano. (*Cae.*)
DON SANCHO. ¡Ay, que estoy fuera de mí,
Y sin sentido te herí!
Mas aquí, hermano, te pido
Que ya que cobré el sentido,
Que tú me mates á mí.
Quede tu espada envainada
En mi pecho; abre con ella
Puerta al alma.
BUSTO. Á doña Estrella
Os dejo, hermano, encargada.
Adiós. (*Muere.*)
DON SANCHO. Rigurosa espada,
Sangrienta y fiera homicida,
Si me has quitado la vida,
Acábame de matar,
Porque le pueda pagar
El alma por otra herida.

ESCENA XV

Los dos alcaldes mayores DON PEDRO DE GUZMÁN Y FARFÁN DE RIBERA, *y* OTROS CABALLEROS. — DON SANCHO; BUSTO, *muerto.*

DON PEDRO. ¿Qué es esto? Detén la mano.
DON SANCHO. ¿Cómo, si á mi vida he muerto?
FARFÁN. ¡Hay tan grande desconcierto!
DON PEDRO. ¿Qué es esto?

DON SANCHO. He muerto á mi hermano.
Soy un Caín sevillano,
Que vengativo y cruel,
Maté un inocente Abel:
Veisle aquí; matadme aquí;
Que pues él muere por mí,
Yo quiero morir por él.

ESCENA XVI

DON ARIAS. — DICHOS.

DON ARIAS. ¿Qué es esto?
DON SANCHO. Un fiero rigor;
Que tanto en los hombres labra
Una cumplida palabra
Y un acrisolado honor.
Decidle al Rey mi señor
Que tienen los sevillanos
Las palabras en las manos,
Como lo veis, pues por ellas
Atropellan las Estrellas
Y no hacen caso de hermanos.
DON PEDRO. Dió muerte á Busto Tabera.
DON ARIAS. ¡Hay tan temerario exceso!
DON SANCHO. Prendedme, llevadme preso;
Que es bien que el que mata muera.
¡Mirad qué hazaña tan fiera
Me hizo el amor intentar,
Pues me ha obligado á matair,
Y me ha obligado á matar,
Pues por él vengo á pedir
La muerte que él me ha de dar!
DON PEDRO. Llevadle á Triana preso,
Porque la ciudad se altera.
DON SANCHO. ¡Amigo Busto Tabera!...
FARFÁN. Este hombre ha perdido el seso.
DON SANCHO. Dejadme llevar en peso,
Señores, el cuerpo helado,
En noble sangre bañado;
Que así su atlante seré,

Y entre tanto le daré
La vida que le he quitado.

DON PEDRO. Loco está.

DON SANCHO. Yo, si atropello
Mi gusto, guardo la ley.
Esto, Señor, es ser rey,
Y esto, Señor, es no sello.
Entendello y no entendello
Importa, pues yo lo callo.
Yo lo maté, no hay negallo;
Mas el por qué no diré:
Otro confiese el por qué,
Bues yo confieso el matallo.
(*Llévanselo y vanse.*)

Sala en casa de Busto.

ESCENA XVII

ESTRELLA, TEODORA.

ESTRELLA. No sé si me vestí bien,
Como me vestí de prisa.
Dame, Teodora, ese espejo.

TEODORA. Verte, Señora, en tí misma
Puedes, porque no hay cristal
Que tantas verdades diga,
Ni de hermosura tan grande
Haga verdadera cifra.

ESTRELLA. Alterado tengo el rostro
Y la color encendida.

TEODORA. Es, Señora, que la sangre
Se ha asomado á las mejillas
Entre temor y vergüenza,
Sólo á celebrar tus dichas.

ESTRELLA. Ya me parece que llega,
Bañado el rostro de risa,
Mi esposo á darme la mano
Entre mil tiernas caricias.
Ya me parece que dice

Mil ternezas, y que oídas,
Sale el alma por los ojos,
Disimulando sus niñas.
¡ Ay venturoso día !
Esta ha sido, Teodora, estrella mía.

TEODORA. Parece que gente suena.
Cayó el espejo. De envidia, (*Álzale*).
El cristal, dentro la hoja,
De una luna hizo infinitas.

ESTRELLA. ¿ Quebróse ?

TEODORA. Señora, sí.

ESTRELLA. Bien hizo, porque imagina
Que aguardo el cristal, Teodora,
En que mis ojos se miran.
Y pues tal espejo aguardo,
Quiébrese el espejo, amiga ;
Que no quiero que con él,
Este de espejo me sirva.

ESCENA XVIII

CLARINDO, *muy galán*. — DICHAS.

CLARINDO. Ya aquesto suena, Señora,
Á gusto y volatería ;
Que las plumas del sombrero
Los casamientos publican.
Á mi dueño dí el papel,
Y dióme aquesta sortija
En albricias.

ESTRELLA. Pues yo quiero
Feriarte aquesas albricias.
Dámela, y toma por ella
Este diamante.

CLARINDO. Partida
Está por medio la piedra :
Será de melancolía;
Que los jacintos padecen
De ese mal, aunque le quitan.
Partida por medio está.

ESTRELLA. No importa que esté partida;

Que es bien que las piedras sientan
Mis contentos y alegrías.
¡ Ay venturoso día!
Esta, amigos, ha sido estrella mía!

TEODORA. Gran tropel suena en los patios.

CLARINDO. Y ya la escalera arriba
Parece que sube gente.

ESTRELLA. ¿ Qué valor hay que resista
Al placer?

ESCENA XIX

LOS DOS ALCALDES MAYORES *con* GENTE *que trae el cadáver de Busto.* — DICHOS.

ESTRELLA. Pero...¿ qué es esto ?

DON PEDRO. Los desastres y desdichas
Se hicieron para los hombres ;
Que es mar de llanto esta vida.
El señor Busto Tabera
Es muerto.

ESTRELLA. ¡ Suerte enemiga !

DON PEDRO. El consuelo que aquí os queda,
Es que está el fiero homicida,
Sancho Ortiz de las Roelas,
Preso, y dél se hará justicia
Mañana sin falta...[1]

ESTRELLA. Dejadme, gente enemiga ;
Que en vuestras lenguas traéis
De los infiernos las iras.
¡ Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz ! ¿ Hay quien lo diga ?
¿Hay quien lo escuche y no muera ?
Piedra soy, pues estoy viva.
¡ Ay riguroso día !
Esta, amigos, ha sido estrella mia.
Pero si hay piedad humana,
Matadme.

DON PEDRO. El dolor la priva,

1. Verso incompleto.

Y con razón.

ESTRELLA. ¡ Desdichada
Ha sido la estrella mía !
¡ Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz ! ¡ Él quien divida
Tres almas de un corazón !...
Dejadme ; que estoy perdida.

DON PEDRO. Ella está desesperada.

FARFÁN. ¡ Infeliz beldad !

DON PEDRO. Seguidla.

CLARINDO. Señora...

ESTRELLA. Déjame, ingrato,
Sangre de aquel fratricida.
Y pues acabo con todo,
Quiero acabar con la vida.
¡ Ay riguroso día !
Esta ha sido, Teodora, estrella mía.

ACTO TERCERO

Salón del alcázar.

ESCENA PRIMERA

EL REY, LOS DOS ALCALDES, DON ARIAS.

DON PEDRO. Confiesa que le mató ;
Mas no confiesa por qué.

REY. ¿ No dice qué le obligó ?

FARFÁN. Solo responde : « No sé. »

DON PEDRO. Es gran confusión.

REY. Y ¿ no
Dice si le dió ocasión ?

DON PEDRO. Señor, de ninguna suerte.

DON ARIAS. ¡ Temeraria confusión !

FARFÁN. Dice que le dió la muerte ;
No sabe si es con razón.
Sólo confiesa matalle

Porque matalle juró.
DON ARIAS. Ocasión debió de dalle.
DON PEDRO. Dice que no se la dió.
REY. Volved de mi parte á hablalle,
Y decidle que yo digo
Que luego el descargo dé ;
Y decid que soy su amigo,
Y su enemigo seré
En el rigor y castigo.
Declare por qué ocasión
Dió muerte á Busto Tabera,
Y en sumaria información
Dé del delito razón
Antes que de necio muera.
Diga quién se lo mandó
Y por quién le dió la muerte,
Ó que ocasión le movió
Á hacello ; que desta suerte
Oiré su descargo yo ;
Ó que á morir se aperciba.
DON PEDRO. Eso es lo que más desea.
El sentimiento le priva,
Viendo una hazaña tan fea,
Tan avara y tan esquiva.
Sin juicio está.
REY. No se queja
De ninguno ?
FARFÁN. ¿ No, Señor :
Con su pesar se aconseja.
REY. ¡ Notable y raro valor !
FARFÁN. Los cargos ajenos deja,
Y á sí se culpa no más.
REY. No se habrán visto en el mundo
Tales dos hombres jamás.
Cuando su valor confundo,
Me van apurando más,
De mi parte le decid
Que diga por quién le dió
La muerte y le persuadió
Á ello, y le prevenid
Que declare, aunque sea yo,
Si no confiesa al momento,

En un teatro mañana
Dará á Sevilla escarmiento.

DON ARIAS. Voy pues.

(*Vanse los alcaldes y don Arias.*)

ESCENA II

DON MANUEL. — EL REY.

DON MANUEL. Doña Estrella pide
Para besaros las manos
Licencia.

REY. ¿ Quién se lo impide ?

DONMANUEL. Gran Señor, los ciudadanos.

REY. ¡ Bien con la razón se mide !
Dadme una silla, y dejad
Que entre ahora.

DON MANUEL. Voy por ella. (*Vase.*)

REY. Vendrá vertiendo beldad :
Como en el cielo la estrella
Sale tras la tempestad. (*Vuelve don Manuel.*)

DON MANUEL. Ya está aquí.
Parece así su arrebol
El sol gallardo y gentil,
Aunque por verano el sol
Vierte rayos de marfil.

ESCENA III

ESTRELLA, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

ESTRELLA. Cristianísimo don Sancho,
De Castilla Rey ilustre,
Por las hazañas notable,
Heroico por las virtudes :
Una desdichada estrella
Que sus claros rayos cubre
Deste luto, que mi llanto
Lo ha sacado en negras nubes,
Justicia á pedirte vengo;

Mas no que tú la ejecutes,
Sino que en mi arbitrio dejes
Que mi venganza se funde.
No doy lugar á mis ojos,
Que mis lágrimas enjuguen,
Porque anegándome en ellas,
Mi sentimiento no culpes.
Quise á Tabera, mi hermano,
Que las sacras pesadumbres
Ocupa, pisando estrellas
En pavimientos azules.
Como hermano me amparó,
Y como á padre le tuve :
La obediencia y el respeto
En sus mandamientos puse.
Vivía con él contenta,
Sin dejar que el sol me injurie ;
Que aun rayos del sol no eran
Á mis ventanas comunes.
Nuestra hermandad envidiaba
Sevilla, y todos presumen
Que éramos los dos hermanos
Que á una estrella se reducen.
Un tirano cazador
Hace que el arco ejecute
El fiero golpe en mi hermano,
Y nuestras glorias confunde.
Perdí hermano, perdí esposo :
Sola he quedado, y no acudes
Á la obligación de Rey,
Sin que nadie te disculpe.
Hazme justicia, Señor;
Dame el homicida, cumple
Con tu obligación en esto ;
Déjame que yo le juzgue.

REY. Sosegáos, y enjugad las luces bellas,
Si no queréis que se arda mi palacio ;
Que lágrimas del sol son las estrellas,
Si cada rayo suyo es un topacio.
Recoja el alba su tesoro en ellas,
Si el sol recién nacido le da espacio,
Y dejad que los cielos las codicien ;

Que no es razón que aquí se desperdicien.
Tomad esta sortija, y en Triana
Allanad el castillo con sus señas :
Pónganlo en vuestras manos, sed tirana
Fiera con él de las hircanas peñas,
Aunque á piedad y compasión villana
Nos enseñan volando las cigüeñas;
Que es bien que sean, porque más asombre,
Aves y fieras confusión del hombre.

ESTRELLA. Aquí, Señor, virtud es avaricia... [1]
Que si en mí plata hubiera y oro hubiera,
Luego de mi cabeza le arrancara,
Y el rostro con fealdad oscureciera,
Aunque en brasas ardientes le abrasara.
Si un Tabera murió, quedó un Tabera;
Y si su deshonor está en mi cara,
Yo la pondré de suerte con mis manos,
Que espanto sea entre los más tiranos.
(*Vanse todos, menos el Rey.*)

Prisión.

ESCENA IV

EL REY.

Si á Sancho Ortiz le entregan, imagino
Que con su mano misma ha de matalle.
¡ Que en vaso tan perfeto y peregrino
Permite Dios que la fiereza se halle !
¡ Ved lo que intenta un necio desatino !
Yo incité á Sancho Ortiz : voy á libralle ;
Que amor que pisa púrpura de reyes,
Á su gusto no más promulga leyes. (*Vase.*)

---

1. Verso suelto entre dos octavas : debe pertenecer á alguna que se omitió en la edición antigua, no sabemos por qué. J. E. H.

ESCENA V

DON SANCHO, CLARINDO, MÚSICOS.

DON SANCHO. ¿ Algunos versos, Clarindo,
No has escrito á mi suceso?
CLARINDO. ¿ Quién, Señor, ha de escribir
Teniendo tan poco premio ?
Á las fiestas de la plaza
Muchos me pidieron versos,
Y viéndome por los calles,
Como si fuera maestro
De cortar ó de coser,
Me decían : « ¿ No está hecho
Aquel recado? » Y me daban
Más prisa que un rompimiento.
Y si que comer tuviera,
Excediera en el silencio
Á Anaxágoras, y burla
De los latinos y griegos
Ingenios hiciera.

ESCENA VI

LOS ALCALDES, DON ARIAS. — DICHOS.

DON PEDRO. Entrad.
CLARINDO. Que vienen, Señor, sospecho
Éstos á notificarte
La sentencia.
DON SANCHO. Pues de presto
Decid vosotros un tono. (*Á los músicos.*)
¡ Agora sí que deseo
Morir, y quiero cantando
Dar muestras de mi contento!
Fuera de que quiero dalles
Á entender mi heroico pecho,
Y que aun la muerte no puede
En él obligarme á menos.

CLARINDO. ¡Notable gentilidad!
¿Qué más hiciera un tudesco,
Llena el alma de lagañas
De pipotes de lo añejo?

MÚSICOS. (*Cantando*). *Si consiste en el vivir*
Mi triste y confusa suerte,
Lo que se alarga la muerte,
Eso se alarga el morir.

CLARINDO. ¡Gallardo mote han cantado!

DON SANCHO. Á propósito y discreto.

MÚSICOS. (*Cantan.*) *No hay vida como la muerte*
Para el que vive muriendo.

DON PEDRO. ¿Ahora es tiempo, Señor,
De música? (*Vanse los músicos.*)

DON SANCHO. Pues, ¿qué tiempo
De mayor descanso pueden
Tener en su mal los presos?

FARFÁN. Cuando la muerte por horas
Le amenaza, y por momentos
La sentencia está aguardando
Del fulminado proceso,
¿Con música se entretiene?

DON SANCHO. Soy cisne, y la muerte espero
Cantando.

FARFÁN. Llegado ha el plazo.

DON SANCHO. Las manos y pies os beso
Por las nuevas que me dais.
¡Dulce día á mi deseo!

DON PEDRO. Sancho Ortiz de las Roelas,
Vos ¿confesáis que habéis muerto
Á Busto Tabera?

DON SANCHO. Sí,
Aquí á voces lo confieso.
Buscad bárbaros castigos,
Inventad nuevos tormentos,
Porque en España se olviden
De Fálaris y Majencio.

FARFÁN. Pues sin daros ocasión
¿Le matasteis?

DON SANCHO. Yo le he muerto:
Esto confieso, y la causa,
Pues tan callada la tengo,

Si hay alguno que la sepa,
Dígalo : que yo no entiendo
Por qué murió; sólo sé
Que le maté sin saberlo.

DON PEDRO. Pues parece alevosía
Matarle sin causa.

DON SANCHO. Es cierto
Que la dió, pues que murió.

DON PEDRO. ¿Á quién?

DON SANCHO. Á quien me ha puesto
En el estado que estoy,
Que es en el último extremo.

DON PEDRO. ¿Quién es?

DON SANCHO. No puedo decirlo,
Porque me encargó el secreto;
Que como rey en las obras,
He de serlo en el silencio.
Y para matarme á mí,
Basta saber que le he muerto,
Sin preguntarme el por qué.

DON ARIAS. Señor Sancho Ortiz, yo vengo
Aquí, en nombre de su alteza,
Á pediros que á su ruego
Confeséis quién es la causa
Deste loco desconcierto;
Si lo hicisteis por amigos,
Por mujeres ó por deudos,
Ó por algún poderoso
Y grande de aquestos reinos.
Y si tenéis de su mano
Papel, resguardo ó concierto
Escrito ó firmado, al punto
Lo manifestéis, haciendo
Lo que debéis.

DON SANCHO. Si lo hago,
No haré, Señor, lo que debo.
Decidle á su alteza, amigo,
Que cumplo lo que prometo;
Y si él es don Sancho el Bravo,
Yo ese mismo nombre tengo.
Decidle que bien pudiera
Tener papel; mas me afrento

De que papeles me pida,
Habiendo visto rompellos.
Yo maté á Busto Tabera;
Y aunque aquí librarme puedo,
No quiero, por entender
Que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mía,
Y lo prometido he hecho;
Y quien promete, también
Es razón haga lo mesmo.
Haga quien se obliga hablando,
Pues yo me he obligado haciendo.

DON ARIAS. Si en vuestra boca tenéis
El descargo, es desconcierto
Negarlo.

DON SANCHO. Yo soy quien soy,
Y siendo quien soy, me venzo
Á mí mismo con callar,
Y á alguno que calla afrento.
Quien es quien es, haga obrando
Como quien es; y con esto,
De aquesta suerte los dos
Como quien somos haremos.

DON ARIAS. Eso le diré á su alteza.

DON PEDRO. Vos, Sancho Ortiz, habéis hecho
Un caso muy mal pensado,
Y anduvisteis poco cuerdo.

FARFÁN. Al cabildo de Sevilla
Habéis ofendido, y puesto
Á su rigor vuestra vida,
Y en su furor vuestro cuello.

(*Vanse los alcaldes y don Arias.*)

ESCENA VII

DON SANCHO, CLARINDO.

CLARINDO. ¿Es posible que consientas
Tantas injurias?

DON SANCHO. Consiento
Que me castiguen los hombres
Y que me confunda el cielo,

Y ya, Clarindo, comienza.
¿No oyes en confuso estruendo
Bramar los aires, armados
De relámpagos y truenos?
Uno baja sobre mí
Como culebra, esparciendo
Círculos de fuego aprisa.

CLARINDO. Pienso que has perdido el seso.
(*Ap.* Quiero seguille el humor.)

DON SANCHO. ¡Que me abraso!

CLARINDO. ¡Que me quemo!

DON SANCHO. ¿Cogióte el rayo también?

CLARINDO. ¿No me ves cenizas hecho?

DON SANCHO. ¡Válgame Dios!

CLARINDO. Sí, señor.
Ceniza soy de sarmientos.

DON SANCHO. Ya estamos en la otra vida.

CLARINDO. Y pienso que en el infierno.

DON SANCHO. ¿En el infierno, Clarindo?
¿En qué lo ves?

CLARINDO. En que veo,
Señor, en aquel castillo
Más de mil sastres mintiendo.

DON SANCHO. Bien dices que en él estamos;
Que la soberbia está ardiendo
Sobre esa torre, formada
De arrogantes y soberbios.
Allí veo á la ambición
Tragando abismos de fuego.

CLARINDO. Y más adelante está
Una legión de cocheros.

DON SANCHO. Si andan coches por acá,
Destruirán el infierno.
Pero si el infierno es,
¿Cómo escribanos no vemos?

CLARINDO. No los quieren recebir
Porque acá no inventen pleitos.

DON SANCHO. Pues en él pleitos no hay,
Bueno ha de ser el infierno.

CLARINDO. ¿Bueno[1]?.....

1. Ó sobra esta palabra, ó faltan un hemistiquio y un verso.

Allí está el tirano honor,
Cargado de muchos necios
Que por la honra padecen.

DON SANCHO. Quiérome juntar con ellos. —
Honor, un necio y honrado
Viene á ser criado vuestro,
Por no exceder vuestras leyes. —
Mal, amigo, lo habéis hecho,
Porque el verdadero honor
Consiste ya en no tenerlo.
¡Á mí me buscáis allá,
Y ha mil siglos que estoy muerto!
Dinero, amigo, buscad;
Que el honor es el dinero.
¿Qué hicisteis? — Quise cumplir
Una palabra. — Riendo
Me estoy: ¿palabras cumplís?
Parecéis majadero;
Que es ya el no cumplir palabras
Bizarría en este tiempo. —
Prometí matar á un hombre,
Y le maté airado, siendo
Mi mejor amigo. — Malo.

CLARINDO. No es muy bueno.

DON SANCHO. No es muy bueno.
Metedle en un calabozo,
Y condénese por necio. —
Honor, su hermana perdí,
Y ya en su hacienda padezco. —
No importa.

CLARINDO. (*Ap.*) ¡Válgame Dios!
Si más proseguir le dejo,
Ha de perder el jüicio.
Inventar quiero un enredo. (*Da voces.*)

DON SANCHO. ¿Quién da voces? Quién da voces?

CLARINDO. Da voces el Cancerbero,
Portero deste palacio. —
¿No me conocéis?

DON SANCHO. Sospecho
Que sí.

CLARINDO. Y vos ¿quién sois?

DON SANCHO. ¿Yo?

Un honrado.

CLARINDO. ¿Y acá dentro
Estáis? Salid, noramala.

DON SANCHO. ¿Qué decís?

CLARINDO. Salíos presto;
Que este lugar no es de honrados.
Asidle, llevadle preso
Al otro mundo, á la cárcel
De Sevilla por el viento. —
¿Cómo? — Tapados los ojos,
Para que vuele sin miedo. —
Ya está tapado. — En sus hombros
Al punto el Diablo Cojuelo
Allá le ponga de un salto. —
¿De un salto? Yo soy contento. —
Camina, y lleva también
De la mano al compañero. —
(*Da una vuelta y déjale.*)
Ya estáis en el mundo, amigo.
Quedáos á Dios. — Con Dios quedo.

DON SANCHO. ¡Dios dijo!

CLARINDO. Sí, Señor; que
Este demonio, primero
Que lo fuese, fué cristiano
Bautizado, y es gallego
De Cal-de-Francos.

DON SANCHO. Parece
Que de un éxtasis recuerdo.
¡Válgame Dios! ¡Ay Estrella,
Qué desdichada la tengo
Sin vos! Mas si os perdí,
Este castigo merezco.

ESCENA VIII

EL ALCAIDE, Y ESTRELLA, *con el manto echado.* — DICHOS.

ESTRELLA. Luego el preso me entregad.

ALCAIDE. Aqui está, Señora, el preso,
Y como lo manda el Rey,

En vuestras manos lo entrego. —
Señor Sancho Ortiz, su alteza
Nos manda que le entreguemos
Á esta señora.

ESTRELLA. Señor,
Venid conmigo.

DON SANCHO. Agradezco
La piedad, si es á matarme,
Porque la muerte deseo.

ESTRELLA. Dadme la mano y venid.

CLARINDO. (*Ap.*) ¿No parece encantamiento?

ESTRELLA. Nadie nos siga.

CLARINDO. Está bien.
(*Vanse Estrella y don Sancho.*)
¡Por Dios, que andamos muy buenos,
Desde el infierno á Sevilla,
Y de Sevilla al infierno!
¡Plegue á Dios que aquesta Estrella
Se nos vuelva ya lucero! (*Vanse.*)

Campo.

ESCENA IX

ESTRELLA, *cubierta con el manto;* DON SANCHO.

ESTRELLA. Ya os he puesto en libertad.
Idos, Sancho Ortiz, con Dios,
Y advertid que uso con vos
De clemencia y de piedad.
Idos con Dios; acabad.
Libre estáis. ¡Y os detenéis!
¿Qué miráis? ¿Qué os suspendéis?
Tiempo pierde el que se tarda:
Id, que el caballo os aguarda,
En que escaparos podéis.
Dineros tiene el criado
Para el camino.

DON SANCHO. Señora,
Dame esos pies.

ESTRELLA. Id; que ahora
No es tiempo.
DON SANCHO. Voy con cuidado.
Sepa yo quién me ha librado,
Porque sepa agradecer
Tal merced.
ESTRELLA. Una mujer
Vuestra aficionada soy,
Que la libertad os doy,
Teniéndola en mi poder.
Id con Dios.
DON SANCHO. No he de pasar
De aquí, si no me decís
Quién sois ó no os descubrís.
ESTRELLA. No me da el tiempo lugar.
DON SANCHO. La vida os quiero pagar,
Y la libertad también.
Yo he de conocer á quien
Tanta obligación le debo,
Para pagar lo que debo,
Reconociendo este bien.
ESTRELLA. Una mujer principal
Soy, y si más lo pondero,
La mujer que más os quiero,
Y á quien vos queréis más mal
Idos con Dios.
DON SANCHO. No haré tal,
Si no os descubrís ahora.
ESTRELLA. Porque os vais, yo soy. (*Descúbrese.*)
DON SANCHO. ¡Señora!
¡Estrella del alma mía!
ESTRELLA. Estrella soy que te guía,
De tu vida precursora.
Vete; que amor atropella
La fuerza así del rigor;
Que como te tengo amor,
Te soy favorable estrella.
DON SANCHO. ¡Tú resplandeciente y bella
¡Con el mayor enemigo!
Tú tanta piedad conmigo!
Trátame con más crueldad:
Que aquí es rigor la piedad,

Porque es piedad el castigo.
Haz que la muerte me den;
No quieras tan liberal
Con el bien hacerme mal,
Cuando está en mi mal el bien.
¡Darle libertad á quien
Muerte á su hermano le dió!
No es justo que viva yo,
Pues él padeció por mí;
Que es bien pue te pierda así,
Quien tal amigo perdió.
En libertad desta suerte,
Me entrego á la muerte fiera,
Porque si, preso estuviera,
¿Qué hacía en pedir la muerte?

ESTRELLA. Mi amor es más firme y fuerte:
Y así, la vida te doy.

DON SANCHO. Pues yo á la muerte me voy,
Puesto que librarme quieres;
Que si haces como quien eres,
Yo he de hacer como quien soy.

ESTRELLA. ¿Por qué mueres?

DON SANCHO. Por vengarte.

ESTRELLA. ¿De qué?

DON SANCHO. De mi alevosía.

ESTRELLA. Es crueldad.

DON SANCHO. Es valentía.

ESTRELLA. Ya no hay parte.

DON SANCHO. Amor es parte.

ESTRELLA. Es ofenderme.

DON SANCHO. Es amarte.

ESTRELLA. ¿Cómo me amas?

DON SANCHO. Muriendo.

ESTRELLA. Antes me ofendes.

DON SANCHO. Viviendo.

ESTRELLA. Óyeme.

DON SANCHO. No hay qué decir.

ESTRELLA. ¿Dónde vas?

DON SANCHO. Voy á morir,
Pues con la vida te ofendo.

ESTRELLA. Vete y déjame.

DON SANCHO. No es bien.

ESTRELLA. Vive y líbrate.
DON SANCHO. No es justo.
ESTRELLA. ¿Por quién mueres?
DON SANCHO. Por mi gusto.
ESTRELLA. Es crueldad.
DON SANCHO. Honor también.
ESTRELLA. ¿Quién te acusa?
DON SANCHO. Tu desdén.
STRELLA. No lo tengo.
DON SANCHO. Piedra soy.
ESTRELLA. ¿Estás en ti?
DON SANCHO. En mi honra estoy,
Y te ofendo con vivir.
ESTRELLA. Pues vete, loco, á morir;
Que á morir también me voy.
(*Vanse por distintos lados.*)

Salón del alcázar.

ESCENA X

EL REY, DON ARIAS.

REY. ¡Que no quiera confesar
Que yo mandé darle muerte!
DON ARIAS. No he visto bronce más fuerte;
Todo su intento es negar.
Dijo al fin que él ha cumplido
Su obligación, y que es bien
Que cumpla la suya quien
Le obligó comprometido.
REY. Callando quiere vencerme.
DON ARIAS. Y aun te tiene convencido.
REY. ¡Él cumplió lo prometido!
En confusión vengo á verme
Por no podelle cumplir
La palabra que enojado
Le dí.
DON ARIAS. Palabra que has dado.
No se puede resistir,

Porque si debe cumplilla
Un hombre ordinario, un rey
Le hace entre sus labios ley,
Y á la ley todo se humilla.

REY. Es verdad, cuando se mide
Con la natural razón
La ley.

DON ARIAS. Es obligación.
El vasallo no la pide
Al Rey; sólo ejecutar,
Sin vello y averiguallo,
Debe la ley el vasallo;
Y el Rey debe consultar.
Tú esta vez la promulgaste
En un papel; y pues él
La ejecutó sin papel,
Á cumplille te obligaste.
La ley que hiciste en mandalle
Matar á Busto Tabera;
Que si por tu ley no fuera,
Él no viniera á matalle.

REY. Pues ¿he de decir que yo
Darle la muerte mandé,
Y que tal crueldad usé
Con quién jamás me ofendió?
El cabildo de Sevilla,
Viendo que la causa fuí,
Arias, ¿qué dirá de mí?
Y ¿qué se dirá en Castilla,
Cuando don Alonso en ella
Me está llamando tirano,
Y el Pontífice romano
Con censuras me atropella?
La parte de mi sobrino
Vendrá á esforzar por ventura,
Y su amparo la asegura.
Falso mi intento imagino;
También si dejo morir
Á Sancho Ortiz, es bajeza.
¿Qué he de hacer?

DON ARIAS. Puede tu alteza
Con halagos persuadir

Á los alcaldes mayores,
Y pedilles con destierro
Castiguen su culpa y yerro,
Atropellando rigores.
Pague Sancho Ortiz: así
Vuelves, gran Señor, por él,
Y ceñido de laurel,
Premiado queda de ti.
Puedes hacerle, Señor,
General de una frontera.

REY. Bien dices; pero si hubiera
Ejecutado el rigor
Con él doña Estrella ya,
Á quien mi anillo le dí,
¿Cómo lo haremos aquí?

DON ARIAS. Todo se remediará.
Yo en tu nombre iré á prendella
Por causa que te ha movido,
Y sin gente y sin rüido
Traeré al alcázar á Estrella.
Aquí la persuadirás
Á tu intento, y porque importe,
Con un grande de la corte
Casarla, Señor, podrás;
Que su virtud y nobleza
Merece un alto marido.

REY. ¡Cómo estoy arrepentido,
Don Arias, de mi flaqueza!
Bien dice un sabio que aquel
Era sabio solamente
Que era en la ocasión prudente,
Como en la ocasión cruel.
Ve luego á prender á Estrella,
Pues de tanta confusión
Me sacas con su prisión;
Que pienso casar con ella,
Para venirla á aplacar,
Un ricohombre de Castilla;
Y á poderla dar mi silla,
La pusiera en mi lugar;
Que tal hermano y hermana
Piden inmortalidad.

DON ARIAS. La gente desta ciudad
Obscurece la romana. (*Va se.*)

ESCENA XI

EL ALCAIDE. — EL REY.

ALCAIDE. Déme los pies vuestra alteza.
REY. Pedro de Caus, ¿qué causa
Os trae á mis pies?
ALCAIDE. Señor,
Este anillo con sus armas
¿No es de vuestra alteza?
REY. Sí:
Éste es privilegio y salva
De cualquier crimen que hayáis
Cometido.
ALCAIDE. Fué á Triana,
Invicto Señor, con él
Una mujer muy tapada,
Diciendo que vuestra alteza
Que le entregase mandaba
Á Sancho Ortiz. Consulté
Tu mandato con las guardas
Y el anillo juntamente;
Y todos que le entregara
Me dijeron: díle luego;
Pero en muy poca distancia
Sancho Ortiz, dando mil voces,
Pide que las puertas abra
Del castillo, y como loco,
« No he de hacer lo que el Rey manda, »
Decía, y « quiero morir;
Que es bien que muera quien mata. »
— La entrada le resistí;
Pero, como voces tantas
Daba, fué abrirle fuerza.
Entró, donde alegre aguarda
La muerte.
REY. No he visto gente
Más gentil ni más cristiana

Que la desta ciudad : callen
Bronces, mármoles y estatuas.

ALCAIDE. La mujer dice, Señor,
Que la libertad le daba,
Y que él no quiso admitilla,
Por saber que era la hermana
De Busto Tabera, á quien
Dió la muerte.

REY. Más me espanta
Lo que me decís agora.
En sus grandezas agravian
La mesma naturaleza.
Ella, cuando más ingrata
Había de ser, perdona,
Le libra ; y él, por pagarla
El ánimo generoso,
Se volvió á morir. Si pasan
Más adelante sus hechos,
Darán vida á aternas planchas.
Vos, Pedro de Caus, traedme
Con gran secreto al alcázar
A Sancho Ortiz en mi coche,
Excusando estruendo y guardas.

ALCAIDE. Voy á servirte. (*Vase.*)

ESCENA XII

UN CRIADO. — EL REY; *después*, LOS ALCALDES.

CRIADO. Aquí
Ver á vuestra alteza aguardan
Sus dos alcaldes mayores.

REY. Decid que entren con sus varas.
(*Vase el criado.*)
Si yo puedo, á Sancho Ortiz
He de cumplir la palabra,
Sin que mi rigor se entienda.
(*Salen los dos alcaldes.*)

DON PEDRO. Ya, gran Señor, sustanciada
La culpa, pide el proceso
La sentencia.

REY. Sustanciadla :
Sólo os pido que miréis,
Pues sois padres de la patria,
Su justicia, y la clemencia
Muchas veces la aventaja.
Regidor es de Sevilla
Sancho Ortiz, si es el que falta
Regidor; uno piedad
Pide, si el otro venganza.

FARFÁN. Alcaldes mayores somos
De Sevilla, y hoy nos carga
En nuestros hombros, Señor,
Su honor y su confianza.
Estas varas representan
Á vuestra alteza; y si tratan
Mal vuestra planta divina,
Ofenden á vuestra estampa.
Derechas miran á Dios,
Y si se doblan y bajan,
Miran al hombre, y del cielo,
En torciéndose, se apartan.

REY. No digo que las torzáis,
Sino que equidad se haga
En la justicia.

DON PEDRO. Señor,
La causa de nuestras causas
Es vuestra alteza : en su *fiat*
Penden nuestras esperanzas.
Dadle la vida, y no muera,
Pues nadie en los reyes manda.
Dios hace los reyes, Dios
De los Saúles traslada
En los humildes Davides
Las coronas soberanas.

REY. Entrad, y ved la sentencia,
Que da por disculpa, y salga
Al suplicio Sancho Ortiz,
Como las leyes lo tratan.
Vos, don Pedro de Guzmán,
Escuchadme una palabra
Aquí aparte. (*Vase Farfán.*)

ESCENA XIII

EL REY, DON PEDRO.

DON PEDRO. Pues, ¿qué es
Lo que vuestra alteza manda?
REY. Dando muerte á Sancho, amigo
Don Pedro, no se restaura
La vida al muerto; y querría,
Evitando la desgracia
Mayor, que le desterremos
Á Gibraltar ó á Granada,
Donde en mi servicio tenga
Una muerte voluntaria.
¿Qué decís?
DON PEDRO. Que soy don Pedro
De Guzmán, y á vuestras plantas
Me tenéis. Vuestra es mi vida,
Vuestra es mi hacienda y espada.
REY. Dadme esos brazos, don Pedro
De Guzmán; que no esperaba
Yo menos de un pecho noble.
Id con Dios: haced que salga
Luego Farfán de Ribera.
(*Ap.* Montes la lisonja allana.)
(*Vase don Pedro.*)

ESCENA XIV

FARFÁN. — EL REY.

FARFÁN. Aquí á vuestros pies estoy.
REY. Farfán de Ribera, estaba
Con pena de que muriera
Sancho Ortiz; mas ya se trata
De que en destierro se trueque
La muerte, y será más larga,
Porque será mientras viva.
Vuestro parecer me falta,

Para que así se pronuncie.

FARFÁN. Cosa de más importancia
Mande á Farfán de Ribera
Vuestra alteza, sin que en nada
Repare; que mi lealtad
En servirle no repara
En cosa alguna.

REY. En fin, sois
Ribera, en quien vierte el alba
Flores de virtudes bellas
Que os guarnecen y acompañan.
Id con Dios. (*Vase Farfán.*)

ESCENA XV

EL REY.

Rien negocié.
Hoy de la muerte se escapa
Sancho Ortiz, y mi promesa
Sin que se entienda se salva.
Haré que por general
De alguna frontera vaya,
Con que le destierro y premio.

ESCENA XVI

LOS ALCALDES. — EL REY.

DON PEDRO. Ya está, gran Señor, firmada
La sentencia, y que la vea
Sólo vuestra alteza falta.

REY. Habrá la sentencia sido
Como yo lo deseaba
De tan grandes caballeros.

FARFAN. Nuestra lealtad nos ensalza.

REY. (*Lee.*) « Fallamos y pronunciamos
» Que le corten en la plaza
» La cabeza. » — ! Esta sentencia
Es la que traéis firmada !

¿Así, villanos, cumplís
Á vuestro rey la palabra?
¡Vive Dios!

FARFÁN Lo prometido
Con las vidas, con las almas
Cumplirá el menor de todos
Como ves, como arrimada
La vara tenga; con ella,
Por las potencias humanas,
Por la tierra, por el cielo,
Que ninguno dellos haga
Cosa mal hecha ó mal dicha.

DON PEDRO. Como á vasallos nos manda;
Mas como alcaldes mayores,
No pidas injustas causas;
Que aquello es estar sin ellas,
Y aquesto es estar con varas,
Y el cabildo de Sevilla
Es quien es.

REY. Bueno está. Basta;
Que todos me avergonzáis.

ESCENA XVII

DON ARIAS, ESTRELLA. — Dichos.

DON ARIAS. Ya está aquí Estrella.

REY. Don Arias,
¿Qué he de hacer? ¿Qué me aconsejas
Entre confusiones tantas?

ESCENA XVIII

EL ALCAIDE, DON SANCHO, CLARINDO. — Dichos.

ALCAIDE. Ya Sancho Ortiz está aquí.

DON SANCHO. Gran Señor, ¿por qué no acabas
Con la muerte mis desdichas,
Con tu rigor mis desgracias?
Yo maté á Busto Tabera;

Matadme, muera quien mata.
Haz, Señor, misericordia,
Haciendo justicia.

REY. Aguarda.
¿Quién te mandó darle muerte?

DON SANCHO. Un papel.

REY. ¿De quién?

DON SANCHO. Si hablara
El papel, él lo dijera;
Que es cosa evidente y clara;
Mas los papeles rompidos
Dan confusas las palabras.
Sólo sé que dí la muerte
Al hombre que más amaba,
Por haberlo prometido.
Mas aquí á tus pies aguarda
Estrella mi muerte heroica,
Y aun no es bastante venganza.

REY. Estrella, yo os he casado
Con un grande de mi casa,
Mozo, galán, y en Castilla
Príncipe, y señor de salva;
Y en premio desto os pedimos,
Con su perdón, nuestra gracia,
Que no es justo que se niegue.

ESTRELLA. Ya, Señor, si estoy casada,
Vaya libre Sancho Ortiz.
No ejecutes mi venganza.

DON SANCHO. ¿Al fin me das el perdón
Porque su alteza te casa?

ESTRELLA. Sí, por eso te perdono.

DON SANCHO. ¿Y quedáis así vengada
De mi agravio?

ESTRELLA. Y satisfecha.

DON SANCHO. Pues porque tus esperanzas
Se logren, la vida acepto,
Aunque morir deseaba.

REY. Id con Dios.

FARFAN. Mirad, Señor,
Que así Sevilla se agravia,
Y debe morir.

REY. (*Á don Arias.*) ¿Qué haré,

Que me apura y acobarda
Esta gente?

DON ARIAS. Hablad.

REY. Sevilla,
Matadme á mí, que fuí causa
Desta muerte. Yo mandé
Matalle, y aquesto basta
Para su descargo.

DON SANCHO. Sólo
Ese descargo aguardaba
Mi honor. El Rey me mandó
Matarle; que yo una hazaña
Tan fiera no cometiera,
Si el Rey no me lo mandara.

REY. Digo que es verdad.

FARFÁN. Así
Sevilla se desagravia;
Que pues mandasteis matalle,
Sin duda os daría causa.

REY. Admirado me ha dejado
La nobleza sevillana.

DON SANCHO. Yo á cumplir salgo el destierro,
Cumpliéndome otra palabra
Que me disteis.

REY. Yo la ofrezco.

DON SANCHO. Yo dije que aquella dama
Por mujer habías de darme
Que yo quisiera.

REY. Así pasa.

DON SANCHO. Pues á doña Estrella pido,
Y aquí á sus divinas plantas
El perdón de mi error pido.

ESTRELLA. Sancho Ortiz, yo estoy casada.

DON SANCHO. ¡ Casada !

ESTRELLA. Sí.

DON SANCHO. ¡ Yo estoy muerto !

REY. Estrella, esta es mi palabra.
Rey soy, y debo cumplirla :
¿ Qué me respondéis?

ESTRELLA. Que se haga
Vuestro gusto. Suya soy.

DON SANCHO. Yo soy suyo.

REY. Ya ¿ qué falta?
DON SANCHO. La conformidad.
ESTRELLA. Pues esa
Jamás podremos hallarla
Viviendo juntos.
DON SANCHO. Lo mesmo
Digo yo, y por esta causa
De la palabra te absuelvo.
ESTRELLA. Yo te absuelvo la palabra;
Que ver siempre al homicida
De mi hermano en mesa y cama
Me ha de dar pena.
DON SANCHO. Y á mí
Estar siempre con la hermana
Del que maté injustamente,
Queriéndolo como el alma.
ESTRELLA. Pues ¿ libres quedamos ?
DON SANCHO. Sí.
ESTRELLA. Pues adiós.
DON SANCHO. Adiós.
REY. Aguarda.
ESTRELLA. Señor, no ha de ser mi esposo
Hombre que á mi hermano mata,
Aunque le quiero y le adoro. (*Vase.*)
DON SANCHO. Y yo, Señor, por amarla,
No es justicia que lo sea. (*Vase.*)
REY. ¡ Grande fe!
DON ARIAS. ¡ Grande constancia !
CLARINDO. (*Ap.*) Más me parece locura.
REY. Toda esta gente me espanta.
DON PEDRO. Tiene esta gente Sevilla.
REY. Casarle pienso y casarla
Como merece.
CLARINDO. Y aquí
Esta tragedia os consagra
Lope, dando á *La Estrella*
De Sevilla eterna fama,
Cuyo prodigioso caso
Inmortales bronces guardan.

EL MEJOR ALCALDE EL REY*

PERSONAS

SANCHO.
DON TELLO.
CELIO.
JULIO.
NUÑO.
ELVIRA.
FELICIANA.
JUANA.
LEONOR.
DON ALFONSO VII DE LEÓN Y CASTILLA.
EL CONDE DON PEDRO.
DON ENRIQUE.
BRITO.
PELAYO.
FILENO
CRIADOS. — VILLANOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en León, en un pueblo de Galicia y en sus cercanías.

ACTO PRIMERO

Campo á orillas del Sil.

ESCENA PRIMERA

SANCHO.

Nobles campos de Galicia,
Que, á sombra destas montañas,
Que el Sil entre verdes cañas
Besar la falda codicia,
Dais sustento á la milicia
De flores de mil colores;

* Tiénese generalmente esta obra por la mejor de LOPE, y algún crítico da como evidente que *El Alcalde de Zalamea*, de Calderón, y *El Rico-hombre de Alcalá* de Moreto, se inspirarón en ella. LOPE tomó el argumento de su drama, según él mismo dice en la escena última, de la parte cuarta de la *Crónica general* de Alfonso el Sabio.

Aves que cantáis amores,
Fieras que andáis sin gobierno,
¿Habéis visto amor más tierno
En aves, fieras y flores?
Mas como no podéis ver
Otra cosa, en cuanto mira
El sol, más bella que Elvira,
Ni otra cosa puede haber;
Así, habiendo de nacer
De su hermosura, en rigor,
Mi amor, que de su favor
Tan alta gloria procura;
No habiendo más hermosura,
No puede haber más amor.
¡Ojalá, dulce Señora,
Que tu hermosura pudiera
Crecer, porque en mí creciera
El amor que tengo agora!
Pero, hermosa labradora,
Si en ti no puede crecer
La hermosura, ni el querer
En mí; cuanto eres hermosa
Te quiero, porque no hay cosa
Que más pueda encarecer.
Ayer las blancas arenas
Deste arroyuelo volviste
Perlas, cuando en él pusiste
Tu pies, tus dos azucenas;
Y porque verlos apenas
Pude, porque nunca para,
Le dije al sol de tu cara,
Con que tanta luz le das,
Que mirase el agua más,
Porque se viese más clara.
Lavaste, Elvira, unos paños,
Que nunca blancos volvías;
Que las manos que ponías
Causaban estos engaños:
Yo detrás destos castaños
Te miraba con temor,
Y vi que amor por favor
Te daba á lavar su venda:

El cielo el mundo defienda;
Que anda sin venda el amor.
¡Ay Dios! ¿cuándo será el día
(Que me tengo de morir)
Que te pueda yo decir:
«Elvira, toda eres mía?»
¡Qué regalos te daría!
Porque yo no soy tan necio
Que no te tuviese en precio,
Siempre con más afición;
Que en tan rica posesión
No puede caber desprecio.

ESCENA II

ELVIRA. — SANCHO.

ELVIRA. (*Ap.* Por aquí Sancho bajaba,
Ó me ha burlado el deseo.
Á la fe que allí le veo;
Que el alma me le mostraba.
El arroyuelo miraba
Adonde ayer me miró.
¿Si piensa que allí quedó
Alguna sombra de mí?
Que me enojé cuando vi
Que entre las aguas me vió.)
¿Qué buscas por los cristales
Destos libres arroyuelos,
Sancho, que guarden los cielos,
Cada vez que al campo sales?
¿Has hallado unos corales
Que en esta margen perdi?

SANCHO. Hallarme quisiera á mí,
Que me perdí desde ayer;
Pero ya me vengo á ver,
Pues me vengo á hallar en ti.

ELVIRA, Pienso que á ayudarme vienes
Á ver si los puedo hallar.

SANCHO. ¡Bueno es venir á buscar
Lo que en las mejillas tienes!

¿Son achaques ó desdenes?
Albricias, ya los hallé.

ELVIRA. ¿Dónde?

SANCHO. En tu boca, á la he,
Y con extremos de plata.

ELVIRA. Desvíate.

SANCHO. ¡Siempre ingrata
Á la lealtad de mi fe!

ELVIRA. Sancho, estás muy atrevido.
Dime tú: ¿qué más hicieras,
Si por ventura estuvieras
En vísperas de marido?

SANCHO. Eso ¿cúya culpa ha sido?

ELVIRA. Tuya, á la fe.

SANCHO. ¿Mía? No.
Ya te lo dije, y te habló
El alma, y no respondiste.

ELVIRA. ¿Qué más respuesta quisiste,
Que no responderte yo?

SANCHO. Los dos culpados estamos.

ELVIRA. Sancho, pues tan cuerdo eres,
Advierte que las mujeres
Hablamos cuando callamos.
Concedemos si negamos:
Por esto, y por lo que ves,
Nunca crédito nos des,
Ni crueles ni amorosas;
Porque todas nuestras cosas
Se han de entender al revés.

SANCHO. Según eso, das licencia
Que á Nuño te pida aquí.
¿Callas? Luego dices sí.
Basta: ya entiendo la ciencia.

ELVIRA. Sí; pero ten advertencia
Que no digas que yo quiero.

SANCHO. Él viene.

ELVIRA. El suceso espero
Detrás de aquel olmo.

SANCHO. ¡Ay Dios!
¡Si nos juntase á los dos!
Porque si no, yo me muero. (*Escóndese Elvira.*

ESCENA III

NUÑO, PELAYO. — SANCHO, *distante de ellos.*

NUÑO. (*Á Pelayo.*) Tú sirves de tal manera,
Que será mejor buscar,
Pelayo, quien sepa andar
Más despierto en la ribera.
¿Tienes algún descontento
En mi casa?
PELAYO. Dios lo sabe.
NUÑO. Pues hoy tu servicio acabe;
Que el servir no es casamiento.
PELAYO. Antes lo debe de ser.
NUÑO. Los puercos traes perdidos.
PELAYO. Donde lo están los sentidos,
¿Qué otra cosa puede haber?
Escúchame: yo quijera
Emparentarme...
NUÑO. Prosigue
De suerte, que no me obligue
Tu ignorancia...
PELAYO. Un poco espera;
Que no es fácil de decir.
NUÑO. De esa manera, de hacer
Será difícil.
PELAYO. Ayer
Me dijo Elvira al salir:
« Á fe, Pelayo, que están
Gordos los puercos. »
NUÑO. Pues bien,
¿Qué la respondiste?
PELAYO. Amén,
Como dice el sacristán.
NUÑO. Pues¿ qué se saca de ahí?
PELAYO. ¿No lo entiende?
NUÑO. ¿Cómo puedo?
PELAYO. Estó por perder el miedo.
SANCHO. (*Ap.*) ¡Oh, si se fuese de aquí!
PELAYO. ¿No ve que es resquiebro, y muestra

Querer casarse conmigo?

NUÑO. ¡Vive Dios!...

PELAYO. No te lo digo,
Ya que fué ventura nuestra,
Para que tomes collera.

NUÑO. Sancho, ¡tú estabas aquí!

SANCHO. Y quisiera hablarte.

NUÑO. Di.—
Pelayo, un instante espera. (*Apártanse de Pelayo.*)

SANCHO. Nuño, mis padres fueron como sabes,
Y supuesto que pobres labradores,
De honrado estilo y de costumbres graves.

PELAYO. Sancho, vos que sabéis cosas de amores,
Decir una mujer hermosa y rica
Á un hombre que es galán como unas frores;
« Gordos están los puercos, » ¿no inifica
Que se quiere casar con aquel hombre?

SANCHO. ¡Bien el requiebro al casamiento aplica!

NUÑO. Bestia, vete de aquí.

SANCHO. Pues ya su nombre
Supiste y su nobleza, no presumo
Que tan honesto amor la tuya asombre.
Por Elvira me abraso y me consumo.

PELAYO. Hay hombre que el ganado trai tan fraco,
Que parece tasajo puesto al humo;
Yo cuando al campo los cochinos saco...

NUÑO. ¿Aquí te estás, villano? ¡Vive el cielo!...

PELAYO. ¿Habro de Elvira yo, son[1] del barraco?

SANCHO. Sabido pues, Señor, mi justo celo....

PELAYO. Sabido pues, Señor, que me resquiebra...

NUÑO. ¿Tiene mayor salvaje el indio suelo?

SANCHO. El matrimonio de los dos celebra.

PELAYO. Cochino traigo yo por esa orilla...

NUÑO. Ya la cabeza el bárbaro me quiebra.

PELAYO. Que puede ser maeso de capilla,
Si bien tiene la voz desentonada,
Y más cuando entra y sale de la villa.

NUÑO. ¿Quiérelo Elvira?

SANCHO. De mi amor pagada,

---

1. Sino.

Me dió licencia para hablarte ahora.

NUÑO. Ella será dichosamente honrada,
Pues sabe las virtudes que atesora,
Sancho, tu gran valor, y que pudiera
Llegar á merecer cualquier señora.

PELAYO. Con cuatro ó seis cochinos que toviera,
Que estos parieran otros, en seis años
Pudiera yo labrar una cochera.

NUÑO. Tú sirves á don Tello en sus rebaños,
Es señor desta tierra, y poderoso
En Galicia y en reinos más extraños:
Decirle tu intención será forzoso,
Así porque eres, Sancho, su criado,
Como por ser tan rico y dadivoso.
Daráte alguna parte del ganado;
Porque es tan poco el dote de mi Elvira,
Que has menester estar enamorado.
Esa casilla mal labrada mira
En medio de esos campos, cuyos techos
El humo tiñe porque no respira.
Están lejos de aquí cuatro barbechos...[1]
Diez ó doce castaños... Todo es nada [2],
Si el señor desta tierra no te ayuda
Con un vestido ó con alguna espada[3].

SANCHO. Pésame que mi amor pongas en duda.

PELAYO. (*Ap.*) ¡Voto al sol, que se casa con Elvira!
Aquí la dejo yo; mi amor se muda.

SANCHO. ¿Qué mayor interés que al que suspira
Por su belleza darle su belleza,
Milagro celestial que al mundo admira?
No es tanta de mi ingenio la rudeza,
Que más que la virtud me mueva el dote.

NUÑO. Hablar con tus señores no es bajeza,
Ni el pedirles que te honren te alborote;
Que él y su hermana pueden fácilmente,
Sin que esto, Sancho, á más que amor se note.

SANCHO. Yo voy de mala gana; finalmente,
Iré, pues tú lo mandas.

1, 2, 3. Estando este trozo escrito en tercetos, falta un verso que consuene con *barbechos* y *techos*, y otro que consuene con *nada* y *espada*. J. E. H.

NUÑO. Dios con esto,
Sancho, tu vida y sucesión aumente.
Ven, Pelayo, conmigo.

PELAYO. Pues ¿tan presto
Le diste á Elvira, estando yo delante?

NUÑO. ¿No es Sancho mozo, noble y bien dispuesto?

PELAYO. No le tiene el aldea semejante,
Si va á decir verdad; pero en efeto
Fuera en tu casa yo más importante,
Porque te diera cada mes un nieto.
(*Vanse Nuño y Pelayo.*)

ESCENA IV

SANCHO; *después*, ELVIRA.

SANCHO. Sal, hermosa prenda mía;
Sal, Elvira de mis ojos. (*Sale Elvira.*)

ELVIRA. (*Ap.*) ¡Ay, Dios! ¡Con cuántos enojos
Teme amor y desconfía!
Que la esperanza prendada,
Presa de un cabello está.

SANCHO. Tu padre dice que ya
Tiene la palabra dada
Á un criado de don Tello;
¡Mira qué extrañas mudanzas!

ELVIRA. No en balde mis esperanzas
Colgaba amor de un cabello.
¿Que mi padre me ha casado,
Sancho, con hombre escudero?
Hoy pierdo la vida, hoy muero.
Vivid, mi dulce cuidado;
Que yo me daré la muerte.

SANCHO. Paso; que me burlo, Elvira.
El alma en los ojos mira,
Dellos la verdad advierte;
Que, sin admitir espacio,
Dijo mil veces que sí.

ELVIRA. Sancho, no lloro por ti,
Sino por ir á palacio;
Que el criarme en la llaneza

Desta humilde casería,
Era cosa que podía
Causarme mayor tristeza.
Y que es causa justa advierte.

SANCHO. ¡Qué necio amor me ha engañado!
Vivid, mi necio cuidado;
Que yo me daré la muerte.
Engaños fueron de Elvira,
En cuya nieve me abraso.

ELVIRA. Sancho, que me burlo, paso.
El alma en los ojos mira;
Que amor y sus esperanzas
Me han dado aquesta lición.
Su propia difinición
Es que amor todo es venganzas.

SANCHO. Luego ¿ ya soy tu marido?

ELVIRA. ¿ No dices que está tratado?

SANCHO. Tu padre, Elvira, me ha dado
Consejo (aunque no le pido)
Que á don Tello, mi señor,
Y señor de aquesta tierra,
Poderoso en paz y en guerra,
Quiere que pida favor;
Y aunque yo contigo, Elvira,
Tengo toda la riqueza
Del mundo (que en tu belleza
El sol las dos Indias mira),
Dice Nuño que es razón
Por ser mi dueño : en efeto,
Es viejo y hombre discreto,
Y que merece opinión
Por ser tu padre también.
Mis ojos, á hablarle voy.

ELVIRA. Y yo esperándote estoy.

SANCHO. ¡ Plega al cielo que me den
Él y su hermana mil cosas!

ELVIRA. Basta darle cuenta desto.

SANCHO. La vida y el alma he puesto
En esas manos hermosas.
Dame siquiera la una.

ELVIRA. Tuya ha de sér : vesla aquí.

SANCHO. ¿ Qué puede hacer contra mí,

Si la tengo, la fortuna?
Tú verás mi sentimiento,
Después de tanto favor;
Que me ha enseñado el amor
Á tener entendimiento. (*Vanse.*)

Patio ó enverjado delante de la quinta de don Tello en Galicia.

ESCENA V

DON TELLO, *de caza;* CELIO, JULIO.

DON TELLO. Tomad el venablo allá.
CELIO. ¡ Qué bien te has entretenido!
JULIO. Famosa la caza ha sido.
DON TELLO. Tan alegre el campo está,
Que sólo ver sus colores
Es fiesta.
CELIO. ¡ Con qué desvelos
Procuran los arroyuelos
Besar los pies á las flores!
DON TELLO. Da de comer á esos perros,
Celio, así te ayude Dios.
CELIO. Bien escalaron los dos
Las puntas de aquellos cerros.
JULIO. Son famosos.
CELIO. Florisel
Es deste campo la flor.
DON TELLO. No lo hace mal Galaor.
JULIO. Es un famoso lebrel.
CELIO. Ya mi señora y tu hermana
Te ha sentido.

ESCENA VI

FELICIANA. — DICHOS.

DON TELLO. ¡ Qué cuidados
De amor, y qué bien pagados

De mí son, oh Feliciana,
Tantos desvelos en vos!

FELICIANA. Yo lo estoy de tal manera,
Mi señor, cuando estáis fuera,
Por vos, como sabe Dios.
No hay cosa que no me enoje;
El sueño, el descanso dejo:
No hay liebre, no hay vil conejo
Que fiera no se me antoje.

DON TELLO. En los montes de Galicia,
Hermana, no suele haber
Fieras, puesto que el tener
Poca edad fieras codicia.
Salir suele un jabalí
De entre esos montes espesos,
Cuyos dichosos sucesos
Tal vez celebrados vi.
Fieras son, que junto al anca
Del caballo más valiente,
Al sabueso con el diente
Suelen abrir la carlanca.
Y tan mal la furia aplacan,
Que, para decirlo en suma,
Truecan la caliente espuma
En la sangre que le sacan.
También hay oso que en pie
Acomete al cazador
Con tan extraño furor,
Que muchas veces se ve
Dar con el hombre en el suelo.
Pero la caza ordinaria
Es humilde cuanto varia,
Para no tentar al cielo.
Es digna de caballeros
Y príncipes, porque encierra
Los preceptos de la guerra,
Y ejercita los aceros
Y la persona habilita.

FELICIANA. Como yo os viera casado,
No me diera ese cuidado,
Que tantos sueños me quita.

DON TELLO. El ser aquí poderoso

No me da tan cerca igual.

FELICIANA. No os estaba aquí tan mal
De algún señor generoso
La hija.

DON TELLO. Pienso que quieres
Reprender no haber pensado
En casarte, que es cuidado
Que nace con las mujeres.

FELICIANA. Engáñaste, por tu vida;
Que solo tu bien deseo.

ESCENA VII

SANCHO y PELAYO, *fuera de la verja.* — DICHOS.

PELAYO. (*Á Sancho.*) Entra que solos los veo,
No hay persona que lo empida.

SANCHO. Bien dices : de casa son
Los que con ellos están.

PELAYO. Tú verás lo que te dan.

SANCHO. Yo cumplo mi obligación.
(*Pasan la verja.*)
Noble, ilustrísimo Tello,
Y tú, hermosa Feliciana,
Señores de aquesta tierra,
Que os ama por tantas causas,
Dad vuestros pies generosos
Á Sancho, Sancho el que guarda
Vuestros ganados y huerta,
Oficio humilde en tal casa.
Pero en Galicia, señores,
Es la gente tan hidalga,
Que sólo en servir al rico
El que es pobre no le iguala.
Pobre soy, y en este oficio
Que os he dicho, cosa es clara
Que no me conoceréis,
Porque los criados pasan
De ciento y treinta personas,
Que vuestra ración aguardan
Y vuestro salario esperan;

Pero tal vez en la caza
Presumo que me habréis visto.

DON TELLO. Sí he visto, y siempre me agrada
Vuestra persona, y os quiero
Bien.

SANCHO. Aquí por merced tanta
Os beso los pies mil veces.

DON TELLO. ¿ Qué queréis?

SANCHO. Gran Señor, pasan
Los años con tanta furia,
Que parece que con cartas
Van por la posta á la muerte,
Y que una breve posada
Tiene la vida á la noche,
Y la muerte á la mañana.
Vivo solo, fué mi padre
Hombre de bien, que pasaba
Sin servir; acaba en mí
La sucesión de mi casa.
He tratado de casarme
Con una doncella honrada,
Hija de Nuño de Aibar,
Hombre que sus campos labra,
Pero que aun tiene paveses
En las ya borradas armas
De su portal, y con ellas
De aquel tiempo algunas lanzas.
Esto y la virtud de Elvira
(Que así la novia se llama)
Me han obligado : ella quiere,
Su padre también se agrada;
Mas no sin licencia vuestra;
Que me dijo esta mañana
Que el Señor ha de saber
Cuanto se hace y cuanto pasa
Desde el vasallo más vil
Á la persona más alta
Que de su salario vive,
Y que los reyes se engañan
Si no reparan en esto,
Que pocas veces reparan.
Yo, Señor tomé el consejo,

Y vengo, como él lo manda,
Á deciros que me caso.

DON TELLO. Nuño es discreto, y no basta
Razón á tan buen consejo. —
Celio...

CELIO. Señor...

DON TELLO. Veinte vacas
Y cien ovejas darás
Á Sancho, á quien yo y mi hermana
Habemos de honrar la boda.

SANCHO. ¡ Tanta merced!

PELAYO. ¡ Merced tanta!

SANCHO. ¡ Tan grande bien!

PELAYO. ¡ Bien tan grande!

SANCHO. ¡ Rara virtud!

PELAYO. ¡ Virtud rara!

SANCHO. ¡ Alto valor;

PELAYO. ¡ Valor alto!

SANCHO. ¡ Santa piedad!

PELAYO. ¡ Piedad santa!

DON TELLO. ¿ Quién ès este labrador
Que os responde y acompaña?

PELAYO. Soy el que dice al revés
Todas las cosas que habra.

SANCHO. Señor, de Nuño es criado.

PELAYO. Señor, en una palabra,
El pródigo soy de Nuño.

DON TELLO. ¿ Quién?

PELAYO. El que sus puercos guarda.
Vengo también á pediros
Mercedes.

DON TELLO. ¿ Con quién te casas?

PELAYO. Señor, no me caso ahora;
Mas, por si el diabro me engaña,
Os vengo á pedir terneros,
Para si después me faltan;
Que un astrólogo me dijo
Una vez en Masalanca
Que tenía peligro en toros,
Y en agua tanta desgracia,
Que desde entonces no quiero
Casarme ni beber agua,

Por excusar el peligro.

FELICIANA. Buen labrador.

DON TELLO. Humor gasta.

FELICIANA. Id, Sancho, en buen hora. — Y tú
Haz que á su cortijo vayan
Las vacas y las ovejas.

SANCHO. Mi corta lengua no alaba
Tu grandeza.

DON TELLO. ¿ Cuándo quieres
Desposarte ?

SANCHO. Amor me manda
Que sea esta misma noche.

DON TELLO. Pues ya los rayos desmaya
El sol, y entre nubes de oro
Veloz al poniente baja.
Vete á prevenir la boda;
Que allá iremos yo y mi hermana. —
¡ Hola! Pongan la carroza.

SANCHO. Obligada llevo el alma
Y la lengua, gran Señor,
Para tu eterna alabanza . (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON TELLO, FELICIANA, PELAYO, CELIO, JULIO.

FELICIANA. En fin, vos ¿ no os casaréis?

PELAYO. Yo, Señora, me casaba
Con la novia deste mozo,
Que es una lumpia zagala,
Si la hay en toda Galicia;
Supo que puercos guardaba,
Y desechóme por puerco.

FELICIANA. Id con Dios, que no se engaña.

PELAYO. Todos guardamos, Señora,
Lo que...

FELICIANA. ¿ Qué?

PELAYO. Lo que nos mandan
Nuestros padres que guardemos. (*Vase.*)

ESCENA IX

DON TELLO, FELICIANA, CELIO, JULIO.

FELICIANA. El mentecato me agrada.
CELIO. (*Á don Tello.*) Ya que es ido el labrador,
Que no es necio en lo que habla,
Prometo á vueseñoría
Que es la moza más gallarda
Que hay en toda Galicia,
Y que por su talle y cara,
Discreción y honestidad
Y otras infinitas gracias,
Pudiera honrar el hidalgo
Más noble de toda España.
FELICIANA. ¿Que es tan hermosa?
CELIO. Es un ángel.
DON TELLO. Bien se ve, Celio, que hablas
Con pasión.
CELIO. Alguna tuve;
Mas cierto que no me engaña.
DON TELLO. Hay algunas labradoras
Que, sin afeites ni galas,
Suelen llevarse los ojos,
Y á vuelta dellos el alma;
Pero son tan desdeñosas,
Que sus melindres me cansan.
FELICIANA. Antes las que se defienden
Suelen ser más estimadas. (*Vanse.*)

Sala en casa de Nuño.

ESCENA X

NUÑO, SANCHO.

NUÑO. ¿Eso don Tello responde?
SANCHO. Esto responde, Señor.

NUÑO. Por cierto que á su valor
Dignamente corresponde.
SANCHO. Mandóme dar el ganado
Que os digo.
NUÑO. Mil años viva.
SANCHO. Y aunque es dádiva excesiva,
Más estimo haberme honrado
Con venir á ser padrino.
NUÑO. Y ¿ vendrá también su hermana?
SANCHO. También.
NUÑO. Condición tan llana
Del cielo á los hombres vino.
SANCHO. Son señores generosos.
NUÑO. ¡ Oh, si aquesta casa fuera,
Pues los huéspedes espera
Más ricos y poderosos
Deste reino, un gran palacio!
SANCHO. Esa no es dificultad :
Cabrán en la voluntad,
Que tiene infinito espacio.
Ellos vienen en efeto.
NUÑO. ¡ Qué buen consejo te dí!
SANCHO. Cierto que en don Tello vi
Un señor todo perfeto;
Porque, en quitándole el dar,
Con que á Dios es parecido,
No es señor; que haberlo sido
Se muestra en dar y en honrar.
Y pues Dios su gran valor
Quiere que dando se entienda,
Sin dar ni honrar no pretenda
Ningún señor ser señor.
NUÑO. ¡ Cien ovejas! ¡ Veinte vacas!
Será una hacienda gentil,
Si por los prados del Sil
La primavera los sacas.
Páguele Dios á don Tello
Tanto bien, tanto favor.
SANCHO. ¿ Dónde está Elvira, Señor?
NUÑO. Ocuparála el cabello
Ó algún tocado de boda.
SANCHO. Como ella traiga su cara,

Rizos y gala excusara;
Que es de rayos del sol toda.

NUÑO. No tienes amor villano.

SANCHO. Con ella tendré, Señor,
Firmezas de labrador
Y amores de cortesano.

NUÑO. No puede amar altamente
Quien no tiene entendimiento;
Porque está su sentimiento
En que sienta lo que siente.
Huélgome de verte así.
Llama esos mozos; que quiero
Que entienda este caballero
Que soy algo ó que lo fuí.

SANCHO. Pienso que mis dos señores
Vienen, y vendrán con ellos.
Deje Elvira los cabellos,
Y reciba sus favores.

ESCENA XI

DON TELLO, *y* CRIADOS; PELAYO, JUANA, LEONOR *y* VILLANOS. — DICHOS.

DON TELLO. ¿Dónde fué mi hermana?

JUANA. Entró
Por la novia.

SANCHO. ¡Señor mío!...

DON TELLO. ¡Sancho!

SANCHO. Fuera desvarío
Querer daros gracias yo,
Con mi rudo entendimiento,
Desta merced.

DON TELLO. ¿Dónde está
Vuestro suegro?

NUÑO. Donde ya
Tendrán sus años aumento
Con este inmenso favor.

DON TELLO. Dadme los brazos.

NUÑO. Quisiera
Que esta casa un mundo fuera,

Y vos del mundo señor.

DON TELLO. (*Á Juana.*) ¿Cómo os llamáis vos, serrana?

PELAYO. Pelayo, Señor.

DON TELLO. No digo
Á vos.

PELAYO. ¿No habraba conmigo?

JUANA. Á vuestro servicio, Juana.

DON TELLO. ¡Buena gracia!

PELAYO. Aun no lo sabe.
Bien; que con un cucharón,
Si la pecilga un garzón,
Le suele pegar un cabe,
Que le aturde los sentidos;
Que una vez, porque llegué
Á la olla, los saqué
Por dos meses atordidos.

DON TELLO. (*Á Leonor.*) ¿Y vos?

PELAYO. Pelayo, Señor.

DON TELLO. No hablo con vos.

PELAYO. Yo pensaba,
Señor, que conmigo habraba.

DON TELLO. ¿Cómo os llamáis?

LEONOR. ¿Yo? Leonor.

PELAYO. (*Ap.* ¿Cómo pescuda por ellas,
Y por los zagales no?)
Pelayo, Señor, soy yo.

DON TELLO. ¿Sois algo de alguna dellas?

PELAYO. Sí, Señor; el porquerizo.

DON TELLO. Marido digo ó hermano.

NUÑO. ¡Qué necio estás!

SANCHO. ¡Qué villano!

PELAYO. Así mi madre me hizo.

SANCHO. La novia y madrina vienen.

ESCENA XII

FELICIANA, ELVIRA. — Dichos.

FELICIANA. Hermano, hacedles favores;
Y ¡dichosos los señores
Que tales vasallos tienen!

DON TELLO. Por Dios, que tenéis razón.
¡Hermosa moza!
FELICIANA. Y gallarda.
ELVIRA. La vergüenza me acobarda,
Como primera ocasión.
Nunca vi vuestra grandeza.
NUÑO. Siéntense sus señorías,
Las sillas son como mías.
DON TELLO. (*Ap.*) No he visto mayor belleza.
¡Qué divina perfección!
Corta ha sido su alabanza.
¡Dichosa aquella esperanza
Que espera tal posesión!
PELAYO. Dad licencia que se siente
Sancho.
DON TELLO. Sentaos.
SANCHO. No, Señor.
DON TELLO. Sentaos.
SANCHO. ¡Yo tanto favor,
Y mi señora presente!
FELICIANA. Junto á la novia os sentad;
No hay quién el puesto os impida.
DON TELLO. (*Ap.*) No esperé ver en mi vida
Tan peregrina beldad.
PELAYO. Y yo ¿adónde he de sentarme?
NUÑO. Al!á en la caballeriza
Tú la fiesta solemniza.
DON TELLO. (*Ap.* Por Dios, que siento abrasarme.)
¿Cómo la novia se llama?
PELAYO. Pelayo, Señor.
NUÑO. ¿No quieres
Callar? Habla á las mujeres,
Y cuéntaste tú por dama.
Elvira es, Señor, su nombre.
DON TELLO. Por Dios que es hermosa Elvira,
Y digna, aunque serlo admira,
De novio tan gentilhombre.
NUÑO. Zagalas, recocijad
La boda.
DON TELLO. (*Ap.*) ¡Rara hermosura!
NUÑO. En tanto que viene el Cura,
Á vuestra usanza bailad.

JUANA. El Cura ha venido ya.
DON TELLO. Pues decid que no entre el Cura.
(*Ap.* Que tan divina hermosura
Robándome el alma está.)
SANCHO. ¿Por qué, Señor?
DON TELLO. Porque quiero,
Después que os he conocido,
Honraros más.
SANCHO. Yo no pido
Más honras, ni las espero,
Que casarme con mi Elvira.
DON TELLO. Mañana será mejor.
SANCHO. No me dilates, Señor,
Tanto bien; mis ansias mira,
Y que desde aquí á mañana
Puede un pequeño accidente
Quitarme el bien que presente
La posesión tiene llana.
Si sabios dicen verdades,
Bien dijo aquel que decía
Que era el sol el que traía
Al mundo las novedades.
¿Que sé yo lo que traerá
Del otro mundo mañana?
DON TELLO. (*Ap.* ¡Qué condición tan villana!)
Quiérole honrar y hacer fiesta,
(*Ap. á Feliciana.*)
Y el muy necio, hermana mía,
En tu presencia porfía
Con voluntad poco honesta. —
Llévala, Nuño, y descansa
Esta noche.
NUÑO. Haré tu gusto.
(*Vanse don Tello, Feliciana y criados.*)
(*Ap.* Esto no parece justo.
¿De qué don Tello se cansa?)
ELVIRA. (*Ap.*) Yo no quiero responder
Por no mostrar liviandad.
NUÑO. (*Á los novios.*) No entiendo su voluntad
Ni lo que pretende hacer. —
Es señor. — Ya me ha pesado
De que haya venido aquí. (*Vase.*)

SANCHO. Harto más me pesa á mí,
Aunque lo he disimulado.
PELAYO. ¿No hay boda esta noche?
JUANA. No.
PELAYO. ¿Por qué?
JUANA. No quiere don Tello.
PELAYO. Pues don Tello ¿puede hacello?
JUANA. Claro está, pues lo mandó. (*Vase.*)
PELAYO. Pues ¡antes que entrase el Cura
Nos ha puesto impedimiento!
(*Vase y síguenle los demás villanos.*)

ESCENA XIII

SANCHO, ELVIRA.

SANCHO. Oye, Elvira.
ELVIRA. ¡Ay, Sancho! Siento
Que tengo poca ventura.
SANCHO. ¿Qué quiere el Señor hacer,
Que á mañana lo difiere?
ELVIRA. Yo no entiendo lo que quiere.
(*Ap.* Pero debe de querer.)
SANCHO. ¿Es posible que me quita
Que esta noche ¡ay, bellos ojos!
Tuviesen paz los enojos
Que airado me solicita?
ELVIRA. Ya eres, Sancho, mi marido.
Ven esta noche á mi puerta.
SANCHO. ¿Tendrásla, mi bien, abierta?
ELVIRA. Pues ¿no?
SANCHO. Mi remedio ha sido;
Que si no, yo me matara.
ELVIRA. También me matara yo.
SANCHO. El Cura llegó y no entró.
ELVIRA. No quiso que el Cura entrara.
SANCHO. Pero si te persüades
Á abrirme, será mejor;
Que no es mal cura el amor
Para sanar voluntades. (*Vanse.*)

Calle en que está la casa de Nuño.

ESCENA XIV

DON TELLO, CELIO, CRIADOS.

DON TELLO. Muy bien me habéis entendido.
CELIO. Para entenderte, no creo
Que es menester, gran Señor,
Muy sutil entendimiento.
DON TELLO. Entrad pues; que estarán solos
La hermosa Elvira y el viejo.
CELIO. Toda la gente se fué
Con notable descontento
De ver dilatar la boda.
DON TELLO. Yo tomé, Celio, el consejo
Primero que amor me dió;
Que era infamia de mis celos
Dejar gozar á un villano
La hermosura que deseo.
Después que della me canse,
Podrá ese rústico necio
Casarse; que yo daré
Ganado, hacienda y dinero
Con que viva; que es arbitrio
De muchos, como lo vemos
En el mundo. Finalmente,
Yo soy poderoso, y quiero,
Pues este hombre, no es casado,
Valerme de lo que puedo.
Las máscaras os poned.
CELIO. ¿Llamaremos?
DON TELLO. Sí. (*Llaman.*)
CRIADO. Ya abrieron.

ESCENA XV

ELVIRA. — DON TELLO, CELIO Y CRIADOS, *con mascarillas; después,* NUÑO.

ELVIRA. Entra, Sancho, de mi vida.
CELIO. ¿Elvira?

ELVIRA. Sí.
UN CRIADO. (*Ap.*) ¡Buen encuentro!
(*Apodéranse de Elvira.*)
ELVIRA. ¿No eres tú, Sancho? ¡Ay de mí!
¡Padre! ¡Señor! ¡Nuño! ¡Cielos!
¡Que me roban, que me llevan!
DON TELLO. Caminad ya. (*Llévanla.*)
NUÑO. (*Dentro de la casa.*) ¿Qué es aquesto?
ELVIRA. (*Lejos.*) ¡Padre!
DON TELLO. (*Lejos.*) Tápala esa boca. (*Sale Nuño.*)
NUÑO. ¡Hija! ya te oigo y te veo;
Pero mis caducos años
Y mi desmayado esfuerzo,
¿Qué podrán contra la fuerza
De un poderoso mancebo?
Que ya presumo quién es.
(*Sigue á los robadores.*)

ESCENA XVI

SANCHO Y PELAYO, *de noche.*

SANCHO. Voces parece que siento
En el valle, hacia la casa
Del Señor.
PELAYO. Habremos quedo,
No mos sientan los criados.
SANCHO. Advierte que estando dentro
No te has de dormir.
PELAYO. No haré;
Que ya me conoce el sueño.
SANCHO. Yo saldré cuando del alba
Pida albricias el lucero;
Mas no me las pida á mí,
Si me ha de quitar mi cielo.
PELAYO. ¿Sabes qué pareceré
Mientras estás allá dentro?
Mula de doctor, que está
Tascando á la puerta el freno.
SANCHO. Llamemos.
PELAYO. Apostaré

Que está por el agujero
De la llave Elvira atenta.

SANCHO. Llego, y llamo.

ESCENA XVII

NUÑO. — DICHOS.

NUÑO. Pierdo el seso.
SANCHO. ¿Quién va?
NUÑO. Un hombre.
SANCHO. ¿Es Nuño?
NUÑO. ¿Es Sancho?
SANCHO. Pues ¡tú en la calle! ¿Qué es esto?
NUÑO. ¿Qué es esto dices?
SANCHO. Pues bien,
¿Qué ha sucedido? Que temo
Algún mal.
NUÑO. Y aun el mayor;
Que alguno ya fuera menos.
SANCHO. ¿Cómo?
NUÑO. Un escuadrón de armados
Aquestas puertas rompieron,
Y se han llevado...
SANCHO. No más;
Que aquí dió fin mi deseo.
NUÑO. Reconocer con la luna
Los quise; mas no me dieron
Lugar á que los mirase;
Porque luego se cubrieron
Con mascarillas las caras,
Y no pude conocerlos.
SANCHO. ¿Para qué, Nuño? ¿Qué importa?
Criados son de don Tello,
Á quien me mandaste hablar.
¡Mal haya, amén, el consejo!
En este valle hay diez casas,
Y todas diez de pecheros,
Que se juntan á esta ermita:
No ha de ser ninguno dellos.
Claro está que es el Señor,

Que la ha llevado á su pueblo ;
Que él no me deja casar
Es el indicio más cierto.
Pues ¡es verdad que hallaré
Justicia fuera del cielo,
Siendo un hombre poderoso
Y el más rico deste reino!
¡Vive Dios, que estoy por ir...
Á morir! que no sospecho
Que á otra cosa...

NUÑO. Espera, Sancho.

PELAYO. ¡Voto al soto, que si encuentro
Sus cochinos en el prado,
Que aunque haya guarda con ellos,
Que los he de apedrear.

NUÑO. Hijo, de tu entendimiento
Procura valerte ahora.

SANCHO. Padre y señor, ¿cómo puedo?
Tú me aconsejaste el daño,
Aconséjame el remedio.

NUÑO. Vamos á hablar al Señor
Mañana; que yo sospecho
Que, como fué mocedad,
Ya tendrá arrepentimiento.
Yo fío, Sancho, de Elvira,
Que no haya fuerza ni ruegos
Que la puedan conquistar.

SANCHO. Yo lo conozco y lo creo.
¡Ay que me muero de amor!
¡Ay que me abraso de celos!
¿Á cuál hombre ha sucedido
Tan lastimoso suceso?
¡Que trujese yo á mi casa
El fiero león sangriento,
Que mi cándida cordera
Me robara! ¿Estaba ciego?
Sí estaba; que no entran bien
Poderosos caballeros
En las casas de los pobres
Que tienen ricos empleos.
Paréceme que su rostro
Lleno de aljófares veo

Por las mejillas de grana,
Su honestidad defendiendo.
Paréceme que la escucho,
¡Lastimoso pensamiento!
Y que el tirano la dice
Mal escuchados requiebros.
Paréceme que á sus ojos
Los descogidos cabellos
Haciendo están celosías
Para no ver sus deseos.
Déjame, Nuño, matar;
Que todo el sentido pierdo.
¡Ay que me muero de amor!
¡Ay que me abraso de celos!

NUÑO. Tú eres, Sancho, bien nacido:
¿Qué es de tu valor?

SANCHO. Recelo
Cosas que, de imaginallas,
Loco hasta el alma me vuelvo,
Sin poderlas remediar.
Enséñame el aposento
De Elvira.

PELAYO. Y á mí, Señor,
La cocina; que me muero
De hambre, que no he cenado,
Como enojados se fueron.

NUÑO. Entra, y descansa hasta el día;
Que no es bárbaro don Tello.

SANCHO. ¡Ay que me muero de amor
Y estoy rabiando de celos!

ACTO SEGUNDO

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA PRIMERA

DON TELLO, ELVIRA.

ELVIRA. ¿De qué sirve atormentarme,
Tello, con tanto rigor?

¿Tú no ves que tengo honor,
Y que es cansarte y cansarme?

DON TELLO. Basta: que das en matarme,
Con ser tan áspera y dura.

ELVIRA. Volverme, Tello, procura
Á mi esposo.

DON TELLO. No es tu esposo,
Ni un villano, aunque dichoso,
Digno de tanta hermosura.
Mas cuando yo Sancho fuera,
Y él fuera yo, dime, Elvira,
¿Cómo el rigor de tu ira
Tratarme tan mal pudiera?
Tu crueldad ¿no considera
Que esto es amor?

ELVIRA. No, Señor;
Que amor que pierde al honor
El respeto, es vil deseo;
Y siendo apetito feo,
No puede llamarse amor.
Amor se funda en querer
Lo que quiere quien desea;
Que amor que casto no sea,
Ni es amor ni puede ser.

DON TELLO. ¿Cómo no?

ELVIRA. ¿Quiéreslo ver?
Anoche, Tello, me viste:
Pues ¡tan presto me quisiste,
Que apenas consideraste
Qué fué lo que deseaste,
Que es en lo que amor consiste!
Nace amor de un gran deseo;
Luego va creciendo amor
Por los pasos del favor
Al fin de su mismo empleo;
Y en ti, según lo que veo,
No es amor, sino querer
Quitarme á mí todo el ser
Que me dió el cielo en la honra.
Tú procuras mi deshonra,
Y yo me he de defender.

DON TELLO. Pues hallo en tu entendimiento,

Como en tus brazos, defensa,
Oye un argumento.

ELVIRA. Piensa
Que no ha de haber argumento
Que venza mi firme intento.

DON TELLO. ¿Dices que no puede ser
Ver, desear y querer?

ELVIRA. Es verdad.

DON TELLO. Pues dime, ingrata,
¿Cómo el basilisco mata
Con sólo llegar á ver?

ELVIRA. Ese es sólo un animal.

DON TELLO. Pues ese fué tu hermosura.

ELVIRA. Mal pruebas lo que procura
Tu ingenio.

DON TELLO. ¿Yo pruebo mal?

ELVIRA. El basilisco mortal
Mata teniendo intención
De matar; y es la razón
Tan clara, que mal podía
Matarte, cuando te vía
Para ponerte afición.
Y no traigamos aquí
Más argumentos, Señor.
Soy mujer y tengo amor:
Nada has de alcanzar de mí.

DON TELLO. ¿Puédese creer que así
Responda una labradora?
Pero confiésame ahora
Que eres necia en ser discreta;
Pues al verte tan perfeta,
Cuanto más, más me enamora.
Y ¡ojalá fueras mi igual!
Mas bien ves que tu bajeza
Afrentara mi nobleza,
Y que pareciera mal
Juntar brocado y sayal.
Sabe Dios si amor me esfuerza
Que mi buen intento tuerza;
Pero ya el mundo trazó
Estas leyes, á quien yo
He de obedecer por fuerza.

ESCENA II

FELICIANA. — Dichos.

FELICIANA. Perdona, hermano, si soy
Más piadosa que quisieras. —
Espera, ¿de qué te alteras?
DON TELLO. ¡Qué necia estás!
FELICIANA. Necia estoy;
Pero soy, Tello, mujer,
Y es terrible tu porfía:
Deja que pase algún día;
Que llegar, ver y vencer
No se entiende con amor,
Aunque César de amor seas.
DON TELLO. ¿Es posible que tú seas
Mi hermana?
FELICIANA. ¡Tanto rigor
Con una pobre aldeana! (*Llaman dentro*).
ELVIRA. Señora, doleos de mí.
FELICIANA. Tello, si hoy no dijo sí,
Podrá decirlo mañana.
Ten paciencia; que es crueldad
Que los dos no descanséis.
Descansad, y volveréis
Á la batalla.
DON TELLO. ¿Es piedad
Quitarme la vida á mí? (*Llaman.*)
FELICIANA. Calla; que estás enojado.
Elvira no te ha tratado,
Tiene vergüenza de ti.
Déjala estar unos días
Contigo en conversación,
Y conmigo, que es razón.
ELVIRA. Puedan las lágrimas mías
Moveros, noble Señora,
Á interceder por mi honor. (*Llaman.*)
FELICIANA. Sin esto, advierte, Señor,
Que debe de haber una hora
Que están llamando á la puerta

Su viejo padre y su esposo,
Y que es justo y aún forzoso
Que la hallen los dos abierta;
Porque si no entran aquí,
Dirán que tienes á Elvira.

DON TELLO. Todos me mueven á ira.—
Elvira, escóndete ahí,
Y entren esos dos villanos.

ELVIRA. ¡Gracias á Dios, que me dejas
Descansar!

DON TELLO. ¿De qué te quejas,
Si me has atado las manos? (*Vase Elvira.*)

FELICIANA. ¡Hola!

ESCENA III

CELIO. — DON TELLO, FELICIANA.

CELIO. (*Dentro*). Señora...

FELICIANA. Llamad
Esos pobres labradores.
Trátalos bien, y no ignores (*Á don Tello.*)
Que importa á tu calidad.

ESCENA IV

NUÑO, SANCHO. — DON TELLO, FELICIANA.

NUÑO. Besando el suelo de tu noble casa
(Que de besar tus pies somos indinos),
Venimos á decirte lo que pasa,
Si bien con mal formados desatinos.
Sancho, señor, que con mi Elvira casa,
De quien los dos habíais de ser padrinos,
Viene á quejarse del mayor agravio
Que referirte puede humano labio.

SANCHO. Magnánimo Señor, á quien las frentes
Humillan estos montes coronados
De nieve, que bajando en puras fuentes,
Besan tus pies en estos verdes prados:

Por consejo de Nuño y sus parientes,
En tu valor divino confiados,
Te vine á hablar y te pedí licencia,
Y honraste mi humildad con tu presencia.
Haber estado en esta casa, creo
Que obligue tu valor á la venganza
De caso tan atroz, inorme y feo,
Que á la nobleza de tu nombre alcanza.
Si alguna vez amor algún deseo
Trujo la posesión á tu esperanza,
Y al tiempo de gozarla la perdieras,
Considera, Señor, lo que sintieras.
Yo, sólo labrador en la campaña,
Y en el gusto del alma caballero,
Y no tan enseñado á la montaña,
Que alguna vez no juegue el limpia acero,
Oyendo nueva tan feroz y extraña,
No fuí, ni pude, labrador grosero;
Sentí el honor con no le haber tocado;
Que quien dijo de sí, ya era casado.
Salí á los campos, y á la luz que excede
Á las estrellas, que miraba en vano,
Á la luna veloz, que retrocede
Las aguas y las crece al Oceano,
« ¡Dichosa, dije, tú, que no te puede
Quitar el sol ningún poder humano,
Con subir cada noche donde subes,
Aunque vengan con máscaras las nubes! »
Luego, volviendo á los desiertos prados,
Durmiendo con los álamos de Alcídes
Las yedras vi con lazos apretados,
Y con los verdes pámpanos las vides.
« ¡Ay! dije, ¿cómo estáis tan descuidados?
Y tú, grosero, ¿cómo no divides,
Villano labrador, estos amores,
Cortando ramas y rompiendo flores? »
Todo duerme seguro. Finalmente,
Me robaron, Señor, mi prenda amada,
Y allí me pareció que alguna fuente
Lloró también y murmuró turbada.
Llevaba yo ¡cuán lejos de valiente!
Con rota vaina una mohosa espada;

Llegué al árbol más alto, y á reveses
Y tajos le igualé á las bajas mieses.
No porque el árbol me robase á Elvira,
Mas porque fué tan alto y arrogante,
Que á los demás como á pequeños mira :
Tal es la fuerza de un feroz gigante.
Dicen en el lugar (pero es mentira,
Siendo quien eres tú) que, ciego amante
De mi mujer, autor del robo fuiste,
Y que en tu misma casa la escondiste. —
« ¡Villanos! dije yo, tened respeto :
Don Tello, mi Señor, es gloria y honra
De la casa de Neira, y en efeto
Es mi padrino y quien mis bodas honra. »
Con esto, tú piadoso, tú discreto,
No sufrirás la tuya y mi deshonra;
Antes harás volver, la espada en puño,
A Sancho su mujer, su hija á Nuño.

DON TELLO. Pésame gravemente, Sancho amigo,
De tal atrevimiento, y en mi tierra
No quedará el villano sin castigo
Que la ha robado y en su casa encierra.
Solicita tú y sabe qué enemigo,
Con loco amor, con encubierta guerra,
Nos ofende á los dos con tal malicia;
Que, si se sabe, yo... te haré justicia... —
Y á los villanos que de mí murmuran
Haré azotar por tal atrevimiento. —
Idos con Dios.

SANCHO. (*Ap. á. Nuño.*) Mis celos se aventuran.

NUÑO. Sancho, tente, por Dios.

SANCHO. Mi muerte intento.

DON TELLO. Sabedme por allá los que procuran
Mi deshonor.

SANCHO. ¡Extraño pensamiento!

DON TELLO. Yo no sé dónde está; porque, á sabello,
Os la diera, por vida de don Tello.

ESCENA V

ELVIRA. — DICHOS.

ELVIRA. Sí sabe, esposo; que aquí
Me tiene Tello escondida.
SANCHO. ¡Esposa, mi bien, mi vida!
DON TELLO. ¿Esto has hecho contra mí?
SANCHO. ¡Ay, cuál estuve por tí!
NUÑO. ¡Ay, hija! ¡Cuál me has tenido!
El juicio tuve perdido.
DON TELLO. Teneos, apartaos, villanos.
SANCHO. Déjame tocar sus manos;
Mira que soy su marido.
DON TELLO. ¡Celio, Julio! Hola, criados,
Estos villanos matad.
FELICIANA. Hermano, con más piedad;
Mira que no son culpados.
DON TELLO. Cuando estuvieran casados,
Fuera mucho atrevimiento.

ESCENA VI

CELIO, JULIO, CRIADOS. — DICHOS.

DON TELLO. Matadlos.
SANCHO. Yo soy contento
De morir y no vivir,
Aunque es tan fuerte el morir.
ELVIRA. Ni vida ni muerte siento.
SANCHO. Escucha, Elvira, mi bien;
Yo me dejaré matar.
ELVIRA. Yo ya me sabré guardar
Aunque mil muertes me den.
DON TELLO. ¿Es posible que se estén
Requebrando? ¡Hay tal rigor!
¡Ah, Celio, Julio!
JULIO. Señor...
DON TELLO. Matadlos á palos.

CELIO. Mueran.

(*Los criados echan á palos á Nuño y Sancho.*)

DON TELLO. (*Á Elvira.*) En vano remedio esperan
Tus quejas de mi furor.
Ya pensamiento tenía
De volverte; y tan airado
Estoy en ver que has hablado
Con tan notable osadía,
Que por fuerza has de ser mía,
Ó no he de ser yo quien fuí.

FELICIANA. Hermano, que estoy aquí.

DON TELLO. He de forzalla ó matalla.

FELICIANA. ¿Cómo es posible libralla
De un hombre fuera de sí? (*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA VII

CELIO, JULIO *y* CRIADOS; *luego*, NUÑO Y SANCHO.

JULIO. (*Dentro.*) Ansí pagan los villanos.
Tan grandes atrevimientos.

CELIO. (*Dentro.*) Salgan fuera de palacio.

CRIADOS. (*Dentro*) Salgan.

(*Salen huyendo Sancho y Nuño.*)

SANCHO. Matadme, escuderos.
¡ No tuviera yo una espada!

NUÑO. Hijo, mira que sospecho
Que este hombre te ha de matar,
Atrevido y descompuesto.

SANCHO. Pues ¿ será bueno vivir?

NUÑO. Mucho se alcanza viviendo.

SANCHO. ¡ Vive Dios, de no quitarme
De los umbrales que veo,
Aunque me maten! que vida
Sin Elvira no la quiero.

NUÑO. Vive, y pedirás justicia;
Que rey tienen estos reinos,

Ó en grado de apelación
La podrás pedir al cielo.

ESCENA VIII

PELAYO. — NUÑO, SANCHO.

PELAYO. Aquí están.
SANCHO. ¿Quién es?
PELAYO. Pelayo,
Todo lleno de contento,
Que os viene á pedir albricias.
SANCHO. ¿Cómo albricias á este tiempo?
PELAYO. Albricias, digo.
SANCHO. ¿De qué,
Pelayo, cuando estoy muerto,
Y Nuño expirando?
PELAYO. Albricias.
NUÑO. ¿No conoces á este necio?
PELAYO. Elvira pareció ya.
SANCHO. ¡Ay padre! ¡Si la habrán vuelto!
¿Qué dices, Pelayo mío?
PELAYO. Señor, dice todo el puebro
Que desde anoche á las doce
Está en casa de don Tello...
SANCHO. Maldito seas, amén.
PELAYO. Y que tienen por muy cierto
Que no la quiere volver.
NUÑO. Hijo, vamos al remedio.
El rey de Castilla, Alfonso,
Por sus valerosos hechos,
Reside agora en León.
Pues es recto y justiciero,
Parte allá y informarásle
Deste agravio; que sospecho
Que nos ha de hacer justicia.
SANCHO. ¡Ay Nuño! tengo por cierto
Que el rey de Castilla Alfonso
Es un príncipe perfeto;
Mas ¿por dónde quieres que entre
Un labrador tan grosero?

¿ Qué corredor de palacio
Osará mi atrevimiento
Pisar ? ¿ Qué portero, Nuño,
Permitirá que entre dentro ?
Allí, á la tela, al brocado,
Al grave acompañamiento
Abren las puertas, y tienen
Razón, que yo lo confieso;
Pero á la pobreza, Nuño,
Sólo dejan los porteros
Que miren las puertas y armas,
Y esto ha de ser desde lejos.
Iré á León y entraré
En palacio, y verás luego
Cómo imprimen en mis hombros
De las cuchillas los cuentos.
Pues ¡ andar con memoriales,
Que tome el Rey ! ¡ Santo y bueno !
Haz cuenta que, de sus manos,
En el olvido cayeron.
Volveréme habiendo visto
Las damas y caballeros,
La iglesia, el palacio, el parque,
Los edificios; y pienso
Que traeré de allá mal gusto
Para vivir entre tejos,
Robles y encinas, adonde
Canta el ave y ladra el perro.
No, Nuño, no aciertas bien.

NUÑO. Sancho, yo sé bien si acierto.
Vete á hablar al rey Alfonso;
Que si aquí te quedas, pienso
Que te han de quitar la vida.

SANCHO. Pues eso, Nuño, deseo.

NUÑO. Yo tengo un rocín castaño,
Que apostará con el viento
Sus crines contra sus alas,
Sus clavos contra su freno.
Parte en él, y irá Pelayo
En aquel pequeño overo
Que suele llevar al campo.

SANCHO. Por tu gusto te obedezco. —

Pelayo, ¿irás tú conmigo
Á la corte?

PELAYO. Y tan contento
De ver lo que nunca he visto,
Sancho, que los pies te beso.
Dícenme acá, de la corte,
Que con huevos y torreznos
Empiedran todas las calles,
Y tratan los forasteros
Como si fueran de Italia,
De Flandes ó de Marruecos.
Dicen que es una talega
Donde junta los trebejos
Para jugar la fortuna,
Tantos blancos como negros.
Vamos por Dios á la corte.

SANCHO. Padre, adiós, partirme quiero.
Échame tu bendición.

NUÑO. Hijo, pues eres discreto,
Habla con ánimo al Rey.

SANCHO. Tú sabrás mi atrevimiento. —
Partamos.

NUÑO. Adiós, mi Sancho.

SANCHO. ¡Adiós, Elvira!

PELAYO. Adiós, puercos. (*Vanse*).

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA IX

DON TELLO, FELICIANA.

DON TELLO. ¿Que no pueda conquistar
Desta mujer la belleza?

FELICIANA. Tello, no hay que porfiar;
Porque es tanta su tristeza,
Que no deja de llorar.
Si en esa torre la tienes,
¿Es posible que no vienes
Á considerar mejor

Que, aunque te tuviera amor,
Te había de dar desdenes?
Si la tratas con crueldad,
¿Cómo ha de quererte bien?
Advierte que es necedad
Tratar con rigor á quien
Se llega á pedir piedad.

DON TELLO. ¡Que sea tan desgraciado,
Que me vea despreciado,
Siendo aquí el más poderoso,
El más rico y dadivoso!

FELICIANA. No te dé tanto cuidado,
Ni estés por una villana
Tan perdido.

DON TELLO. ¡Ay Feliciana!
Que no sabes qué es amor,
Ni has probado su rigor.

FELICIANA. Ten paciencia hasta mañana;
Que yo la tengo de hablar,
Á ver si puedo ablandar
Esta mujer.

DON TELLO. Considera
Que no es mujer, sino fiera,
Pues me hace tanto penar.
Prométela plata y oro,
Joyas y cuanto quisieres:
Di que la daré un tesoro;
Que á dádivas las mujeres
Suelen guardar más decoro.
Di que la regalaré,
Y dile que la daré
Un vestido tan galán,
Que gaste el oro á Milán
Desde su cabello al pie.
Que si remedia mi mal,
La daré hacienda y ganado,
Y que si fuera mi igual...

FELICIANA. ¿Posible es que diga tal?

DON TELLO. Sí, hermana; que estoy de suerte
Que me tengo de dar muerte,
Ú la tengo de gozar,
Y de una vez acabar

Con dolor tan grave y fuerte.

FELICIANA. Voy á hablarla, aunque es en vano.

DON TELLO. ¿ Por qué ?

FELICIANA. Porque una mujer
Que es honrada, es caso llano
Que no la podrá vencer
Ningún interés humano.

DON TELLO. Ve presto, y da á mi esperanza
Alivio ; que si no alcanza
Mi fe lo que ha pretendido,
El amor que le he tenido
Se ha de trocar en venganza. (*Vanse.*)

Salón en el palacio del Rey en León.

ESCENA X

EL REY DON ALFONSO VII, EL CONDE DON PEDRO, DON ENRIQUE, ACOMPAÑAMIENTO.

REY. Mientras que se apercibe
Mi partida á Toledo, y me responde
El de Aragón, que vive
Ahora en Zaragoza, sabed, Conde,
Si están ya despachados
Todos los pretendientes y soldados ;
Y mirad si hay alguno
También que quiera hablarme.

CONDE. No ha quedado
Por despachar ninguno.

DON ENRIQUE. Un labrador gallego he visto echado
Á esta puerta, y bien triste.

REY. Pues ¿ quién á ningún pobre la resiste ?
Id, Enrique de Lara,
Y traedle vos mismo á mi presencia.
(*Vase don Enrique.*)

CONDE. ¡ Virtud heroica y rara !
Compasiva piedad, suma clemencia !
¡ Oh ejemplo de los reyes,
Divina observación de santas leyes !

ESCENA XI

DON ENRIQUE, SANCHO, PELAYO. — EL REY, EL CONDE, ACOMPAÑAMIENTO.

DON ENRIQUE. Dejad las azagayas.
SANCHO. Á la pared, Pelayo, las arrima.
PELAYO. Con pie derecho vayas.
SANCHO. ¿ Cuál es el Rey, Señor ?
DON ENRIQUE. Aquel que arrima
La mano agora al pecho.
SANCHO. Bien puede, de sus obras satisfecho.
Pelayo, no te asombres.
PELAYO. Mucho tienen los reyes del invierno,
Que hacen temblar los hombres.
SANCHO. Señor...
REY. Habla, sosiega.
SANCHO. Que el gobierno
De España agora tienes...
REY. Dime quién eres y de dónde vienes.
SANCHO. Dame á besar tu mano,
Porque ennoblezca mi grosera boca,
Príncipe soberano;
Que si mis labios, aunque indignos, toca,
Yo quedaré discreto.
REY. ¡ Con lágrimas la bañas! ¿ Á qué efeto ?
SANCHO. Mal hicieron mis ojos;
Mas propuso la boca su querella,
Y quieren darla enojos,
Para que, puesta vuestra mano en ella,
Diera justo castigo
Á un hombre poderoso mi enemigo.
REY. Esfuérzate y no llores;
Que aunque en mí la piedad es muy propicia,
Para que no lo ignores,
También doy atributo á la justicia.
Di quién te hizo agravio;
Que quien al pobre ofende, nunca es sabio.
SANCHO. Son niños los agravios,
Y son padres los reyes: no te espantes

Que hagan con los labios,
En viéndolos, pucheros semejantes.

REY. (*Ap.*) Discreto me parece.
Primero que se queja me enternece.

SANCHO. Señor, yo soy hidalgo,
Si bien pobre : mudanzas de fortuna,
Porque con ellas salgo
Desde el calor de mi primera cuna;
Con este pensamiento,
Quise mi igual en justo casamiento ;
Mas, como siempre yerra
Quien de su justa obligación se olvida,
Al señor desta tierra,
Que don Tello de Neira se apellida,
Con más llaneza que arte,
Pidiéndole licencia, le dí parte.
Liberal la concede,
Y en las bodas me sirve de padrino;
Mas el amor, que puede
Obligar al más cuerdo á un desatino.
Le ciega y enamora,
Señor, de mi querida labradora.
No deja desposarme,
Y aquella noche con armada gente
La roba, sin dejarme
Vida que viva, protección que intente,
Fuera de vos y el cielo,
Á cuyo tribunal sagrado apelo.
Que, habiéndola pedido
Con lágrimas su padre y yo, tan fiero,
Señor, ha respondido,
Que vieron nuestros pechos el acero;
Y siendo hidalgos nobles,
Nuestros hombros las ramas de los robles.

REY. Conde...

CONDE. Señor...

REY. Al punto
Tinta y papel. Llegadme aquí una silla.
(*Siéntase el Rey y escribe.*)

CONDE. Aquí está todo junto.

SANCHO. (*Ap.* Su gran valor espanta y maravilla.)
Al Rey hablé, Pelayo. (*Ap. á él.*)

PELAYO. El es hombre de bien, voto á mi sayo.
SANCHO. ¿Qué entrañas hay crueles
Para el pobre?
PELAYO. Los reyes castellanos
Deben de ser ángeles.
SANCHO. ¿Vestidos no los ves como hombres llanos?
PELAYO. De otra manera había
Un rey que Tello en un tapiz tenía,
La cara abigarrada
Y la calza caída á media pierna,
Y en la mano una vara,
Y un tocado á manera de linterna,
Con su corona de oro,
Y un barboquejo, como turco ó moro.
Yo preguntéle á un paje
Quién era aquel señor de tanta fama,
Que me admiraba el traje;
Y respondióme: « El rey Baúl se llama. »
SANCHO. ¡Necio! Saúl diría.
PELAYO. Baúl, cuando á Badil matar quería.
SANCHO. David su yerno era.
PELAYO. Sí; que en la igreja predicaba el Cura
Que le dió en la mollera
Con una de Moisén lágrima dura
Al gigante que olía.
SANCHO. Golías, bestia.
PELAYO. El Cura lo decía.
REY. Conde, esa carta cerrad. —
¿Cómo es tu nombre, buen hombre?
SANCHO. Sancho, Señor, es mi nombre,
Que á los pies de tu piedad
Pido justicia de quien,
En su poder confiado,
Á mi mujer me ha quitado,
Y me quitara también
La vida, si no me huyera.
REY. ¿Que es hombre tan poderoso
En Galicia?
SANCHO. Es tan famoso,
Que desde aquella ribera
Hasta la romana torre
De Hércules es respetado:

Si está con un hombre airado,
Solo el cielo le socorre.
Él pone y él quita leyes;
Que éstas son las condiciones
De soberbios infanzones
Que están lejos de los reyes.

CONDE. La carta está ya cerrada.

REY. Sobreescribidla á don Tello
De Neira.

SANCHO. Del mismo cuello
Me quitas, Señor, la espada.

REY. Esa carta le darás,
Con que te dará tu esposa.

SANCHO. De tu mano generosa
¿Hay favor que llegue á más?

REY. ¿Veniste á pie?

SANCHO. No, Señor;
Que en dos rocines venimos
Pelayo y yo.

PELAYO. Y los corrimos
Como el viento, y aun mijor.
Verdad es que tiene el mío
Unas mañas no muy buenas:
Déjase subir apenas,
Échase en arena ó río,
Corre como un maldiciente,
Come más que un estudiante,
Y en viendo un mesón delante,
Ó se entra ó se para enfrente.

REY. Buen hombre sois.

PELAYO. Soy en fin
Quien por vos su patria deja.

REY. ¿Tenéis vos alguna queja?

PELAYO. Sí, Señor, deste rocín,

REY. Digo, que os cause cuidado.

PELAYO. Hambre tengo: si hay cocina
Por acá...

REY. ¿Nada os inclina
De cuanto aquí veis colgado,
Que á vuestra casa llevéis?

PELAYO. No hay allá donde ponello:
Enviádselo á don Tello,

Que tien desto cuatro ó seis.

REY. ¡Qué gracioso labrador!
¿Qué sois allá en vuestra tierra?

PELAYO. Señor, ando por la sierra,
Cochero soy del Señor.

REY. ¿Coches hay allá?

PELAYO. Que no;
Soy quien guardo los cochinos.

REY. (*Ap.* ¡Qué dos hombres peregrinos
Aquella tierra juntó,
Aquel con tal discreción,
Y este con tal ignorancia!)
Tomad vos. (*Dale un bolsillo.*)

PELAYO. No es de importancia.

REY. Tomadlos, doblones son. —
Y vos la carta tomad, (*Á Sancho.*)
Y id en buen hora.

SANCHO. Los cielos
Te guarden.

(*Vanse el Rey, el Conde, don Enrique y el acompañamiento.*)

PELAYO. ¡Hola! — Tomélos.

SANCHO. ¿Dineros?

PELAYO. Y en cantidad.

SANCHO. ¡Ay, mi Elvira! Mi ventura
Se cifra en este papel;
Que pienso que llevo en él
Libranza de tu hermosura. (*Vanse.*)

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA XII

DON TELLO. CELIO.

CELIO. Como me mandaste, fuí
Á saber de aquel villano,
Y aunque lo negaba Nuño,
Me lo dijo amenazado.
No está en el valle; que ha días
Que anda ausente.

DON TELLO. ¡Extraño caso!

CELIO. Dice que es ido á León.
DON TELLO. ¡Á León!
CELIO. Y que Pelayo
Le acompañaba.
DON TELLO. ¿Á qué efeto?
CELIO. Á hablar al Rey.
DON TELLO. ¿En qué caso?
El no es de Elvira marido,
Para que yo le haga agravio.
Cuando se quejara Nuño,
Estuviera disculpado;
Pero ¡Sancho!
CELIO. Esto me han dicho
Pastores de tus ganados:
Y como el mozo es discreto,
Y tiene amor, no me espanto
Señor, que se haya atrevido.
DON TELLO. Y ¿no habrá más de en llegando
Hablar á un rey de Castilla?
CELIO. Como Alfonso se ha criado
En Galicia con el conde
Don Pedro de Andrada y Castro,
No le negará la puerta,
Por más que sea hombre bajo,
Á ningún gallego. (*Llaman dentro.*)
DON TELLO. Celio,
Mira quién está llamando.
¿No hay pajes en esta sala?
CELIO. ¡Vive Dios, Señor, que es Sancho,
Este mismo labrador
De quien estamos hablando!
DON TELLO. ¡Hay mayor atrevimiento!
CELIO. Así vivas muchos años,
Que veas lo que te quiere.
DON TELLO. Di que entre; que aquí le aguardo.

ESCENA XIII

SANCHO, PELAYO. — Dichos.

SANCHO. Dame, gran Señor, los pies.
DON TELLO. ¿Ádónde, Sancho, has estado,

Que ha días que no te he visto?

SANCHO. Á mí me parecen años.
Señor, viendo que tenías
Esa porfía en que has dado,
Ó sea amor á mi Elvira,
Fuí á hablar al rey castellano,
Como supremo jüez
Para deshacer agravios.

DON TELLO. Pues ¿qué dijiste de mí?

SANCHO. Que habiéndome yo casado,
Me quitaste mi mujer.

DON TELLO. ¡Tu mujer! Mientes, villano.
¿Entró el Cura aquella noche?

SANCHO. No, Señor: pero de entrambos
Sabía las voluntades.

DON TELLO. Si nunca os tomó las manos,
¿Cómo puede ser que sea
Matrimonio?

SANCHO. Yo no trato
De si es matrimonio ó no;
Aquesta carta me ha dado,
Toda escrita de su letra.

DON TELLO. De cólera estoy temblando.
(*Lee.*) « En recibiendo ésta, daréis á ese pobre labrador « la mujer que le habéis quitado, sin réplica ninguna; y « advertid que los buenos vasallos se conocen lejos de los « reyes, y que los reyes nunca están lejos para castigar los « malos. — *El Rey.* »
Hombre, ¿qué has traído aquí?

SANCHO. Señor, esa carta traigo
Que me dió el Rey.

DON TELLO. ¡Vive Dios,
Que de mi piedad me espanto!
¿Piensas, villano, que temo
Tu atrevimiento en mi daño?
¿Sabes quién soy?

SANCHO. Sí, Señor;
Y en tu valor confiado,
Traigo esta carta, que fué,
No, cual piensas, en tu agravio,
Sino carta de favor
Del señor rey castellano,

Para que me des mi esposa.

DON TELLO. Advierte que, respetando
La carta, á ti y al que viene
Contigo...

PELAYO. ¡San Blas! ¡San Pablo!

DON TELLO. No os cuelgo de dos almenas.

PELAYO. Sin ser día de mi santo,
Es muy bellaca señal.

DON TELLO. Salid luego de palacio,
Y no paréis en mi tierra;
Que os haré matar á palos.
Pícaros, villanos, gente
De solar humilde y bajo,
¡Conmigo!...

PELAYO. Tiene razón;
Que es mal hecho haberle dado
Ahora esta pesadumbre.

DON TELLO. Villano, si os he quitado
Esa mujer, soy quien soy,
Y aquí reino en lo que mando,
Como el rey en su Castilla;
Que no deben mis pasados
Á los suyos esta tierra;
Que á los moros la ganaron.

PELAYO. Ganáronsela á los moros,
Y también á los cristianos,
Y no debe nada al Rey.

DON TELLO. Yo soy quien soy...

PELAYO. (*Ap.*) ¡San Macario!

DON TELLO. Y por aquesto no tomo
Venganza con propias manos.
¡Dar á Elvira! ¡Qué es á Elvira! —
¡Matadlos! Pero dejadlos;
Que en villanos es afrenta
Manchar el acero hidalgo.

PELAYO. No le manche, por su vida.

(*Vanse don Tello y Celio.*)

ESCENA XIV

SANCHO, PELAYO.

SANCHO. ¿Qué te parece?
PELAYO. Que estamos
Desterrados de Galicia.
SANCHO. Pierdo el seso, imaginando
Que éste no obedezca al Rey
Por tener cuatro vasallos.
Pues ¡vive Dios!...
PELAYO. Sancho, tente;
Que siempre es consejo sabio,
Ni pleitos con poderosos
Ni amistades con criados.
SANCHO. Volvámonos á León.
PELAYO. Aquí los doblones traigo
Que me dió el Rey: vamos luego.
SANCHO. Diréle lo que ha pasado.
¡Ay, mi Elvira! ¡Quién te viera!
Salid, suspiros, y en tanto
Que vuelvo, decid que muero
De amores.
PELAYO. Camina, Sancho;
Que éste no ha gozado á Elvira.
SANCHO. ¿De qué lo sabes, Pelayo?
PELAYO. De que nos la hubiera vuelto,
Cuando la hubiera gozado. (*Vanse.*)

ACTO TERCERO

Salón del palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE.

REY. El cielo sabe, Conde, cuánto estimo
Las amistades de mi madre.

CONDE. Estimo
Esas razones, gran Señor, que en todo
Muestras valor divino y soberano.
REY. Mi madre gravemente me ha ofendido;
Mas considero que mi madre ha sido[1].

ESCENA II

SANCHO, PELAYO. — DICHOS.

PELAYO. (*Ap. á Sancho.*) Digo que puedes llegar.
SANCHO. Ya, Pelayo, viendo estoy
A quien toda el alma doy,
Que no tengo más que dar:
Aquel castellano sol,
Aquel piadoso Trajano,
Aquel Alcides cristiano
Y aquel César español.
PELAYO. Yo que no entiendo de historias
De Cides, son de marranos,
Estó mirando en sus manos,
Mas que tien rayas, vitorias.
Llega y á sus pies te humilla,
Besa aquella huerte mano.
SANCHO. Emperador soberano,
Invicto rey de Castilla,
Déjame besar el suelo
De tus pies, que por almohada
Han de tener á Granada
Presto con favor del cielo,
Y por alfombra á Sevilla,
Sirviéndoles de colores
Las naves y varias flores
De su siempre hermosa orilla.
¿Conócesme?
REY. Pienso que eres
Un gallego labrador

1. Deben de faltar versos: no se pondría Lope á escribir endecasílabos para hacer sólo estos seis. J. E. H.

Que aquí me pidió favor.

REY. Yo soy, Señor.

REY. No te alteres.

SANCHO. Señor, mucho me ha pesado
De volver tan atrevido
Á darte enojos; no ha sido
Posible haberlo excusado.
Pero si yo soy villano
En la porfía, Señor,
Tú serás emperador,
Tú serás César romano,
Para perdonar á quien
Pide á tu clemencia real
Justicia.

REY. Dime tu mal,
Y advierte que te oigo bien;
Porque el pobre para mí
Tiene cartas de favor.

SANCHO. La tuya, invicto Señor,
Á Tello en Galicia dí,
Para que, como era justo,
Me diesen mi prenda amada.
Leída y no respetada,
Causóle mortal disgusto;
Y no sólo no volvió,
Señor, la prenda que digo,
Pero con nuevo castigo
El porte della me dió;
Que á mí y á este labrador
Nos trataron de tal suerte,
Que fué escapar de la muerte
Dicha y milagro, Señor.
Hice algunas diligencias,
Por no volver á cansarte;
Pero ninguna fué parte
Á mover sus resistencias.
Hablóle el Cura, que allí
Tiene mucha autoridad,
Y un santo y bendito abad
Que tuvo piedad de mí,
Y en San Pelayo de Samos
Reside: pero mover

Su pecho no pudo ser,
Ni todos juntos bastamos.
No me dejó que la viera,
Que aun eso me consolara;
Y así, vine á ver tu cara,
Y á que justicia me hiciera
La imagen de Dios, que en ella
Resplandece, pues la imita.

REY. Carta de mi mano escrita...
— ¿Mas que debió de rompella?

SANCHO. Auuqne por moverte á ira
Dijera de sí algún sabio,
No quiera Dios que mi agravio
Te indigne con la mentira.
Leyóla y no la rompió;
Mas miento, que fué rompella
Leella y no hacer por ella
Lo que su rey le mandó.
En una tabla su ley
Escribió Dios: ¿no es quebrar
La tabla el no la guardar?
Así es mandato de Rey;
Porque para que se crea
Que es infiel, se entiende así;
Que lo que se rompe allí,
Basta que el respeto sea.

REY. No es posible que no tengas
Buena sangre, aunque te afligen
Trabajos, y que de origen
De nobles personas vengas,
Como muestra tu buen modo
De hablar y de proceder.
Ahora bien, yo he de poner
De una vez remedio en todo. —
Conde...

CONDE. Gran Señor...

REY. Enrique...

DON ENRIQUE. Señor...

REY. Yo he de ir á Galicia;
Que me importa hacer justicia...
— Y aquesto no se publique.

CONDE. Señor...

REY. ¿ Qué me replicáis ?
Poned del Parque á las puertas
Las postas.
CONDE. Pienso que abiertas
Al vulgo se las dejáis.
REY. Pues ¿ cómo lo han de saber,
Si enfermo dicen que estoy
Los de mi cámara ?
DON ENRIQUE. Soy
De contrario parecer.
REY. Esta es ya resolución.
No me repliquéis.
CONDE. Pues sea
De aquí á dos días, y vea
Castilla la prevención
De vuestra melancolía.
REY. Labradores...
SANCHO. Gran Señor...
REY. Ofendido del rigor,
De la violencia y porfía
De don Tello, yo en persona
Le tengo de castigar.
SANCHO. ¡ Vos, Señor ! Sería humillar
Al suelo vuestra corona.
REY. (*Á Sancho*). Id delante y prevenid
De vuestro suegro la casa,
Sin decirle lo que pasa,
Ni á hombre humano, y advertid
Que esto es pena de la vida.
SANCHO. Pues ¿ quién ha de hablar, Señor ?
REY. (*Á Pelayo*). Escuchad vos, labrador.
Aunque todo el mundo os pida
Que digáis quién soy, decid
Que un hidalgo castellano,
Puesta en la boca la mano
Desta manera... advertid...
Porque no habéis de quitar
De los labios los dos dedos.
PELAYO. Señor, los tendré tan quedos,
Que no osaré bostezar.
Pero su merced, mirando
Con piedad mi suficiencia,

Me ha de dar una licencia
De comer de cuando en cuando.

REY. No se entiende que has de estar
Siempre la mano en la boca.

SANCHO. Señor, mirad que no os toca
Tanto mi bajeza honrar.
Enviad, que es justa ley,
Para que haga justicia,
Algún alcalde á Galicia.

REY. *El mejor alcalde el Rey.* (*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA III

NUÑO, CELIO.

NUÑO. En fin, ¿ que podré verla ?

CELIO. Podréis verla;
Don Tello, mi señor, licencia ha dado.

NUÑO. ¿ Qué importa, cuando soy tan desdichado ?

CELIO. No tenéis qué temer; que ella resiste
Con gallardo valor y valentía
De mujer, que es mayor cuando porfía.

NUÑO. Y ¿ podré yo creer qué honor mantiene
Mujer que en su poder un hombre tiene ?

CELIO. Pues es tanta verdad, que si quisiera
Elvira que su esposo Celio fuera,
Tan seguro con ella me casara
Como si en vuestra casa la tuviera.

NUÑO. ¿ Cuál decís que es la reja ?

CELIO. Hacia esta parte
De la torre se mira una ventana,
Donde se ha de poner, como me ha dicho.

NUÑO. Parece que allí veo un blanco bulto,
Si bien ya con la edad lo dificulto.

CELIO. Llegad, que yo me voy; porque si os viere,
No me vean á mí, que lo he trazado,
De vuestro justo amor importunado. (*Vase.*)

ESCENA IV

ELVIRA, *á una reja de una torre.* — NUÑO.

NUÑO. ¿ Eres tú, mi desdichada
Hija ?
ELVIRA. ¿ Quién, sino yo, fuera ?
NUÑO. Ya no pensé que te viera,
No por presa y encerrada,
Sino porque deshonrada
Te juzgué siempre en mi idea;
Y es cosa tan torpe y fea
La deshonra en el honrado,
Que aun á mí, que el ser te he dado,
Me obliga á que no te vea.
¡ Bien el honor heredado
De tus pasados guardaste,
Pues que tan presto quebraste
Su cristal tan estimado !
Quien tan mala cuenta ha dado
De sí, padre no me llame;
Porque hija tan infame
(Y no es mucho que esto diga)
Solamente á un padre obliga
Á que su sangre derrame.
ELVIRA. Padre, si en desdichas tales
Y en tan continuos desvelos,
Los que han de dar los consuelos,
Vienen á aumentar los males,
Los míos serán iguales
Á la desdicha en que estoy,
Porque si tu hija soy,
Y el ser que tengo me has dado,
Es fuerza haber heredado
La nobleza que te doy.
Verdad es que este tirano
Ha procurado vencerme ;
Yo he sabido defenderme
Con un valor más que humano ;
Y puedes estar ufano

De que he de perder la vida
Primero que este homicida
Llegue á triunfar de mi honor,
Aunque con tanto rigor
Aquí me tiene escondida.

NUÑO. Ya del extremo celoso,
Hija, el corazón ensancho.

ELVIRA. ¿ Qué se ha hecho el pobre Sancho,
Que solía ser mi esposo ?

NUÑO. Volvió á ver á aquel famoso
Alfonso, rey de Castilla.

ELVIRA. Luego ¿ no ha estado en la villa ?

NUÑO. Hoy esperándole estoy.

ELVIRA. Y yo que le maten hoy.

NUÑO. Tal crueldad me maravilla.

ELVIRA. Jura de hacerle pedazos.

NUÑO. Sancho se sabrá guardar.

ELVIRA. ¡ Oh, quién se pudiera echar
De aquesta torre á tus brazos !

NUÑO. Desde aquí con mil abrazos
Te quisiera recibir.

ELVIRA. Padre, yo me quiero ir;
Que me buscan ; padre, adiós.

NUÑO. No nos veremos los dos;
Que yo me voy á morir. (*Éntrase Elvira*).

ESCENA V

DON TELLO. — NUÑO.

DON TELLO. ¿ Qué es esto ? ¿ Con quién habláis ?

NUÑO. Señor, á estas piedras digo
Mi dolor, y ellas conmigo,
Sienten cuán mal me tratáis ;
Que, aunque vos las imitáis
En dureza, mi desvelo
Huye siempre del consuelo,
Que anda á buscar mi tristeza ;
Y aunque es tanta su dureza,
Piedad les ha dado el cielo.

DON TELLO. Aunque más forméis, villanos,

Quejas, llautos é invenciones,
La causa de mis pasiones
No ha de salir de mis manos.
Vosotros sois los tiranos,
Que no la queréis rogar
Que dé á mi intento lugar;
Que yo, que la adoro y quiero,
¿ Cómo puede ser, si muero,
Que pueda á Elvira matar ?
¿ Qué señora presumís
Que es Elvira ? ¿ Es más agora
De una pobre labradora ?
Todos del campo vivís;
Mas pienso que bien decís,
Mirando la sujeción
Del humano corazón ;
Que no hay mayor señorío
Que pocos años y brío,
Hermosura y discreción.

NUÑO. Señor, vos decís muy bien.
El cielo os guarde.

DON TELLO. Sí hará,
Y á vosotros os dará
El justo pago también.

NUÑO. (*Ap.*) ¡ Que sufra el mundo que estén
Sus leyes en tal lugar,
Que el pobre al rico ha de dar
Su honor, y decir que es justo !
Mas tiene por ley su gusto
Y poder para matar. (*Vase.*)

DON TELLO. Celio...

ESCENA VI

CELIO. — DON TELLO.

CELIO. Señor...

DON TELLO. Lleva luego
Donde te he mandado á Elvira.

CELIO. Señor, lo que intentas mira.

DON TELLO. No mira quien está ciego.

CELIO. Que repares bien te ruego;
Que forzalla es crueldad.
DON TELLO. Tuviera de mí piedad,
Celio, y yo no la forzara.
CELIO. Estimo por cosa rara
Su defensa y castidad.
DON TELLO. No repliques á mi gusto
¡ Pesar de mi sufrimiento !
Que ya es bajo pensamiento
El sufrir tanto disgusto.
Tarquino tuvo por gusto
No esperar tan sola un hora,
Y cuando vino la aurora
Ya cesaban sus porfías;
Pues ¿ es bien que tantos días
Espere á una labradora ?
CELIO. Y ¿ esperarás tú también
Que te den castigo igual ?
Tomar ejemplo del mal
No es justo, sino del bien.
DON TELLO. Mal ó bien, hoy su desdén,
Celio, ha de quedar vencido.
Ya es tema, si amor ha sido;
Que aunque Elvira no es Tamar,
Á ella le ha de pesar,
Y á mí vengarme su olvido. (*Vanse.*)

Sala en casa de Nuño.

ESCENA VII

SANCHO, PELAYO, JUANA.

JUANA. Los dos seáis bien venidos.
SANCHO. No sé cómo lo seremos;
Pero bien sucederá,
Juana, si lo quiere el cielo.
PELAYO. Si lo quiere el cielo, Juana,
Sucederá por lo menos...
— Que habremos llegada á casa... —

Y pues que tienen sus piensos
Los rocines, no es razón
Que envidia tengamos dellos.

JUANA. ¿Ya nos vienes á matar?

SANCHO. ¿Dónde está Señor?

JUANA. Yo creo
Que es ido á hablar con Elvira.

SANCHO. Pues ¿déjala hablar don Tello?

JUANA. Allá por una ventana
De una torre, dijo Celio.

SANCHO. ¿En torre está todavía?

PELAYO. No importa; que vendrá presto
Quien le haga...

SANCHO. Advierte, Pelayo...

PELAYO. (*Ap.*) Olvidéme de los dedos.

JUANA. Nuño viene.

ESCENA VIII

NUÑO. — Dichos.

SANCHO. ¡Señor mío!...

NUÑO. Hijo, ¿cómo vienes?

SANCHO. Vengo
Más contento á tu servicio.

NUÑO. ¿De qué vienes más contento?

SANCHO. Traigo un gran pesquisidor.

PELAYO. Un pesquisidor traemos,
Que tiene...

SANCHO. Advierte, Pelayo...

PELAYO. (*Ap.*) Olvidéme de los dedos.

NUÑO. ¿Viene gran gente con él?

SANCHO. Dos hombres.

NUÑO. Pues yo te ruego,
Hijo, que no intentes nada;
Que será vano tu intento;
Que un poderoso en su tierra,
Con armas, gente y dinero,
Ó ha de torcer la justicia,
Ó alguna noche durmiendo,
Matarnos en nuestra casa.

PELAYO. ¿ Matar ? ¡ Oh qué bueno es eso !
¿ Nunca habéis jugado al triunfo ?
Haced cuenta que don Tello
Ha metido la malilla :
Pues la espadilla traemos.
SANCHO. Pelayo, ¿tenéis jüicio ?
PELAYO. (*Ap.*) Olvidéme de los dedos.
SANCHO. Lo que habéis de hacer, Señor,
Es prevenir aposento,
Porque es hombre muy honrado.
PELAYO. Y tan honrado, que puedo
Decir...
SANCHO. ¡ Vive Dios, villano !...
PELAYO. (*Ap.* Olvidéme de los dedos.)
Que no hablaré más palabra.
NUÑO. Hijo, descansa; que pienso
Que te ha de costar la vida
Tu amoroso pensamiento.
SANCHO. Antes voy á ver la torre
Donde mi Elvira se ha puesto;
Que como el sol deja sombra,
Podrá ser que de su cuerpo
Haya quedado en la reja ;
Y si, como el sol traspuesto,
No la ha dejado, yo sé
Que podrá formarla luego
Mi propia imaginación. (*Vase.*)

ESCENA IX

NUÑO, PELAYO, JUANA.

NUÑO. ¡ Qué extraño amor !
JUANA. Yo no creo
Que se haya visto en el mundo.
NUÑO. Ven acá, Pelayo.
PELAYO. Tengo
Qué decir á la cocina.
NUÑO. Ven acá pues.
PELAYO. Luego vuelvo.
NUÑO. Ven acá.

PELAYO. ¿Qué es lo que quiere?
NUÑO. ¿Quién es este caballero
Pesquisidor que trae Sancho?
PELAYO. El pescador que traemos,
Es un... (*Ap.* Dios me tenga en buenas.)
Es un hombre de buen seso,
Descolorido, encendido,
Alto, pequeño de cuerpo,
La boca por donde come,
Barbirrubio y barbinegro;
Y si no lo miré mal,
Es médico ó quiere serlo;
Porque, en mandando que sangren,
Aunque sea del pescuezo...
NUÑO. ¿Hay bestia como éste, Juana?

ESCENA X

BRITO. — Dichos.

BRITO. Señor Nuño, corra presto,
Porque á la puerta de casa
Se apean tres caballeros
De tres hermosos caballos,
Con lindos vestidos nuevos,
Botas, espuelas y plumas.
NUÑO. ¡Válgame Dios, si son ellos!
Mas ¡pesquisidor con plumas!
PELAYO. Señor, vendrán, más ligeros;
Porque la recta justicia,
Cuando no atiende á cohechos,
Tan presto al concejo vuelve,
Como sale del concejo.
NUÑO. ¿Quién le ha enseñado á la bestia
Esas malicias?
PELAYO. ¿No vengo
De la corte? ¿Qué se espanta?

ESCENA XI

EL REY, EL CONDE Y DON ENRIQUE, *de camino;* SANCHO. — DICHOS.

SANCHO. Puesto que os vi desde lejos,
Os conocí.
REY. Cuenta, Sancho, (*Ap. á él.*)
Que aquí no han de conocernos.
NUÑO. Seáis, Señor, bien venido.
REY. ¿Quién sois?
SANCHO. Es Nuño, mi suegro.
REY. Estéis en buen hora, Nuño.
NUÑO. Mil veces los pies os beso.
REY. Avisad los labradores
Que no digan á don Tello
Que viene pesquisidor.
NUÑO. Cerrados pienso tenerlos
Para que ninguno salga.
(*Sancho habla á Brito y á Juana, y se van.*)
Pero, Señor, tengo miedo
Que traigáis dos hombres solos;
Que no hay en todo este reino
Más poderoso señor,
Más rico ni más soberbio.
REY. Nuño, la vara del Rey
Hace el oficio del trueno,
Que avisa que viene el rayo:
Solo, como veis, pretendo
Hacer por el Rey justicia.
NUÑO. En vuestra presencia veo
Tan magnánimo valor,
Que, siendo agraviado, tiemblo.
REY. La información quiero hacer.
NUÑO. Descansad, Señor, primero;
Que tiempo os sobra de hacella.
REY. Nunca á mí me sobra tiempo.—
¿Llegastes bueno, Pelayo?
PELAYO. Sí, Señor, llegué muy bueno.
Sepa vuesa señoría...

REY. ¿Qué os dije?
PELAYO. Póngome el freno.
¿Viene bueno su merced?
REY. Gracias á Dios, bueno vengo.
PELAYO. Á fe que he de presentalle,
Si salimos con el pleito,
Un puerco de su tamaño.
SANCHO. Calla, bestia.
PELAYO. Pues sea puerco
Como yo, que soy chiquito.
REY. Llamad esa gente presto.
(*Pelayo se llega á la puerta y llama.*)

ESCENA XII

BRITO, FILENO, JUANA, LEONOR. — EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, NUÑO, SANCHO, PELAYO.

BRITO. ¿Qué es, Señor, lo que mandáis?
NUÑO. Si de los valles y cerrros
Han de venir los zagales,
Esperaréis mucho tiempo.
REY. Estos bastan que hay aquí.
¿Quién sois vos?
BRITO. Yo, Señor bueno,
So Brito, un zagal del campo.
PELAYO. De casado le cogieron
El principio, y ya es cabrito.
REY. ¿Que sabéis vos de don Tello
Y del suceso de Elvira?
BRITO. La noche del casamiento
La llevaron unos hombres
Que aquestas puertas rompieron.
REY. Y vos ¿quién sois?
JUANA. Señor, Juana,
Su criada, que sirviendo
Estaba á Elvira, á quien ya
Sin honra y sin vida veo.
REY. Y ¿quién es aquel buen hombre?
PELAYO. Señor, Fileno el gaitero;
Toca de noche á las brujas

Que andan por esos barbechos,
Y una noche le llevaron,
De donde trujo el asiento
Como ruedas de salmón.

REY. Diga lo que sabe desto.

FILENO. Señor, yo vine á tañer,
Y vi que mandó don Tello
Que no entrara el señor Cura.
El matrimonio deshecho,
Se llevó á su casa á Elvira,
Donde su padre y sus deudos
La han visto.

REY. ¿Y vos, labradora?

PELAYO. Esta es Leonora de Cueto,
Hija de Pero Miguel
De Cuelo, de quien fué agüelo
Nuño de Cueto, y su tío
Martín Cueto, morganero
Del lugar, gente muy nobre;
Tuvo dos tías que fueron
Brujas, pero ha muchos años,
Y tuvo un sobrino tuerto,
El primero que sembró
Nabos en Galicia.

REY. Bueno
Está aquesto por ahora. —
Caballeros, descansemos,
Para que á la tarde vamos
Á visitar á don Tello.

CONDE. Con menos información
Pudieras tener por cierto
Que no te ha engañado Sancho;
Porque la inocencia destos
Es la prueba más bastante.

REY (*Ap. á Nuño*). Haced traer de secreto
Un clérigo y un verdugo.
(*Vanse el Rey, el Conde y don Enrique.*)

ESCENA XIII

SANCHO, NUÑO, PELAYO, JUANA, LEONOR, BRITO, FILENO.

NUÑO. Sancho... (*Ap. á él.*)
SANCHO. Señor...
NUÑO. Yo no entiendo
Este modo de jüez :
Sin cabeza de proceso
Pide clérigo y verdugo.
SANCHO. Nuño, yo no sé su intento.
NUÑO. Con un escuadrón armado
Aun no pudiera prendello,
Cuanto más con dos personas.
SANCHO. Démosle á comer; que luego
Se sabrá si puede ó no.
NUÑO. ¿ Comerán juntos ?
SANCHO. Yo creo
Que el jüez comerá solo,
Y después comerán ellos.
NUÑO. Escribano y alguacil
Deben de ser.
SANCHO. Eso pienso. (*Vase.*)
NUNO. Juana...
JUANA. Señor...
NUÑO. Adereza
Ropa limpia, y al momento
Matarás cuatro gallinas
Y asarás un buen torrezno.
Y pues estaba pelado,
Pon aquel pavillo nuevo
Á que se ase también,
Mientras que baja Fileno
Á la bodega por vino.
PELAYO. ¡ Voto al sol, Nuño, que tengo
De comer hoy con el juez!
NUÑO. Éste ya no tiene seso. (*Vase.*)
PELAYO. Solo es desdicha en los reyes
Comer solos, y por eso

Tienen siempre al rededor
Los bufones y los perros. (*Vanse.*)

Patio en la quinta de don Tello. Pared ó verja en el fondo.

ESCENA XIV

ELVIRA, *huyendo de* DON TELLO; FELICIANA, *deteniéndole.*

ELVIRA. ¡Favor, cielo soberano!
Pues en la tierra no espero
Remedio. (*Vase.*)
DON TELLO. Matarla quiero.
FELICIANA. Detén la furiosa mano.
DON TELLO. Mira que te he de perder
El respeto, Feliciana.
FELICIANA. Merezca, por ser tu hermana,
Lo que no por ser mujer.
DON TELLO. ¡Pese á la loca villana!
¿Que por un villano amor
No respete á su señor,
De puro soberbia y vana?
Pues no se canse en pensar
Que se podrá resistir;
Que la tengo de rendir
Ó la tengo de matar. (*Vase.*)

ESCENA XV

CELIO. — FELICIANA.

CELIO. No sé si es vano temor,
Señora, el que me ha engañado;
Á Nuño he visto en cuidado
De huéspedes de valor.
Sancho ha venido á la villa,
Todos andan con recato;
Con algún fingido trato

Le han despachado en Castilla.
No los he visto jamás
Andar con tanto secreto.

FELICIANA. No fuiste, Celio, discreto,
Si en esa sospecha estás;
Que ocasión no te faltara
Para entrar y ver lo que es.

CELIO. Temí que Nuño después
De verme entrar se enojara;
Que á todos nos quiere mal.

FELICIANA. Quiero avisar á mi hermano;
Porque tiene este villano
Bravo ingenio y natural.
Tú, Celio, quédate aquí
Para ver si alguno viene. (*Vase.*)

CELIO. Siempre la conciencia tiene
Este temor contra sí,
Demás que tanta crueldad
Al cielo pide castigo.

ESCENA XVI

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE Y SANCHO, *que aparecen al otro lado de la verja.* — CELIO.

REY. Entrad y haced lo que digo.

CELIO. ¿Qué gente es esta?

REY. Llamad.

(*Llaman; abre un criado, y pasan al patio el Rey, el Conde, don Enrique y Sancho.*)

SANCHO. Este, Señor, es criado
De don Tello.

REY. ¡Ah hidalgo! oid.

CELIO. ¿Qué me queréis?

REY. Advertid
Á don Tello que he llegado
De Castilla, y quiero hablalle.

CELIO. Y ¿quién diré que sois?

REY. Yo.

CELIO. ¿No tenéis más nombre?

REY. No.

CELIO. ¡Yo no más, y con buen talle!

Puesto me habéis en cuidado.
Yo voy á decir que *Yo*
Está á la puerta. (*Vase.*)

ENRIQUE. Ya entró.

CONDE. Temo que responda airado,
Y era mejor declararte.

REY. No era, porque su miedo
Le dirá que solo puedo
Llamarme *Yo* en esta parte. (*Vuelve Celio.*)

CELIO. Á don Tello, mi señor,
Dije cómo *Yo* os llamáis,
Y me dice que os volváis,
Que él solo es *Yo*, por rigor;
Que quien dijo *Yo*, por ley
Justa del cielo y del suelo,
Es solo Dios en el cielo,
Y en el suelo solo el Rey.

REY. Pues un alcalde decid
De su casa y corte.

CELIO. (*Túrbase.*) Iré,
Y ese nombre le diré.

REY. En lo que os digo advertid. (*Vase Celio.*)

CONDE. Parece que el escudero
Se ha turbado.

ENRIQUE. El nombre ha sido
La causa.

SANCHO. Nuño ha venido;
Licencia, Señor, espero
Para que llegue, si es gusto
Vuestro.

REY. Llegue, porque sea
En todo lo que desea
Parte, de lo que es tan justo,
Como del pesar lo ha sido.

ESCENA XVII

NUÑO, PELAYO, JUANA *y* VILLANOS, *fuera de la verja.* — EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, SANCHO.

SANCHO. Llegad, Nuño, y desde afuera
Mirad.

NUÑO. Sólo ver me altera
La casa deste atrevido.
Estad todos con silencio.
JUANA. Hable Pelayo, que es loco.
PELAYO. Vosotros veréis cuán poco
De un mármol me diferencio.
NUÑO. ¡Que con dos hombres no más
Viniese! ¡Extraño valor!

ESCENA XVIII

DON TELLO, FELICIANA, CRIADOS. — DICHOS.

FELICIANA. Mira lo que haces, Señor...
Tente, hermano: ¿dónde vas?
DON TELLO. (*Al Rey.*) ¿Sois por dicha, hidalgo, vos
El alcalde de Castilla
Que me busca?
REY. ¿Es maravilla?
DON TELLO. Y no pequeña, por Dios,
Si sabéis quién soy aquí.
REY. Pues ¿qué diferencia tiene
Del Rey quien en nombre viene
Suyo?
DON TELLO. Mucha contra mí.
Y vos ¿adónde traéis
La vara?
REY. En la vaina está,
De donde presto saldrá,
Y lo que pasa veréis.
DON TELLO. ¿Vara en la vaina? ¡Oh qué bien!
No debéis de conocerme.
Si el Rey no viene á prenderme,
No hay en todo el mundo quién.
REY. Pues yo soy el Rey, villano.
PELAYO. ¡Santo Domingo de Silos!
DON TELLO. Pues, Señor, ¡tales estilos
Tiene el poder castellano!
¡Vos mismo! Vos en persona!
Que me perdonéis os ruego.
REY. Quitadle las armas luego. —
(*Desarman á don Tello; pasan la verja Nuño y los villanos.*)

Villano, por mi corona,
Que os he de hacer respetar
Las cartas del Rey.

FELICIANA. Señor,
Que cese tanto rigor
Os ruego.

REY. No hay que rogar.
Venga luego la mujer
Deste pobre labrador. (*Vase un criado.*)

DON TELLO. No fué su mujer, Señor.

REY. Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí,
Que ante mí se ha querellado?

DON TELLO. (*Ap.*) Mi justa muerte ha llegado.
Á Dios y al Rey ofendí.

ESCENA XIX

ELVIRA, *sueltos los cabellos.* — DICHOS.

ELVIRA. Luego que tu nombre
Oyeron mis quejas,
Castellano Alfonso,
Que á España gobiernas,
Salí de la cárcel,
Donde estaba presa,
Á pedir justicia
Á tu real clemencia.
Hija soy de Nuño
De Aibar, cuyas prendas
Son bien conocidas
Por toda esta tierra.
Amor me tenía
Sancho de Roelas;
Súpolo mi padre,
Casarnos intenta.
Sancho, que servía,
Á Tello de Neira,
Para hacer la boda
Le pidió licencia;
Vino con su hermana;

Los padrinos eran :
Vióme y codicióme,
La traición concierta.
Difiere la boda,
Y viene á mi puerta
Con hombres armados
Y máscaras negras.
Llevóme á su casa,
Donde con promesas
Derribar pretende
Mi casta firmeza;
Y desde su casa
Á un bosque me lleva
Cerca de una quinta,
Un cuarto de legua ;
Allí, donde sólo
La arboleda espesa,
Que al sol no dejaba
Que testigo fuera,
Escuchar podía
Mis tristes endechas.
Digan mis cabellos,
Pues saben las yerbas
Que dejé en sus hojas
Infinitas hebras,
Qué defensas hice
Contra sus ofensas ;
Y mis ojos digan
Qué lágrimas tiernas,
Que á un duro peñasco
Ablandar pudieran.
Viviré llorando,
Pues no es bien que tenga
Contento ni gusto
Quien sin honra queda.
Sólo soy dichosa
En que pedir pueda
Al mejor alcalde
Que gobierna y reina,
Justicia y piedad
De maldad tan fiera.
Esta pido, Alfonso,

A tus pies, que besan
Mis humildes labios,
Ansí libres vean
Descendientes tuyos
Las partes sujetas
De los fieros moros
Con felice guerra;
Que si no te alaba
Mi turbada lengua,
Famas hay y historias
Que la harán eterna.

REY. Pésame de llegar tarde:
Llegar á tiempo quisiera,
Que pudiera remediar
De Sancho y Nuño las quejas,
Pero puedo hacer justicia
Cortándole la cabeza
Á Tello: venga el verdugo.

FELICIANA. Señor, tu real clemencia
Tenga piedad de mi hermano.

REY. Cuando esta causa no hubiera,
El desprecio de mi carta,
Mi firma, mi propia letra,
¿No era bastante delito?
Hoy veré yo tu soberbia,
Don Tello, puesta á mis pies.

DON TELLO. Cuando hubiera mayor pena,
Invictísimo Señor,
Que la muerte que me espera,
Confieso que la merezco.

DON ENRIQUE. Si puedo en presencia vuestra...

CONDE. Señor, muévaos á piedad
Que os crié en aquesta tierra.

FELICIANA. Señor, el conde don Pedro
De vos por merced merezca
La vida de Tello.

REY. El Conde
Merece que yo le tenga
Por padre; pero también
Es justo que el Conde advierta
Que ha de estar á mi justicia
Obligado de manera,

Que no me ha de replicar.

CONDE. Pues la piedad ¿ es bajeza?

REY. Cuando pierde de su punto
La justicia, no se acierta
En admitir la piedad.
Divinas y humanas letras
Dan ejemplos : es traidor
Todo hombre que no respeta
Á su rey, y que habla mal
De su persona en ausencia. —
Da, Tello, á Elvira la mano
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo ; y después
Que te corten la cabeza,
Podrá casarse con Sancho,
Con la mitad de tu hacienda
En dote. — Y vos, Feliciana,
Seréis dama de la Reina,
En tanto que os doy marido
Conforme á vuestra nobleza.

NUÑO. Temblando estoy.

PELAYO. ¡ Bravo Rey !

SANCHO. Y aquí acaba la comedia
Del *Mejor Alcalde*, historia
Que afirma por verdadera
La corónica de España :
La cuarta parte la cuenta.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO

NOTICIA DE LA VIDA Y ESCRITOS DE LOPE DE VEGA I

TRAGEDIAS.

El castigo sin venganza..... 3
Porfiar hasta morir..... 85

DRAMAS.

La Estrella de Sevilla..... 165
El mejor alcalde el Rey..... 243

CORBEIL. — IMPRENTA DE B. RENAUDET.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

528244
Author Vega Carpio, Lope Félix de LS
Title Obras escogidas; ed. by Zerolo. Vol.1. V422Z